
ORGULLO*
*un romance más gay que victoriano
NAYRA GINORY

ORGULLO*

*UN ROMANCE MÁS GAY QUE VICTORIANO

NAYRA GINORY

Para todas las mujeres que aman el romance:
desde los clásicos universales
al smut autopublicado más delirante.
Aquí estoy yo, con la intención de
meterlo todo en un mismo libro.
Y que sea lo que tenga que ser.

Advertencia de contenido

Este libro muestra consumo recreacional de drogas y escenas sexualmente explícitas que incluyen asfixia erótica, consentimiento viciado o gris, relaciones tóxicas y manipulación. También contiene menciones a dinámicas de *grooming*, violencia sexual digital, sumisión química y situaciones de riesgo relacionadas con la trata de personas. El lenguaje adulto podría ser considerado ofensivo por algunos lectores; esta obra no es recomendable para menores de edad

ISBN: 9798182139816

© 2026 Nayra Ginory

© 2026, Lectora cero: Delia Magallón

© 2026, Beta-rader: Nisa Arce

© 2026, diseño de portada: Nayra Ginory, realizado en canva.com

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición.

Gracias por apoyar el trabajo de autoras independientes.

@nayraginory_escritora

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Agradecimientos
Acerca de la autora

CAPÍTULO
UNO



Es una verdad universalmente aceptada que un hombre joven, rico y guapo que siga soltero solo puede estar huyendo de algo. O eso era lo que pensaba Maribel mientras que, distraída, iba hojeando su revista.

—¿Y a qué espera este chico? —exclamaba, golpeando con sus manos perfectamente manicuradas el papel cuché—. Lleva un montón con su novia, la *Carcasian* esta tan mona, que es modelo y todo. ¿Por qué no se casa con ella?

Dejó caer la revista sobre la mesa, justo al lado de donde su hija Lidia se esmeraba en limar las uñas que acababa de esculpir. Era una tarde tranquila en Beautifuck, el salón de belleza más inclusivo de todo el barrio de El Perchel. En aquel momento, el sofacito que hacía las veces de sala de espera estaba desocupado y, según la agenda, aún quedaba otra media hora antes de que llegara una nueva clienta, razón por la cual la dueña había decidido dejar a su hija atender a esta, sabiendo que la joven estaba necesitada de práctica. La chica había hecho un buen trabajo al esculpir aquellas larguísimas stiletto, pero aún le faltaba la agilidad que solo la experiencia confería. Mari Carmen, la clienta en la que trabajaba, una conocida del barrio de toda la vida que mostraba una enorme

necesidad de retocarse las mechas cuanto antes, le echó una ojeada a la fotografía impresa en la revista antes de encogerse de hombros.

—La gente joven de hoy en día, que no quiere casarse —sentenció a la vez que estiraba ante sí la mano en la que no estaba trabajando la muchacha, para admirar su nueva manicura.

—Es verdad. No sé qué les pasa a los de tu generación, Lidia —le dijo Maribel a su hija.

La chica hizo una pausa para ajustarse la mascarilla. Soltó la lima en la mesa, resopló para apartarse el flequillo de la cara, dejando a la vista sus ojos castaños, enmarcados por un *eyeliner* gráfico en color esmeralda, demasiado elaborado para aquella hora de la tarde.

—No generalices. Claro que hay gente que no quiere casarse. —Lidia volvió a su trabajo—. Pero no todos los que no se casan son de mi generación, precisamente.

—¡Y que lo digas! —le dio la razón su madre.

Volvió a coger la *GLAM* y hojeó de nuevo hasta llegar a uno de los primeros artículos para observar una fotografía de Leonardo DiCaprio en un yate con una despampanante jovencita.

—¡Leo! ¡Que podría ser tu hija! —le exclamó a la imagen con exasperación, como si el actor ahí retratado pudiera escucharla—. Búscate una buena chica y cásate ya. Que se te está pasando el arroz.

—Ya se le ha pasado.

—Con lo guapito que era —continuó, ignorando el comentario de su hija—. Y lo buen actor que es… Siempre fue mi favorito. Aún recuerdo cuando lo vi en Titanic —suspiró—. Yo estaba de muy buen ver por aquel entonces y apenas se me notaba el embarazo. —Se acarició el abultado vientre, como si en vez de sus michelines estuviera acariciando a su futuro hijo—. Pero cuánto soñé con él…

—Y ya sabemos por qué papá te dejó… —rio Lidia.

Maribel le dio una suave colleja.

—No seas tonta. Yo quería al inútil de tu padre. Cuando digo que soñaba con Leonardo, no era porque quisiera estar con él, sino porque deseaba tener un hijo así de guapo. Fue por eso, cuando tu hermano nació, que decidí llamarlo… —Se interrumpió al ver que la puerta del establecimiento se abría y contra la iluminación exterior

se recortaron dos figuras. Sonrió al reconocerlas—. Y hablando del rey de Roma.

En el salón entraba un hombre joven y espigado que vestía unos vaqueros y una camiseta negra con un signo de exclamación serigrafiado sobre un fondo multicolor. Hacía no mucho tiempo había sido el niño bonito del vecindario, con sus impactantes ojos azules y sus llamativas pecas. Ahora que ya estaba bien crecidito, sus pecas ya no resultaban tan graciosas, pero sus ojos seguían siendo igual de vistosos. Junto a él venía la que era considerada por todos la belleza del barrio: una mujer alta de piel oscura y cálida, labios carnosos y enmarañados rizos, recogidos con apresuramiento en lo alto de la cabeza. Lidia y la clienta los saludaron con un movimiento de cabeza y «holas» dichos a media voz, pero Maribel se adelantó para encontrarse con ellos.

—Hola, mamá —la saludó el hombre, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

—Hola, Lara. Hola, hijo. Justo estábamos hablando de ti.

Se inclinó para besar en la mejilla a Mari Carmen, la madre de su mejor amigo de la infancia, y después desvió la mirada hacia la revista que su propia madre sostenía entre las manos. Al ver la fotografía del famoso actor en la portada, no necesitó más aclaraciones.

—Ya, y de Titanic —supuso él.

—Es que no me canso de contar la historia de cómo conseguí tener un hijo tan guapo.

—Mamá, mi nombre no tiene nada que ver con mi físico.

—Pues explícame entonces de dónde salieron esos ojazos azules, Leo, porque ni tu padre ni yo…

—Ya, ya… —dijo Leo, apartándose de su progenitora, aparentemente hastiado por la conversación.

—¿Lucas te habla así alguna vez? —preguntó Maribel a su vecina.

La mujer resopló.

—¿No lo hacen todos?

Maribel se quedó con la mirada clavada en su primogénito mientras este saludaba a su hermana, pero giró el rostro en cuanto notó cómo le arrancaban la revista de las manos.

—¿Es nueva? —Lara, de pie a su lado, pasaba las páginas sin mostrar el menor remordimiento por haberle robado su entretenimiento favorito.

—La acabo de comprar —dijo con algo de resquemor.

—¿Me la prestas un ratito?

—Menudo morro que tienes —refunfuñó la mujer—. Un ratito nada más, que en poco viene otra clienta…

—¿No me vas a dejar atender también a Juana? —Lidia levantó la mirada de su trabajo.

—¿A Juana? Ni loca —sentenció—. A esa le gusta que se lo hagan todo rapidito.

—A mí también me gusta que me lo hagan rapidito —se quejó Mari Carmen.

Maribel le dedicó una falsa sonrisa.

—Claro que sí, mi cielo. —Se giró hacia su hijo que, un poco apartado de ellas, se servía café de la cafetera americana que había para clientas y personal—. ¿Te quedas un ratito?

—No, me voy en nada. Hoy tenemos grabación.

—Últimamente no se te ve el pelo, hijo —dijo la mujer, pasándole las largas uñas por el oscuro cabello.

—Ya sabes que estamos liados.

—¡Lara! —se quejó—. Le estás sacando el cuero a mi niño con la dichosa exposición.

La chica rio con ganas.

—Tu hijo se saca el cuero él solito —le aclaró, devolviéndole la revista.

—¿Ya te la has leído? —se extrañó.

La chica se encogió de hombros.

—Solo quería mirar las fotografías. Leo, ¿nos vamos?

Leo apuró el café mientras Maribel devolvía la atención al papel cuché. Lara justo había perdido el interés al llegar a las páginas de sociedad, pero esa era su parte favorita. Se perdió en la contemplación de aquellas páginas impresas con menor calidad que el resto, pero que siempre conseguían atrapar su imaginación.

—El nieto de la duquesa de Alborán se ha vuelto a casar —dijo, caminando mientras leía el artículo. Le enseñó la fotografía a Mari

Carmen antes de girar la página—. Se ha presentado un nuevo cava de las bodegas Galí. Y los hijos del presidente del gobierno se han ido a esquiar. ¡Leo! —llamó a su hijo—. Tú que sabes de gente importante, ¿no es un poco pronto para ir a esquiar?

—Depende de adónde vayas… —Leo se acercó y miró la revista por encima del hombro de su madre. Luego resopló—. Se han ido a Verbier, los muy pijos.

—¿Eso dónde está? —inquirió Lidia, que a pesar de su trabajo seguía la conversación con avidez.

—En Suiza.

—Pues si tienen el dinero, que lo aprovechen. ¿Y este quién es? —Maribel había vuelto a pasar la página y ahora acercaba los ojos a la revista para ver bien la fotografía de un hombre en la treintena, alto y vestido de traje, con el cabello castaño claro peinado con pulcritud, expresión seria y gafas de pasta que le daban un aire de profesor universitario—. ¡Pero qué hombre más guapo! Sobrino de la marquesa de Hinojosa… No sé quién es esa…

Leo rio sin ganas.

—Sí que lo sabes, mamá. Es la Ministra de Cultura.

—¿Quién?

—Cayetana Valcárcel. La Ministra de Cultura y Patrimonio Nacional —volvió a aclarar su hijo.

—No sé quién es.

—Sí que sabes quién es. Es una histórica del PPE.

—Bueno, ahora no me viene su cara, pero mira qué sobrino tiene. Aquí dice que es asesor político. «Dante Valcárcel» —leyó con avidez—, «asesor político de alto nivel y sobrino de la marquesa de Hinojosa, ha sido distinguido con el premio Liderazgo y Comunicación Política. Acudió acompañado de Carolina de Ulloa, elegante amiga de sociedad, con quien se rumorea mantiene una estrecha relación». Pues tan estrecha no será cuando le sacan en la foto a él solo —sentenció y volvió a dejar la revista sobre la mesa, dejando que Mari Carmen y su hija miraran la foto en cuestión—. Eso sí que es un hombre de verdad. A ver si aparece un gay así de guapo y rico para mi hijo.

Leo, que volvía a acercarse a su madre para despedirse de ella, miró de reojo la revista y sonrió.

—Yo no salgo con pijos, mamá —sentenció antes de estamparle un beso a la mujer.

—Porque no quieres, pero bien que te vendría a ti un marqués. O un duque.

—¿Y para mí, mamá? —preguntó Lidia, limpiando la superficie de la mesa. Ya había terminado de limar y se disponía a aplicar el *top coat*.

—Para ti un príncipe —le dijo su hermano, inclinándose para besarla a ella también—. Esta noche volveré a llegar tarde —informó.

—Te dejaré la cena en el horno.

—No sé si cenaré en casa.

Maribel miró a su hijo reprobatoriamente por encima de sus gafas para la presbicia.

—Pues la guardas en la nevera y te lo comes mañana —le amonestó—. Que me tienes de esclava, todo el día cocinando…

—¡Pero si no te he pedido que me prepares nada! —se quejó él, mientras se dirigía a la puerta seguido de su amiga.

—Mientras vivas bajo mi techo, te comes mis lentejas. Adiós a los dos. Y que os vaya bien la grabación. Y no volváis muy tarde —exclamó, segura de que lo último no lo habían escuchado antes de desaparecer por la puerta.

Volvió a coger la revista para seguir hojeándola. Puede que el bienestar de sus hijos fuera la mayor preocupación de su vida; pero el cotilleo era, sin ninguna duda, su mayor distracción.



Leo y Lara llegaron justo a tiempo para ver cómo Carmen, la conductora de *Radio RadFem*, salía del estudio de grabación. Susana, la técnico de sonido, asomó la cabeza por la puerta de su

cabina, levantó las cejas y se dio dos golpecitos en la muñeca izquierda.

—Ya vamos, ya vamos —dijo Leo algo agobiado, saludándola mientras se sentaba frente a la mesa semicircular y se colocaba los auriculares.

—Tío, tienes que llevar el coche al taller.

Lara también se ponía los suyos, pero aún tuvo tiempo de lanzarle una mirada de advertencia. El coche de Leo casi los había dejado tirados al pararse en un stop; como no lo arreglara, no pasaría la ITV.

Susana les hizo un gesto y elevó el pulgar. Enseguida se encendieron las cámaras y el logo del podcast se proyectó en la pantalla tras ellos. Leo apenas tuvo tiempo de sacar sus notas y abrir su portátil sobre la mesa antes de que sonara la cortinilla del programa.

—¡Bienvenidos a *Orgullo!* —dijo al micrófono, rogando para que no se le notara el estrés en la voz—, el podcast para disidentes, donde hablamos los que no encajamos en la norma.

—¿No eres un hombre blanco heterosexual? —intervino Lara—. No pasa nada, nosotros tampoco. Únete a tu comunidad para reír, charlar o indignarte.

—Conmigo, Leo Gallardo: periodista, activista y marica profesional.

—Y conmigo, Lara Salvatierra: artista y feminista, bisexual y mujer racializada, por si me faltaba algo.

—¿Qué tal, Lara? —preguntó Leo, como si no hubiera pasado todo el día con ella.

—Bien, lista para lo que haga falta. ¿Y tú qué tal?

—Me encantaría decir que bien, pero tengo un problemilla con el coche. A ver si hay un milagroso aumento de suscripciones de PodStand, nos suben el sueldo y me compro uno nuevo.

Susana pulsó un botón y una vocecita afeminada chilló en sus auriculares: «No cuentes con ello, marica».

Leo sonrió a su pesar y Lara añadió:

—O que tu último libro se venda mejor.

—O que mi último libro se venda mejor —concordó él—. Salvo eso, me tocará ir al taller.

—Ya sabes lo que dicen: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —le pinchó ella.

—¿Eso es lo que pone en tu perfil de Flick? —contraatacó Leo.

Lara soltó una carcajada.

—¿Cómo lo sabías? Antes tenía «más vale malo conocido que bueno por conocer», pero no hacía ni un solo *match*.

Leo rio con ganas.

—Puedes probar con «lo bueno, si breve, dos veces bueno». O con «el tamaño no importa». Porque, precisamente, eso es lo que debe pensar el Ayuntamiento de Madrid… —Siguió hablando Leo, dejando que la indignación le afilara la voz—. ¿Has visto la minibandera arcoíris que han puesto en la fachada? Para mí, eso es lo peor de la semana.

—Bueno, ya sabíamos que el nuevo gobierno conservador iba a darnos algún que otro disgusto —intervino Lara—. A mí casi me enfadan más las palabras de la Ministra de Igualdad. No puedo ver a un político hetero explicándonos lo que es la diversidad. Otra vez.

Siguieron con otras noticias igual de desoladoras, que Leo despachó con genuina indignación y afiladas ironías, mientras que Lara aportaba datos y sensatez.

Cuando terminaron, él respiró hondo.

—Bueno —dijo, dando un golpecito en la mesa—, vamos con las cartas de los oyentes.

Lara abrió el documento en la pantalla del portátil. Leo se acomodó, cruzando las piernas, y se reclinó en su asiento.

—Primera carta: «Hola, Leo y Lara. Soy Ana, tengo veintiséis años, y mi novia insiste en que no le diga a nadie que estamos juntas». —Lara bufó de inmediato—. *Ufff*. Un tema muy sensible.

—Es una *red flag* del tamaño de la Gran Vía —sentenció Leo—. Si te pide que te escondas, sal corriendo.

—Espera —intervino Lara, más conciliadora—. No todo el mundo puede salir del armario en su entorno. Hay trabajos hostiles, familias complicadas…

—Claro —concedió Leo—, razón por la cual sacar a alguien del armario en contra de su voluntad no es solo de mala educación, sino que puede ser peligroso. Pero está igual de mal pretender meter en el armario a quien no quiere estarlo. Y yo, desde luego, no pienso encerrarme por nadie.

Lara le sonrió. Sabía que no era solo una frase vacía: si Leo era conocido por algo, era por llevar su activismo como bandera hasta las últimas consecuencias. Era parte de su marca y de lo que le había hecho famoso en redes, así que no dijo nada al respecto. Leyó el final del email.

—«Gracias por todo lo que hacéis. Chocho, Ana».

Leo se giró hacia ella muy despacio.

—Perdona… ¿Ha firmado como «chocho»?

—Sí.

—¿Eso es *slang* lésbico o algo así?

—No, que yo sepa. La verdad es que no lo entendí.

Leo inclinó el portátil para leer la pantalla y a poco estuvo de perder la compostura.

—Lara, por Dios, que aquí dice XOXO.

—¿Y no se dice así? —se defendió.

Ahora sí que Leo no pudo contener la risa.

—No. X-O-X-O significa besos y abrazos. Es una despedida cuqui en inglés.

Lara lo miró, perpleja.

—Pues que ponga «un abrazo» como la gente normal.

—Venga, chocho —rio Leo—. Sigamos.

Leyeron algunas cartas más. Rieron y aconsejaron, mientras el programa fluía gracias a la naturaleza extrovertida de ambos y la confianza que se tenían. Tras leer la última carta, Leo cerró el portátil con un suave clic.

—Y hasta aquí el episodio de hoy. Pero antes de terminar, tenemos un anuncio que hacer: este viernes inauguramos una exposición.

Lara alzó la vista, un poco avergonzada.

—Es cierto —admitió ella—. En Nave 8, en El Cañaveral de Valdemora.

—Si queréis hacer un poco de postureo intelectual este viernes —añadió Leo—, id a verla. Es el sitio perfecto para ponerse ropa *chic*, mirar un cuadro con el ceño fruncido y decir: «Esto me transmite angustia vital». Ideal para impresionar a posibles ligues.

Lara le dio un codazo suave.

—Eres un idiota.

—Pero tengo razón —rio él—. No faltéis. Viernes noche, arte y gente guapa. ¿Qué más se puede pedir?

Lara negó con la cabeza ante la frivolidad de su amigo. Ella habría querido hablar de la intención de su obra, de retratar a gente que siempre queda fuera del encuadre, y de la parte narrativa del proyecto de la que Leo era autor, que daba voz a aquellos que no la tenían. Pero entendió que el podcast no era el lugar adecuado para ello y que las bromas de Leo se ajustaban mucho mejor a la ligereza del programa que su sesuda visión artística. Despidieron la emisión, la luz roja se apagó y Susana bajó los niveles.

Leo y Lara se miraron un segundo, en silencio como siempre que terminaban, sabiendo que ese estudio minúsculo, esa mesa y esas bromas eran, de alguna forma, su casa.



Maribel conducía despacio y con la excesiva precaución propia de quienes acaban de sacarse el carné, lo cual exasperaba a Leo, que sabía de sobra que su madre llevaba más de veinte años al volante. Ir hasta la exposición en el mismo coche que su madre y su hermana le había parecido la opción más práctica apenas una hora antes, no solo porque al final se había rendido ante la evidencia y había llevado ya el suyo al taller, sino porque aparcar en El Cañaveral se había vuelto misión imposible. Sin embargo, una vez dentro del coche, se arrepintió de la decisión. Casi habría preferido enfrentarse a su poco fiable vehículo que soportar la pachorra insegura de su madre y la charla incesante de Lidia, aunque el trayecto no durara

más de diez minutos. O quizás era su propia impaciencia lo que hacía el recorrido insoportable.

A pesar del aplomo con el que había anunciado la exposición delante de los micrófonos, en ese momento Leo no sentía ni rastro de aquella seguridad. No era, por supuesto, la primera vez que se exponía ante el mundo. Había escrito artículos, columnas y dos libros; opinaba en redes sobre activismo gay, sociedad o política, y era copresentador y director de un podcast con una línea editorial tan clara como incómoda para muchos. Nunca se había cuestionado quién era ni se había avergonzado de ello: el único armario en el que había estado fue el de su habitación, donde de pequeño se escondía para evitar la ira de su padre.

Pero lo que Leo no era, y eso lo sabía muy bien, era un artista. Eso siempre se lo había dejado a Lara. Desde muy jóvenes, cuando quedaban para jugar a videojuegos en casas ajenas o, más tarde, para pasar las tardes en los bancos del parque, compartiendo bebidas y algún que otro canuto, todos lo habían tenido claro: Lara era distinta. Y no por su ascendencia negra o ser bisexual. Leo y sus amigos habían crecido en un raro tiempo y un lugar donde esas cosas, al menos entre ellos, no parecían marcar ninguna diferencia. La diferencia de Lara estaba en otra parte: en su sensibilidad, en la forma en que observaba el mundo. Mientras los demás charlaban y hacían el tonto, ella llenaba el carrete del móvil de fotos que nadie más entendía y llevaba siempre un lápiz y una libreta para apuntar ideas o esbozar formas que solo ella parecía ver.

Con el tiempo, el proceso de Lara había derivado hacia el retrato. Fotografiaba primero a la persona, casi siempre en su propio espacio, y luego trasladaba esa imagen al lienzo mediante un procedimiento que Leo nunca había terminado de entender. Trabajaba con óleo, a base de capas espesas y brochazos gruesos, colores imposibles y manchas que, vistas de cerca, rozaban la abstracción. Sin embargo, al alejarse unos pasos, el caos se ordenaba. El rostro aparecía. La mirada. El gesto exacto que ella había decidido retratar.

Tras comparar los cuadros con las fotografías originales, Leo solía preguntarse cómo era posible que aquellas superficies llenas de

materia, de color y de aparente desorden consiguieran parecer más reales y más verdaderas que una imagen tomada con una cámara de cuarenta y ocho megapíxeles.

Cuando Lara le había propuesto, meses atrás, colaborar con ella en una serie de retratos, para unir palabra e imagen en una misma obra, Leo no había alcanzado a comprender del todo lo que aquello implicaba. Le había parecido algo natural, casi una extensión de su trabajo habitual como periodista. Ahora, en cambio, a punto de cruzar la puerta de la galería, tenía la incómoda sensación de haber aceptado algo más grande de lo que había supuesto entonces.

Cuando pasaron por delante de la galería con el coche, Maribel comentó:

—Parece que hay bastante gente.

Lo dijo como si aquello fuera un dato tranquilizador. Leo, que no estaba seguro de que lo fuera, asintió sin responder, dejando que su mirada se perdiera entre la gente que se arremolinaba junto a la entrada.

—Intenta aparcar cerca, mamá —pidió Lidia desde el asiento trasero—, que llevo unos taconazos…

—Ya, ya —respondió Maribel.

El coche giró un recodo y Leo perdió de vista la galería.

Aparcaron un par de calles más abajo y, nada más apearse del coche, Lidia se colgó del brazo de su hermano, como si fuera a darle apoyo moral, aunque Leo sabía que en realidad temía tropezar con algún adoquín en mal estado.

—Bueno, ya estamos aquí —anunció Maribel en cuanto se vieron frente a la puerta.

Un gran cartel, que colgaba sobre la entrada, anunciaba:

FUERA DE PLANO
Lara Salvatierra · Leo Gallardo.

—¡Ay! ¡Qué orgullosa estoy de mi niño! —exclamó Maribel al verlo.

La galería Nave 8 ocupaba una antigua nave industrial. Las paredes de cemento y la estructura desnuda, con cables a la vista, se habían conservado como parte de la decoración. Todo lo demás estaba pintado de un blanco impoluto, casi clínico, y era iluminado por luces cambiantes que daban al espacio un aire deliberadamente moderno y minimalista. Al fondo, un DJ local con cierta notoriedad en redes pinchaba una música machacona y algo repetitiva, más atmosférica que agradable.

El local no estaba del todo lleno, pues era demasiado grande para eso, pero sí había más gente de la que Leo había imaginado. Reconoció varias caras: el nuevo alcalde de Valdemora, un par de concejales, algunos periodistas. Entre ellos se mezclaban vecinos del barrio de toda la vida con pijos recién llegados del centro.

—Mira, ese es el chico del Instagram —dijo Maribel, sujetando a su hijo del brazo mientras señalaba con su otra mano a un hombre joven con camisa de manga corta y un bigote perfectamente encerado.

—Ya lo sé, mamá —murmuró Leo, cogiéndole la mano para que dejara de apuntar.

—No pongas en evidencia a Leo —rio Lidia al ver lo tenso que se había puesto su hermano—. Que ese tío tiene como diez mil seguidores más que él.

—Pues no entiendo por qué —replicó Maribel—, si tú eres mil veces más guapo.

—Ya. Dile eso al algoritmo.

—¿A quién?

—¡Leo! —una voz lo llamó desde el otro extremo de la nave.

Lara agitaba la mano por encima de las cabezas. Incluso desde lejos destacaba: alta, segura, completamente en su elemento.

—Mejor voy con ella —dijo, casi aliviado—. Luego os veo.

Maribel abrió la boca, dispuesta a protestar, pero Lidia se le adelantó, colocándole una copa de champán en la mano.

—Vamos, mamá. Que esto es gratis y hay que aprovechar.

Leo no esperó a comprobar si la triquiñuela de su hermana había funcionado. Cruzó la nave en dirección a Lara, con la sensación inequívoca de haber hecho algo que ya no podía deshacer.

A medida que se acercaba a ella, Leo pudo comprobar que Lara estaba radiante, pero también algo nerviosa. Eso casi le alivió.

—Hola. —Salvó los últimos pasos para abrazarla.

Ella respondió al abrazo.

—No me esperaba a tanta gente —siseó contra su oído antes de retirarse.

Leo estuvo a punto de decirle que él tampoco cuando una voz quebrada, a su espalda, pronunció tres palabras que lo dejaron helado:

—Maricón y pobre.

Leo se tensó, sintiendo un pinchazo instintivo, casi como si esperara una agresión, pero al girarse se encontró con una realidad muy distinta. El hombre que había hablado estaba justo a su lado, y Leo lo reconoció al instante. Era uno de los protagonistas de la exposición. Era muy mayor, delgado, con un traje que parecía quedarle algo grande, pero su rostro mostraba una resolución serena. Sus ojos iban del cuadro que tenía delante a ellos dos, y de vuelta a la obra que lo representaba.

Lara lo había fotografiado mientras lloraba. Había sido una sesión dura, parte de aquellas entrevistas donde Leo, grabadora en mano, rascaba en historias de ostracismo, disidencia y soledad. Aquel anciano había relatado la suya con una crudeza que todavía le oprimía el pecho al recordarla.

Ahora, una versión condensada de aquel dolor figuraba en la placa junto al retrato. El texto lo había escrito el propio Leo. La intención era rescatar una frase de la entrevista, casi a modo de titular, para bautizar la obra con las propias palabras del sujeto. El retrato se titulaba *Maricón y pobre*, porque así se había llamado a sí mismo ante la grabadora de Leo. Y eso era exactamente lo que el hombre acababa de hacer: leer, por primera vez en público, su propia definición.

Leo lo miraba, con el corazón todavía acelerado por el susto inicial. Al comprobar que tenía toda su atención, el anciano volvió a fijar la vista en la placa y empezó a leer el resto del texto.

—«Tenía diecinueve años cuando me detuvieron por primera vez. Sabía que algún día pasaría. Era maricón y pobre. Aun así, cuando

sucedió, fue una sorpresa. Al salir, no tenía oficio, ni dinero, ni familia. El único trabajo que pude hacer solo consiguió que me detuvieran muchas veces más».

Dejó de leer y los miró con los ojos llenos de lágrimas, aunque la expresión seguía firme. Y, de algún modo, agradecida.

—Gracias —dijo al fin—. Nunca pensé que llegaría un día en el que pudiera sentirme orgulloso de que lo que hice… de que lo que me pasó se hiciera público. Pero ahora quiero que todo el mundo lo sepa. Gracias —volvió a decir, poniendo una mano sobre el hombro de Leo.

Leo solo pudo asentir. Sentía un nudo en la garganta. Lara tomó las manos del anciano entre las suyas y empezó a hablar con él en voz baja. Leo apartó la mirada hacia el cuadro. El parecido entre el anciano real y la pintura era inquietante. La misma rigidez en la postura, la misma forma de sostener la mirada. Solo que en el lienzo había algo más firme, casi desafiante. Sus ojos bajaron hasta la pequeña placa que acababa de leer.

Y lo entendió.

El peso de lo que había hecho junto a Lara le cayó encima como una losa. No solo eran entrevistas; no había hecho una pieza periodística para denunciar o desvelar algo. Miró a su alrededor. Todos y cada uno de los asistentes sentía algo ante las obras: desinterés, rechazo, sorpresa, incomodidad, empatía… y fue esa reacción, positiva o negativa, ante lo que habían hecho la que le confirmó que había creado algo que hasta entonces no se había atrevido a llamar arte.

Leo todavía estaba digiriendo esa certeza cuando una voz a su lado lo sacó de sus pensamientos.

—Es sobrecogedor, ¿verdad?

Lucas, su mejor amigo desde la infancia, había aparecido sin que Leo lo notara. Llevaba una copa de vino en la mano y esa expresión tan suya, a medio camino entre la curiosidad y el cansancio. Lucas apenas era más alto que él, pero nunca fue llamativo. De rostro discreto y carácter reservado, su vida había tomado derroteros muy distintos a los de Leo.

Se hicieron amigos con once o doce años, cuando empezaban a entender que eran distintos al resto. Les bastó una mirada para reconocerse como iguales. Sin embargo, si Leo siempre llevó el orgullo como bandera, Lucas nunca sintió la necesidad de hacerlo. No había vivido dentro de ningún armario, pero tampoco necesitaba anunciarse. Para él, ser gay no era una lucha política, sino un aspecto más de su identidad. Y, aunque esa distancia podría haberlos separado, con el tiempo ambos aprendieron que encarnaban maneras diferentes e igualmente válidas de vivir la homosexualidad.

—¿El qué? —preguntó Leo, parpadeando para salir de su trance.

—La energía que hay aquí —respondió Lucas, señalando con un leve movimiento de cabeza a la gente que guardaba silencio frente a los cuadros—. Mira a ese hombre… —dijo, refiriéndose al anciano que acababa de hablar con Leo—. Has logrado que gente que ha pasado toda su vida escondiéndose, ocupe hoy todo el espacio.

Leo esbozó una sonrisa torcida mientras observaba al político de turno hablando con la prensa.

—Sí, pero también hay mucho postureo.

Lucas siguió su mirada.

—Por lo menos han venido. Y han traído a la prensa con ellos. Publicidad gratis. —Levantó su copa en un solitario brindis antes de llevársela de nuevo a los labios.

—Que ya es algo —concedió Leo, mirando alrededor—. Hace cinco años esto era una nave abandonada y ahora hay concejales fingiendo que entienden el arte.

—Eso es el progreso, ¿no?

Leo clavó sus ojazos azules en su amigo.

—En realidad, eso es gentrificación —concretó.

Lucas estalló en una carcajada y Leo no pudo sino imitarle.

—¡Por fin has llegado! —exclamó Lara, al ver a Lucas. Se abrazaron con cariño y luego se separó para mirar a los dos hombres—. No estaríais hablando de política, ¿verdad?

—Ya sabes que cuando empieza, es imposible pararlo —dijo Lucas, señalando a Leo con el pulgar.

Leo puso los ojos en blanco. Que sus amigos se rieran de él estando presente no era, precisamente, su manera favorita de pasar el rato.

—Felicidades, por cierto —añadió Lucas—. A los dos. Os lo habéis currado un montón.

Leo miró a su alrededor sin conseguir tener la sensación de que se había currado nada. No era que no estuviera orgulloso de la exposición, o de su trabajo en ella; era tan solo que no estaba seguro de haber conseguido hacerle justicia a nadie.

No había sido difícil pensar el proyecto. Lo difícil había sido convencer a las personas adecuadas para formar parte de él. Estaban tan acostumbradas a vivir en los márgenes que muchas no entendían que alguien quisiera mirarlas de frente.

Al final, lograron reunir a unas pocas personas del barrio que tenían mucho más que contar de lo que a muchos les convenía reconocer: un hombre mayor marcado por la represión, una mujer atrapada en la pobreza, otra en la violencia de género… De todos ellos, esa noche solo había venido uno. Quizás ninguno de los demás había encontrado orgullo alguno en cómo la vida les había tratado.

Lara seguía hablando con gente, mezclándose entre los asistentes, explicando su obra, hablando sobre el proyecto. Leo incluso la vio atendiendo a un periodista, pero él se sentía al margen, como si nada de todo aquello fuera con él.

—Deberías estar con ella —le hizo notar Lucas, que seguía su mirada—. Tu nombre también está en el cartel, ¿sabes?

—Todo el mundo sabe que Lara es la verdadera artífice —dijo sin un ápice de falsa modestia.

En ese momento, Leo escuchó el resonar de unos apresurados tacones sobre el suelo. Luego, unos dedos de larguísimas uñas se clavaron en su brazo.

—Mira, hijo. —Maribel parecía agitada—. Es ese, ¿verdad?

—¿Es ese quién? —preguntó Leo, confuso.

Dos hombres y una mujer se adentraban en la sala en aquel momento. El primero era pelirrojo, bien parecido y elegante; su semblante era agradable y sus modales para con los periodistas que se acercaron a él eran sencillos y naturales, contrastando con el caro

traje hecho a medida que vestía. De su brazo colgaba una joven que, por el parecido que guardaba con él, solo podía ser su hermana. Era muy bonita y estaba arreglada a la última moda. Pero no era ninguno de ellos la persona que había llamado la atención de Maribel. Tras la pareja de hermanos se erguía un segundo hombre, que enseguida captó también la atención de Leo por su figura esbelta y alta, sus apuestos rasgos, su noble apariencia y la certeza de haberlo visto antes.

—Es él, ¿verdad? —insistía Maribel, tirando de la manga de su hijo—. El de las gafas, es el sobrino de aquella ministra…

—Sí, creo que es él.

Y no era solo la familiaridad de su rostro lo que le convenció de que así era, sino el hecho de que, tras hablar brevemente con sus acompañantes, el periodista pareció centrarse en él.

—Es muy guapo, más en persona que en la revista —suspiró Maribel—, y mira cómo no dejan de sacarle fotos. No me extraña, es digno de admiración.

Leo asintió, aún observándolo. Atendía al periodista en aquel momento. Pero sus maneras no parecían tan amables como las de su amigo. Se mantenía tieso como una vara, se ajustó las gafas con aparente incomodidad y ni una sola sonrisa asomó a sus labios mientras hablaba con la prensa, a la que despachó rápido y de malos modos.

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó Maribel, viéndolo pasar a su lado.

Leo estuvo a punto de contestar que no se acordaba cuando Lidia, que se había mantenido con la cabeza enterrada en su móvil y aparentemente ajena a todo, recitó:

—Dante Valcárcel, sobrino de la marquesa de Hinojosa, asesor político de alto nivel que ganó el premio Liderazgo y Comunicación Política. Se le relaciona con una tal Carolina de Ulloa.

—Por qué no te decides a hacer algo con esa cabecita prodigiosa que tienes, es algo que no comprendo —dijo Leo, no sorprendido por la capacidad sobrehumana de Lidia para memorizar todo lo que leía.

—¿Qué? —exclamó ella a la defensiva, apartando la mirada de su teléfono móvil—. Pero si estoy haciendo el módulo…

Leo chasqueó la lengua.

—Tú sabes a qué me refiero.

—No todo el mundo tiene por qué ir a la universidad —repuso ella, devolviendo su atención a la pantalla—. Ni querer hacerlo.

En ese momento, el reportero y el fotógrafo que cubrían el evento pasaron junto a él y Leo pudo escuchar cómo uno de ellos decía:

—Mi compañera tenía razón: ese tío es un gilipollas y un estirado de cojones. ¿Viste cómo me miró cuando le pregunté si…?

El sonido de su voz se perdió a medida que se alejaban, pero Leo no tuvo duda alguna acerca de quién habían estado hablando.

Inconscientemente, giró la cabeza buscando al tal Dante con la mirada y se sorprendió al descubrirlo junto a Lara. De hecho, el otro hombre que la acompañaba, el pelirrojo, se presentaba en aquel momento a su amiga, estrechándole la mano con calidez. Justo entonces, la mirada de su amiga se encontró con la suya y, por cómo lo hizo, supo que debía estar con ella en ese momento.

—Enseguida vuelvo —dijo, alejándose de su familia y Lucas.

—Y aquí está el otro artífice del proyecto —oyó que Lara le presentaba cuando se acercó al grupo—. Leo Gallardo, este es…

—Álvaro Soriano —se presentó el hombre, ofreciéndole la mano para estrechársela—. Actualmente, llevo la dirección artística de los nuevos proyectos del Ministerio de Cultura. Debo decir que tengo el ojo puesto en la obra de Lara desde hace tiempo… y ahora también en la tuya.

Leo no sabía si se suponía que debía dar las gracias o algo así, por lo que mantuvo silencio.

—Carolina de Ulloa —se presentó también la mujer. Era pelirroja, como Álvaro, y vistos de cerca, el parecido entre ambos era más que evidente, pero Leo no pudo dejar de notar que no compartían apellido. La mujer se giró hacia su otro acompañante—. Y este es Dante Valcárcel.

—Encantado —dijo el hombre, estrechando con firmeza la mano de Leo.

Los ojos de ambos se encontraron un instante y, por cómo le había mirado, Leo supuso que Dante no podía estar muy encantado de conocerlo, que digamos. Había una altanería en su expresión que no tenía nada que ver con el hecho de que le mirara desde los más de quince centímetros que le debía sacar de estatura.

—Lo mismo digo —espetó Leo, en tono seco.

—Álvaro… Digo… El señor Soriano tiene, al parecer, una propuesta para nosotros —intervino Lara.

Álvaro sonreía con cierta humildad cuando todos los ojos se volvieron hacia él.

—Bueno, como acabo de decir, conozco tu trabajo desde hace tiempo, Lara. Tenía muchas ganas de venir y ver la exposición en persona.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Sonrió—. Y debo decir que, como siempre, tu obra no decepciona. Y el texto —añadió, girándose hacia Leo—. No es un mero acompañamiento. Es una parte fundamental. —Hizo un gesto vago, como si no encontrara la palabra—. Funciona incluso mejor de lo que pensaba.

Esa vez, Leo sí que supo que debía mostrarse agradecido.

—Gracias.

—Estoy comisariando una exposición para el Ministerio: «Miradas diversas» —dijo, casi como quien comparte un secreto—. Mi intención es reunir la obra de mujeres, creadores LGTB, artistas con diversidad funcional y diferentes identidades culturales. Y en cuanto supe de vuestro proyecto, pensé: «Esto tiene que estar». —Se encogió de hombros, como restándole importancia—. Si os apetece, claro.

Lara alzó las cejas.

—¿Qué supondría?

—Nuestra idea es sacar el arte contemporáneo de los circuitos habituales —explicó—. Llevarlo a centros cívicos, institutos, espacios donde normalmente no llega, ¿sabéis? Pero a la vez, exponerlo en las galerías más importantes. Sería un proyecto transversal: llevar el arte de los márgenes a todas partes.

—Pero sin hacerlo más cómodo —intervino Lara.

—¡Exacto! —dijo él con entusiasmo.

Ambos se miraron como si se conocieran de toda la vida. Lara sonrió.

—Suena ambicioso —comentó ella, y Leo notó que su voz había bajado un tono, volviéndose más cálida—. Casi demasiado bueno para venir de una institución.

Álvaro soltó una risa suave. Su expresión era honesta y tenía una de esas caras que parecían invitarte a confiar en él al instante.

—Lo es. Y por eso necesito a gente que no se ande con chiquitas. Si por mí fuera, vuestra serie ocuparía el eje central. La idea es que la exposición itinere por centros culturales de la periferia, como este, pero que la gran inauguración sea en El Palacio de Cibeles. —Álvaro hizo una pausa, buscando la reacción de ambos. Sus ojos no se habían despegado de los de Lara en ningún momento —. Habrá presupuesto para producción y, por supuesto, unos honorarios de exhibición para todos los artistas. Nada de «visibilidad a cambio de trabajo». Dinero real.

Lara intercambió una mirada rápida con Leo. Él vio en sus ojos el brillo de la oportunidad que llevaban años esperando, pero también una chispa de algo más personal dirigida al hombre que tenía delante.

—Tendríamos que hablar de las condiciones. —Leo trató de mantener los pies en el suelo mientras sentía la mirada gélida de Dante clavada en el lateral de su cabeza.

—En todo caso, de los detalles técnicos y el contrato se encargaría Germán Collado —respondió Álvaro, intentando bajar la tensión que se había formado entre ambos—. Es un poco cuadriculado, pero su trabajo es que vosotros dos solo tengáis que preocuparos de crear. Yo estoy aquí por el arte, Leo. Y por lo que he visto hoy… —Volvió a mirar a Lara con una intensidad que hizo que ella se recolocara un mechón de pelo tras la oreja—. Merece la pena cualquier pelea administrativa.

—Aun así… —Leo no parecía muy convencido—, mover esta obra por centros cívicos no es lo mismo que exponerla en Cibeles.

—Lo realmente difícil será encontrar un público que sepa apreciar el matiz entre el activismo y la estética —intervino Dante sin mirarlo, observando el cuadro de *Maricón y pobre* con una ceja alzada—. A veces se confunde la intención con el talento.

—El talento suele estar donde la gente tiene algo que decir —dijo Leo, sintiendo un pinchazo en las tripas.

—Una cosa es el arte y otra la comunicación institucional. Y a veces hay que ser realistas. Este tipo de propuestas suelen terminar en polémicas estériles que no benefician a nadie. Mucho menos a los propios artistas.

Leo sintió que se le tensaba la mandíbula. Le dirigió a Dante una mirada cargada de desprecio.

—Quizás el problema no sea la propuesta, sino el miedo a que la realidad ensucie las moquetas de los despachos —espetó Leo.

—He pasado el suficiente tiempo en esos despachos como para saber que hace falta mucha más realidad que esta para manchar nada. — Dante clavó sus ojos en los de Leo con total frialdad.

Antes de que Leo pudiera contestar algo de lo que probablemente se arrepentiría, Álvaro intervino, notando la tensión entre ambos.

—Bueno, para eso estamos los comisarios, para enfocar —dijo Álvaro con una sonrisa conciliadora, aunque sus dedos rozaron accidentalmente el brazo de Lara al señalar un cuadro cercano—. Lara, ¿te importaría enseñarme el resto de la serie? Me gustaría entender el proceso de creación.

—Claro —respondió ella, y por primera vez en toda la noche, Leo vio a su amiga un poco turbada—. Ven conmigo.

Álvaro se despidió de Leo con un asentimiento amable y de Dante con una palmada en el hombro, llevándose a Lara hacia la zona más tranquila de la nave. Carolina, aburrida, se alejó hacia el *catering*, dejando a Leo y Dante solos frente al retrato del anciano.

El silencio entre ellos era denso, cargado de una hostilidad que Leo ya no intentaba disimular. Dante miró de nuevo el cuadro de *Maricón y pobre* y luego a Leo, con una expresión ilegible.

—Tiene valor —dijo Dante al fin, casi en un susurro—. Pero el valor sin prudencia solo es espectáculo.

—Y la prudencia sin razón de ser es solo cobardía —replicó Leo, dándole la espalda para buscar a su madre y a su hermana.

Sabía que acababa de declarar una guerra, pero mientras se alejaba, sintió una satisfacción amarga. No sabía qué le molestaba más: que Dante fuera un estirado, o que fuera el hombre más guapo que había visto en su vida.



La velada se estiró entre copas de vino barato y canapés que empezaban a reblandecerse. Leo intentaba centrarse en la conversación de Lucas, que le analizaba con ojo clínico el ecosistema de la sala.

—Mira a esos dos —murmuró Lucas, señalando con la barbilla hacia un rincón de la nave—. Si se acercan más, Álvaro va a terminar dentro de uno de los cuadros de Lara.

Leo siguió su mirada. Lara y Álvaro estaban apoyados contra la pared, en una zona de penumbra. Ella reía, echando la cabeza hacia atrás, y él la miraba con una fascinación que nada tenía que ver con el arte.

—Parece que a Lara le ha tocado la lotería —comentó Leo, aunque en el fondo se alegraba por ella.

—Es a él a quien le ha tocado la lotería —añadió Lucas con una sonrisa cínica—. Me da que esos dos se van a ir juntos… —Suspiró —. Al menos alguien va a sacar algo bueno de esta noche. Porque tú, amigo mío, tienes cara de querer quemar el edificio con el sobrino de la ministra dentro.

Leo reprimió una risita. La presencia de Dante Valcárcel al otro lado de la sala, impecable y distante, le resultaba tan molesta como el ruido de un mosquito revoloteando a su alrededor.

—Necesito un respiro —dijo Leo—. Voy al baño. Si mi madre pregunta por mí, dile que no sabes dónde estoy.

Se abrió paso entre los invitados y cruzó hacia la zona de los aseos, situada en un pasillo estrecho al fondo de la nave, donde el retumbar del DJ se volvía un eco sordo. Al salir, escuchó unas voces que venían del muelle de carga, justo tras una puerta pesada de metal entreabierta.

Reconoció la risa de Álvaro al instante y se refugió tras uno de los pilares de hormigón.

—Venga, Dante, deja de mirar el reloj —decía Álvaro—. Admite, al menos, que la noche no está yendo tan mal…

—Sobre todo para algunos —repuso Dante, con un soniquete en su voz.

—Es que es preciosa —decía—, inteligente y divertida, y tan brillante como la había imaginado. ¡O más! Y creo que le gusto.

—Pues por mí, no te cortes.

—¿Y tú, qué? No me digas que no te has fijado en el tal Leo. Hasta yo me he dado cuenta de que tiene algo. Es guapísimo. Y abiertamente gay. ¿No te ha tentado ni un poquito?

Leo se quedó petrificado, pegado a la pared fría del pasillo. El corazón le dio un vuelco.

—¿Tentarme? —La voz de Dante sonó más relajada que antes, pero cargada de un desdén que cortaba como el cristal—. Sería un suicidio comunicativo, Álvaro. Ese chico no es solo un periodista, es un incendiario.

—Es un activista, Dante. ¿Qué esperabas? Además, no todo el mundo puede permitirse el lujo de esa discreción que tú tanto valoras.

—Hay una diferencia entre activismo y exhibicionismo —sentenció Dante, y Leo pudo imaginar su gesto de desdén—. Solo es un chico de periferia con un micrófono y muchas ganas de llamar la atención. No es para nada mi tipo, y ciertamente no es alguien con quien quiera que se me relacione.

—Lo que quieres decir es que no estás dispuesto a salir de tu zona de confort por alguien como él —le criticó su amigo con cierta jovialidad.

Hubo un silencio tenso. Leo aguantó la respiración.

—Sabes que mi tía cuenta conmigo para el próximo congreso del partido —replicó en un susurro casi inaudible—. No puedo permitirme un desliz con un activista gay con una enorme presencia en redes. Olvídalo.

Leo oyó cómo Dante se alejó con paso firme. Unos segundos más tarde, Álvaro se alejó también, pero en dirección opuesta. Leo salió de detrás de la columna con el corazón latiéndole en la garganta.

—Así que un «desliz», ¿eh? —susurró Leo para sí mismo en la oscuridad del pasillo.

Se sentía indignado, pero no por el insulto a su actitud u origen, sino por la rabia que le producía haber descubierto que Dante Valcárcel, sobrino de la marquesa de Hinojosa, asesor político de alto nivel y ganador del premio Liderazgo y Comunicación Política, era un gay en el armario. Rico, conservador, orgulloso e hipócrita. «Menuda joyita», pensó mientras se unía de nuevo a la fiesta. A lo lejos vio cómo Álvaro volvía a reunirse con su amiga. Al otro lado de la sala, Dante hablaba con Carolina. Ya no veía a un hombre apuesto y noble; veía a un cobarde atrapado en una jaula de oro. Y lo peor de todo es que tenía que guardarse ese descubrimiento mientras su madre se acercaba a él, emocionada, para decirle que el señor Valcárcel acababa de saludarla con la cabeza.

Y el último pensamiento que se permitió dedicarle a aquel hombre era que, al fin y al cabo, si estaba en una jaula de oro, era porque se la había construido a sí mismo.

CAPÍTULO
DOS



El olor a café y los *binaural beats* que salían por sus auriculares con cancelación de ruido eran lo único que acompañaba a Leo mientras trabajaba en el estudio. Lara entró como un huracán y dejó caer el bolso con un golpe seco que, más por el movimiento de la mesa que por el sonido, devolvió a su amigo al mundo exterior.

Leo la miró con atención. Tenía pinta de no haber dormido en toda la noche y de no albergar ni un solo remordimiento al respecto.

—Y dime —soltó a la vez que se quitaba los auriculares—, ¿es Álvaro tan aburrido en la cama como su perfil de LinkedIn da a entender?

Lara soltó una risita, dejándose caer en la silla junto a él. Se mordió el labio inferior intentando, y fracasando estrepitosamente, contener una sonrisa de auténtico entusiasmo.

—Ay, Leo —suspiró—, menuda nochecita he pasado…

Las cejas de Leo se levantaron como impulsadas por un resorte.

—O sea, que es bueno en la cama.

Lara se inclinó hacia él como para hacerle una confidencia.

—Es una fiera.

—¡No! —exclamó con teatralidad, haciéndose el sorprendido—. ¿Ese golden retriever?

Lara tenía una réplica en la punta de la lengua cuando un golpe de cristal en la cabina los sobresaltó. Una vez obtenida su atención, Susana señaló el reloj de pared para hacerles notar la hora y luego, por el micrófono, les dijo:

—Sabéis que solo me pagan por escuchar hablar de vuestros ligues si os estoy grabando, ¿verdad?

Leo resopló mientras Lara se acomodaba y sacaba su ordenador. Susana les marcó la cuenta atrás con los dedos desde el control: tres, dos, uno… La luz roja de «ON AIR» y los pilotos de las cámaras de vídeo se encendieron simultáneamente, y el logo de *Orgullo!* brilló en las pantallas auxiliares.

—¡Bienvenidos a *Orgullo!* —empezó Leo a hablar al micrófono y entonando la célebre cortinilla del programa—, el podcast para disidentes, donde hablamos… ¡Qué demonios! Donde hablamos de lo que nos apetezca hablar en cada momento —improvisó. Lara le lanzó una miradita, pero no le dijo nada—, como de los improbables éxitos sexuales de tus amigos.

—¡Sabía que ibas a ir por ahí! —exclamó Lara.

Leo le lanzó una sonrisa que pretendía ser un desafío.

—Conmigo, Leo Gallardo —continuó—, periodista, gay y un hombre muy sorprendido ahora mismo.

—Y conmigo, Lara Salvatierra, artista y mujer sexualmente satisfecha. Por mucho que mi amigo no lo quiera creer.

La carcajada de Leo resonó en todo el estudio.

—Hola, chocho —saludó a su amiga, usando el error de Lara del episodio anterior como mote.

Ella sonrió, notando lo que él había hecho.

—Hola, chocho —le respondió.

—Así que anoche te llevaste a casa a un cachorrito abandonado y, contra todo pronóstico, has triunfado.

—Es que no lo viste bien, Leo. No era un gatito, era un león —dijo Lara, haciendo esfuerzos por no reírse.

—De verdad, aún creo que me estás vacilando.

—Que no, joder, que va en serio. Me lo pasé genial anoche.

—Pero fue cosa de solo una noche, ¿no?

Lara negó lentamente con la cabeza antes de decir:

—No. Vamos a volver a quedar hoy mismo.

De nuevo, las cejas de Leo alcanzaron una altura estratosférica. Lara frunció el ceño, todavía sonriente.

—¿Qué?

—Nada —respondió él, demasiado rápido—. Solo digo que… bueno, no sé. Ese tío no es ese el tipo de gente con la que sueles liarte.

Lara lo miró con más atención. La sonrisa se le fue apagando poco a poco.

—¿Y con qué tipo de gente suelo liarme?

Leo se encogió de hombros.

—Ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

Hubo un silencio breve, incómodo.

—¿Quieres ejemplos concretos? —dijo Leo. Lara asintió. Susana levantó la vista desde la cabina, extrañada por la súbita tensión, pero ninguno de los dos la miraba—. La chica de los tatuajes de la facultad —empezó a enumerar Leo—, el submarinista aquel que solo comía algas y vivía en una comuna. El tío que conociste en Flick, el que se dedicaba a hacer panes artesanales con masa madre. La profesora de la escuela de yoga y terapias alternati…

—Vale, vale. ¿Y? —preguntó Lara, impertérrita.

—Que el de anoche no tiene nada que ver con ninguna de esas personas.

—¿Nada que ver? ¿Tan convencido estás? —Leo asintió—. El chico de anoche es amable, atento, muy atractivo, tranquilo, seguro de sí mismo… —empezó a enumerar Lara, levantando un dedo por cada cualidad—. El tipo de persona que siempre me ha atraído. —Leo fue a interrumpirla, pero ella se lo impidió—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que tienes demasiados prejuicios: miras a alguien, su reloj, su ropa, de dónde es y te haces una idea en diez segundos de quién es esa persona.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Eres un abanderado de no poner etiquetas y crees que eres inclusivo, pero cuando hablamos de clase social y estatus en vez de orientaciones sexuales, nacionalidades o razas, pierdes

toda objetividad. Y como ayer me ligué a un «pijo del centro» —Lara hizo en el aire el gesto de las comillas—, no eres capaz de ver más allá ni reconocer que es muy parecido, salvo en su ropa y su cuenta bancaria, a otras personas con las que he estado.

Leo sostuvo su mirada. Algo en el tono de Lara había cambiado. Su amiga no estaba de broma y él no sabía cómo responder a aquel reproche. Lara debió verlo en su rostro, pues le sonrió y posó una mano en su antebrazo, conciliadora.

—Solo digo que quizás deberías ser más abierto y dejar que la gente te sorprenda.

—¿Cómo hiciste tú anoche? —preguntó con cierta mala baba.

—Sí —dijo ella con calma, no picando el anzuelo—, exactamente como hice yo anoche. —Leo apartó la vista. Lara respiró hondo, recompuso la postura y sonrió a la cámara—. Vamos con lo peor de la semana. —Decidió seguir el guion del programa.

Leo sonrió también, moduló la voz y retomó el papel que tan bien sabía interpretar. Pero, mientras hablaba de política y despropósitos institucionales, no pudo evitar preguntarse en qué momento había empezado a juzgar a la gente con la misma rapidez con la que decía combatir los prejuicios.



Cuando Leo entró en La Estrella, Lucas ya estaba allí, ocupando la misma mesa redonda de siempre junto al ventanal. El bar olía a una mezcla de café recién molido, aceite caliente y un rastro de lejía que intentaba, en vano, borrar las décadas de vida impregnadas en las baldosas. Debajo de todo eso persistía un aroma más antiguo, un olor tenue a madera barnizada mil veces y humo incrustado, como si las paredes aún conservaran la historia del local. Leo avanzó sobre el desgastado suelo hidráulico y saludó con un gesto al camarero antes de sentarse frente a su amigo.

Lucas estaba apoyado sobre la mesa, frente a una caña que ya empezaba a sudar. La luz entraba por los grandes ventanales e iluminaba las motas de polvo que bailaban sobre el mármol veteado. Frente a él descansaba su inseparable Kindle, abierto a mitad de una lectura. Al lado, apoyado precariamente contra el servilletero de acero, estaba su móvil, por cuya pantalla deslizaba el índice con un gesto aburrido.

—Llegas tarde —lo saludó.

—Me lié en el estudio —contestó Leo, dejando la mochila en el suelo.

—¿Y qué tal la grabación?

—Bien. —«Mal». Decidió cambiar de tema—. ¿Qué haces?

—Mirando fotos de la exposición de anoche.

—¿De mi perfil? —se interesó Leo, inclinándose sobre el móvil de su amigo para ver mejor.

—No, a ti ya te tengo muy visto, cariño.

Leo torció el gesto al ver el perfil de quien estaba mirando.

—¿En serio? —se quejó, cogiendo el teléfono para mirar más de cerca.

Lo que estaba viendo era un carrusel de imágenes en el perfil de Instagram de Dante Valcárcel. Había fotografías de la exposición, del espacio, pero sobre todo de sí mismo junto a Álvaro y la mujer que los había acompañado, que siempre salía colgada de su brazo y mostrando una calculada sonrisa. Resopló y le devolvió el móvil a Lucas.

—¿Qué tomas, Leo? —le preguntó el camarero, acercándose a la mesa.

—Una caña.

—Otra para mí —añadió Lucas apurando la suya. Luego, volviendo hacia su amigo, comentó—: Parecen la pareja perfecta, ¿verdad?

Leo bufó recordando la conversación que había escuchado a escondidas la noche anterior: «¿No te ha tentado ni un poquito?». Menudo hipócrita.

—Nadie es tan perfecto. Y menos si sólo lo haces para enseñarlo en Instagram.

—Lo dice el *influencer* con los setenta mil seguidores.

—No soy un *influencer*, joder, soy un comunicador con presencia en redes sociales.

—Lo que tú digas. Pero él sí que parece perfecto. Al menos físicamente. —Lucas seguía curioseando el perfil, mirando fotos algo más antiguas—. El tío está como un tren.

—Es un gilipollas.

—Es guapo, es joven y es rico. Claro que es un gilipollas. Un tío con esa planta, de buena familia, que habrá crecido con todas las facilidades del mundo… Es muy normal que tenga un gran concepto de sí mismo.

—Tú y yo también venimos de buenas familias. ¿O ese término solo lo aplicas a la gente con pasta?

—Qué buen sindicalista habrías sido, joder —se burló Lucas de él. Volvió a mirar las fotos de la exposición y la pantalla mostró a Álvaro posando frente a Nave 8, con su sonrisa de cachorro en primer plano—. ¿Te contó algo Lara? —inquirió, sabiendo que ambos se habían marchado juntos la noche anterior.

—No te pierdas un nuevo episodio de *Orgullo!* el próximo viernes. Solo en PodStand —dijo Leo con sarcasmo, poniendo su «voz de presentador».

—¿Habló de este tío en el podcast?

—Sí, y de cómo le alineó todos los chakras anoche, por lo visto.

Lucas asintió apreciativamente.

—Bien por ella. ¿Y tu coche? ¿Sigue en el taller? —cambió de tema.

Leo agradeció que, al menos, Lucas dejara el móvil boca abajo para no tener que seguir viéndole el careto al tal Dante Valcárcel.

—Sí. Y me han dicho que la pieza tardará una semana porque viene de no sé dónde. Y que me va a salir un dineral…

—¿Y la oferta de anoche?

El nuevo cambio de tema le descolocó.

—¿Cómo?

—Lo de Álvaro y la oferta de exponer en no-sé-dónde. Habló de pagaros, ¿cierto? ¿No arreglaría eso algo?

—Está todo muy en el aire. Aún no sabemos si va a salir algo de todo eso, ni de cuánto dinero se está hablando. Y en todo caso, lo del coche tendré que pagarlo este mes.

—¿Tan justo vas? ¿Necesitas que te eche un cable?

Leo sabía que el ofrecimiento de Lucas era sincero. Si bien su amigo no nadaba en la abundancia, su puesto como administrativo en la sanidad pública le garantizaba un sueldo fijo cada mes, aunque aún no le hubiera permitido independizarse.

—No. Gracias, pero no. Voy bien. Me estoy quejando por quejarme —dijo sin mucho convencimiento—. Estoy de un humor un poco raro…

—¿Y eso? ¿Te ha pasado algo con Lara?

—No. —«Sí». ¿Cómo podía Lucas conocerlo tan bien?—. ¡Eh! ¡Paco! —interpeló al camarero—. Dos más —pidió, señalando a las cervezas—. Y unas aceitunitas.

—Solo pides aceitunas cuando me vas a contar algún chisme —observó su amigo, agudo como un lince—. ¿Qué ha pasado?

—El otro día por fin quedé con Iván —dijo, refiriéndose a su último ligue en Peckr—. ¿Y a que no sabes qué pasó?

Las cañas llegaron, acompañadas del aperitivo. Lucas mordió la carne de la aceituna, observando a su amigo.

—Déjame adivinar —suspiró—: otro que no se parece en nada a sus fotos.

—No, físicamente era perfecto. Más guapo incluso que en sus fotos. El problema no era ese. —Leo dio un sorbo a su cerveza—. Quedamos para cenar y se pegó todo el rato haciéndome preguntas.

—Lo normal en una cita, ¿no?

—No si las preguntas son sobre tu plan de pensiones, cuántas veces vas al gimnasio y si tienes intención de mudarte al centro en los próximos cinco años.

Lucas arqueó una ceja, soltando una risa corta y seca.

—¿Qué? ¿Estaba haciendo un estudio de mercado o algo así?

—Vete tú a saber. Cuando llegamos a su casa, parecía que todo empezaba a fluir. Nos enrollamos en el sofá, medio lo hicimos en el pasillo y cuando llegamos a su cama y ya la cosa estaba *on fire*, se detuvo para preguntarme si tenía pensado adoptar un perro en un

futuro cercano, porque resulta que él es alérgico y no le viene muy bien.

Lucas dejó una aceituna a medio camino de la boca.

—¿Y qué le dijiste?

—Que en mi futuro cercano solo tenía planeado correrme.

A Lucas casi se le sale la cerveza por la nariz.

—No le dijiste eso —exclamó.

—¡Por supuesto que se lo dije! —Leo parecía indignado.

Lucas se llevó la mano a la frente.

—Por favor, dime que no seguiste.

—¿Y qué iba a hacer? Estaba en pelotas en la cama de ese tío, caliente y a punto. Le dije que no me gustaba hablar durante el sexo y que se callara. —Leo dio un trago largo a la cerveza.

—¿Y qué pasó?

—Pues que él se calló por fin y pudimos terminar.

—¿Y luego?

—Salí corriendo de allí, antes de que le diera por preguntarme por mi historial clínico o algo así. Luego lo bloqueé, por supuesto.

Lucas lo miró en silencio un momento.

—El mercado está fatal.

—Y la gente está chiflada —afirmó Leo—. Ojalá pudiera decir que esa es la cita más rara que he tenido.

—Y aun así, te acostaste con él… —Lucas se reclinó en su silla para observarle—. ¿Vas a contarlo en el podcast?

Leo dudó un segundo.

—No lo sé. —Giró el vaso entre los dedos—. Es tan raro que la gente pensará que me lo estoy inventando. O que soy un rarito por quedarme.

—Un poco rarito sí que eres. Yo habría salido por patas. —Lucas bufó casi sin darse cuenta—. Antes de tirármelo, quiero decir.

Hubo un pequeño silencio, apenas perceptible. Leo dio otro sorbo y se inclinó hacia delante.

—Anda, cuéntame tú algo. Que bastante me he exhibido ya por hoy.

Lucas lo observó un instante más antes de sonreír y cambiar de tema. La conversación siguió fluyendo con la facilidad de siempre y

Leo agradeció que su amigo no volviera a mencionar a Lara. Sabía que la historia de Iván había sido una distracción evidente. Y, de momento, había funcionado.



Durante los días siguientes, el nombre de Álvaro empezó a colarse en la rutina de Leo con la misma naturalidad con la que antes lo hacía el de cualquier clienta habitual del salón de su madre. Lara llegaba siempre a todas partes con diez minutos de retraso y una sonrisa que no se molestaba en disimular; estaba siempre contestando mensajes y riéndose bajito, y si Leo la miraba fijamente para hacerle notar que su comportamiento no era el habitual, ella alzaba las cejas con un gesto que pretendía ser inocente y no lo era en absoluto, antes de seguir a lo suyo.

No era, ni por asomo, la primera vez que veía a Lara liarse con alguien, incluso enamorarse, pero no podía dejar de tener la sensación de que esta relación iba a la velocidad de la luz y que su amiga no parecía tener problema alguno en abandonar la galaxia con tal de ir de la mano de su querido Álvaro.

El susodicho apareció un par de veces por el barrio. Se le vio entrando y saliendo del piso de Lara, se comió uno de los célebres bocadillos de calamares de La Estrella, se hizo una manicura en Beautifuck —cosa de la que Maribel no podía estar más orgullosa— y se pasó por Nave 8 para revisar unas cuestiones técnicas y escuchar con atención cuando Lara hablaba de iluminación o de la disposición de las piezas. A Leo le sorprendía y le irritaba un poco que no pareciera impostado. Era difícil odiar a alguien que se sumergía así en el mundo de la persona que le interesaba.

En redes, las fotos empezaron a multiplicarse. Álvaro y Lara caminando por El Perchel. Álvaro y Lara en una terraza del centro. Álvaro y Lara comiendo en el último garito de moda de El Cañaveral. Y en algunas imágenes, en primer plano y completamente

integrados con la pareja de moda, aparecían también Dante y Carolina, impecables, como una nota al pie que nadie pedía pero que siempre estaba ahí.

—Vamos a salir el viernes al Peacock's. ¿Os venís? —anunció Lara un martes cualquiera.

Estaban los tres, ella, Leo y Lucas, tomándose una caña en el bar. Lidia acababa de salir del Beautifuck y andaba por ahí con una amiga, cuchicheando e intentando sonsacarle información personal al último empleado de Paco, un jovencito llamado Rubén con pinta de tener más calle que todos ellos juntos.

Leo levantó la vista e intercambió una rápida mirada con Lucas.

—¿Que si vamos a dónde con quién?

Lara chasqueó la lengua y ladeó la cabeza.

—Al Peacock's. Ya sabes… Dicen que está muy bien —dijo, evitando la mirada de Leo.

Leo tenía ya un «ni muerto entro yo ahí» a punto de brotar de sus labios cuando sintió unas uñas larguísimas clavándose en sus hombros y una aguda voz gritando junto a su oreja.

—¿Al Peacock's? ¡Yo quiero ir!

—¡Lidia! —se quejó Leo.

Ella le ignoró olímpicamente y se sentó frente a Lara, olvidándose por completo de Rubén, su amiga y cualquier otra cosa que pudiera estar pasando por su cabeza.

—El Peacock's fue inaugurado hace solo una semana —recitó Lidia de carrerilla—. Se asienta sobre la antigua Fábrica de Vidrios de Valdemora y el nuevo dueño es Fonsi de la Riva, el hijo de la duquesa de Montalbán que, como todos sabéis, es DJ residente en Ibiza y Marbella. El local cuenta con un sistema de sonido Funktion-One de última generación importado de Reino Unido y una instalación central de latón de ocho metros diseñada por artesanos italianos que imitan las plumas de un pavo real. Según el Instagram de *GLAM Spain,* es el lugar con la política de acceso más estricta y exclusiva de todo Madrid. ¡Dime que puedo ir con vosotros! ¡Dime que puedo ir!

Lara le dedicó una sonrisa algo tensa.

—Bueno, es que Álvaro solo nos apuntó a nosotros en la lista…

—¿Álvaro nos apuntó en la lista? —se sorprendió Leo.

—Estamos apuntados en una lista —dijo Lucas en tono burlón.

Ambos amigos empezaron a reírse.

—Yo también quiero estar en una lista. —Lidia puso pucheros—. Y tener un pase VIP, y un reservado para mí y mis amigos. ¿Por qué no nací siendo rica? —gimoteó.

—Supongo que por una persona más, no pasa nada —sugirió Lara.

La cara de Lidia cambió en cuestión de segundos.

—¿Eso significa que puedo ir? ¡Me muero! ¡Katy! —gritó el nombre de su amiga al levantarse para volver con ella—. Adivina a dónde voy a ir el viernes… —La oyeron decir mientras se alejaba. La tal Katy pareció debatirse entre alegrarse por su amiga o entrar en el mismo círculo de autocompasión que Lidia había explorado tan solo unos segundos antes, pero Lidia empezó a planear su *outfit* y la pobre chica no tuvo más remedio que centrarse en el tema a tratar.

—Pues si tu hermana va a ir… —dejó caer Lara.

Leo gruñó.

—*Arrgh*, joder. Vale —dijo, pasándose la mano por el cabello en un gesto de rendición.

Ambos miraron hacia Lucas, que había vuelto a meter su cara en su Kindle. Al notar cuatro ojos sobre él, levantó la mirada.

—¿Qué?

—Si yo voy, tú vas —le advirtió Leo.

—Sabéis que no me va nada ese rollo… —empezó a plantear, pero la expresión de súplica en el rostro de Leo le hizo cambiar de parecer—. Está bien, iré.

—¡*Yay*! —gritó Lara, dando brinquitos en su asiento—. Qué ilusión que salgamos todos juntos.

—Sí —musitó Leo, sorbiendo despacito su cerveza—. Qué ilusión.

No le gustaban los sitios donde alguien decidía quién entraba y quién no. Ni siquiera cuando lo consideraban a él lo suficientemente digno de entrar.



El Peacock's era todo lo que Leo esperaba que fuera. La enorme nave industrial, que durante décadas había olido a sílice quemada, hollín y al aire denso de los hornos de fundición, ahora desprendía una fragancia gélida de perfume caro, ozono de aire acondicionado y el rastro químico y dulzón de los vaporizadores. Desde dentro, el bajo retumbaba con un pulso grave y obstinado que hacía vibrar el asfalto bajo sus pies. Cada vez que la puerta se abría para dejar entrar o salir a alguien, una ráfaga de música electrónica y risas se derramaba en la calle, mezclándose con el humo. Alrededor de la entrada, la calle se había llenado de coches que no parecían del barrio: SUVs alemanes con cristales tintados y deportivos que brillaban bajo las farolas de luz naranja, como depredadores exóticos en un descampado.

El grupo llegó en el viejo coche de Maribel, que Leo aparcó con cierta saña un poco más abajo, justo donde terminaba el círculo de luz azul que el local derramaba sobre el asfalto y empezaba la sombra de la nave industrial.

—¿Tenías que aparcar tan lejos? —se quejó Lidia nada más salir del coche. Sus taconazos de plataforma se tambalearon un poco cuando pisó el suelo irregular.

Aquella noche, Lidia era un espectáculo en sí misma. Se había tomado como un reto personal elegir el *outfit* perfecto, y parecía recién salida de la serie Euphoria, con un top de rejilla, ceñidísimos pantalones acampanados de tiro superbajo y sombras de ojos con purpurina y pedrería hasta las sienes que devolvían la luz en destellos iridiscentes.

Lara y Lucas se habían vestido con esmero: ella, con un sencillo vestido satinado que le favorecía muchísimo; él, con una americana que le quedaba un poco estrecha, pero que le daba el aire de oficinista serio que, en el fondo, era.

Leo, sin embargo, se había vestido para la guerra.

Se negó a ceder ni un milímetro de su identidad ni a aparentar algo que no era. Si aquellos pijos querían a Leo Gallardo en su local, lo iban a tener. Llevaba una camisa negra satinada, con transparencias estratégicas. Los tres botones desabrochados dejaban ver la limpia línea de su pecho. El tejido caía sobre unos pantalones negros muy ajustados y, en los pies, botines de punta estilizada, con una gran hebilla plateada. Un *ear cuff* de plata en su oreja izquierda y un toque de *eyeliner* e iluminador, obra de su hermana, completaban el conjunto. Si alguien pensaba que él iba a pedir permiso para existir, estaba muy equivocado.

Cuando se acercaron a la puerta, los vieron. Álvaro, Dante y Carolina estaban allí, esperando bajo el neón azul del local, formando un triángulo de perfección. Álvaro llevaba una camisa blanca impecable, abierta lo justo, y una americana azul marino que parecía recién planchada; los saludó con la mano, radiante, pero la mirada de Leo se clavó en los demás. Carolina, enfundada en un vestido negro ceñido y un abrigo corto de pelo de estilo setentero, se mantenía sobre sus afilados tacones con naturalidad. Dante, ligeramente apartado de ambos, vestía de oscuro: chaqueta entallada, cuello alto negro, reloj de marca asomándole bajo la manga.

Más allá de ellos, la fila para entrar parecía un desfile de moda, con abrigos estructurados, faldas cortísimas, blazers entallados y zapatos pulidos; el murmullo de conversaciones superpuestas flotaba en el aire, salpicado de carcajadas breves y del chasquido de encendedores.

—Qué bien que estáis ya aquí —dijo Álvaro, acercándose para besar a Lara.

—¿Llegamos muy tarde? —preguntó ella con cierta aprensión.

Álvaro rio y le aseguró que no, pero Leo observó cómo la impaciencia desaparecía del rostro de Carolina en cuanto Lara se giró hacia ella para saludarla. Dante, por su parte, también se acercó al grupo, pero cuando Leo lo miró, giró el rostro con rapidez.

—Te acuerdas de Leo, ¿verdad? —Lara se colgó del brazo de Álvaro mientras este saludaba a sus amigos—. A Lucas lo conociste

el otro día y esta es Lidia. Es la hermana de Leo —explicó—. Espero que no te moleste que la haya invitado. Le hacía mucha ilusión…

—Por el contrario, cuantos más, mejor.

Las presentaciones siguieron un momento. Lidia, coqueta y extrovertida como era, le plantó dos sonoros besos a Álvaro y otros dos a Dante. Mientras, Carolina se acercaba a Lara para decirle algo muy cerca de su oído, como una confidencia, y ambas rieron juntas como viejas amigas. Leo sabía que en las últimas semanas, Lara había estado socializando con el entorno de Álvaro. Así es como habían averiguado que Carolina y Álvaro eran, en efecto, medio hermanos, y que Dante era un amigo de ambos, pero era la primera vez que Leo la veía interaccionar con ellos desde la noche de la exposición. Algo le decía que la simpatía de Carolina por Lara era algo falsa, pero le pareció revelador que fuera amable con ella, pues eso solo podía significar que lo hacía por su hermano.

Tan centrado estaba en analizar el interés de Álvaro por Lara que no se había dado cuenta de que él mismo estaba convirtiéndose en objeto de atención del amigo de este. Al principio, el desdén de Dante era genuino y, tras conocerle, comenzó a escuchar su podcast solo para tener munición con la que criticarlo. Pero tras haber dejado bien claro que nunca podría sentir atracción por un hombre como él, empezó a darse cuenta de que, a pesar de no comulgar con la mayoría de ellas, sus opiniones le parecían increíblemente interesantes. A este descubrimiento le siguieron otros igual de irritantes, como que le cautivaba su carácter reivindicativo, su sentido de la justicia y su compromiso social. O como el hecho de que, ahora que lo veía de nuevo, era incapaz de apartar la mirada. Recorrió la silueta de Leo, deteniéndose en la curva de sus hombros, en la firmeza de su mandíbula y en sus deslumbrantes ojos azules, acentuados por un leve pero efectivo toque de maquillaje. Para Dante, que vivía sepultado bajo capas de apariencias y decoro, la presencia de Leo era como una descarga eléctrica. Era una provocación andante, un despliegue de orgullo que le producía una envidia tan profunda que solo había sabido procesar como desprecio en su primer encuentro, pero que ahora interpretaba como una creciente atracción. Leo, por su parte, ignoraba todo aquello, quizás

por lo desagradable que Dante le resultaba. Para él, solo era un hipócrita que prefería esconderse a la posibilidad de tener nada remotamente real con nadie.

Una vez que todos se saludaron e intercambiaron unas palabras, se dispusieron a internarse en el local.

—Vamos —dijo Álvaro, tomando la delantera.

Leo no supo si sentirse aliviado o insultado cuando lo vio saltarse la cola y dirigirse a una mujer joven con un pinganillo en la oreja y la cara enterrada en un iPad. Uno de los porteros le consultaba algo en ese momento y la mujer negó con la cabeza antes de volverse hacia él.

—Álvaro Soriano —se presentó.

—Por supuesto. —La mujer, con una sonrisa muy estudiada, repasó con la mirada la pantalla de su tablet—. Aquí está, Álvaro Soriano, grupo de… —Se detuvo un momento mientras los miraba con detenimiento de uno en uno—. La lista es para seis.

Se hizo el silencio.

Todo el grupo miró a Álvaro, excepto Lidia, que clavó la vista en sus pies. Álvaro, visiblemente azorado, empezó a balbucear una respuesta cuando Dante dio un paso al frente y le entregó a la relaciones públicas una de sus tarjetas.

—Habla con Fonsi si quieres. —Su tono era seco—. No debería haber ningún problema.

La RRPP leyó la tarjeta y levantó la vista. Leo casi pudo ver cómo conectaba piezas en su cabeza.

—Claro, disculpe. Pasad.

La mujer les franqueó el paso.

—Gracias —musitó Álvaro, pasando junto a ella y posando su móvil sobre el datáfono, para pagar su entrada y la de Lara.

—No tenías por qué —se quejó ella, apretándose aún más contra él.

—Claro que sí…

Leo y Lucas fueron los siguientes en pasar. Cuando Leo vio la cifra que brillaba en la pantalla del datáfono, resopló, pagó, recogió la ficha que le tendieron y se apresuró a seguir a Lara hacia el interior. A su espalda, oyó cómo Lucas imitaba su gesto.

—¡Veinticinco pavos por la entrada! —exclamó indignado, dándole vueltas a su propia ficha entre los dedos—. Aunque incluya una consumición, me parece un robo.

—Te quejas a Lara, no a mí —le dijo Leo con cierta mala leche.

—Si yo voy, tú vas, ¿recuerdas? Me quejaré todo lo que quiera contigo —añadió pasándole los brazos por encima de los hombros—. Al fin y al cabo, fuiste tú quien me obligó a venir.

Leo miró hacia atrás justo a tiempo de ver a su hermana pasando con la mirada perdida y la boca abierta. Estuvo a punto de llamarle la atención para que pagara su entrada cuando vio cómo Dante hablaba con la RRPP, que tecleó en el datáfono y se lo tendía.

—Le ha pagado la entrada a mi hermana —siseó.

—¿Qué? —preguntó Lucas. Tan cerca de la entrada, la música era ya lo suficientemente fuerte como para no haberlo podido escuchar.

Leo se paró a esperar a que Lidia llegara a su lado.

—¿Estás tonta o qué? —le espetó—. Han tenido que pagar tu entrada.

—¿Había que pagar entrada? —se sorprendió ella—. Pero si estábamos en una lista.

—Eres una niñata…

—Déjame en paz. Si ya me la pagaron y no fuiste tú, ¿de qué te quejas?

Leo fue a contestarle cuando vio que Dante y Carolina se les unían y que el portero ya iba abriendo para dejarlos pasar. Lara, aún abrazada a Álvaro, miró por encima de su hombro para sonreírle. Leo se obligó a responder a su sonrisa. Las puertas se abrieron ante ellos.

—¡Dios mío, mirad esto! —chilló Lidia, dando un saltito.

Cruzar el umbral del Peacock's fue como sufrir una descompresión. Si el aire de la calle era fresco y cortante, ahora estaban rodeados por una atmósfera densa, acondicionada y saturada. Los neones azul cobalto que colgaban del techo a diferentes alturas, creaban un cielo artificial que se reflejaba en las paredes de espejo ahumado y dotaban a los asistentes de un halo que los hacía parecer irreales y etéreos. El suelo pulido devolvía los

destellos de una enorme instalación central: la famosa estructura de latón dorado que recordaba a las plumas de un pavo real gigante y que servía de esqueleto para la cabina del DJ.

El espacio estaba fragmentado en diferentes alturas. En la zona principal, la multitud se movía bajo el pulso de un *techno-house* elegante y minimalista, mientras que en los laterales, unas plataformas elevadas albergaban los reservados: sofás de terciopelo verde bosque protegidos por cordones de seda negra. Allí, las botellas de vodka reposaban en cubiteras, custodiadas por camareros que se movían con silenciosa eficiencia.

—¡Joder! —exclamó Lidia, cuya cara se iluminaba con el destello de mil cristales—. ¡Esto es otro nivel! ¡Quiero bailar! —dijo con entusiasmo, tirando de Lucas.

Este solo tuvo tiempo de lanzarle a Leo su ficha y gritarle: «¡Pídeme lo mismo de siempre!» antes de perderse entre la multitud con su hermana.

Álvaro ya estaba apoyado en la barra cuando Leo llegó. Señalaba algo en la estantería iluminada mientras el camarero asentía. Dante se colocó al otro lado de Leo, lo bastante cerca como para que sus hombros casi se rozaran.

—Dos Hendrick's, por favor.

—¿Con qué tónica?

—Fever-Tree, si tienes.

El camarero asintió y procedió a preparar las bebidas. Leo dejó las fichas sobre la barra y otro camarero se acercó a tomar su comanda.

—Un gin-tonic y un mezcal.

—El mezcal no entra en la consumición.

—Ya —dijo lacónico.

La tarjeta había aparecido en sus dedos antes de que el camarero terminara la frase.

A su lado, Dante habló sin elevar la voz.

—Un Macallan solo, un dry martini y… —Se giró hacia Leo y le preguntó mientras ponía tres fichas sobre la barra—. ¿Qué bebe tu hermana?

—Un vodka con Red Bull.

Dante elevó las cejas ante la petición, pero el camarero empezó a preparar las copas.

—Una elección interesante —opinó.

—Es lo que le gusta —dijo sin mirarlo.

Hubo un segundo de silencio. Álvaro recogía ya sus copas.

—Mejor me voy yendo y despejo la barra. Nos vemos ahora.

Dante asintió y su amigo se marchó hacia la pista. El camarero dejó el mezcal frente a Leo.

—Te pago la entrada de Lidia.

Dante giró apenas el rostro hacia él.

—No hace falta.

—Sí hace falta.

El gin-tonic de Lucas quedó también servido. Leo deslizó la tarjeta y pagó el suplemento del mezcal sin apartar la vista del frente. Cuando fue a insistir, Dante lo cortó con una leve inclinación de cabeza.

—No insistas más, por favor. No tiene importancia —dijo mientras él pagaba el suplemento.

La música vibró entre ellos. Leo suspiró. El resto de las copas estaban ya listas y él ya tenía las manos ocupadas con el mezcal y la copa balón. Miró al vaso alto de su hermana, aún en la barra.

—Permíteme. —Dante cogió el whisky y el Red Bull con una sola mano y sostuvo el martini por el tallo con la otra, con una naturalidad que resultaba casi irritante. Leo no pudo evitar fijarse en lo largos y hábiles que parecían ser sus dedos—. Vamos.

Volvieron con los demás y repartieron las copas. Lidia cogió la suya, le dio un gran sorbo y se colgó del cuello de su hermano para bailar con él. Leo rodeó su cintura casi por instinto y ella rio. En el escaso rato que él había tardado en pedir las copas, Lidia había bailado ya lo suficiente como para haber roto a sudar. Su piel, perlada por la loción corporal con *glitter*, estaba más iluminada y pegajosa, y su expresión era una de auténtico gozo.

Leo se dejó contagiar por la energía de su hermana, permitiendo que el ritmo del *techno-house* dictara el movimiento de sus cuerpos. Por un momento, el Peacock's dejó de ser un símbolo de todo lo que detestaba para convertirse simplemente en un lugar donde podía

dejarse llevar por la música. Se relajó, acoplando el movimiento de sus caderas al ritmo del bajo que le golpeaba en el pecho y cerró los ojos, dejando que el mezcal y el *beat* lo transportaran a un lugar en el que no tenía que pensar. Sintió a su hermana alejarse, escuchó la clara risa de Lara y notó a Lucas a su lado, pero no dejó de bailar en ningún momento.

No, al menos, hasta que un fuerte golpe en el hombro le hizo trastabillar.

Abrió los ojos de inmediato. A su lado acababa de pasar un hombre fornido que ya se perdía entre la marea de gente y al que no parecía importarle a quién atropellara a su paso.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucas, con un brazo aún alrededor de su cintura. Esa había sido la única razón por la que no había caído al suelo.

—Joder con la gente —dijo a modo de respuesta.

Lucas fue a decirle algo cuando un nuevo empujón, esta vez en su espalda, le hizo golpearse contra él.

—Mira por dónde vas, friki… —le siseó por encima del hombro el tío que le había empujado esta vez antes de alejarse.

Leo se dispuso a seguirlo para decirle dos o tres palabras, pero la mano de Lucas alrededor de su muñeca lo detuvo.

—Leo, no —le pidió con rotundidad—. No vale la pena.

—¿Que no vale la…?

—No estamos en nuestro ambiente. Mira a tu alrededor.

Leo lo hizo, y vio entonces que no era tan solo la luz de los neones lo que rebotaba en él. Eran las miradas. A pocos metros, un grupo de hombres lo observaba con una mezcla de mofa y desprecio. Al otro lado, vio a dos que se daban un codazo, antes de señalarle con poco disimulo. Incluso Dante, que estaba un poco apartado, con la copa de Macallan en la mano y apoyado contra una barandilla, no dejaba de mirarlo. Sus ojos recorrían a Leo con una fijeza escrutadora que casi dolía más que la burla de los otros. Carolina estaba a su lado, con el brazo enredado en el de Dante con una posesividad instintiva. Ella también lo miraba.

De repente, Leo se sintió ridículo con sus transparencias, su *eyeliner* y ese *ear cuff* que brillaba desafiante bajo la luz de los

neones.

—No empieces algo que no sabes cómo va a terminar. —Oyó decir a Lucas.

—No lo he empezado yo —se enfrentó a él.

—Ya, joder, pero… no vas a ganar tú esta pelea, Leo. Aquí no.

—¿Qué pasa? —Lidia se interpuso entre ambos, aún bailando. El vaso de vodka había desaparecido y tenía los ojos brillantes—. ¿Ya no bailáis?

—Voy un momento al baño —gritó Leo, necesitando escapar de ese escáner visual antes de explotar.

—Leo… —Lucas intentó detenerlo, pero se desembarazó de él y se alejó.

—¡No tardes! ¡Y tráeme otra copa! —oyó decir a Lidia.

Leo se abrió paso entre la multitud, sintiendo el roce de las telas y el calor de los cuerpos. El pasillo hacia los baños era más oscuro, revestido de espejos negros que multiplicaban su figura solitaria. Al entrar, el estruendo de la pista quedó reducido a un latido sordo tras la puerta insonorizada.

Se apoyó en el lavabo de mármol y abrió el grifo. El agua fría sobre sus muñecas y su nuca le devolvió un poco de calma. Se miró al espejo, apretando la mandíbula, y odiándose por dejar que aquel lugar le hiciera sentir tan pequeño.

Entonces, el clic de la puerta rompió el silencio.

A través del espejo, Leo vio entrar a Dante. La elegancia de su chaqueta oscura contrastaba con la crudeza del baño de diseño. Dante no fue hacia los sanitarios; se detuvo a un par de pasos de Leo, manteniendo una distancia que en aquel espacio cerrado se sentía asfixiante.

—Te gusta llevar las cosas al límite, ¿verdad? —dijo Dante. Su voz, liberada del ruido exterior, sonaba sorprendentemente nítida y peligrosa.

Leo cerró el grifo con un giro seco y se volvió hacia él, secándose las manos con una lentitud deliberada.

—¿A qué te refieres, Valcárcel? ¿A mi ropa o a mi mera presencia?

Dante dio un paso más, ocupando ese espacio personal que solo se invade cuando se busca pelea o algo mucho más íntimo. Bajo la luz blanca y fría del baño, su rictus de superioridad parecía una máscara a punto de resquebrajarse.

—A esa necesidad tuya de que todo el mundo te mire —murmuró, bajando el tono—. De que todos sepan qué eres… —Inclinó la cabeza—. ¿No te resulta agotador?

—Lo que es agotador es toda esta hipocresía —le soltó Leo, clavándole los ojos azules—. Toda esta gente de mierda que se cree mejor que yo porque al nacer cayó en una cuna de oro. Todos esos tíos que me miran, y me empujan, y me insultan, y que querrían pegarme solo porque no se atreverían a tocarme de ninguna otra manera. Por mucho que lo deseen —dijo con veneno, mirando a Dante de arriba abajo, dejando muy claro que lo incluía a él en su discurso.

Dante tensó la mandíbula y, por un instante, Leo creyó ver un destello de pánico en su mirada, seguido de una audacia desesperada. Se acercó más, lo suficiente para que Leo pudiera oler el whisky en su aliento y su perfume amaderado, y observar el orgullo herido de quien nunca había recibido un no.

—¿De verdad crees que yo no me atrevería? —preguntó Dante, casi en un susurro, con un doble sentido que dejó el aire cargado de electricidad.

Leo no retrocedió. Al contrario, se acercó más a él, retándolo hasta que empezó a sentir la incomodidad que comenzaba a emanar de Dante al verse descubierto en un terreno que no controlaba del todo.

—Lo que creo es que tu novia debe estar preguntándose dónde demonios estás —sentenció Leo con un desprecio absoluto—. Porque si de verdad tuvieras el valor que dices tener, no necesitarías esconderte en un baño para decirme todo esto.

Se hizo un silencio denso, solo interrumpido por el zumbido del aire acondicionado. Dante abrió la boca, quizás para defenderse, quizás para confesar, pero Leo le puso una mano en el pecho y lo apartó con firmeza, sintiendo el latido acelerado de Dante bajo la tela de su americana.

—Vuelve con Carolina, Dante. Yo no pertenezco a tu mundo, pero tú tampoco perteneces al mío. No me hagas perder el tiempo.

Leo salió del baño con el corazón a mil, pero con la cabeza alta. En cuanto vio a su hermana, la cogió de la muñeca y le espetó:

—Nos vamos.

—¿Cómo? ¡No! Pero si acabamos de llegar.

—Lidia. Nos vamos —repitió con un rictus en los labios que no permitía discusión.

Lucas, que estaba lo suficientemente cerca como para haberlo escuchado todo, dijo:

—Me voy con vosotros. Déjame avisar a Lara.

—Te esperamos fuera —dijo, tirando de Lidia que, aunque callada, parecía no estar nada de acuerdo.

Dante volvió a la pista justo a tiempo de ver cómo Lucas se despedía de Lara y de Álvaro. No se veía a Leo por ninguna parte; el hueco que había dejado en la sala se sentía casi como un vacío físico.

Carolina se acercó a él de inmediato y pegó su cuerpo al suyo, obligándole a retomar el ritmo de la música.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído.

Dante asintió mientras se recolocaba las gafas sobre el puente de la nariz con un gesto meticuloso, sabiendo que mentía. Quizás ella también lo sabía, pero no hizo más comentarios al respecto. No hacía falta: Carolina era experta en leer sus silencios.

Mientras seguían bailando, rememoró la conversación que habían mantenido apenas media hora antes, cuando ambos observaban a Leo bailar con una libertad que a él le estaba vedada.

—Ese chico es muy llamativo, ¿verdad? —había dicho ella, observándole con atención—. Bonitos ojos.

Dante no había respondido enseguida. Su mirada se había quedado anclada en el cuerpo ondulante de Leo, bajando por la línea de su espalda hasta el movimiento rítmico de sus caderas, sintiendo una urgencia en la boca del estómago, una pulsión irracional que le empujaba a acortar la distancia.

—Es atractivo —concedió al fin, con la voz seca—. Y seguro que lo sabe. Por eso se comporta así.

Carolina había sonreído, una curva lenta y llena de significado que a Dante le resultó incómoda.

—Ajá —había dicho ella, con conocimiento.

Dante la miró, sintiéndose como si alguien hubiera encendido de golpe una luz en una habitación donde él creía estar a oscuras. Pero aún seguía convencido de que podría ocultarse. Frunció ligeramente el ceño, jugando al despiste.

—¿Qué?

—Nada. —Carolina se había inclinado más hacia él, enroscando una mano alrededor de su antebrazo en un gesto íntimo—. Solo que… Más te vale tener cuidado.

Ahora, de vuelta al presente, Dante apretó con más fuerza el cuerpo de Carolina contra el suyo, buscando refugio en lo conocido. Pero el peso de su advertencia seguía ahí, vibrando bajo el pulso de la música. Dante sabía que Carolina tenía razón: más le valía no involucrarse con un hombre así. Y más le valía no volver a dejarse arrastrar por esa urgencia, ni a entrar en un baño tras el rastro de unos preciosos ojos azules.

CAPÍTULO
TRES



El piso de los Gallardo era un ecosistema de ruidos familiares que Leo solía ser capaz de filtrar, pero aquella tarde la concentración se le escapaba entre los dedos. En su habitación, el repiqueteo de las teclas del portátil competía con el televisor del salón, donde una tertuliana analizaba un nuevo noviazgo con voz ronca, y con las risas y comentarios de su madre y su hermana.

—¿Pero ese no era sobrino de la Montoya?

—¡Que no, mamá! Ese es el hijo de la de Gran Hermano, el que quería ser DJ. ¿No te acuerdas? El que estampó su BMW porque iba puesto de farlopa —la voz de Lidia subió una octava—. Y te digo yo que su nueva novia se ha puesto pómulos. Pero si se le nota a la legua.

—Pues está monísima, hija —respondió Maribel—. ¿Y dices que es bailarina?

—Eso dice ella —bufó Lidia.

Leo suspiró, quitándose los auriculares, que se le habían quedado sin batería. Estaba intentando cerrar una columna sobre la última agresión homófoba en Madrid, pero las palabras «farlopa» y «pómulos» se colaban en su redacción. Se levantó y fue hasta el salón.

—¿Podéis bajar un poco el volumen? El de la tele y el de vuestras gargantas también —pidió Leo, asomándose a la puerta.

El salón era un caos acogedor. Maribel estaba sentada en el sofá, rodeada de cojines de ganchillo, con una revista abierta en el regazo, pero los ojos pegados a la televisión, mientras Lidia, sentada en la alfombra, se pintaba las uñas de un verde flúor que olía a pura química.

—Míralo, se cree que vive en la Biblioteca Nacional —soltó Lidia —. Si te molesta el ruido, vete a una cafetería.

Leo sabía que Lidia seguía molesta con él por haberla sacado a rastras del Peacock's, aunque ya hubieran pasado casi dos semanas. De hecho, su enfado no era la única consecuencia de aquella noche. A la mañana siguiente, tuvo que asegurarle a Lara que no había tenido problemas con Álvaro ni con ninguno de sus amigos, lo cual no era del todo cierto.

Aunque Leo se apresuró a explicar que su incomodidad en el Peacock's tuvo más que ver con la actitud de la gente hacia él que con los actos de alguien en particular, sabía que Lara no tardó en notar que algo no cuadraba. El silencio y las evasivas solo lo hacían parecer más sospechoso, y aunque Lara no lo dijera, Leo empezaba a sentir que no podría seguir evadiendo la verdad por mucho más tiempo. Se apoyó en el marco de la puerta y la miró mientras ella, ignorándolo olímpicamente, encendía la lámpara LED para curar su esmalte.

—En una cafetería habría menos escándalo, eso seguro —replicó él con una media sonrisa.

Como toda respuesta, su hermana subió el volumen del televisor.

—Ay, niña, pero qué molestosa eres. —Maribel cogió el mando a distancia para bajar el sonido de nuevo—. ¿Así está mejor, cielo?

Leo iba a asentir cuando se oyó el timbre.

—Seguro que es Lara. Tenemos que repasar el guion de la semana que viene.

—*Tinimis qui ripisir il guin di li simini qui vini* —le imitó Lidia con burla.

Leo puso los ojos en blanco y decidió ignorarla. Se dirigió a abrir la puerta y oyó a sus espaldas cómo Maribel regañaba a Lidia por lo

bajini.

Abrió la puerta y Lara apareció en el umbral con el abrigo aún puesto, el bolso colgado en bandolera y el móvil ya en la mano, como si llevara un rato usándolo y sólo hubiera hecho una pausa para subir las escaleras.

—Hola, familia —saludó al entrar. Leo se hizo a un lado para dejarla pasar. Lara besó a Maribel en la mejilla, esquivó a Lidia con un gesto rápido y dejó el bolso sobre la silla más cercana, sin más ceremonia—. ¿Qué tal vais?

Lidia levantó la mirada.

—*Uuuuh*, me flipan tus zapatos —siseó con avaricia.

—Pues te recuerdo que aún no me has devuelto la camiseta que te dejé —le lanzó Lara sin girarse.

—Porque a mí me queda mejor que a ti —dijo, sacándole la lengua.

Lara decidió ignorarla, sacó el portátil del bolso y se giró hacia Leo.

—Perdón, sé que llego tarde, pero es que no veas el día que llevo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas cuando Álvaro nos dijo que un funcionario del Ministerio se pondría en contacto con nosotros para acordar los términos de la exposición? Pues me llamó hoy al móvil y no veas cómo habla el tipo. No para.

—Vaya…

—Ya lo conocerás la semana que viene. Quiere reunirse con los dos. —Ante eso, Leo puso cara de circunstancia—. Necesita hablar contigo también.

—Bueno, eso es un problema para otro día. Vamos a mi cuarto. Quiero que revisemos el bloque final del podcast, que he tocado un par de cosas.

—Venga —respondió Lara, siguiéndolo—, que eso lo ventilamos en cinco minutos. O quizás en diez. Luego me voy corriendo, que hoy tengo mucho lío.

Leo cerró la puerta de su habitación y apoyó la espalda en ella un segundo, como si necesitara aislarse del ruido exterior antes de

volver a ponerse en marcha. Lara ya estaba sentada en la cama, con el portátil aún sin abrir sobre las rodillas.

—Pero antes de empezar, te tengo que decir una cosa —soltó ella con rapidez.

Leo alzó una ceja.

—Vale…

—Este fin de semana me voy con Álvaro a una casa que tiene en la sierra —soltó, levantando la vista por fin—. Van a ir amigos suyos, su hermana, ya sabes.

Leo cruzó los brazos.

—¿Y eso tiene que ver conmigo porque…?

—Porque estás invitado —dijo Lara—. Y porque me encantaría que vinieras.

Hubo un breve silencio.

—Tengo entregas —respondió él—. Y una reunión con mi editor. Y tenemos que terminar el guion de la semana que viene. Y vale que mi coche está ya arreglado, pero no sé si va a aguantar una carrera hasta… —se interrumpió. Lara lo miraba como esperando a que él se sincerara, así que lo hizo—. Y, sobre todo, no me apetece pasar un fin de semana rodeado de los amigos de tu novio.

—Me dijiste que no tenías problema ni con él ni con ninguno de sus amigos —replicó ella enseguida.

Leo la miró, aparentemente sin saber qué decir. Lara no quería presionarlo, pero sabía que había algo que su amigo no le estaba contando. El problema era que no sabía cómo abordarlo sin que él se cerrara aún más, porque si algo sabía Lara, era que si Leo decidía guardar silencio sobre un asunto, no podía ser algo simple.

—Déjame pensarlo —dijo él al fin—. Igual puedo pasarme el viernes por la noche.

—¿En serio? —Lara sonrió, aliviada—. Gracias. De verdad.

—No es nada. Vamos a mirar lo del guion, anda.

Se sentó frente al escritorio y Lara abrió su portátil. Trabajaron durante un rato y solo hablaron para intercambiar opiniones e ideas. En cuanto terminaron, Lara cerró el portátil y se levantó.

—Me voy —anunció—. Tengo que ir a la galería Juana de Arte, a la nueva exposición de Marta Hidalgo, ya sabes, la fotógrafa —

explicó mientras se ponía la chaqueta—. Tengo que escribir la crítica para la edición dominical del diario.

Leo frunció el ceño.

—¿Pero te dará tiempo? —preguntó, no sin cierta incredulidad.

Lara le lanzó una sonrisa confiada.

—Sí, sí, lo escribiré esta tarde, y si no, lo termino en la sierra —contestó, con un ligero encogimiento de hombros que delataba que había otras motivaciones además del trabajo.

Leo la miró con atención, percibiendo la chispa de ansiedad mezclada con ilusión en su amiga. Sabía que quería pasar el fin de semana con Álvaro, pero también opinaba que no debía descuidar su trabajo. Ella, en cambio, no esperó respuesta. Ya se estaba encaminando hacia la puerta.

—Hablamos luego para concretar lo de la sierra. Si vas a ir el viernes, te mando ubicación, y listo.

Salió antes de que Leo pudiera contestar. El sonido del televisor, las risas de Lidia y la voz de su madre volvían a filtrarse bajo la puerta. Leo suspiró y se sentó de nuevo frente a su propio portátil. Por un momento, la columna que tenía entre manos no parecía ser lo único que ocupaba su mente.



El aire fresco de la sierra golpeó a Lara en cuanto se bajó del coche. Álvaro había aparcado frente a un chalet de líneas sencillas, donde la madera y la piedra se entrelazaban con el cristal, ofreciendo un equilibrio entre la naturaleza y la modernidad. La casa, grande y de estilo minimalista, parecía estar impregnada de la calma de la montaña, y el sol de la tarde filtraba sus rayos a través de los árboles altos, proyectando sombras alargadas sobre el porche, mientras los enormes ventanales invitaban a contemplar la sierra en silencio.

Lara se quedó unos segundos observando, fascinada por la armonía del lugar. Álvaro la miró con una sonrisa de complicidad mientras sacaba las maletas del maletero.

—¿Te gusta? —le preguntó, aunque parecía conocer la respuesta.

Lara se giró hacia él con una sonrisa en los labios.

—Es preciosa… ¿Cuándo la compraste?

—No lo hice. Era de mi abuelo. Cuando murió, la reformé. Bueno, prácticamente la eché abajo e hice construir una casa nueva —soltó una leve risa—. Caro y yo siempre hemos adorado venir aquí a descansar.

Casi como si hubiera oído su nombre, Carolina bajaba en aquel momento los escalones que provenían de la parte posterior de la casa.

—Me había parecido escuchar el motor —los saludó, avanzando hacia ellos.

Lara pensó que nunca había visto a nadie vistiendo un conjunto de *loungewear* con tanto estilo como ella. Carolina llevaba unos pantalones de punto grueso en un beige cálido, un jersey *camel* de cuello vuelto y una capa sobre los hombros, con un diseño geométrico de cuadros en tonos oscuros, para protegerse del cortante aire de la sierra. Cuando llegó a su lado, la mujer la envolvió en un abrazo y Lara comprobó que la capa estaba hecha de la más suave y cálida lana.

—Espero que Álvaro no te haya vuelto loca por el camino con los detalles arquitectónicos de su casita de campo —dijo, con tono cariñoso, pero también algo burlón.

Álvaro se acercó y besó a Carolina en ambas mejillas.

—Me esperé a llegar aquí para contarle todo —respondió, sonriendo—. Estaba empezando a explicarle lo de la reforma.

—Pues entonces, he llegado justo a tiempo para rescatarte, querida. —Enroscó su brazo alrededor del de Lara—. Será mejor que yo te haga el *tour* por la casa: me la conozco igual de bien que él, pero soy mucho menos pesada contando la historia. Álvaro, sé un buen chico y lleva tú el equipaje.

—A sus órdenes —dijo él a sus espaldas en tono jovial, seguramente acostumbrado a las formas de su medio hermana.

Lara le dio una mirada fugaz a Álvaro, como pidiéndole disculpas, mientras Carolina la guiaba hacia el interior de la casa.

—Dante y yo llegamos hace un par de horas. También han venido otros amigos, Lucía y Sergio; aún no los conoces. Y está nuestro primo Borja, ¿te acuerdas de él? Esta tarde llegarán un par de personas más. —Carolina la miró con una sonrisa—. ¿Tu amigo viene al final?

Lara asintió, aunque se sintió algo incómoda con la pregunta.

—Me dijo que intentaría llegar esta noche.

—Perfecto —respondió Carolina con un tono muy medido.

Dentro, la decoración era lujosa pero discreta, con muebles de madera, amplias alfombras y una chimenea de piedra cuyo fuego ya estaba encendido. El calor llenaba la estancia, envolviéndolo todo en un aroma resinoso que hacía que el ambiente se sintiera muy acogedor. El salón estaba lleno de luz natural, filtrada por ventanales que daban a una terraza detrás de la casa: un antiguo jardín reconvertido en un sofisticado espacio exterior, donde el empedrado original, las macetas de terracota y los muros de piedra cubiertos de líquenes convivían con la modernidad de los muebles de exterior y los braseros de acero inoxidable. Ya había varias personas allí, como Carolina le había dicho, ocupando un amplio sofá en forma de L. Desde el interior, Lara podía escuchar sus voces y risas y ver cómo bailaba el brillo de las copas de vino sobre la mesa junto al fuego de los braseros, creando una estampa perfecta.

—Nos uniremos a ellos en un momento. Déjame que te enseñe la casa y, sobre todo, la habitación de Álvaro —dijo Carolina, con un aire de tal complicidad que las hizo reír a las dos.

Poco después, tras haber visitado la casa y haberse refrescado un poco en el baño en suite del dormitorio de Álvaro, Lara estaba sentada en el sofá de la terraza con una copa de Ribera Gran Reserva en la mano y una manta de paño sobre las rodillas, disfrutando de la compañía y la conversación ajenas. Los demás invitados habían llegado ya, y hechas las presentaciones, la conversación empezó a fluir con la misma facilidad que el vino. Empezaba a atardecer, y la luz dorada se derramaba sobre ellos, compitiendo con la creciente iluminación proveniente de los

braseros. Casi le dolía no tener su móvil a mano para poder sacar una fotografía.

—Esto es perfecto. —Se inclinó hacia Álvaro, que se sentaba a su lado.

Álvaro le pasó un brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí, besándola en la sien.

—Sabía que te gustaría.

—No quiero tener que ir dentro, pero en breve debería dejar de beber y sentarme a terminar la crítica.

—Luego lo puedes hacer. Tu *deadline* no es hasta mañana.

—Ya lo sé, pero no me gusta dejar las cosas para el último momento. Que luego todo son prisas y me estreso.

—Qué responsable eres —la alabó él, dándole otro beso, esta vez en la mejilla.

—Entonces, ¿a qué te dedicas, Lara?

Lara casi dio un brinco al sentirse interpelada por… ¿Jorge? No estaba segura de haber retenido su nombre. Había sido el último en llegar, junto a su esposa, una mujer rubia y delgada que, íntegramente vestida de blanco, hablaba con Carolina en aquel momento.

—*Emm*… Soy artista —dijo, sintiendo la incomodidad que siempre le acometía cuando le hacían esa pregunta. Sobre todo en determinados ambientes.

—¿Qué tipo de artista?

—Del tipo más común: de las que no se ganan la vida solo con su arte —intentó bromear. Pero la voz le salió un poco débil y solo recibió unas educadas sonrisas con su comentario—. Soy pintora —dijo, ganando un poco de firmeza—. Trabajo con óleo, aunque mis cuadros suelen nacer de una fotografía. Me obsesionan los retratos.

—Su estilo es alucinante —intervino Álvaro—, con pinceladas muy cargadas y colores superatrevidos. De cerca, sus obras parecen un caos, pero en cuanto das tres pasos atrás, todo cobra sentido.

Jorge asintió con una curiosidad algo distante, la misma con la que se observa una especie exótica en un documental.

—Interesante. ¿Y se puede ver tu obra en alguna parte?

—En algunas galerías pequeñas y, sobre todo, en mi cuenta de Instagram, aunque ahora mismo tengo una exposición en Nave 8, en El Cañaveral —admitió Lara con una sonrisa tímida.

—Y será, si todo va bien, la artista estrella de «Miradas diversas» —volvió a hablar Álvaro.

—Así es como se conocieron —sonó la grave voz de Dante, que había estado hasta ese momento ajeno a su conversación.

Lara se dio cuenta de que el resto de charlas se habían ido apagando y que todo el mundo parecía ahora centrado en ella.

—Ya veo —dijo el tal Jorge.

—Pero dijiste que no te ganabas la vida con eso, ¿no? —le preguntó la mujer de este, dando un sorbo del carísimo vino. Lara se preguntó cómo quedaría aquel níveo jersey si se le derramara la copa por encima. Carolina le dio un pequeño codazo, y la mujer se quejó—. ¿Qué? Ella misma lo acaba de decir…

—Es verdad —contestó—. También soy copresentadora de un podcast, escribo crítica de arte para un digital como *freelance* y dos tardes a la semana doy clases en una academia de pintura de mi barrio para jubilados. —Elevó la barbilla, como pensó que Leo haría en una situación así—. Así es como me gano la vida.

El silencio que siguió a sus palabras fue breve, pero lo suficientemente denso como para que el chasquido de un tronco rompiéndose en uno de los braseros sonara como un disparo. La mujer del jersey blanco parpadeó, procesando que la «especie exótica» acababa de mostrar los dientes con una educación impecable.

—Me parece… fascinante —balbuceó Jorge, tratando de rescatar la cortesía del grupo—. Una vida muy completa, desde luego.

Álvaro, ajeno a la punzada de humillación que Lara acababa de sentir, le apretó el hombro con orgullo genuino.

—Es una tía increíble, ya os lo dije. No para —añadió, antes de girarse hacia Dante—. ¿A que sí, Dante? Tú, que eres un adicto al trabajo, deberías valorar eso.

Dante, que no había dejado de observar con atención a Lara y su reacción, dio un sorbo lento a su copa. Sus ojos oscuros se fijaron

en los de ella con una intensidad que no era burla, sino una curiosidad nueva, más seria.

—Lo valoro —respondió Dante con su seriedad habitual. Su voz estaba desprovista de calidez, pero cargada de una honestidad cortante—. El talento es común; la disciplina para mantenerlo mientras haces todo lo demás, no tanto.

—Lo cual me recuerda que tengo trabajo que hacer —dijo Lara, levantándose por fin. Cogió la manta que reposaba en su regazo y se envolvió con ella—. Será mejor que vaya dentro a terminar la crítica. —Miró a los demás, de uno en uno—. Nos vemos en un rato, cuando la termine.

—Tómate tu tiempo, cariño —dijo Álvaro con ternura, soltando su mano cuando ella se empezaba a apartar.

Lara asintió con un cabeceo tenso y se dirigió al interior. Mientras entraba en la casa, rescató su móvil, que había dejado abandonado en la encimera, y lo desbloqueó para mandar un mensaje mientras corría escaleras arriba.

Vienes o no?

La respuesta de Leo no tardó en llegar.

Así de bien lo estás pasando, eh?

Lara chasqueó la lengua y se encerró en la habitación de Álvaro. Odiaba que Leo la conociera tan bien. Al final, tecleó.

Vale, lo confieso: Socorro! 🛟😅

Esperó que los emojis amortiguaran la seriedad con la que estaba pidiendo ayuda. Vio tres puntitos azules, indicando que Leo estaba escribiendo. Los puntitos desaparecieron y volvieron a aparecer. Al final, tras unos segundos, la respuesta de Leo apareció en la pantalla.

Estoy en el centro

Reunión con mi editor

Manda ubicación

Lara dejó que un suspiro escapara de sus labios mientras compartía la ubicación con su amigo.

Dame una hora

Tras esa última respuesta, Lara se tumbó en la cama, con los brazos extendidos, y sintió que una traicionera lágrima se escapaba por la comisura del ojo. Se la secó con rabia y se incorporó hasta quedar sentada en la cama. Cogió su bolso, sacó el portátil y lo acomodó sobre su regazo. Aquella mañana había estado trabajando con dos archivos: uno en el que había volcado las notas que había tomado la tarde anterior durante la exposición y otro con el borrador del artículo. Ahora, al abrir el PC, esperaba verlos tal como los había dejado al cerrarlo para meterse en el coche con Álvaro, pero la pantalla se iluminó apenas un segundo, mostrándole brevemente sus notas y el documento a medio escribir, antes de que se oyera un pequeño *clac* interno y la pantalla se fundiera a negro. El piloto de encendido parpadeó tres veces en naranja y se apagó.

—¡Mierda, mierda! —siseó, buscando el cargador dentro de su bolso.

Lo enchufó y esperó unos minutos. Al pulsar el botón de encendido, el portátil arrancó desde cero, con el logo del fabricante apareciendo sobre el fondo negro. Cuando el escritorio cargó por fin, Lara abrió el programa de texto, esperando ver la pantalla de autorrecuperación, pero no había nada. Confusa, buscó en archivos recientes, pero tampoco había allí rastro ni de sus notas ni del borrador. Su corazón dio un vuelco al darse cuenta de su error: no había guardado los archivos, ni llegado a nombrarlos siquiera, y la memoria temporal los había borrado.

—No, no, no, no, no… —gimió, reiniciando el procesador de textos, buscando en diferentes carpetas, esperando estar equivocada, pero solo consiguió tener ante sí una hoja en blanco.

Las notas de la exposición, las palabras de la artista, las ideas que habían fluido en la vuelta a casa, el primer borrador de la

crítica… todo se había quedado en un limbo eléctrico del que no tenía ni idea de cómo rescatarlos.

Desolada, posó el ordenador en la colcha antes de cubrirse la cara con las manos. Esto era una pesadilla, se dijo, no podía estar pasando. Justo en ese momento, la puerta se abrió. Álvaro se asomó.

—Perdona que te interrumpa, pero ¿al final va a venir Leo? Sergio dice que necesita saber cuántos vamos a ser para la… ¿Qué te ocurre? —preguntó alarmado al verle la cara. Lara abrió la boca para explicarle lo que acababa de pasar, pero un sollozo fue lo único que escapó de sus labios.

—Cariño, ¿qué te pasa? —inquirió de nuevo, sentándose junto a ella y abrazándola.

—Este ordenador de mierda —contestó con la voz rota—, que me acaba de borrar los archivos. La batería me lleva un tiempo fallando y… Y antes, cuando viniste a buscarme a casa, estaba tan ilusionada por venir contigo que se me olvidó guardar los archivos, simplemente lo cerré y…

—¿No los puedes recuperar?

—¡No! —gimió ella.

Álvaro cogió el ordenador y trasteó un poco en él.

—¿Cómo se llamaba el archivo?

—Te digo que no lo llegué a guardar. No tiene nombre. Se perdió con el reinicio.

—La verdad es que yo no soy muy entendido con estos cacharros. Dante se suele enterar más, ¿quieres que lo avise?

—No, ¿para qué? No se pueden recuperar y, además, va a pensar que soy una idiota y una irresponsable.

—Él no pensaría eso de ti. Puedes escribirlo de nuevo, ¿no? Sé que es una faena, pero…

—No, no puedo, no tengo aquí las notas que tomé durante la exposición, mis impresiones en vivo al ver las fotografías…

—Pues invéntatelo.

—No puedo hacer eso.

—Ya, ya sé que no puedes. ¿Y qué vas a hacer?

—No tengo la más remota idea… Y sí, por cierto.

—¿Sí, qué?

—Que Leo va a venir. Me escribió hace un rato.

—Genial —dijo, aunque su tono de voz no era alegre que digamos—. Salgamos fuera un rato, así te dará un poco el aire y te despejas. Después de cenar decides qué hacer, ¿vale?

Lara asintió levemente antes de lanzarle una última y derrotada mirada al ordenador. Se dejó guiar por Álvaro de vuelta a la terraza. La noche había caído y, aparte de la incierta luz de los fuegos crepitando en los quemadores, habían encendido unos focos insertados en la pérgola. Sergio empezaba a encender la barbacoa, alguien había puesto música y las mujeres bebían y reían en un rincón.

—¿Ya has terminado, bonita? —preguntó Carolina en cuanto los vio aparecer.

Álvaro negó con la cabeza, como una advertencia.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Dante.

—Ha perdido los archivos en los que estaba trabajando —respondió él por Lara, con una voz comedida.

—Vaya —silbó Dante.

—¿Y seguro que no lo tienes en el iCloud? —preguntó la del jersey blanco.

—Es un Windows —dijo Lara con voz temblorosa, sentándose en una esquina del sofá. Se dio cuenta entonces de que aún llevaba consigo la manta de paño y se envolvió de nuevo con ella. Tenía el cuerpo helado y un escalofrío la recorrió.

—Esas cosas pasan —oyó decir a la otra mujer.

—Bueno, seguro que puedes rehacerlo —intentó consolarla Carolina.

—Claro, mujer, un archivo perdido no puede arruinarte el fin de semana —rio Jorge, poniéndole una copa en la mano—. Prueba esta margarita, mi mujer prepara las mejores de Madrid, como es normal.

Lara probó la bebida, recordando de repente que la mujer de Jorge, la que brillaba bajo las luces con su impoluto *outfit* blanco, se había presentado como Margarita. Asintió apreciativamente, pero el regusto de la lima le raspó la garganta. Dejó la copa sobre la mesa.

En ese momento, el traqueteo de un motor antiguo y de escasa cilindrada llegó hasta ellos.

—Por fin ha llegado el que faltaba —anunció Álvaro con fingida jovialidad, levantándose para ir a buscar al recién llegado.

Como había hecho su hermana unas horas antes, Álvaro rodeó la casa desde la terraza hasta llegar al porche, frente al que acababa de aparcar un destartalado Opel Corsa de color indescifrable en la oscuridad. Los faros se apagaron y Leo se apeó del coche, llevando en la mano una pequeña mochila.

—Hola —lo saludó, tendiéndole la mano.

—Hola, Álvaro —repuso Leo, devolviéndole el saludo—. ¿Qué tal?

—Muy bien —intentó sonreír, pero le salió regular—. Bueno, más o menos. Lara ha perdido el archivo en el que tenía el artículo a medio escribir…

—Joder —siseó Leo—, siempre le digo que suba esas cosas al Drive. Es más despistada…

—No le vayas a decir eso ahora —le advirtió Álvaro.

Leo lo miró con intensidad.

—No, por supuesto que no.

—¿Te enseño tu habitación? —se ofreció al adentrarse en la vivienda.

Leo se inclinó para dejar su mochila en el suelo, apoyada contra la pared del recibidor.

—No, mejor llévame con ella. Seguro que está hecha un manojo de nervios.

—Vale.

Salieron de nuevo, en dirección a la terraza. Les recibieron las luces cálidas de la pérgola, el crepitar constante de los fuegos y una música *electropop* suave y elegante, perfecta para no tener que prestarle atención. El aire olía a carne asándose, a cócteles dulces y a madera quemada. Las risas llegaban en oleadas breves, sincronizadas con el tintinear de las copas.

Y entonces la vio.

Lara estaba sentada en un extremo del sofá, algo apartada del grupo, envuelta en una manta fina. Tenía la espalda rígida y la mirada perdida en algún punto indeterminado más allá de la terraza,

sin prestar atención a nada de lo que se decía a su alrededor. La copa que alguien le había servido descansaba intacta sobre la mesa baja, justo al alcance de su mano, como una concesión que no pensaba aceptar. Y Dante, de pie junto a otro hombre que asaba carne en la barbacoa, mirándole fijamente.

Leo sintió cómo algo se le tensaba en el pecho.

—¡Leo! —Oyó como alguien exclamaba. Carolina avanzaba hacia él y lo abrazó como si fueran viejos amigos—. ¿Has encontrado la casa sin problema?

—Sí, gracias.

Vio cómo Lara giraba la cabeza hacia él y sus miradas se cruzaron, pero se vio entretenido en una marea de presentaciones, mientras Carolina recitaba nombres y apellidos como un camarero diciendo los especiales del día. Leo recibió algunos besos y estrechó varias manos antes de verse frente a Dante.

—Hola, Leo. —El saludo fue parco, pero lo escrutaba.

—Hola.

—Vamos a cenar —anunció el que estaba en la barbacoa.

El anuncio de la cena fue la señal que Leo necesitaba. Mientras todos empezaban a moverse hacia la mesa, él ignoró las indicaciones de Carolina y caminó directamente hacia el rincón del sofá. Se puso de cuclillas frente a Lara, rompiendo su campo de visión, obligándola a enfocarle a él y solo a él.

—Lara —susurró, con una suavidad que solo reservaba para ella.

Ella le miró, los ojos brillantes.

—Lo tenía que haber subido al Drive… —dijo con voz temblorosa.

Leo suprimió un suspiro.

—Eso no es importante ahora. Aún tenemos tiempo de rehacer el artículo.

—No puedo. He perdido también mis notas.

Lara parecía a punto de quebrarse.

—Sí que puedes. Vamos, levántate —la animó, cogiéndola del brazo.

Terminaran el artículo o no, no pensaba dejar que Lara tuviera un ataque de pánico delante de toda esa gente.

Ella se levantó y se dejó hacer, como una niña.

—¿No vais a cenar? —preguntó Álvaro al ver que se dirigían a la casa.

Leo fue a contestar, pero Dante, que los había estado observando, se adelantó.

—Deja que vayan a terminar su trabajo. Luego comerán.

Leo miró hacia la mesa por encima del hombro. Álvaro no parecía muy convencido, pero se dejó arrastrar por su amigo. Entonces su mirada se cruzó con la de Dante, que le hizo un leve asentimiento de cabeza. Leo respondió al cabeceo y guio a Lara al interior.

CAPÍTULO
CUATRO



En cuanto cerraron la puerta de la habitación, Lara terminó de desmoronarse. Se dejó caer en la alfombra, junto a la cama, hundiendo el rostro entre las rodillas. Sus hombros empezaron a sacudirse en un llanto silencioso.

Leo le dio unos minutos, en los que se quitó el abrigo y bajó a coger su mochila. Cuando pensó que Lara había tenido suficiente tiempo para desahogarse, se sentó en el suelo junto a ella y abrió su portátil.

—Está bien, empecemos.

—No me sale nada, Leo… Tengo la mente en blanco —logró articular entre espasmos.

—Tú nunca has tenido la mente en blanco, Lara. Ni una sola vez en toda tu vida —le aseguró.

Su tono, firme y sereno, llamó la atención de Lara, que levantó el rostro.

—¿Cómo puedes estar tan calmado?

—Porque no es mi culo el que se va a la calle si no entregamos esta crítica.

—Ya podrías ser más considerado…

—Puedo ser considerado o puedo ser eficiente. Tú eliges. —Se la quedó mirando fijamente—. Mira, este no es mi artículo, ni ha sido mi cagada, por eso puedo estar tan tranquilo —le aclaró—. Y por eso mismo te puedo ayudar. Ten por seguro que yo, en tu lugar, estaría tan nervioso como tú. O más.

Lara suspiró y se pasó las manos por el ensortijado cabello.

—Tú habrías hecho copia de los archivos.

—Dime qué viste ayer —le pidió, ignorando su intento de autocompasión.

—Sin mis notas…

—Pues tendrás que confiar en lo que esté aquí dentro —le dijo, dándose dos toquecitos en la sien.

Ella negó con la cabeza, hipando, pero Leo ya estaba abriendo el procesador de textos.

—Está bien. —Lara cerró los ojos, tratando de visualizar la primera sala de la galería—. La serie se llamaba «Retratos en penumbra». Eran copias en papel baritado, con un grano grueso, casi rugoso. Lo que me impactó no fue el sujeto, sino el manejo del claroscuro.

El tecleo de Leo empezó a sonar, rítmico y constante.

—La fotógrafa no busca la nitidez —continuó Lara, ganando seguridad en la voz—. Usa una apertura de diafragma muy grande, dejando una profundidad de campo extremadamente reducida. Solo los ojos están enfocados; el resto del rostro se disuelve en un bokeh suave, etéreo, casi como humo. Es una metáfora de la memoria, Leo. Como cuando intentas recordar a alguien que ya no está y solo retienes un detalle, una mirada, mientras el resto se desvanece.

—Me gusta eso —murmuró Leo sin dejar de escribir—. Sigue. ¿Y qué hay de la técnica?

—Hay una subexposición deliberada. Casi no hay blancos puros; todo se mueve en una escala de grises medios y negros profundos, casi empastados. Me recordaba a los grabados de Rembrandt, incluso a Caravaggio, con esas sombras tan dramáticas. La textura del papel se siente como piel humana, pero al mismo tiempo tiene la atmósfera contemplativa y el surrealismo de Sugimoto. Y luego estaba la cita… Algo que dijo en el discurso y que me gustó

muchísimo. Quería incluirlo en el artículo, pero no lo recuerdo de manera literal.

Leo detuvo el tecleo y la miró.

—¿Quién más estaba allí? —Lara lo miró sin comprender—. De prensa, Lara. ¿Conocías a alguien? ¿Reconociste el logo de algún medio?

—Estaba ese periodista de arte que escribe en *El Continental*… ¿Cómo se llama?

—¿Santiago Moguriño?

—¡Ese!

—Espera un momento. —Leo apartó el ordenador y cogió el móvil, tecleó rápidamente buscando un contacto y le dio a la tecla de llamar. Esperó un par de tonos antes de que le contestaran—. ¿Santi? Hola, ¿qué tal? Sí, todo bien, tío. Muchas gracias. Sí, lo leí, me gustó muchísimo. Oye, perdona por las horas, pero es que necesito un favor. —Le lanzó una rápida mirada a Lara antes de seguir hablando—. Ayer estuviste cubriendo la inauguración de la nueva exposición de Marta Hidalgo, ¿verdad? ¿Sí? Genial. Oye, ¿por algún casual tendrás alguna grabación del discurso que dio? —Esperó unos segundos que a Lara se le hicieron eternos—. ¿En serio? ¿Y me podrías dejar el bruto de la grabación? No, claro, lo entiendo, con eso me vale, es perfecto. Tío, me has salvado la vida, te debo una. Venga, un abrazo. Chao. —Leo colgó el teléfono y miró a Lara a los ojos—. Tienes un amigo que no te lo mereces.

—¿Te va a enviar el vídeo?

—El vídeo no, pero sí el audio del vídeo. —Se escuchó una vibración en el móvil de Leo—. Mira, debe ser esto.

Leo le tendió el móvil a Lara, donde se veía que Santiago le había enviado una nota de voz. Con las manos aún temblorosas, Lara le dio al play y empezó a reproducirse la voz de Marta Hidalgo mientras daba su discurso: «Porque fotografiar no es capturar la luz, es decidir dónde permites que reine la sombra. El retrato no es lo que ves, sino el espacio que queda cuando el modelo deja de mirar. Al final, solo somos lo que el olvido no ha logrado borrar todavía».

Lara cerró los ojos y sintió un escalofrío.

—Somos lo que el olvido no ha logrado borrar todavía —repitió en un susurro, como si estuviera probando el peso de las palabras en su propia boca—. Era eso, Leo. Ponlo así. Esa frase justifica todo el grano grueso y el desenfoque. La exposición no va de rostros, va de la resistencia de la memoria.

—Es una cita preciosa —dijo Leo, y el repiqueteo del teclado volvió a sonar con una energía renovada—. «Resistencia de la memoria». Me gusta. Sería un buen título, ¿eh? «Marta Hidalgo y la resistencia de la memoria». ¿Necesitas algo más?

—*Ufff*, no lo sé. Creo que tenía anotada alguna cosa más, pero con esto me tiene que valer.

Leo le tendió el portátil y Lara abrió un nuevo documento, ya sin rastro de lágrimas, con el brillo de la creación sustituyendo al del pánico. Leo sonrió de medio lado sin despegar los ojos de la pantalla mientras Lara empezaba a teclear. La Lara asustada se había esfumado; la artista había tomado el mando.

Estuvieron trabajando varias horas. Cada vez que se atascaba con una frase o buscando la palabra adecuada, Leo le echaba un cable o le recordaba que, simplemente, fuera directa. El sonido de la fiesta seguía escuchándose, pero ellos no hacían caso mientras construían el artículo contrarreloj. Cuando terminaron, Lara apoyó la espalda contra la cama y suspiró.

—No me puedo creer que lo hayamos hecho.

—Lo has hecho tú sola —le hizo notar Leo, golpeando su costado contra el de ella—. Yo solo te he dado un empujoncito.

Se miraron a los ojos en la semipenumbra de la habitación, iluminados sus rostros tan solo por la luz que provenía de la pantalla.

Justo entonces, escucharon dos toques en la puerta y cómo esta se abría.

—¿Cómo vais? —Era Álvaro. Traía un plato cubierto con papel de aluminio, seguramente con restos de la cena, y una botella de agua —. Supuse que querríais comer algo.

—Acabamos de terminar —anunció Lara.

—¿En serio? —El rostro de Álvaro se iluminó con una sonrisa y se acercó a ellos—. Entonces, no os va a hacer falta esto —dijo,

refiriéndose al plato que había traído—. Podéis bajar y pasarlo bien un ratito, ¿no? Creo que aún tardaremos un buen rato en acostarnos.

—Yo estoy muerta y me duele muchísimo la cabeza. —Lara se frotó las sienes—. Solo quiero tomarme un analgésico y acostarme a dormir.

—Oh. —Álvaro parecía preocupado—. ¿Quieres que me quede contigo?

—No, no hace falta. En serio —insistió al ver su reticencia—. Baja con tus amigos. Y llévate a Leo. —Se giró hacia su amigo, que había observado el intercambio entre ellos en silencio—. No tiene sentido que hayas venido hasta aquí y no te tomes ni una copa. Salid y pasadlo bien.

—¿Seguro?

—Sí. Dejadme en paz —ordenó, intentando sonar autoritaria y sin conseguirlo.

—Como quieras. —Leo se incorporó, recogió su portátil y su mochila del suelo y se dispuso a salir.

Álvaro parecía más renuente a dejarla sola. Intercambió unas últimas palabras con ella antes de darse por vencido.

—Ven, Leo. Te diré dónde está tu habitación. Buenas noches, cielo —dijo, girándose hacia Lara antes de cerrar la puerta tras ellos —. Menos mal que has venido —confesó en cuanto estuvieron a solas en el pasillo—. No sabía qué hacer para ayudarla. Ven, es por aquí.

Le guio por la casa hasta un pequeño dormitorio al fondo del corredor.

—Deja tus cosas y refréscate un poco si quieres. Luego vente a la terraza. Aún queda un montón de comida y bebida, y nos lo estamos pasando muy bien.

—Enseguida bajo.

Álvaro asintió y cerró la puerta tras él, y Leo acomodó su mochila sobre la cama, se puso un jersey de punto grueso y su abrigo. Tras un rápido paso por el baño, bajó de nuevo y se dirigió a la terraza.

El frío le golpeó en las mejillas al salir, pero nadie más que él parecía notarlo. La fiesta parecía estar en pleno apogeo, todos

estaban bastante bebidos y las voces y risas eran bastante más altas y desinhibidas que cuando se había marchado. La música había subido un par de decibelios y el humo de la barbacoa se mezclaba ahora con el aroma dulzón de los combinados y el tabaco.

Al fondo, junto a uno de los braseros, un hombre de complexión atlética y movimientos torpes recibía instrucciones de una mujer rubia vestida de blanco, que señalaba a uno de los braseros con una autoridad indolente. A su lado, otra mujer se mantenía de pie con una copa en la mano, sumergida en un monólogo que no parecía necesitar respuesta alguna. Apoltronado sobre el sofá había otro hombre, algo más joven que el resto y de un cabello castaño que parecía algo rojizo bajo la luz del fuego. Mantenía la vista en su móvil, ignorando a un tercer hombre que se inclinaba hacia él gesticulando con un palo de golf imaginario, atrapado en lo que parecía ser una lección técnica sobre el deporte en cuestión.

Carolina estaba con Dante, manteniendo lo que parecía ser una conversación muy íntima.

—Por fin te animas a unirte. —Álvaro se acercó con una sonrisa acogedora.

Leo asintió y se acercó al grupo, que parecía haber tomado posiciones alrededor de la mesa y de los braseros.

—¡Eh, el salvador de los archivos! —exclamó uno de los hombres al verlo, levantando su vaso—. ¡Un aplauso para el informático de guardia!

Leo forzó una sonrisa tensa mientras el grupo prorrumpía en una algarabía que tenía más que ver con su nivel de alcohol en sangre que con cualquier cosa que él hubiera hecho. Tampoco se molestó en corregirles y decir que ni era informático ni había salvado archivo alguno. No pensó que ninguno de los presentes apreciaría o entendería siquiera el trabajo que habían tenido que rehacer. Se acercó a la mesa, donde las botellas de destilados caros y los restos de un asado que olía a gloria se amontonaban en un desorden aristocrático.

—¿Y Lara? —preguntó Carolina.

—Se ha quedado dormida —dijo Leo mientras se servía un poco de agua.

—Pobrecilla —repuso, acercándose a él con una mirada que intentaba ser empática, pero que resultaba algo condescendiente.

—Ven, deja que te presente —le dijo Álvaro—, que antes con las prisas… Ellos son Jorge y Margarita. —La mujer del jersey blanco, que ahora sostenía un cigarrillo electrónico con elegancia distraída, le dedicó a Leo una inclinación de cabeza mínima, como si estuviera evaluando el corte de su abrigo, mientras el jugador de golf imaginario detenía su movimiento para saludarle con un cabeceo—. Estos son Lucía y Sergio —continuó señalando a la pareja que seguía cerca de la barbacoa—. Y aquel gandul de allí es Borja, nuestro primo. —El tal Borja levantó brevemente la mirada de su móvil para hacerle un repaso visual antes de decidir que no merecía ni un segundo más de su atención.

—Hola —saludó Leo con un asentimiento general y algo seco. No se esforzó en sonreír, aunque tampoco hubiera servido de nada. Nadie parecía estar ya prestándole atención alguna.

—Come algo, debes de estar famélico —dijo Carolina, su tono dulce y artificial mientras le hacía un gesto hacia la mesa—. Debe ser agotador trabajar con esa presión. Álvaro nos ha dicho que ya lo habéis terminado. Menudo equipo hacéis, ¿no?

—Nos conocemos de toda la vida.

—Aun así, es admirable —terció la voz de Dante.

Leo se giró. Dante estaba sentado en uno de los sillones individuales que se encontraban frente al sofá, muy cerca del primo Borja. A diferencia de los demás, Dante no parecía bebido a pesar de que sostenía una copa de brandy en la mano y lo observaba con esa curiosidad analítica que tanto le irritaba.

—¿Qué bebes, Leo? —le preguntó Álvaro.

—Una cerveza estaría genial —repuso, sirviéndose un chuletón.

Álvaro pareció descolocado por su petición.

—Seguro que debo tener alguna en la nevera…

Leo le dio un nada ceremonioso mordisco a su trozo de carne. Estaba frío, pero seguía delicioso. O eso le pareció por el hambre que tenía. Cerró los ojos un momento, permitiéndose adentrarse en el sencillo placer de comer algo tras tantas horas.

—No te tenía por un carnívoro —escuchó a su lado.

Dante se había acercado a él y ahora se erguía a su lado, mirándole con su intensidad habitual.

—¿Y por qué me tenías entonces? ¿Qué era lo que creías que comía?

Dante se encogió de hombros.

—No sé, pensé que quizás serías uno de esos vegetarianos que gritan por los derechos de los animales y en contra del cambio climático.

Leo, que en realidad era flexitariano y había ido a más de una manifestación ecologista, entrecerró los ojos, molesto por lo cerca que había estado Dante de calarlo.

—¿Sabes que el consumo de carne está ligado a la idea de la masculinidad heteronormativa en las sociedades occidentales?

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Dante a su vez.

—A que quizás has asumido que, como soy homosexual, soy «menos hombre» —dijo, haciendo el gesto de las comillas—. Y por lo tanto, supones que no tengo comportamientos típicamente asociados a la masculinidad, como comer carne. ¿Y tú? —preguntó con cierta malicia—. ¿Comes mucha carne?

—Ten, tu cerveza. —La súbita aparición de Álvaro salvó a Dante de tener que contestar a esa pregunta.

—¿Quién se apunta a una partida de póker? —preguntó Jorge, haciendo aparecer un maletín plateado.

—¡Qué cansinos con el póker! —exclamó Lucía.

—Yo solo me apunto si es *strip poker* —soltó Margarita con una risa estruendosa. Leo elevó las cejas y, para su asombro, vio que Dante había imitado su gesto.

—*Strip poker*, con el frío que hace —rezongó Jorge, acercándose a ellos, luego, en un aparte, añadió—: Además a esa la tengo yo ya muy vista. No la toco ni con un palo —dio una risotada y Leo decidió que, definitivamente, ese tío era gilipollas perdido.

—Yo me apunto. —Dante ya había cogido su copa y se dirigía al interior.

—Y yo —se unieron al unísono Álvaro y Sergio.

—Yo paso —dijo el primo Borja.

—¿Y tú, Leo? —le preguntó Álvaro.

Leo no tenía nada en contra de una partida amistosa a las cartas, pero algo le decía que esos hombres no jugarían de manera amistosa y que las apuestas serían elevadas, así que negó con la cabeza.

—Bueno, si no sabes jugar… —dijo Jorge.

Leo lo entendió como la provocación que era y no contestó.

—Vente a la mesa con nosotros de todas maneras —lo animó Álvaro—. Jugaremos dentro, que hace un frío de mil demonios.

Leo aceptó y los siguió al interior. Cerraron la puerta corredera que daba a la terraza y se sentaron a una mesa redonda iluminada cenitalmente por una lámpara de estilo Bauhaus. Se dispuso un tapete de juego, se establecieron las apuestas, se repartieron las cartas y la partida empezó.

Mientras Leo se paseó por el salón, estudiando los libros de la estantería, encontró un viejo ejemplar de *1984* de George Orwell y se sentó en un sofá para releer sus pasajes favoritos.

—Vamos, Dante, dinos la verdad —oyó decir a Sergio a la vez que las fichas tintineaban—. ¿Cuánto tiempo vais a seguir Carolina y tú con este jueguecito de «somos solo amigos»? Aquí todos sabemos que hay algo entre vosotros dos…

—Claro que Carolina es su amiga —intervino Jorge—, su «amiga entrañable» —se cachondeó.

Dante forzó una sonrisa.

—Jorge, no seas vulgar.

—Vale, no seré vulgar, pero confírmalo de una vez que… Álvaro, ¿no tienes nada que decir? Al fin y al cabo, es tu hermanita.

—Medio hermana —repuso este, casi mecánicamente. Las fichas volvieron a sonar.

—Aun así, si alguien estuviera con mi hermana y no quisiera formalizarlo…

—Es verdad que Carolina y yo tenemos una conexión, pero… Bueno, no tenemos necesidad de formalizar nada —respondió Dante.

Leo, que estaba demasiado absorto en lo que decían para concentrarse en la lectura, sintió una náusea. La forma en que

Dante utilizaba a Carolina como escudo le parecía un insulto a la inteligencia.

—Ya, ya… ¿Ahora lo llaman «tener una conexión»? —bufó Sergio mientras encendía un puro.

—Pues mi prima me preguntó por ti el otro día —siguió hablando Jorge—. Ya sabes cuál, la buenorra, y si no tienes nada formal con Carolina… ¿Le doy tu contacto?

Leo dejó el libro sobre su regazo y se giró para observar la partida.

Dante tomó un sorbo de su brandy, sintiendo la mirada de Leo clavada en él como un dardo. Sabía que el periodista estaba reconstruyendo su conversación en el Peacock's palabra por palabra.

—No.

—Dante y su eterno «ninguna mujer me llega a la altura del zapato» —se burló Sergio.

—No es eso. —Dante desvió los ojos hacia Leo un segundo antes de volverlos de nuevo a sus cartas—. Es que no soy un hombre de afectos fáciles.

—Y, además, eres muy rencoroso —le reprochó Álvaro.

—No sé si rencoroso es la palabra adecuada, pero es verdad que si alguien rompe mi confianza, le cierro la puerta. No sé si creo en las segundas oportunidades.

—¿Y Carolina?

—Carolina es perfecta.

—¿Y entonces? —le presionaron.

Leo observaba la escena con fría calma, esperando a ver qué decía Dante acerca de su «novia postiza». Notó cómo Dante evitaba apoyar la espalda en el respaldo, manteniendo una tensión que nada tenía que ver con las cartas.

—Entonces nada. Ya te he dicho que Carolina es perfecta —respondió Dante. Su voz sonó un poco más tensa de lo habitual al notar que Leo no apartaba los ojos de él. Se sentía como si el periodista estuviera analizando cada una de sus palabras—. Es una mujer excepcional, inteligente y… —Hizo una pausa corta, buscando un adjetivo que no sonara tan genérico—. Ella comprende mi forma de vida.

—O sea, que estás liado con ella —sentencio Jorge, triunfal—. Pues no entiendo que lo tuvieras tan calladito —le reprochó—. ¿Qué? ¿Vais o no vais?

Jorge empujó un montón de fichas al centro con un golpe seco, lanzando un órdago. Sergio y Álvaro intercambiaron una mirada, consultaron sus cartas.

—Paso —rezongó Sergio, tirando sus cartas. Álvaro hizo otro tanto, retirándose en silencio.

Dante no pestañeó. Empujó un montón de fichas al centro, doblando la apuesta con una frialdad que hizo que Jorge dudara. Dante se reajustó las gafas sobre el puente de la nariz mientras sostenía la mirada de su contrincante.

—No tienes nada, te la estás jugando… —Dejó caer Jorge, para provocar a Dante, estudiando su rostro, buscando un tic, una duda, pero era una estatua de mármol. Al final, fue la confianza del propio Jorge la que se resquebrajó—. No voy, joder —dijo con rabia, tirando sus cartas, boca arriba, sobre el tapete—. Dime qué tenías que era mejor que ese trío de reinas.

—Sabes que no tengo por qué hacer eso. —Dante, impertérrito, arrastró sus cartas boca abajo hacia el mazo y recogió sus ganancias. Leo, desde el sofá, supo que no tenía nada; que había ganado mintiendo.

Mientras se volvían a repartir las cartas, Sergio soltó una bocanada de humo y decidió retomar el tema de conversación.

—Pues tienes suerte, porque pocos pueden decir que su mujer «comprenda su forma de vida». La mayoría de mujeres que conozco no quieren entender a sus parejas, sino controlarlas —soltó Sergio con una mueca de desdén—. Dicen que no quieren depender de un hombre, pero luego te exigen un compromiso y que les soluciones la vida. O son unas místicas que están «encontrándose a sí mismas» o unas trepas. No hay término medio.

—Bueno, tampoco generalices —intervino Álvaro, visiblemente incómodo, lanzando una mirada de disculpa hacia Leo—. Es cuestión de dar con alguien que comparta tus valores, supongo.

—Los valores de Álvaro son el idealismo romántico —se mofó Jorge mientras barajaba con torpeza—. Pero las cosas no funcionan

así. Las mujeres de hoy en día solo traen dramas, facturas y presiones. Todas, incluso Carolina por muy perfecta que sea, acaban queriendo el anillo y el bebé. Para ellas es algo biológico. Así que da igual cuál sea «tu estilo de vida» que terminarás pasando por el aro, como lo hemos hecho todos —sentenció.

Dante sintió la mirada de Leo quemándole el rostro. Sabía que el periodista estaría despreciando cada palabra de Jorge, pero sobre todo, sabía que Leo le despreciaba a él por permitir que esa farsa continuara. Dante tomó un sorbo de brandy para aflojar el nudo que empezaba a sentir en la garganta.

—Pero bueno —siguió hablando Jorge, girándose de repente hacia Leo—. Supongo que ese problema tú no lo tienes, ¿no? Vosotros los… Bueno, en vuestro mundo las cosas son más directas, ¿verdad? Menos complicaciones de compromisos y esas cosas.

El silencio que siguió fue denso. Leo arqueó una ceja.

—¿«Vuestro mundo»? —repitió Leo—. ¿Crees que vivo en una dimensión paralela o algo? —espetó.

—Ya sabes a qué me refiero. En el ambiente gay, se va más a saco —le dijo.

—¿Lo dices por experiencia propia?

Álvaro soltó una risita mientras el tal Jorge se ponía colorado hasta las cejas.

—¡Claro que no! —masculló Jorge—. Solo digo lo que todo el mundo sabe. No tenéis las presiones sociales que tenemos los demás. Mira a Dante, por ejemplo, como heredero de su tía se le exige que siente cabeza, que tenga hijos… Pero tú… Tú eres libre de hacer lo que quieras con quien quieras porque, bueno, a nadie le importa realmente.

Leo cerró el libro de golpe.

—Lo que estás diciendo, Jorge, es que crees que mis relaciones con otros hombres son menos valiosas que las vuestras con mujeres porque no encajan en tu esquema social de herencia y propiedad —dijo Leo con calma—. Que haya gente que piense como tú es la principal razón de que muchos homosexuales se escondan. —Clavó la mirada en Dante y añadió—: Y por cierto, que sepas que acabas de perder ante un farol. Dante se recoloca las

gafas cuando miente. Pensé que un jugador de póker tan experimentado como tú se habría dado cuenta.

El silencio en la mesa fue absoluto. Dante se quedó helado, con los dedos aún rozando las fichas ganadas, sintiendo cómo el calor le subía por el cuello. No era solo que Leo le hubiera descubierto la jugada; era que le acababa de demostrar que le observaba con mayor atención que cualquiera de sus amigos. Leo se puso de pie.

—Si me disculpáis, tanta charla intrascendente me está dando sueño. Buenas noches.

Salió del salón sin mirar atrás, dejando a Jorge balbuceando una defensa inútil y a Dante con la mirada perdida en un mazo de cartas que de repente le pesaba como el plomo.



LEO DESPERTÓ DESPACIO, con la cabeza entumecida y los hombros tensos. Se incorporó en la cama y consultó el móvil: eran casi las once de la mañana. La casa estaba sumida en el silencio, roto tan solo por el piar lejano de los pájaros. Se levantó y abrió las contraventanas, dejando que la luz del día se derramara sobre él y le obligara a entornar los ojos.

Fuera, el día era espléndido, de una claridad casi hiriente. Directamente bajo su ventana, la terraza descansaba en un desorden que delataba la indolencia de la noche anterior: restos de comida en la barbacoa, platos sucios y copas vacías que plagaban la mesa como restos de un naufragio. Más allá del perímetro de la casa, la naturaleza recuperaba su dominio en un paisaje sereno donde el jardín doméstico se fundía con una vegetación más ruda. Arbustos de jara y retama daban paso a una masa espesa de pino silvestre y encinas que subía por las laderas. Al fondo, bajo un cielo de un azul sin una sola nube, se alzaban las cumbres de la Sierra de Guadarrama; sus perfiles graníticos, desnudos tras el largo verano y

salpicados por las primeras manchas de nieve en las zonas más altas, parecían vigilar la propiedad con una indiferencia milenaria.

En ese momento, una bandada de mirlos cruzó el horizonte en una formación desordenada, rompiendo por un segundo el vacío del cielo antes de perderse entre las copas de los árboles. Leo se quedó un momento con las manos apoyadas en el alféizar, dejando que el frío de la piedra le traspasara la piel mientras observaba aquella estampa luminosa y pacífica; un contraste violento con la turbulencia que le apretaba el pecho.

Lo que más le indignaba no era la estupidez de Jorge o la condescendencia de Margarita. A esa gente podía ubicarla en un cajón mental y olvidarla con rapidez. Lo que le había robado el sueño, lo que le hacía apretar los dientes ahora mientras se pasaba una mano por la cara, era Dante.

Le enfurecía la contradicción que ese hombre representaba. Dante tenía la agudeza necesaria para leer a las personas, pero usaba ese don para perfeccionar una máscara de heterosexualidad rancia, utilizando a Carolina como un accesorio más de su sofisticado estilo de vida en vez de aprovechar su posición para vivir en libertad. Leo no podía entenderlo. A sus ojos, Dante era un hombre que lo tenía todo y, para quien entendía la visibilidad como un acto de resistencia, que un privilegiado con todas esas facilidades eligiera ocultarse le parecía una obscenidad. Dante tenía el poder de ser dueño de su vida y, sin embargo, prefería la seguridad de una farsa.

Y aunque tenía que admitir que tanto él como Álvaro habían sido los únicos que no se habían tomado a la ligera la crisis de Lara, eso solo aumentaba su malestar. Ver que Dante poseía la empatía suficiente para valorar el trabajo de su amiga, pero carecía del valor para defender esa misma dignidad frente a las burlas de sus amigos, lo convertía en algo peor que un ignorante: lo convertía en un hipócrita.

Pero, por encima de todo, a Leo le quemaba el descubrimiento de su propia obsesión. Se sentía mortificado por haber sido capaz de detectar aquel gesto de Dante durante la partida de póker. ¿Por qué le había observado tanto? Sentía que, al analizar a Dante con tanta

precisión, le había otorgado un poder que no merecía: el privilegio de ser tenido en cuenta.

—Maldito hipócrita —susurró entre las paredes vacías de la habitación.

Se vistió, se colgó la mochila al hombro y salió de la habitación. Oyó voces provenientes del piso inferior y, mientras descendía las escaleras, se prometió a sí mismo que no concedería ni una sola sonrisa, ni un solo gesto de cortesía que pudiera interpretarse como una tregua. En su mapa mental, el mundo se dividía entre los que daban la cara y los que se escondían, y él ya había decidido que Dante y él representaban lados opuestos.

Al entrar en la cocina, la escena que encontró fue mucho más doméstica de lo que su rabia estaba dispuesta a aceptar. Lara estaba encaramada en un taburete alto, con el portátil abierto sobre la isla de mármol y una taza de café a medio terminar. A su lado, Álvaro se movía con una eficiencia silenciosa, cargando el lavavajillas y eliminando los rastros del caos de la noche anterior.

—¡Leo! —exclamó Lara al verlo. Parecía haber descansado y sus ojos brillaban de alivio—. Ya está enviado. El jefe de Cultura me ha confirmado por WhatsApp que le ha llegado bien. Lo revisará y me avisará si la he cagado en algo.

—Es un buen artículo, Lara. No te van a poner ninguna pega —aseguró Leo, suavizando el tono.

—¿Café, Leo? —ofreció Álvaro con una sonrisa tranquila, ajeno o quizá acostumbrado a la rigidez del periodista.

—Solo, gracias. ¿Y los demás?

—Casi todos se han ido ya. O tenían compromisos familiares o alguna movida en el centro.

En ese momento, el sonido de la puerta corredera del salón anunció que ya no estaban solos. Dante y Carolina entraron en la cocina. Ella lucía impecable, con un jersey de punto fino y el pelo recogido en un moño que parecía no haber requerido esfuerzo alguno. Dante, por su parte, traía consigo esa impertérrita elegancia que a Leo le resultaba tan insultante.

—Buenos días —dijo Carolina con una amabilidad genuina, dirigiéndose a Lara—. ¿Cómo estás esta mañana? Siento tanto que

te hayas perdido la fiesta…

—Yo también lo siento, pero es que no estaba para celebraciones anoche.

—Pobrecilla. —Carolina ocupó un taburete a su lado.

Leo observó la interacción en silencio. Vio cómo Dante se acercaba a la cafetera, cruzando una mirada rápida con él que Leo cortó de inmediato desviando la vista hacia Lara.

Dante, mientras tanto, sintió el peso de la mirada de Leo sobre sí. No estaba acostumbrado a que alguien lo observara con ese desinterés tan lúcido, tan despojado de la fascinación que solía despertar su posición. Precisamente esa dignidad áspera de Leo, esa negativa a participar en las cortesías de su mundo, era lo que le impedía apartar los ojos de él. Leo le dio un sorbo a su café y se sentó junto a Lara, quien sonrió antes de decir:

—Bueno, y ahora que ya he enviado el artículo, estoy lista para desfasar de lo lindo el resto del finde.

—Así se habla —dijo Carolina, haciendo chocar con ella sus tazas de café—. Tú también te quedas hasta mañana, ¿verdad? —le preguntó a su amigo.

Dante vio cómo Leo torcía el gesto.

—No puedo. Me iré en cuanto termine de desayunar.

—¿No te quedas? —le preguntó Álvaro.

—Me gustaría, de verdad —dijo el joven en tono tenso—, pero tengo que dejar cerrado un tema en el periódico para el lunes y prefiero hacerlo desde casa.

Dante se apoyó contra la encimera mientras sentía algo parecido al alivio al saber que Leo no alargaría su estancia. Hubiera preferido que no hubiera aparecido allí la noche anterior. Le atraía más de lo que deseaba admitir y estaba bastante seguro, por cómo le miraba, de que Carolina se daba cuenta. Sin embargo, lo peor de todo era el convencimiento de que a Leo, a pesar del desdén que mostraba hacia él, no le era del todo indiferente. El periodista le observaba, y anoche lo había demostrado. Sí, lo había humillado al hacerlo, pero también se había desvelado a sí mismo. Y eso lo hacía todo demasiado peligroso. Era mejor que se fuera, que se alejara de su círculo íntimo, el único en el que Dante podía sentirse seguro. Y lo

mejor que podía hacer él mismo era extremar sus esfuerzos para que no se le escapara la menor muestra de admiración por él. Firme en su propósito, decidió no volver a mirarle y apenas le dirigió la palabra durante el desayuno. Tampoco era que Leo pareciera ansioso por hablar con él.

El momento de la partida llegó poco después. Leo cogió su mochila y se despidió con una educada frialdad. Lara le acompañó hasta el coche, prometiéndole que se verían el lunes en el estudio.

Dante se quedó en el porche, a una distancia prudencial, con las manos hundidas en los bolsillos. No se volvió para mirarle, concentrado en el perfil de las montañas, y no se movió hasta que el rugido del viejo Opel Corsa se perdió por el camino de grava. Solo entonces se permitió soltar el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—¿Todo bien? —preguntó Carolina, acercándose y posando una mano en su brazo.

Dante miró la mano de su amiga y luego el rastro de polvo que el coche de Leo había dejado en el aire. La máscara volvía a estar en su sitio, ajustada y firme, pero por dentro sentía una grieta nueva, pequeña pero profunda.

—Perfectamente —dijo, volviendo a ser la estatua de mármol que todos esperaban—. Entremos. Empieza a refrescar.

Mientras volvía al interior de la casa, Dante se recolocó las gafas con un gesto automático. Al darse cuenta de lo que acababa de hacer, bajó la mano de golpe, como si se hubiera quemado. Leo se había ido, llevándose consigo la única mirada que lo había observado de verdad en años. De repente, estar allí, rodeado de su gente y en su mundo de privilegios, se le antojó la forma más absoluta y asfixiante de soledad.

CAPÍTULO
CINCO



El Centro Cultural Nave 8 estaba impregnado de una luz fría, filtrada a través de los enormes ventanales que daban a la calle, creando sombras largas que se estiraban sobre el suelo de cemento pulido. En el aire se mezclaban la música ambiental con el sonido de las conversaciones. Leo no se había adentrado en aquel espacio desde la inauguración de Fuera de Plano. Con las manos en los bolsillos de su chaqueta, se deslizó entre las personas que charlaban y comentaban los cuadros, y se sorprendió de que aún hubiera quien se acercaba a admirar la obra, a pesar de llevar ya varias semanas expuesta. No le costó distinguir a Lara al otro lado de la nave y se apostó contra una pared para observar cómo su amiga intentaba, con una paciencia que él nunca llegaría a poseer, no estrangular a un hombre que no podía ser otro que Germán Collado.

El funcionario no caminaba por la sala; desfilaba. Se detenía frente a cada cuadro con las manos entrelazadas a la espalda, inclinando la cabeza con una gravedad que pretendía ser intelectual, pero que a Leo le recordaba a un periquito analizando un espejo.

Finalmente, se plantó cerca de él para señalar uno de los retratos. Vestía un traje beige sin una sola arruga y portaba un

maletín de piel brillante. Lara se situó entre él y Leo y forzó una sonrisa antes de susurrarle por el colmillo:

—Es él. Socorro.

—Sublime —sentenció Germán, ajeno a la zozobra de la artista—. Esos colores, esa falta de pretensión… He de decirte que incluso a Cayetana le han llegado noticias acerca de tu trabajo. Ayer por la tarde lo estuvimos comentando durante un breve receso en la Comisión de Patrimonio.

—¿Cayetana? —preguntó Lara, intentando no parecer confundida.

—Sí, la mismísima Ministra de Cultura. No tienes por qué darme las gracias —añadió con una pompa desproporcionada—. Ella valora mucho el talento emergente, siempre que mantenga un cierto decoro. Me honra decir que la señora ministra confía muchísimo en mí. Una vez me dijo, y cito textualmente: «Germán, no dudo de tu criterio; de hecho, confío en él lo suficiente como para no considerar necesario que se vea constantemente refrendado por el mío».

Lara elevó las cejas y, esta vez sí, Leo se decidió a intervenir. Se acercó a ellos y Germán, al percatarse del movimiento, se giró hacia él con una sonrisa que mostraba demasiados dientes. Lo escaneó de arriba abajo con un interés que no se le pasó desapercibido.

—¿Y este joven es…? No me lo digas. Debe ser el modelo de alguna de tus nuevas piezas. Tiene un perfil atractivo e interesante. Muy urbano.

Leo se quedó plantado en el sitio, atónito. «¿Modelo?». Lara tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir la risa al ver la cara que su amigo había puesto.

—No, Germán. Este es Leo Gallardo, el otro autor de la obra.

—Por supuesto. —Germán le tendió una mano—. Germán Collado, de la Secretaría General de Cultura. Un placer. —Se acercó demasiado, invadiendo el espacio personal de Leo—. Lara me ha hablado de tu labor en el periodismo cultural LGTB, ¿era así? Suena fascinante, aunque sospecho que, quizás, tu enfoque puede ser un tanto incisivo para el delicado equilibrio de la gestión pública.

—Supongo que la realidad rara vez es equilibrada, Germán —repuso Leo, estrechando la mano que el funcionario le tendía.

Germán soltó una risita nerviosa, sin soltar la mano de Leo de inmediato.

—Agudo. Me gustas. Es vital que los jóvenes mantengamos un espíritu crítico, siempre que no entorpezcamos la labor de quienes, como Cayetana, se dedican a que los engranajes de la sociedad sigan girando bajo su sabia dirección.

Leo sintió una punzada de irritación. Puede que el tal Germán fuera todavía joven, pero Leo no creía que tuviera ni un ápice del sentido crítico del que hablaba.

—Hola a todos. —Rafa, el gestor de Nave 8, se había acercado a ellos. Era un hombre mayor que, como proyecto de jubilación y con ayuda de otros vecinos, había reconvertido la antigua nave industrial en el centro cultural autogestionado que era ahora. Vestía un sencillo jersey de punto y unos vaqueros, y tenía restos de cal en la ropa y un trozo de cable en la mano. Siempre estaba arreglando algo—. Tú debes de ser Germán, hablamos por teléfono —saludó con simpleza, extendiendo su mano hacia el funcionario.

Germán la sacudió con entusiasmo.

—Y usted debe de ser don Rafael Hernández —dijo, remarcando el usted con pedantería—. Le felicito por el espacio que tiene aquí. Le concedo un mérito especial, por encontrarse en esta zona tan deprimida.

—Esta *zona tan deprimida* ha sido mi barrio durante toda mi vida —repuso Rafa, poniéndose a la defensiva.

Si Germán notó lo insultante que resultó su comentario, no lo hizo notar.

—Por supuesto. Tengo mucho de lo que hablar con usted. Ya he visto que Fuera de Plano estará expuesto hasta el 30 de julio.

—Eso dice en el cartel.

—«Miradas diversas» se inaugurará el 4 de septiembre —anunció Germán, consultando su iPad con gesto solemne—. Eso nos deja un margen de maniobra bastante amplio tras el cierre aquí. Necesito tratar con usted los detalles del traslado. Como comprenderá, la Secretaría General tiene unos protocolos de seguridad que esta… —Hizo una pausa, buscando una palabra adecuada—… Nave, difícilmente puede garantizar.

—Nunca se nos ha acusado de maltratar una obra —masculló Rafa.

—No lo dudo, pero el Ministerio no se mueve por fe. Necesitaré que el Acta de Estado de Conservación esté lista para su firma el mismo día de la recogida, el 31 de julio. Esa mañana, a las ocho en punto, estará aquí el camión de transportes especializados.

Rafa se cruzó de brazos.

—Si no me equivoco, el 31 de julio es lunes. Nosotros no abrimos los lunes.

Germán lo miró como si no entendiera el problema.

—Espero que su póliza de responsabilidad civil cubra hasta el último minuto del domingo 30 de julio.

Rafa resopló, ajustándose el cable en la mano.

—Por supuesto.

—Pero no el lunes 31, ¿verdad? —hizo notar Germán. El silencio de Rafa pareció darle la razón—. Me lo suponía. Razón por la cual el seguro de la Secretaría General empieza el mismo lunes 31, a las ocho horas. Es inadmisible que las obras, ya bajo nuestra responsabilidad, permanezcan veinticuatro horas más en este lugar —puntualizó Germán con suficiencia.

—Estaré aquí el lunes 31 de julio para la entrega de las obras a los transportistas y entregar el acta de conservación —claudicó Rafa.

—Estupendo. Yo mismo vendré para supervisarlo todo y revisar el estado de los lienzos. Espero que para entonces esta atmósfera de efervescente creatividad no haya afectado a los pigmentos de Lara.

Germán cerró su iPad con un chasquido y se ajustó las solapas del traje mientras Rafa gruñía algo sobre la climatización del espacio. Germán ya le había dado la espalda. Se acercó a Leo y Lara, bajando el tono de voz para crear una burbuja de exclusividad que dejaba fuera al gestor de la nave.

—Lara, Leo… comprendo que toda esta terminología de pólizas, actas de estado y depósitos de seguridad pueda resultar algo árida para naturalezas tan artísticas como las vuestras —dijo, dedicándoles una mirada que pretendía ser de complicidad—. Pero la administración, como la buena prosa, requiere un orden. Por eso, me encantaría que pudiéramos revisar los pormenores del contrato

de exhibición, el acta de préstamos y otros detalles en un entorno algo más propicio.

Leo arqueó una ceja, pero Germán no le dio tiempo a interrumpir.

—Este viernes he reservado mesa en El Relumbre. Es un rincón delicioso, un pequeño refugio en pleno Paseo de Recoletos. Me parece el lugar idóneo para que, entre plato y plato, concretemos ciertos detalles, como vuestros honorarios, por ejemplo.

Lara miró a Leo con una súplica silenciosa en los ojos, pero ni él mismo sabía cómo podían librarse de tal compromiso. Ante su mutismo, Germán sentenció:

—El viernes a las nueve. Y no os preocupéis por nada; el Ministerio, en mi humilde representación, se encargará de todo —añadió Germán mientras se dirigía hacia la salida—. Al fin y al cabo, no todos los días se descubre a un dúo con tanto… —Se detuvo en el umbral, buscando el adjetivo—… Potencial institucional.

Germán desapareció por la puerta de la nave con aire de suficiencia.

—«Potencial institucional» —repitió Leo, con una mueca—. ¿Por qué siento que me acaban de poner una etiqueta en la frente?

—Bueno, al menos supongo que pagará él la cena —suspiró Lara, sentándose en un taburete—. A ver qué nos ofrece.

—Sea lo que sea, vendrá con una cláusula de «obediencia debida» —intervino Rafa. Ambos jóvenes lo miraron—. Ese hombre no da puntada sin hilo, chavales. Tened cuidado con lo que firmáis, que el Gobierno no regala dineros así porque sí.

Ante esas palabras, ambos amigos intercambiaron una mirada lúgubre.



El metro, a aquellas horas, estaba bastante lleno y en la muchedumbre se mezclaban oficinistas vacíos que terminaban la

semana con jóvenes que se dirigían al centro a por copas y diversión. A Leo le hubiera encantado encontrarse en ese segundo grupo porque, si bien él iba a un restaurante del centro, no podía decirse que le esperara diversión alguna.

—¿Has visto las reseñas de este sitio? —preguntó Lara, quien, de pie a su lado, se había puesto a curiosear sobre El Relumbre en ReviewGo—. Es superpijo.

—¿Qué esperabas?

—Tiene dos estrellas Michelin.

—Lo cual significa que vamos a salir con hambre.

Ella le lanzó una mirada divertida ante su mal humor.

—No te preocupes, que luego te compro un Happy Meal.

Leo le hizo un corte de mangas y ella rio.

—Mira, pasemos el trámite —continuó Lara—. Cenamos, hablamos lo que tengamos que hablar y nos vamos directos a El Cañaveral.

—¿Has hablado con Lucas?

—Sí. Estará en El Disturbio sobre las once. No te enfades, pero me dijo que Lidia se nos va a acoplar.

Leo puso los ojos en blanco.

—Mira que mi hermana es pesada —masculló—. No puedo librarme de ella ni cuando vamos a locales gays.

—Qué gruñón eres. —Lara hizo una mueca de duda mientras guardaba el móvil—. Estaba pensando que igual le digo a Álvaro que se pase. Total, creo que pensaba salir esta noche y…

Leo se giró hacia ella tan rápido que casi pierde el equilibrio con el frenazo del tren.

—Joder, Lara, que es una salida entre amigos. —Leo se agarró a la barra con fuerza.

—¿Y qué? Estoy con él y sería una forma de…

—Sería una forma de que yo no pueda tomarme una cerveza tranquilo —la cortó, con una amargura que no intentó disimular—. Mira, si solo fuera Álvaro, me daría igual —intentó suavizar—, pero es que parece que tu novio no puede ir a ninguna parte sin su séquito. Y no quiero a esa gente en *mi* local favorito.

«Además, que no sé cómo se sentiría Dante Valcárcel en el antro marica *underground* que es El Disturbio». Estuvo tentado de añadir, pero no lo dijo. Se contentó con la imagen mental de aquel estirado compartiendo espacio con toda la variedad de gente de la que el local en cuestión presumía.

Lara suspiró, guardando el móvil con un gesto de rendición.

—Vale, mensaje recibido. Nada de séquito. Solo Lucas, tú y yo.

—Y Lidia —apostilló él.

—Exacto. Una noche en el garito de siempre con la gente de siempre. ¿Contento?

—Mucho.

Desvió la mirada hacia las ventanas del transporte público que, por la oscuridad del túnel que recorrían, hacían más de espejo que de ventana al exterior. El cristal le devolvió el reflejo de un hombre que, a pesar de estar rodeado de gente, se sentía solo. Todavía sentía la mirada de Dante en la sierra y esa voz interna que le hacía sentir que no encajaba en un lugar así. La sombra de aquel fin de semana aún le pesaba en la mente. Había salido de allí jurando que volvería a su ambiente, a su barrio, a su gente y, sin embargo, allí estaba: en la línea 2, camino de un restaurante con estrellas Michelin para venderle sus textos a un funcionario con ínfulas de grandeza. Tras él, un grupo de chavales reía y bromeaba, lo cual le hizo sentir aún más miserable. Se centró en el traqueteo del tren y el rápido paso de las luces del exterior, no permitiéndose el lujo de observar más detenidamente su propio rostro ni lo que había tras él.

—Próxima parada, Banco de España —se oyó decir a la megafonía del metro.

Sin intercambiar una sola palabra, Lara y Leo se dirigieron a la puerta y se apearon en cuanto el tren llegó a la estación. Leo se estremeció en cuanto el aire frío se coló por el bajo de su abrigo. Dejándose llevar por la marea de gente que abandonaba el andén, los dos amigos pronto se encontraron en el exterior.

La noche había caído sobre Madrid mientras ellos viajaban bajo tierra. La ciudad, iluminada por farolas de fundición, se sentía monumental y ajena. Los edificios de piedra blanca se alzaban como gigantes mudos que vigilaban el tráfico incesante de la capital.

—¿Qué crees que nos espera? —preguntó Lara al salir a la superficie.

Leo se subió el cuello del abrigo, sintiendo el látigo del aire frío. Miró hacia las cristaleras de El Relumbre, que brillaban con una luz dorada y exclusiva, prometiendo una cena que costaba lo mismo que su alquiler.

—No lo sé, pero no le deberíamos dar mucha cuerda —repuso Leo, sin dejar de mirar la imponente fachada del restaurante que se alzaba a pocos metros—. Germán no nos ha invitado para hablar de arte, Lara. Nos ha invitado para ver si somos domesticables.

—Bueno, pues intentemos que no nos ate en corto con esa cuerda —dijo ella, agarrándole del brazo—. Al menos hasta que traigan el postre. —Leo sonrió a su pesar—. Te propongo un juego —continuó Lara mientras caminaban. Su buen humor parecía incombustible—: un chupito en El Disturbio por cada vez que Germán diga el nombre de la «señora ministra».

Leo aún se estaba riendo cuando las puertas de El Relumbre se abrieron ante él.

El sonido de la capital desapareció, sustituido por un hilo de jazz ambiental y el tintineo de cubiertos de plata. Germán ya estaba allí, ocupando una opulenta mesa. Tras él, un ventanal que ofrecía una vista privilegiada de la Biblioteca Nacional. Germán se levantó para darles la bienvenida con una parsimonia estudiada, ajustándose el botón de la chaqueta con excesiva gravedad.

—Lara. Leo. Me alegra que hayáis encontrado el lugar sin contratiempos —dijo, estrechándoles la mano a ambos, pero deteniéndose en la de Leo un segundo más del necesario—. He solicitado esta mesa porque permite una deliberación sosegada. Doña Cayetana siempre dice que el ruido es el enemigo del consenso.

—Chupito uno —susurró Lara, apenas moviendo los labios.

Leo se sentó, sintiendo que el respaldo de la silla le obligaba a una postura artificialmente recta.

—He seleccionado un vino de una bodega que cuenta con el especial afecto de Cayetana —continuó Germán, mientras un camarero aparecía para escanciar el líquido. Por debajo de la mesa,

Leo vio la mano de Lara con dos dedos extendidos y tuvo que reprimir una risita—. Un caldo con estructura. Como todas las buenas cosas, el vino requiere tiempo para elaborarse, y si uno ejerce la paciencia, aprende a apreciarlo.

Miró a Leo con una mezcla de condescendencia y esperanza, como un mentor mirando a un alumno brillante pero descarriado. Leo probó el vino sin encontrar nada en él que justificara tanta ceremonia, pero se vio obligado a asentir.

—Me he permitido la libertad de concertar un itinerario gastronómico cerrado. —Germán entrelazó sus dedos sobre el mantel—. Lo llaman el Menú Castizo. Consta de dieciséis pases diseñados específicamente para explorar la lírica del costumbrismo madrileño a través de una cuidada arquitectura sensorial.

Casi como si lo hubieran estado escuchando, tres camareros aparecieron de la nada para depositar sobre la mesa, sin mediar palabra, tres piezas de cerámica negra. Lara dio un respingo ante la súbita intrusión y miró a su alrededor, algo cohibida. Leo, por su parte, bajó la mirada hacia su plato y parpadeó, desconcertado. En el centro reposaba algo que parecía más un espécimen botánico que cualquier cosa comestible. Sobre una base de lo que parecía ser musgo deshidratado, descansaba una esfera de color caoba que brillaba con la intensidad de una gema pulida. Coronando la estructura, una espuma blanquecina, casi transparente, temblaba con la vibración de los pasos de los camareros, como si fuera un jirón de niebla atrapado sobre una roca.

—Pase número uno: «Amanecer en la dehesa» —anunció un cuarto camarero. Lara dio un nuevo brinco en su asiento—. Esferificación de bellota ahumada sobre crujiente de liquen de balsa y aire de resina de pino de Guadarrama. Se recomienda consumirlo de un solo bocado para capturar la eclosión de la verticalidad matérica.

Germán cerró los ojos y aspiró el aroma con fruición.

—Fascinante —dijo, antes de llevarse la comida a los labios.

Los dos amigos intercambiaron una mirada. Lara soltó una risita y Leo se llevó la pieza a la boca con una intensa sensación de ridículo. Al cerrar los dientes, la esfera caoba estalló. Sabor a tierra,

a humo y a algo dulce inundó su paladar durante apenas tres segundos antes de desaparecer por el gaznate. Era, efectivamente, una eclosión. Y después, la nada.

—Muy matérico —oyó decir a Lara.

—Me alegra que lo apreciéis —asintió Germán, complacido—. Mirad, he estado analizando vuestra obra. Álvaro Soriano ha tenido muy buen ojo al ficharos para «Miradas diversas», pero, y siento decirlo, podemos encontrarnos ante un brete por la radical honestidad de tus textos, Leo. Debo decir que tu manejo del adjetivo es valiente. Sin embargo, hay conceptos, como el de «violencia institucional», que doña Cayetana —«chupito tres»— podría considerar un tanto desproporcionados para…

Leo apretó los dientes.

—No pienso censurar mis textos —espetó.

—¡Censurar es una palabra muy fuerte, Leo! Nadie te pide que censures nada…

—Bien, porque no pienso hacerlo.

—¿Y no podrías plantearte, al menos, una pequeña adecuación del lenguaje para hacerlo más accesible al espectador generalista?

En ese momento, los camareros regresaron para depositar, al unísono, tres diminutas urnas de cristal. El interior estaba saturado de un humo denso y grisáceo que ocultaba el contenido, atrapando el misterio bajo el vidrio.

—Pase número dos: «Retrato del Rastro» —anunció el cuarto camarero, que permanecía un paso por detrás, con las manos entrelazadas a la espalda—. Lámina de oreja de cerdo confitada a baja temperatura sobre emulsión de pimentón de la Vera y ceniza de carbón vegetal silvestre. Se recomienda levantar la campana y aspirar el aroma del mercado antes de proceder a la degustación.

A una señal invisible, los tres camareros levantaron las copas a la vez. El humo escapó en espirales, dejando a la vista una lámina de oreja de cerdo confitada con una sola gota roja de emulsión rojiza.

—Mira, Germán —empezó a decir Leo, pero el aroma a mercado se le metió en la nariz y le hizo toser. Lara le miraba por encima de su plato, con una mezcla entre preocupación y cachondeo.

—No te lo tomes como un insulto. Al contrario —aprovechó Germán para interrumpir—. Si insisto en pulir tu obra es porque veo en ti un enorme potencial.

Leo lo miró, con el sabor del pimentón aún quemándole la garganta, y Germán le sonrió con auténtica sinceridad. Realmente, ese hombre creía que le estaba haciendo un favor.

Los tres camareros volvieron a aparecer. Esta vez portaban unas cucharas de plata que sostenían una única perla de color violeta.

—Pase número tres: «Suspiro de Malasaña» —anunció el cuarto camarero—. Reducción de violetas del centenario sobre nieve de ginebra nacional.

—Fijaos en su belleza —apuntó Germán—. Es tan frágil como…

—Como la libertad de expresión —terminó Leo la analogía—. Hay que tener un enorme cuidado para que nadie te la rompa.

Germán lo miró, sus ojos recorriendo su cuerpo lentamente.

—Eres muy inteligente y tan gallardo como tu nombre indica.

—Las adulaciones no te van a llevar a ninguna parte conmigo —le cortó Leo—. Y si te soy del todo sincero, pulir me parece un eufemismo para censurar.

—Los textos de Leo son una parte fundamental de la obra. Tal y como están —intervino Lara.

—Bien, pues no se hable más del tema. No pienso arriesgarme a insultaros.

El resto de la cena fue un desfile de conceptos abstractos y porciones microscópicas. Para cuando llegaron al pase catorce, Leo tenía el estómago lleno de aire y la cabeza embotada por el vino y se limitaba a asentir mientras observaba cómo Germán diseccionaba un minúsculo trozo de rabo de toro con la misma frialdad con la que un cirujano extirpa un tumor mientras hablaba de contratos de servicios artísticos, cesiones de derechos de reproducción y transportes especializados.

—Y ahora, hablemos de vuestros honorarios —anunció el funcionario, mientras el pase quince era servido. Leo ya no le prestaba atención ni a los nombres de los platos ni al aspecto de la comida, sino que se limitaba a comer lo que le ponían delante—. Hemos decidido establecer un caché de exposición bastante

generoso aparte, por supuesto, de la partida para la producción física de las piezas: enmarcaciones de gran formato, montajes retroiluminados… —dijo, antes de concretar las cifras.

Leo intercambió una mirada rápida con Lara mientras el hombre seguía hablando. Le estaban ofreciendo por una sola exposición más de lo que ganaba con tres meses en Podstand y el goteo de sus columnas de opinión.

—A cambio, el Ministerio solo pide tres cosas —continuó, contando con los dedos—. Primero, una exclusividad temporal durante los seis meses que durará la itinerancia de «Miradas diversas». Segundo, vuestra presencia en la inauguración junto a la señora ministra. —Germán se inclinó un poco más, bajando el tono hacia una confidencialidad casi seductora—. Y tercero, una cláusula de supervisión editorial: el Ministerio se reserva el derecho de maquetar los textos en cuanto a su estilo: unificación de fuentes, formatos de lectura… Lo necesario para que el texto final sea impecable. Si os parece todo bien, podremos firmar el contrato este mismo lunes.

Lara le lanzó una mirada antes de decir con cautela.

—Me parece que todo está correcto. ¿Qué opinas tú, Leo?

El último pase, una mini torrija con anís servida sobre pétalos de verbena, fue servido y Leo suspiró, sintiendo que había superado una prueba que nunca supo en qué consistía. Se comió el postre de un mordisco y tragó, sintiéndose aliviado. Asintió.

—¡Estupendo! —exclamó Germán—. Pues solo queda tomarnos una copa para celebrarlo. Puedo sugerir un local en el que…

Todas las alarmas se encendieron en la cabeza de Leo, las mismas que se debieron encender en la de Lara, quien negó enfáticamente aprovechando que Germán no la miraba a ella.

—Lo siento, pero en realidad, ni Lara ni yo tenemos intención alguna de alargar esta velada —dijo Leo, sintiendo que el estilo pomposo de Germán se le había pegado un tanto.

—¿Pero cómo? ¡Si la noche es joven!

—No es eso lo que Leo quería decir —aclaró Lara—, es que hemos quedado con unos amigos.

—¿Oh? —La boca de Germán formó un círculo perfecto a la vez que alternaba la mirada de un amigo a otro.

Leo casi se sintió mal por rechazarlo de esa forma, dejándole bien claro que por supuesto que pensaban seguir la noche, pero no con él.

—Nos vamos a El Cañaveral, a un local que se llama El Disturbio —ofreció.

Germán parpadeó, procesando el nombre.

—¿El Disturbio? Un nombre muy sugerente, aunque espero que mi presencia no origine ninguno en su interior.

—¿Tu presencia? —Lara casi se atragantó al repetir sus palabras.

—En verdad, El Cañaveral no es el tipo de ambientes que suelo frecuentar, pero me gustará ver cómo late esa periferia de la que tanto escribe Leo. Considero un gesto de auténtica cortesía profesional que me hayáis invitado. Muchísimas gracias.

—¿De nada? —Leo intentaba recordar qué había dicho que pudiera haber sido interpretado como una invitación, pues, por la mirada asesina que Lara le dedicaba en aquel momento, le quedaba bien claro que la culpa había sido suya—. Es un local de ambiente —añadió. Aunque odiaba aquella expresión, confiaba en que fuera lo suficientemente clara como para ahuyentar a Germán.

—¡Perfecto! —exclamó el funcionario levantándose. Parecía contento ante la perspectiva.

El *gay radar* de Leo se activó y empezó a sonar con impertinencia en su cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Es un largo viaje en metro —advirtió, con la vana esperanza de que la perspectiva del transporte público le disuadiera.

—Pues no hay tiempo como el presente —dijo Germán, haciendo un gesto al camarero para que trajera la cuenta, que se apresuró a pagar con la tarjeta del Ministerio—. Es una excelente excusa para ver la nueva línea de metro que une el centro con Valdemora. Me han dicho que la zona realmente está floreciendo gracias a ella.

—Si llamas florecimiento a la gentrificación que está destrozando el teji… —empezó Leo, pero un codazo de Lara en las costillas le impidió terminar su alegato político.

Justo antes de salir del restaurante, y mientras Germán se entretenía en pedirle a uno de los camareros que trasladara al chef tanto sus felicitaciones como unas sugerencias para el menú que se atrevió a exponer, Lara se acercó a su amigo y le susurró:

—Menudo bocazas estás hecho.

—Pero si yo no… No pretendía invitarlo.

—Fuiste tú el que me advirtió que no le diéramos mucha cuerda. Y luego vas y le dices que pensábamos ir a El Disturbio. ¿Tenías que decirle hasta el nombre del local? —Leo fue a protestar de nuevo, pero el siguiente comentario de Lara le dejó sin palabras—. Pero vamos, que yo lo entiendo. Los tíos sois así, no pensáis con la cabeza en cuanto se os presenta una oportunidad para mojar. Y como Germán está coladito por ti…

Leo abrió desmesuradamente los ojos mientras todas las implicaciones de lo que su amiga había dicho se pasaban por su mente. Su asombro habría evolucionado a indignación de no ser por la sonrisa que asomó a los labios de Lara, haciéndole entender que solo se estaba cachondeando de él. Germán había por fin terminado de hablar con el pobre camarero y Lara cogió a su amigo del brazo.

—Anda, vamos.

El trayecto hacia Valdemora fue, para Leo, un ejercicio de autocontrol. Germán no dejó de comentar el «interesante lenguaje visual» de los grafitis de las estaciones y de buscar conversación con él por cualquier excusa que se le ocurriera, mientras Lara intentaba compensar la tensión con un entusiasmo fingido que solo la hacía parecer una desquiciada.

Cuando finalmente emergieron en la parada de El Cañaveral, el cambio de atmósfera fue una bendición para Leo. Aquí no había farolas de fundición ni fachadas de piedra blanca; solo bloques de hormigón, el zumbido de la autopista cercana y el olor a fritanga de un puesto de kebabs cercano. La cara que se le quedó a Germán era digna de ver.

—Es muy genuino —musitó Germán, ajustándose la bufanda de seda como si temiera que el aire del barrio fuera a mancharla—. Casi puedo sentir el pulso de la resistencia obrera.

—Lo que sientes es el frío, Germán —repuso Leo, echando a andar hacia un callejón mal iluminado mientras Lara lanzaba una carcajada.

El Disturbio ocupaba, como casi todos los locales de la zona, una antigua nave industrial. En los ochenta, la empresa que la había ocupado servía como tapadera para una enorme operación de drogas. Pero la redada policial que acabó con ella había sido una chapuza y se formó una escaramuza tremenda que se saldó con numerosas detenciones y al menos cuatro heridos por arma de fuego. Aquel disturbio, que ya formaba parte de la leyenda del barrio, daba ahora nombre a un escandaloso local en el que el *post-punk* te golpeaba más fuerte que el alcohol de garrafón que se servía en él.

—¡Por aquí! —gritó Lara, divisando una mesa al fondo, cerca de la cabina del DJ.

Lucas ya estaba allí, vistiendo una camiseta desgastada de Los Ramones, y levantó su botellín de cerveza a modo de saludo. A pocos metros, Lidia bailaba con Katy y una desconocida que se arrimaba a ella, en opinión de su hermano, más de la cuenta.

—¡Habéis tardado muchísimo! —exclamó Lucas cuando llegaron a la mesa—. ¿Qué tal la cena con el funciona…? —Se detuvo en seco al ver a Germán, que permanecía de pie muy pegado a Leo y con la bufanda sobre la nariz, como si eso fuera a protegerlo de algún mal invisible.

—Como puedes comprobar, a las mil maravillas —repuso Leo, sacando a relucir todo el sarcasmo del que fue capaz—. Lucas, este es Germán —y luego, por lo bajini, añadió—: el funcionario.

—Germán Collado —terminó de presentarse este último, extendiendo una mano hacia Lucas.

—Encantado. —Lucas estrechó la mano que se le tendía, pero no apartó los ojos de sus amigos, en un mudo ruego por saber qué estaba pasando.

—Germán ha hecho tan buenas migas con nosotros que ha querido venirse a conocer a nuestros amigos y el ambiente que frecuentamos —explicó Lara con la voz inusualmente tensa.

Lucas, entendiendo lo que había ocurrido, asintió y reprimió una risita.

—He de confesar que me he sentido atraído por el latido de la periferia —remató Germán.

—¿No me digas? —dijo Lucas, con una sonrisa que oscilaba entre la confusión y el pitorreo.

—Acompáñame a la barra —intervino Leo, deseoso de salir del radar de Germán—. ¿Qué tomas, Collado?

—Lo mismo que tú —contestó el funcionario, sentándose con extrema precaución en un taburete que cojeaba.

—No te olvides de los chupitos —gritó Lara a su espalda. Leo se giró a tiempo de ver cómo levantaba ocho dedos en el aire.

—¿De qué va todo esto? —inquirió Lucas en cuanto se alejaron del grupo, acercándose a él para hacerse escuchar por encima de la música.

—Se nos acopló —gruñó el periodista, algo malhumorado.

—¿Y tiene algo que ver el hecho de que esté colado por ti?

Leo puso los ojos en blanco.

—Calla, calla, que lleva toda la noche tirándome las puntas y yo ni me había dado cuenta.

—Pues ya sabes —rio Lucas—. Fácil lo tienes si quieres follar esta noche.

—¿Con ese? Ni muerto —contestó Leo, riendo también.

Pidieron las bebidas y ocho chupitos y lo llevaron todo de vuelta a la mesa. En cuanto lo vio venir con bebidas, Lidia dejó de bailar y se acercó a su hermano.

—Toma —le dijo Leo, que les había pedido un vodka con limón a ambas chicas.

—Eres el mejor —ronroneó Lidia dándole un beso en la mejilla a su hermano. Cogió los dos vasos y ya se disponía a volver con su amiga y seguir bailando cuando reparó en Germán. Lo miró de arriba abajo, estudiando su aspecto—. ¿Y tú quién eres? ¿El jefe de mi hermano o algo así?

—Soy el gestor de su talento, jovencita —corrigió Germán con una sonrisa condescendiente—. Germán Collado, de la Secretaría General de Cultura.

Lidia miró a su hermano, confusa.

—Es el funcionario que gestiona nuestra exposición con el Ministerio de…

—Ah, vale, vale. —Lidia siguió de largo no mostrando mayor interés.

Lara aprovechó el momento para coger los chupitos, de un color oscuro, y empezó a repartirlos.

—Mira, tocan a dos por cabeza —dijo, divertida.

—¿Celebramos algo? —preguntó Germán mientras cogía el suyo.

No queriendo dar ningún tipo de explicación al respecto, Leo agarró el pequeño vaso y se bebió el chupito de un trago. El alcohol le quemó el esófago, a la vez que el fuerte sabor a hierbas destiladas le recordó que ya no estaba en El Relumbre.

—¿Qué coño es esto? —espetó Lara, con la cara descompuesta tras degustar la bebida.

—Jägermeister falso, el de marca blanca.

—*Puaj*, no me gusta nada —se quejó ella.

Leo le tendió otro chupito.

—Pues tocan a dos por cabeza —le recordó.

—Pues venga. De un golpe —se resignó ella, inaugurando la segunda ronda.

Los demás la imitaron y pronto los ocho vasitos descansaban vacíos sobre la bandeja y los cuatro tenían la cara arrugada y el gaznate ardiendo.

—Una foto —anunció Lucas, elevando su móvil para sacar un selfie de grupo.

Se arremolinaron tras él para salir en la instantánea y Leo se encontró de nuevo muy cerca de Germán.

Lucas bajó el móvil y les enseñó la fotografía. Los cuatro se mostraban sonrientes, pero con diversas expresiones de asco aún bailándoles en las facciones. Lara soltó una carcajada.

—Mándamela —pidió—, que la quiero subir a mis historias. Me voy a bailar —anunció, yéndose para unirse a Lidia y Katy.

Lucas siguió mirando el móvil un momento, quizás para enviar la fotografía o revisar sus mensajes. Leo se dio cuenta entonces de que el funcionario seguía muy pegado a él.

—Y dime… ¿Es aquí donde se fraguan tus historias? —le preguntó.

—Es aquí donde vengo a olvidar que hay que pagar facturas —respondió Leo, apoyando los codos en la mesa—. ¿Seguro que no quieres llamar a un Uber y volver al centro?

Germán le miró, entendiendo el comentario como un desafío.

—Segurísimo, Leo. Este lugar me fascina tanto como tú. Dime, ¿qué piensa la juventud de Valdemora sobre la gestión cultural de este año?

Leo soltó una carcajada.

—Pienso que si me dieran un euro por cada político que ha expresado un falso interés en nuestro barrio, ya sería rico.

—Yo no soy un político, sino un funcionario de carrera —se apresuró a aclarar.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Lucas, volviendo a la conversación.

—Nada de nada —le aseguró Leo.

La noche avanzó entre más cervezas y la persistente verborrea de Germán, que parecía decidido a encontrar un significado antropológico a cada estribillo de The Cure. Para cuando el aire en el interior de El Disturbio, una mezcla de sudor, humo de máquinas y el aliento amargo a licor barato, se volvió irrespirable, Leo sintió que quería escapar.

—Necesito aire —anunció, haciendo un gesto a Lara y Lucas.

—Y yo —secundó Lidia, apareciendo de la nada con el pelo revuelto de tanto bailar—. Este sitio está hasta los topes. Además, me apetece echarme un cigarro.

Salieron a la calle. El frío de Valdemora les golpeó como una bofetada, pero fue un alivio. Se apoyaron en la pared de grafiti desconchado, justo bajo el neón parpadeante del local. Lara exhaló un largo suspiro, mirando hacia las estrellas que apenas se intuían tras el resplandor naranja de las farolas.

—Germán es incombustible —dijo ella, frotándose los brazos—. Creo que Lucas se ha quedado intentando explicarle quién es Ian

Curtis.

—Ojalá lo adopte —masculló Leo—. No puedo más con él.

—Lo que no hay aquí es nada de verde —se quejó Lidia, encendiendo el cigarrillo con un patético aire de conformismo—. Ni un poquito de hierba para esta pobre chica.

—Lidia, por favor, no empieces —le advirtió Leo.

—Solo digo que este barrio está seco —insistió ella, mirando a su alrededor con cara de pocos amigos.

Dio otra calada al cigarro, asqueada, y se lo pasó a su hermano.

—En realidad, el barrio goza de una salud excelente —dijo una voz desde las sombras.

Los tres se giraron. Un hombre se apoyaba contra un deportivo oscuro a pocos metros. Era moreno, alto y tenía un aire de elegancia descuidada: llevaba una chaqueta de cuero muy vivida, unos vaqueros de marca y una de esas sonrisas que parecen prometer el cielo. Se acercó con movimientos lentos y felinos.

—He oído que alguien buscaba un poco de magia. —Se sacó un canuto de detrás de la oreja y se los ofreció—. Me llamo Oliver.

Leo arqueó una ceja, midiendo al recién llegado. Había algo en su mirada, una chispa de picardía que lo hacía extrañamente atractivo, pero su instinto de hermano mayor se puso en guardia.

—No vamos a aceptar nada de un tío que se presenta así, por la cara —soltó Leo, cruzándose de brazos.

—Venga, Leo, no seas estirado —le cortó Lidia, adelantándose—. Oliver solo está siendo amable.

Antes de que Leo pudiera protestar, Lidia ya había cogido el porro que Oliver le tendía con un gesto galante y se lo llevó a los labios mientras el hombre lo encendía para ella. El olor dulzón y penetrante de la marihuana no tardó en alcanzarlos. Le dio una calada profunda, cerrando los ojos con deleite, y se lo pasó a Lara.

—Tranquilo, no soy un camello ni nada de eso —rio Oliver, levantando las manos en señal de paz—. Simplemente llevaba maría de más.

—Ya, seguro —dijo Leo, aún algo escéptico.

Lara le tendió el porro y él dudó un momento antes de cogerlo. Miró de nuevo al recién llegado, que le miraba con unos ojos llenos

de promesas y peligro. Tiró el cigarrillo de Lidia al suelo sin haberlo probado, cogió el canuto y le dio una larga calada sin romper en ningún momento el contacto visual con él.

—¿Sois de por aquí? —preguntó en tono casual.

—¿Y tú?

Oliver esbozó una sonrisa lenta y sinuosa.

—No, yo no. Soy del centro, pero hace tiempo que me autoexilié a la periferia. —Luego, en tono casi confidente, añadió—. La capital ofrece oportunidades, pero es muy asfixiante para los artistas, ¿sabes?

—¿Eres artista? —preguntó Lara, interesada, mientras soltaba el humo.

—Soy fotógrafo. Intento sobrevivir con mi cámara, aunque es difícil —contestó él, fijando sus ojos oscuros en Leo—. Pero veo que aquí el amigo es de los que necesitan ver la identificación oficial antes de confiar. Me gusta eso. La cautela es sexi.

Leo sintió un calor repentino que no tenía nada que ver con el alcohol. Oliver le estaba sosteniendo la mirada con un descaro que lo descolocaba. Había algo magnético en él, una vulnerabilidad precaria que encajaba perfectamente con lo que Leo consideraba *su gente*.

—Soy periodista —respondió—. Mi trabajo es no confiar en los desconocidos que regalan cosas.

—Pues vas a tener que hacer una excepción conmigo, periodista —sonrió Oliver, acercándose un poco más a él y tendiéndole el porro de nuevo—. Porque presiento que vamos a ser muy buenos amigos.

—Eso habrá que verlo… —Leo dio una nueva calada y se lo devolvió.

—¿Eres gay? —preguntó Lidia de sopetón.

—¡Lidia! —exclamaron Lara y Leo al unísono.

—¿Qué? —se extrañó ella, como si no acabara de cometer una impertinencia—. Está en frente de El Disturbio y le está tirando los trastos a mi hermano…

Oliver rio.

—En realidad, soy pan.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que te calles la boca —espetó Leo con dureza.

En ese momento, un coche de alta gama frenó a unos metros. Nada más verlo, el rostro de Lara se volvió hacia Leo.

—No te enfades, ¿vale? Vio mi *Storie* y me dijo que venían para acá. No le iba a decir que no…

Leo no entendió de qué hablaba hasta ver quiénes se apeaban del coche.

Álvaro avanzaba con su habitual aire de despreocupación elegante, pero era el hombre que caminaba a su lado el que hizo que el corazón de Leo se detuviera.

Dante.

Llevaba una chaqueta de corte impecable y mantenía esa misma expresión de distancia infinita, como si estuviera visitando un planeta extraño y poco higiénico. Sus ojos recorrieron el lugar con rapidez hasta que, inevitablemente, chocaron con los de Leo.

—Habías dicho que nada de Álvaro —protestó Leo.

—¿Qué querías que hiciera? —siseó ella.

Álvaro avanzó hacia ellos con una sonrisa que parecía iluminar el hormigón.

—¡Pero bueno! Menudo comité de bienvenida —exclamó, acercándose al grupo con una naturalidad envidiable—. Lara, estás radiante. Leo, me alegra ver que has sobrevivido a la cena con Germán.

Álvaro estrechó manos y repartió besos con esa simpatía que le caracterizaba. Al llegar a Oliver, lo evaluó con una mirada rápida y le dedicó un asentimiento cordial, tratándolo como a uno más del grupo.

Sin embargo, tras él, el aire parecía congelarse.

Dante se había quedado un paso por detrás. Sus ojos, fríos y analíticos, recorrieron la escena: Lidia con el porro en la mano, Lara riendo junto a Álvaro, Leo con la guardia baja y, finalmente, Oliver.

Al fijar la vista en este último, las facciones de Dante se endurecieron y su rostro palideció. A la vez, Oliver, que hasta aquel momento se había mostrado relajado y seductor, esbozó un rictus de amargo resentimiento. Dio un paso adelante, con chulería, abriendo la boca para decir algo, pero Dante no le dio la oportunidad de

hacerlo. Sin mediar palabra, sin un gesto de cortesía y sin ni siquiera reconocer la existencia de Leo con la mirada, Dante giró sobre sus talones y se alejó del grupo a grandes zancadas, volviendo al coche.

—¿Pero qué…? Dante, ¡espera! —empezó a decir Álvaro, pero su amigo ya había puesto el motor en marcha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lara, mirando a su alrededor, confusa.

—No lo sé —repuso Álvaro.

Ninguno de los dos había mirado en dirección a Oliver ni se había percatado de su comportamiento, tan solo del de Dante.

—Será mejor que vayas a ver qué le pasa a tu amigo —soltó Oliver, recuperando su sonrisa ladeada, pero con los ojos aún fijos en el coche de Dante—. Parece que ha visto un fantasma.

—Será lo mejor —convino Álvaro, mirando a Oliver y Leo de hito en hito—. Hasta luego.

—Voy contigo —dijo Lara, siguiéndole.

Los dos subieron al coche a toda prisa y, antes de que terminaran de cerrar las puertas, Dante pegó un acelerón y desapareció calle abajo. Lidia siguió donde estaba, dando una perezosa calada.

—¿Por qué no vas a ver cómo está Katy? —sugirió Leo—. Aquella chica con la que bailabais parecía muy interesada en vosotras. Y ya sabes cómo es tu amiga cuando bebe.

—Seguro que está bien. Ella… —Miró entonces hacia su hermano y pareció, por fin, entender la indirecta. Puso los ojos en blanco—. Vale, me voy para adentro. —Le dio una última calada al porro y lo tiró al suelo, aplastándolo con los tacones—. ¿Me das tu teléfono, al menos? —le preguntó a Oliver—. Por si necesitamos revitalizar la salud del barrio de nuevo, o algo así.

Oliver soltó una risita e intercambió teléfonos con ella. Una vez a solas, Leo le interpeló.

—Conque no eras un camello, ¿eh?

—Uno necesita comer, ¿sabes?

—Ya. ¿Y de qué conoces a Dante? —le preguntó.

—Entonces es verdad eso de que eres periodista…

Leo bufó una risita sin humor. La indiferencia de Dante le había dolido más que cualquier insulto. El hecho de que ni siquiera le hubiera saludado lo hacía sentir pequeño, como una mancha de grasa en el suelo que Dante simplemente había decidido no pisar.

—No se lo tengas en cuenta —dijo, como si leyera su pensamiento—, verme debe haberle afectado mucho.

La complicidad con la que Oliver le habló fue, en ese momento, un bálsamo para su orgullo herido.

—¿Por qué dices eso?

—Te lo cuento si me dices tu nombre y tu número de teléfono.

Leo negó con la cabeza, pero se sentía intrigado y divertido por el descaro de Oliver.

–Así que eres de esos…

—Sí, soy de los insistentes, periodista.

—Me llamo Leo. Deja de llamarme periodista de una vez —rio. Cogió el teléfono que le tendía y creó un nuevo contacto con su número de teléfono. Se lo devolvió—. ¿Me cuentas ya de qué iba todo eso?

Oliver dio un paso hacia él, con actitud sugerente.

—¿De verdad solo me has dado tu número por eso?

Leo volvió a sonreír, pero le puso una mano en el pecho, imponiendo de nuevo cierta distancia.

—Eso te lo digo otro día. Ahora desembucha.

—Está bien. Lo que le dije a su amigo es verdad, ¿sabes? Soy el fantasma del pasado de Dante. Un pasado que, estoy seguro, no le interesa recordar. —Leo elevó las cejas—. ¿Te sorprende que te diga eso de don Perfecto?

—No especialmente. No lo he tratado demasiado, pero me da la sensación de que es alguien que puede tener esqueletos en el armario.

—No quiero vanagloriarme, pero creo que soy el primero de esos esqueletos. Y seguro que no el último. —Dicho esto, Oliver tenía ya toda la atención de Leo. Encendió un cigarrillo y dio una calada antes de continuar—. Lo conocí en la universidad. Fue un flechazo, ¿sabes? Me enamoré de él a primera vista. Y creí que a él le pasó lo mismo. —Asintió despacio ante el gesto de desconcierto de Leo,

exhalando el humo—. Éramos unos críos y ya sabes cómo es el primer amor. Estar con Dante fue tremendo. Y cuando todo terminó, sentí como si una apisonadora me hubiera pasado por encima.

—¿Qué ocurrió?

Oliver le tendió el pitillo a Leo, que lo aceptó.

—Dante era muy diferente por aquel entonces. Ahora va de estirado y tiene un puesto de asesor de alto nivel, pero antes… Digamos que era muy fiestero. Mucho más que ahora. —Se inclinó hacia Leo y susurró—. Le iba la marcha dura.

—¿No me digas que…?

—Oh, sí —corroboró Oliver—. Dante le daba a todo. Y a todos —añadió—. Yo se lo permitía porque… Bueno, porque estaba enamorado de él. Me metía lo que él se metía, hacía todo lo que él me pedía, con quien él quería. Fue todo bastante turbio.

—Ya te digo…

—Como es lógico, terminó muy mal. Estábamos en una fiesta. La cosa se había ido de madre por completo y llegó la policía. Adivina el resto.

—Su tía la marquesa le salvó el culo —supuso Leo.

Oliver asintió, el rostro grave.

—Después de que afirmara, una y otra vez, que por supuesto él ni había consumido, ni tenía nada conmigo o con ninguno de los hombres que había allí. Ya te digo yo que la marquesa no habría salvado a un marica.

—Así que él negó ser homosexual y se fue de rositas.

—Y yo di con mis huesos en un centro —terminó de relatar Oliver, con una mueca de amargura—. Me cargaron todo el muerto: posesión, venta de estupefacientes… Todo lo que pudieron encasquetarme. Simple y llanamente porque el novio del señorito tenía que desaparecer de la circulación. Tuve que fugarme y vivir como un paria durante años, hasta que todo prescribió. ¿Viste la cara que puso al verme? Los remordimientos deben seguir comiéndoselo por dentro incluso después de todo este tiempo. En el fondo me da pena —siguió—. No es más que un pobre desgraciado que no puede vivir sin el permiso de su tía.

—Sí, pero el que está en la calle regalando canutos para conseguir clientes no es él —hizo notar Leo—. ¿Quién es el pobre desgraciado?

Oliver se acercó peligrosamente a él y le robó el cigarrillo de los labios y el aliento de los pulmones.

—Al menos —dijo en tono seductor—, yo puedo vivir como quiero hacerlo. ¿Puede él decir lo mismo? —Leo negó—. Ya me lo suponía.

CAPÍTULO
SEIS



La gala de los Premios Prisma reunía cada año a lo más granado del mundo de la prensa y la comunicación. Periodistas, fotógrafos, presentadores o tertulianos de la vieja guardia se codeaban ese día en El Círculo de Bellas Artes con autoridades culturales y políticas. En los últimos años, influencers, *podcasters* y comunicadores de todo tipo se habían ido sumando a la celebración a medida que aparecían categorías para los mejores podcasts, blogs o columnas independientes, desdibujando la frontera entre el prestigio de siempre y la viralidad del momento.

No era solo una entrega de premios; era el termómetro que mostraba quién seguía siendo relevante en un mundo que cambiaba constantemente. Entre los destellos de los flashes y el murmullo de conversaciones a media voz, se decidía el prestigio de la temporada bajo el peso de un galardón de cristal que, según las malas lenguas, servía cada vez menos para recompensar el talento y cada vez más para encumbrar a quienes acumulaban más *followers*.

A Leo le había llegado una invitación un par de meses antes, remitida por el director de *LaRedacción.es*, el digital para el que escribía una columna semanal desde incluso antes de terminar la

carrera. Era el tercer año consecutivo que lo invitaban a asistir a la gala, y como siempre, le había pedido a Lara que fuera su *plus one*.

—Sabes que odio acompañarte, ¿verdad? —le preguntó Lara, recolocándose el vestido mientras ambos se adentraban en el recinto.

El vestido era una pieza de satén dorado de extremada sencillez, que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, convirtiéndola en una diosa de oro que giraba cabezas a su paso.

—Yo también te quiero —repuso él, pasándose la mano por la solapa de su propia chaqueta.

Leo no se había quedado atrás. Para la ocasión había elegido un traje con una chaqueta entallada de terciopelo de azul klein, que acentuaba el color de sus ojos, y una pajarita con un llamativo estampado floral en tonos azules, amarillos y verdes.

—El próximo año invita a Lucas. O a tu hermana —añadió, levantando una mano para saludar a una conocida—, que se muere por venir a un sarao de estos.

—Ni loco traigo a Lidia a un sitio así… —dijo, sin dejar de teclear en su móvil—. Además, no solo te invito porque seas mi amiga, sino porque…

—Soy la copresentadora de tu podcast y a PodStand le viene genial la publicidad de tenernos a los dos posando en el *photocall*.

—Pues si lo sabes, ¿para qué me haces gastar saliva?

Se detuvieron justo antes de doblar la esquina que daba al panel de logotipos. Una chica joven con un pinganillo y una acreditación colgada al cuello les hizo una señal con la mano, pidiéndoles que aguardaran un segundo mientras un presentador de televisión terminaba de posar. El teléfono de Leo volvió a sonar y este lo desbloqueó y esbozó una sonrisa antes de empezar a teclear.

—¿Con quién te mensajeas? —inquirió Lara, mirando por encima de su hombro para curiosear en su pantalla.

Leo protegió el móvil, pegándolo contra su pecho.

—No seas fisgona.

—¿Con quién?

Justo entonces, le entró otro mensaje. Leo puso los ojos en blanco.

—Con Oliver —dijo. Lara lo miró desconcertada—. El chico que conocimos el otro día en El Disturbio.

—No, si me acuerdo de él. Lo que no sabía era que… —Lara sonrió con malicia—. ¿Estáis liados?

—No —se apresuró a negar—, solo somos amigos.

El presentador de televisión avanzaba por el *photocall* y Leo supo que enseguida tendrían que salir. Se apresuró a escribir:

Te tengo que dejar

Empieza el sarao

Tenemos que pasar por un photocall y todo LOL

La respuesta de Oliver no se hizo esperar:

Suerte con los focos.

No dejes que te cieguen, que tú brillas por ti solo ✨

Leo sonrió para sí mismo, sintiendo un calor en el pecho que nada tenía que ver con la calefacción del Círculo. Guardó el teléfono justo cuando la organizadora consultaba su lista, les dedicaba una sonrisa profesional y decía:

—Cuando quieras, Leo. Todo tuyo.

—Espera. —Le detuvo Lara, agarrándole del brazo. En apenas un segundo se puso ante él, le recolocó la pajarita y le retocó un mechón de pelo—. Hala, ya estás perfecto. Leo le ofreció un brazo, pero ella negó—. No, sal tú primero. Leguina va a querer una foto solo de ti para el digital. Y tú la necesitas para tus redes. Me uno a ti en medio minuto.

Leo asintió mientras escuchó a la organizadora decir:

—Entra Leo Gallardo de *La Redacción*.

Leo dio un paso al frente y abandonó la penumbra del pasillo para entregarse al rugido de los flashes. Al cruzar la línea imaginaria de la lona con el logotipo de los premios impreso, el mundo se volvió blanco y brillante. Una ráfaga de disparos mecánicos le dio la bienvenida. Forzó su mejor sonrisa e intentó mantener el tipo

mientras los fotógrafos gritaban su nombre con una familiaridad agresiva.

Duró apenas cinco segundos.

El ritmo de los flashes se mantuvo, pero el foco de atención cambió de repente. Apenas unos metros más allá, en el centro absoluto del panel de logotipos, estaba Jorge Valencia, con su melena rubia, su traje de sastre y sus ciento cincuenta mil seguidores. Mientras los fotógrafos se desvivían por captar el mejor ángulo del influencer gay más conocido del país, nominado ese año a mejor programa de emisión digital, él se limitaba a sonreír con la condescendencia de quien se sabe el rey del momento.

Jorge miró hacia él, sonrió y le dijo algo a su acompañante, una actriz que copresentaba con él el podcast *Casi de todo*. Leo volvió la vista y resopló, pero se sintió muy pequeño de repente, como si volviera a tener veintiún años y fuera todavía un simple *wannabe* en la periferia de la influencia.

—¡Leo! ¡Una mirada aquí, al centro! —gritó un fotógrafo, devolviéndolo a la realidad.

Leo forzó la sonrisa de nuevo, pero la sensación de ridículo no lo abandonaba. Por suerte, en ese momento sintió la mano de Lara en su brazo, uniéndose a él.

Su amiga sonreía con naturalidad, y su espectacular belleza relucía bajo los flashes, que resaltaban el bronce de su piel y el ónix de sus ojos. Una nueva ráfaga de disparos los envolvió tras su aparición. La sonrisa de Leo se volvió, por primera vez en la noche, genuina. Estaba seguro de que muchos de los fotógrafos no tenían ni idea de quién era su acompañante, pero, ante semejante despliegue de fotogenia, debían dar por sentado que se trataba de una modelo o de alguna actriz de moda.

—No le hagas caso al estirado ese —le siseó Lara entre dientes, sin dejar de sonreír ni una sola vez. Ambos se giraron hacia un fotógrafo que no dejaba de gritarles—. Tienes el doble de talento que él.

—Y la mitad de seguidores.

Ahora sí, ella lo miró.

—Tú, más que nadie, sabes que eso no es lo más importante.

Leo asintió. Jorge Valencia y su acompañante ya habían abandonado el *photocall* y a ellos ya les hacían gestos para que hicieran lo mismo. Con alivio, ambos amigos avanzaron por la alfombra roja hasta dejar atrás la algarabía que se formó cuando un nuevo influencer hizo su aparición.

—Menuda locura, ¿eh?

Quique Leguina, el director de *LaRedacción.es* les miraba con una sonrisa.

—Y que lo digas —dijo Leo a modo de saludo, apretando con cordialidad la mano que le tendía.

—Hola, Lara —la saludó a ella también—. Luego pásate a hablar con los de Política. —Pidió a Leo—. Están muy atentos a lo que escribes sobre la ley de libertad de expresión.

—De la falta de ella, querrás decir.

Quique se encogió de hombros.

—Esta noche no quiero pensar en eso. —Y, como para demostrarlo, le dio un sorbo a su copa de vino—. Tomaros algo, pasadlo bien. No estáis nominados a nada esta noche. Cero presión.

Lara soltó una risita.

—Para Leo, la presión es *no* estar nominados a nada.

La cara de Quique se ensombreció.

—*Orgullo!* es un buen podcast. Y desde que estáis en PodStand… —Dejó la frase en el aire—. Ya sabes cómo es este mundillo. No le des más vueltas.

Leo asintió despacio, como si la situación no le quemara.

—Gracias. Mucha suerte, por cierto —le deseó.

Leguina estaba ese año nominado a Mejor Labor Periodística. Ganarlo significaba recibir el reconocimiento de una industria que no estaba muy por la labor de dejar entrar a los *outsiders*.

—Gracias. Os veo luego. No te olvides de los de Política.

—Hasta luego —se despidieron.

Un camarero se les acercó con una bandeja y ellos cogieron dos copas de vino blanco. Leo dio un largo sorbo.

—Yo también odio venir a estos sitios.

Lara lo miró con conocimiento.

—Lo sé.



La gala transcurrió entre el calor sofocante del patio de butacas y una sucesión interminable de discursos de agradecimiento que oscilaban entre la emoción genuina y el narcisismo más absoluto. Leo aplaudió con entusiasmo cuando Quique Leguina subió a recoger su Prisma a la Mejor Labor Periodística, ignorando el disgusto que le recorrió al ver cómo la vieja guardia se ponía en pie para ovacionar al hombre que los obligaba, una y otra vez, a actualizarse.

También aplaudió, aunque con mucha menos convicción, cuando Jorge Valencia y su compañera se alzaron con el premio al mejor podcast. Para cuando los focos se apagaron y la marea de trajes y vestidos de seda comenzó a fluir hacia las puertas de salida, Leo sentía que el nudo de su pajarita le apretaba en la garganta. Se lo aflojó, desbaratando el nudo y suspiró. Lara le dedicó una miradita.

—Con lo guapo que estabas… —le amonestó, tirando de la pajarita deshecha para quitársela del cuello. Se la enredó alrededor de la muñeca, haciéndose con ella una pulsera improvisada.

El ambiente había cambiado. El rigor del patio de butacas se había disuelto y en el aire, ahora menos denso, se escuchaba el murmullo de conversaciones y el tintineo constante de los hielos contra el cristal. Las personas se agrupaban en pequeños grupos; se escuchaban felicitaciones a los ganadores o leves pésames a los que no habían sido tan afortunados, pero la mayoría de la gente había pasado página ya. Se hablaba de la siguiente edición, de los talentos emergentes, pero también de cómo la industria cambiaba, de si la prensa digital había superado definitivamente a la tradicional, de si los podcasts serían el fin de la radio, de la *tiktokización* de la prensa, e incluso de la política.

Leo y Lara se abrieron paso hacia la zona de la barra principal.

—Esto parece un zoológico —susurró él, aceptando un gin-tonic que su amiga le puso en la mano.

—Es el mercado, amigo —respondió ella con un guiño, aunque sus ojos escudriñaban la sala.

—A veces, siento que pertenezco a los dos mundos y a ninguno a la vez.

—¿Qué quieres decir?

Leo se encogió de hombros un momento, como si no supiera explicarlo. Luego señaló a un grupo de famosos periodistas, todos de la vieja guardia, que habían presentado informativos, dirigido las secciones de política de periódicos o famosos programas de radio.

—Soy uno de ellos. Más joven, con menos experiencia, pero soy un periodista también. Pero ellos me ven como a un *influencer* al que solo le publican libros y columnas porque tiene seguidores en TikTok. Y sin embargo… —Señaló esta vez con la barbilla a un grupo de influencers. En medio de todos ellos, Jorge Valencia sonreía feliz y mostraba su galardón—. Ellos me consideran un aspirante, un impostor. No soy lo suficientemente famoso, no tengo la suficiente relevancia. ¿Lo ves? Demasiado metido en redes para ser considerado un periodista serio. Demasiado poco relevante para ser un *influencer* a tener en cuenta.

—Perteneces a los dos mundos y a ninguno… —le parafraseó Lara—. ¿Así es como te ves a ti mismo? —Se sorprendió ella. Se giró hasta quedar apoyada en la barra y le miró con intensidad—. No sabía que quisieras ser un *influencer*.

Leo chasqueó la lengua.

—Y no quiero. Si pudiera elegir…

—… Querrías que te consideraran un periodista serio —acabó ella la frase. Leo asintió—. Ya eres un periodista serio. Lo sabes, ¿verdad? No importa lo que digan esos carcamales.

Leo fue a decir algo, pero se quedó petrificado. Lara siguió su mirada y vio a Dante entre los invitados. El asesor destacaba entre la muchedumbre y no tenía que esforzarse para hacerlo. No solo por su elevada estatura, sino también por su porte, por el impecable traje que vestía, por su elegancia innata. Tenía un vaso en la mano y hablaba con una politóloga muy mediática.

—¿Leo? —se extrañó.

—¿Sabías que estaría él aquí? —preguntó sin apartar la mirada de él.

—Sí, lo sabía. Álvaro me lo había comentado. ¿Qué pasa? —insistió, extrañada por la reacción de su amigo.

Leo no tuvo tiempo de responder. Dante se despedía de la politóloga y, con una seguridad que a Leo le crispó los nervios, se dirigía directamente hacia ellos. No parecía el mismo hombre que había huido en El Disturbio; caminaba con el mentón alto, saludando con leves inclinaciones de cabeza a diestra y siniestra.

—Buenas noches —dijo Dante al llegar a su altura. Su voz era profunda, una nota de calma en medio del caos de la fiesta. Saludó a Lara con dos besos y una sonrisa cortés antes de clavar sus ojos en Leo—. Enhorabuena por el premio de tu director. Supongo que es una gran noche para *La Redacción*.

—Gracias —respondió. Su tono era tan seco que Lara le lanzó una mirada de advertencia—. Aunque imagino que para alguien acostumbrado a las altas esferas, un premio a un digital debe parecer una nadería.

Dante arqueó una ceja, sorprendido por su tono agresivo.

—No desprecio el trabajo ajeno, Gallardo. Menos aún el de Leguina. Es un gran periodista.

—¿Aunque sus ideas no comulguen con las tuyas?

Dante esbozó una sonrisa perfecta, si bien algo forzada.

—La Inquisición se acabó hace siglos.

—Ya, pero hasta hace cuarenta años no teníamos libertad de prensa, así que…

—¿En serio? ¿Me estás echando en cara la dictadura? —pareció reírse de él.

—Recuérdame de nuevo quién fundó el partido para el que trabajas.

—Ya está bien de hablar de política —intervino Lara con una sonrisa tensa, poniéndose entre ambos, como si temiera que fueran a llegar a las manos en cualquier momento.

—Sí, será lo mejor —aceptó Leo—. Hablemos de otra cosa. No te tenía por el tipo de gente que va a El Disturbio. Una pena que al final no te decidieras a entrar —le escupió a Dante.

Este, si se dio por aludido, no lo hizo notar.

—No habría estado mal, para variar, pero no me pareció el momento oportuno. ¿Y tú? ¿Vas allí a menudo? —se interesó.

—Bastante. De hecho, el otro día hicimos un nuevo amigo allí, ¿no es así, Lara?

Ella, que no sabía a qué venía aquel comentario, no hizo más que asentir.

—Oliver es muy sociable —concedió Dante—. No le suele costar hacer amigos. Lo que le cuesta es mantenerlos.

—Ya, ya lo sé. —Leo soltó una risita desprovista de alegría—. Por lo que me contó, eso fue lo que le pasó contigo. Curioso, ¿no?

Dante se tensó. El aire entre ellos se volvió eléctrico, un silencioso duelo de miradas que Lara observaba con la boca abierta.

—No, no tan curioso. —Su voz ya no era tan firme como un momento antes y Leo sintió la satisfacción de la victoria—. Si me disculpáis, tengo aún mucha gente a la que saludar. Buenas noches —se despidió.

—Buenas noches —dijo Lara mientras Dante ya se alejaba de ellos. Luego se volvió hacia Leo—. ¿Qué ha sido eso? —le exigió a su amigo.

—Nada —contestó él, haciéndose el inocente.

—Y una mierda —le rebatió ella—. Hay algo que no me quieres contar. Desde el Peacock's se te cambia la cara cada vez que lo ves. Y sé que en la sierra pasó algo. Y ahora esto.

—Joder —siseó Leo, soltando su copa en la barra.

Lara elevó las cejas.

—¿De verdad creías que no me iba a dar cuenta de nada? ¿Qué coño pasa entre vosotros?

Leo miró a ambos lados como si quisiera asegurarse de que nadie los estaría escuchando. Frunció los labios al ver que estaban rodeados de gente.

—Ven conmigo. —La cogió del brazo y empezaron a caminar.

Lara se dejó guiar, sabiendo que si Leo se comportaba así era por una buena razón. No dijo nada mientras seguía a Leo. Salieron a la terraza. Allí había menos personas, algunas parejas que admiraban las vistas o fumadores que interactuaban con quienes compartían su

vicio. Leo, aún agarrándola, la guio hasta la parte más desierta de la terraza, lejos de oídos ajenos. Solo entonces la soltó y abrió la boca para hablar.

—Es gay —le soltó.

Lara tardó un momento en entender lo que Leo le estaba diciendo.

—Dante es… ¿Cómo lo sabes? —Abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Te has liado con él?

—No, joder. No es eso. ¿Por qué crees que me lío con todo el mundo?

Lara se apoyó contra la barandilla. La brisa nocturna le agitó el cabello y un mechón se le cruzó en la cara. Se lo apartó con impaciencia.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde la inauguración de «Fuera de plano» —confesó—. Oí a Álvaro preguntarle si no me encontraba atractivo.

—¿Y él qué contestó?

El rechazo del asesor se abrió camino en su mente. «Solo es un chico de periferia con un micrófono y muchas ganas de llamar la atención. No es para nada mi tipo, y ciertamente no es alguien con quien quiera que se me relacione».

—Eso no es importante ahora —repuso con impaciencia, apartando el recuerdo.

—No, no lo es —convino ella—. Entonces Carolina y él no son pareja —dedujo.

—¿Por qué dices eso?

Lara ladeó la cabeza.

—¿Te crees que Álvaro permitiría que su amigo gay engañara a su propia hermana? —adujo.

—¿Crees que Carolina lo sabe?

—Lo más seguro. Si Álvaro lo sabe, ella también debe de saberlo.

Leo no respondió. Por un momento, procesó la lógica de Lara: si Carolina era la barba de Dante en vez de una víctima, el castillo de naipes de su indignación por la hipocresía de Dante se desmoronaba. Pero le dio igual. Ahora sabía que Dante era capaz de

cosas mucho peores que esa. En su mente, el juicio ya estaba dictado y la sentencia firmada.

—Sigo sin saber qué te pasa con él —le presionó su amiga.

Leo no supo qué contestar. Por un lado, sentía que se había quitado un peso de encima compartiendo este secreto con su amiga, aunque se sentía mal por desvelar la orientación sexual de alguien que se cuidaba mucho de mantenerla oculta. Por otro lado, ¿cómo explicarle a Lara el extraño juego al que Dante y él habían estado jugando desde aquella noche en el Peacock's? Leo ni siquiera tenía muy claro qué era lo que había entre ellos, si se podía decir que hubiera algo. Lo que sí tenía claro era que, desde que había conocido a Oliver, había entendido por qué Dante le escamaba tanto desde que lo viera por primera vez.

—¿Recuerdas la reacción que tuvo Dante en la puerta de El Disturbio?

—Claro que lo recuerdo. —Lara asintió—. Y también me acuerdo que fue al ver a Oliver. Pero cuando Álvaro y yo nos metimos en el coche con él, no quiso decir ni una sola palabra al respecto.

—Oliver sí que me contó lo que había pasado entre ellos.

Leo procedió a contarle lo que el fotógrafo le había confiado: su relación con Dante, la sordidez que había alcanzado y cómo este le había abandonado en cuanto la cosa se puso fea. Lara lo miraba ojiplática.

—No me lo puedo creer —dijo cuando Leo terminó su relato—. Soy la primera en aceptar que Dante no es un dechado de simpatía, pero de ahí a que haya sido capaz de algo así… ¿Estás seguro?

Leo se encogió de hombros.

—¿Qué razón puede tener Oliver para mentirme? Y ya viste cómo se portó Dante. Si ese no es el comportamiento de un hombre que se siente culpable…

—Me cuesta creerlo —confesó Lara—. Y estoy segura de que Álvaro no sabe nada de todo esto. Él no conocía a Oliver, y luego me confesó que no sabía a cuento de qué venía el comportamiento de Dante.

—No dudo que eso sea verdad. Álvaro es demasiado noble para ser amigo de alguien así —le concedió Leo.

Lara se frotó los brazos, como si sintiera el cuerpo frío de repente.

—No me extraña que, sabiendo eso, no puedas ni verle —dijo al final.

Leo miró hacia la ciudad. Las lejanas luces que titilaban en la bruma daban un aire fantástico a la escena. Pensó en las otras cosas que sabía, en las cosas que Dante y él se habían dicho. «¿De verdad crees que yo no me atrevería?». Un escalofrío lo recorrió. Ahora sabía que sí, que Dante se atrevería, pero ¿cómo de malparado hubiera quedado él si aquella noche se hubiese dejado llevar por la curiosidad y el deseo en vez de la indignación. Negó con la cabeza.

Vio entonces que Lara temblaba en su ligero vestido y se quitó la chaqueta para ponerla sobre sus hombros. El frío le caló a través de la tela de su camisa y sintió que se le erizaban los pezones.

—Vámonos dentro. Hace frío y le prometí a Quique que hablaría con los de Política.

Al cruzar de nuevo el umbral, el calor del salón le golpeó el rostro. La música había subido de volumen, volviéndose más rítmica, y el olor a vino se mezclaba ahora con el de cientos de personas que llevaban horas embutidas en su ropa de fiesta. Leo cumplió la palabra dada y pasó media hora charlando con la jefa de Política, una mujer inteligente con la que se enredó en un debate sobre la nueva ley de prensa y que le prometió una entrevista exclusiva con un redactor de la sección de Cultura cuando Lara y él expusieran su obra en «Miradas diversas». Luego charló con más compañeros, esquivó un par de intentos de selfie de algunos invitados que le reconocían por sus vídeos en TikTok y se tomó un par de copas de más.

Lara se había ido al baño, dejándole a solas cerca de una de las barras auxiliares. Fue entonces cuando vio a Germán Collado, intentando, sin mucho éxito, llamar la atención de Dante. No le dio tiempo a agradecer el no haberse topado antes con el funcionario cuando vio cómo Dante por fin reparaba en el hombre, pomposo y bajito, que había tirado de la manga de su chaqueta. Dante miró hacia la mano que le había agarrado con un asombro que era casi cómico. Leo sonrió ante la escena que se representaba ante él:

Germán gesticulaba con una copa de champán en la mano, deshaciéndose en halagos y reverencias, mientras Dante mantenía el cuerpo rígido y la mirada atónita en algún punto del rostro de aquel hombre. Al final, con un gesto cortante de la mano, Dante interrumpió a Germán, que calló contrito para escuchar las duras palabras con las que, a juzgar por su tensa postura, el asesor lo despachó. Dante se dio la vuelta y se alejó de Germán sin mirar atrás, dejándolo con la palabra en la boca.

La sonrisa desapareció de sus labios al ver que el atribulado funcionario se apartaba de la muchedumbre y sintió el extraño impulso de acercarse a él. Quizás fuera el vino, o quizás esa pulsión suya de ponerse siempre del lado de los más desfavorecidos, incluso si era alguien como Germán.

—No te sientas mal por cómo te ha tratado ese hombre —le dijo Leo al acercarse.

Germán se sobresaltó, pero al ver que era Leo quien le hablaba, su rostro se iluminó con una sonrisa inmediata. Se colocó la corbata y sonrió de esa forma que a Leo siempre le recordaba a un comercial de seguros.

—Oh, no me siento mal, Leo —respondió, bajando la voz como si le compartieran un secreto de estado—. Considero que un hombre de tan alto estatus tiene derecho a ser agradable solo con quien él considere oportuno. Es el orden natural de las cosas.

Leo arrugó el entrecejo, incrédulo.

—¿De verdad? ¿Crees que está bien que trate mal a todo el mundo porque le pusieron un chupete de oro al nacer?

—Oh, ya veo que mi comentario no comulga con tus idealistas opiniones. —Germán soltó una risita forzada—. En todo caso, espero que sepas que no pretendía ofenderte.

—No pasa nada, Germán. Me alegro de verte —dijo Leo, a modo de despedida.

—Yo también me alegro. —Germán lo retuvo—. De hecho, deseaba encontrarme esta noche contigo, porque considero que este es el escenario perfecto para lo que tengo pensado decirte.

—¿No me digas? ¿Y qué tenías pensado decirme? —preguntó Leo.

Germán dio un paso hacia él, invadiendo su espacio personal.

—La modestia es solo una de tus muchas cualidades, Leo, pero no es la que principalmente me gusta de ti. No puedes seguir teniendo dudas acerca de lo que pretendo decirte. Desde el momento en el que te vi por primera vez, supe que eras el hombre ideal para mí.

Leo esbozó lo que iba camino de ser una risa, convencido de que Germán estaba bromeando, hasta que el gesto determinado y solemne del hombre le hizo entender que hablaba en serio.

—Germán, no…

—Tienes las cualidades perfectas —le interrumpió Germán, imperturbable—. Eres inteligente, divertido, tienes talento, y eres además, permíteme decirlo, bastante atractivo.

—¿Bastante? —repitió Leo, ofendido a pesar de sí mismo.

—Sí. Todas cualidades muy deseables. Aunque mis sentimientos rara vez se dejan llevar por una racionalidad tan pura, opino que esta vez me han atraído hacia mi pareja idónea. Me siento indudable e inequívocamente atraído hacia ti. Y, si todo eso no fuera suficiente, creo que podríamos llegar muy lejos juntos, Leo. Mi posición en el Ministerio, tu alcance en redes… seríamos imparables.

—¿Imparables? —Esta vez no pudo reprimir una sonrisa burlona.

La mirada de Germán se detuvo un momento en sus labios.

—Sí —afirmó con la voz estrangulada—, como yo, ahora mismo.

Animado por su propio discurso, se lanzó hacia él, con la clara intención de besarlo. Leo, en un acto de reflejo, le hizo una cobra tan monumental que casi perdió el equilibrio. El rechazo fue tan evidente que el tiempo pareció congelarse entre ellos.

—¡Germán! —siseó Leo, recuperando la verticalidad.

—Lo entiendo, lo entiendo. Perdona mi atrevimiento. Este no es el lugar adecuado.

—¿Que no es el lugar adecua… ? No, no es eso.

—Puedes decirme lo que sea. Entenderé cualquier cosa que te retenga ahora mismo y te impida sucumbir a la tensión sexual que hay entre nosotros.

Leo se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. En su fuero interno, se vio obligado a admirar la confianza que Germán

tenía en sí mismo.

—No hay nada que me retenga salvo la falta de atracción que siento por ti. —Germán fue a rebatirle, pero Leo no se lo permitió—. Lo siento, te has equivocado conmigo. Me voy —añadió, levantando una mano y poniéndola frente a Germán, en un gesto de rechazo mientras se alejaba de él—, y te rogaría que, a partir de ahora, nuestra relación fuera estrictamente profesional.

Leo se dio la vuelta para huir, pero se detuvo en seco. Al fondo de la sala, apoyado contra una de las mesas altas, Dante lo estaba observando.

No había ni un solo rastro de burla en su rostro, sino una intensidad oscura. Lo miró de arriba abajo, registrando su indignación y su integridad. Leo comprendió que Dante lo había visto todo y sintió que enrojecía hasta la raíz del pelo.

—Joder… —farfulló mientras se escabullía, sintiendo la mirada de Dante quemándole en la nuca.

—¿Dónde te habías metido? —Lara apareció de ninguna parte y lo cogió del brazo—. Te estaba buscando.

—¿Podemos irnos ya? —pidió.

—Claro. ¿Estás bien?

—Demasiadas emociones en una misma noche —se disculpó.

Ella asintió y se dirigieron hacia la salida. Con Lara del brazo, Leo se atrevió a mirar por encima del hombro. Ya no se veía a Dante por ninguna parte. Y, para su sorpresa, no sintió alivio por ello.

CAPÍTULO
SIETE



LUCAS CAMINABA POR LAS DESIERTAS CALLES DE SU BARRIO CON LAS MANOS hundidas en los bolsillos de sus vaqueros y un audiolibro sonando en sus auriculares. La suscripción a aquella plataforma era uno de sus pocos vicios, todos ellos relacionados con la literatura. A veces se sentía culpable por el gasto; por pagar para que le leyeran un libro que ya tenía en formato físico y en ebook. Otras veces, lo que le hacía sentir culpable era la temática de los libros en cuestión.

Nunca les había confesado a ninguno de sus amigos que leía romance. Concretamente, romance gay. Más concretamente, romance gay de monstruos. No era algo de lo que se sintiera orgulloso, pero mientras el narrador describía con una voz peligrosa y ronca cómo el guerrero orco acorralaba al protagonista contra la corteza de un árbol sagrado para reclamarlo y hacerlo suyo, Lucas se vio obligado a detenerse en un portal oscuro.

Cerró los ojos, esbozando una sonrisita avergonzada mientras escuchaba una detallada y húmeda escena de sexo que incluía *scenting*, *marking*, *slicking* y *knotting*, conceptos con los que Lucas estaba muy familiarizado… al menos en la ficción.

A veces se preguntaba por qué le gustaban tanto esas historias, llenas de sexo violento, pero también de devoción, amantes

destinados y finales felices. Quizás era eso, la parte más *romance* y menos *monster*, lo que realmente le atraía de esos libros. Aunque tuviera que confesar que las escenas sexuales hacían que se le disparara el pulso.

Tampoco era que soñara con liarse con un monstruo. Ni lo pretendía ni lo deseaba, y solo pensaba en ello en el momento en que se ponía a leer. Era una fantasía inofensiva e irrealizable, y eso, según Lucas, estaba bien. Él creía que había cosas que solo eran deseables mientras se mantuvieran en el plano de lo imposible y que, por lo tanto, era mejor que no se materializaran. Para él, aquel despliegue de colmillos, gruñidos y pollas enormes era como una película de acción: disfrutaba del espectáculo porque sabía que, al terminar, su vida seguiría en orden. Además, a él ni siquiera le gustaban los hombres malotes o dominantes. Solo aspiraba a conocer a un buen tío con el que compartir su vida. Y que, preferiblemente, no le juzgara por su gusto en libros.

Con un suspiro, apagó el audiolibro al terminar el capítulo y prosiguió su camino.

Había quedado con sus amigos para echarse una caña en La Estrella y Leo le había dicho que estarían en Beautifuck. Cuando Lucas se aproximó, el cierre del centro ya estaba echado, pero en el interior la luz blanca de los fluorescentes seguía encendida, derramándose sobre la oscura acera y compitiendo con la amarillenta luz de las farolas. Lucas dio dos rápidos toques en el metal y unos segundos más tarde, la valla metálica subió y Leo le abrió la puerta de aluminio y cristal.

En cuanto se adentró en el salón, Lucas vio a Lara sentada a una de las mesas, con las manos descansando sobre una toalla blanca, mientras Lidia, sentada frente a ella y con una mascarilla bajada al cuello, trabajaba en sus uñas con un pincel de precisión. En el mostrador del fondo, Maribel se peleaba con una montaña de facturas y una calculadora que parecía no darle las noticias que esperaba.

—Habíamos quedado a las ocho —le dijo el periodista a modo de saludo.

Lucas miró su reloj. Las aventuras del Señor de la Horda y su amante humano solo le habían retrasado unos diez minutos.

—¿Y eso? —preguntó, señalando a Lara.

—Como no venías, Lidia se ha ofrecido a hacerme un apaño rápido —aclaró Lara, saludándolo con la mano que tenía libre.

—Rápido, dice —bufó Leo. Luego, dirigiéndose al recién llegado, añadió—: Nos va a tener media hora esperando por ella.

—Exagerado —contrarrestó Lara con una sonrisa.

Lucas dejó su chaqueta sobre el sofacito de espera y se acercó a la mesa de manicura.

—¿No deberías haberte hecho la manicura *antes* de haber ido a la entrega de premios? —rio Lucas, apoyándose en el mostrador junto a Maribel.

—Y me hice una manicura antes de la gala, pero ahora quiero algo más informal y cómodo.

—Pues no habértelas puesto tan largas —rio Leo, que se sentó en el sofá y volvió a coger su tablet.

—Qué duro es que los hombres no nos entiendan —dijo Lidia, levantando un segundo su mirada—. Ya podríais tener más sensibilidad, que para eso sois los dos…

—… ¿Maricas? —terminó Leo la frase por ella.

Lidia resopló en silencio y retomó su trabajo.

—Joder, Lara. En esta foto estás estupenda —silbó Leo.

—¿Qué miras? ¿Fotos de anoche? —se interesó Lucas.

Leo asintió y Lucas se sentó junto a él para asomarse a la pantalla de la tablet y ver fotos de la gala de premios. Justo entonces, una notificación de mensaje apareció en la parte superior de la tablet. Lucas no pudo evitar leer el nombre de Oliver. Leo, con un movimiento instintivo y rápido, deslizó el dedo para borrar la notificación antes de que el texto se desplegara por completo, pero no pudo ocultar la pequeña sonrisa que le iluminó el rostro.

—¿Y ese quién es? —preguntó Lucas, más por curiosidad que por cotilleo.

Leo lanzó una mirada en dirección a su madre antes de llevarse un dedo a los labios.

—Mejor no hablar de eso ahora —susurró.

Lucas se hizo una nota mental de preguntarle luego. Ya le sacaría información en el bar. Decidió centrarse en las fotografías.

En la primera imagen, Leo sonreía con esa elegancia natural que a Lucas le parecía casi insultante, mientras que Lara, cogida de su brazo, estaba realmente espectacular.

—Qué guapos sois —suspiró, la voz preñada de envidia y admiración a partes iguales.

Maribel se acercó también a ellos.

—La verdad es que salimos bastante favorecidos. Mira esta en el *photocall*. —Leo giró la tablet para que Lara, a quien Lidia aplicaba ya una capa de *top coat*, pudiera ver la foto en cuestión—. Hasta parecemos gente importante.

—Sois gente importante, cariño —masculló Maribel—. Lo que pasa es que no todo el mundo se ha dado cuenta todavía.

Leo sonrió a su madre antes de seguir pasando fotografías, deteniéndose en algunas para aclararles quién era tal o cual persona o para comentar el *outfit* de alguien, hasta que de pronto se detuvo. Lucas se fijó en cómo su amigo tensaba la mandíbula y pasaba la siguiente imagen con demasiada rapidez. Pero no fue lo suficientemente rápido para Maribel.

—Oye, ¿no es ese el asesor aquel tan guapo? —intervino, metiendo mano en la pantalla para volver a la imagen anterior—. El hijo de la marquesa.

—Sobrino, mamá, sobrino —corrigió Leo.

Lucas no pudo evitar fijarse en cómo Leo se removía en su asiento, pero su atención se desvió rápidamente hacia la siguiente fotografía. Allí, entre la multitud, reconoció la figura de Germán Collado. Lucía el mismo porte que Lucas recordaba de la noche en El Disturbio, pero su expresión era de puro estupor.

—¿Germán estuvo en la gala?

Leo se encogió de hombros e intentó cambiar de imagen y de tema, pero Lara, con una manicura impecable ya terminada, le quitó la tablet de las manos para mirar la foto.

—Creo que esta es la cara que se le debió quedar después del «incidente» —reveló con malicia—. Pobre Germán —rio—. No sabía dónde se metía.

Si no conociera mejor a su mejor amigo, Lucas habría jurado que este se estaba ruborizando.

—¿Qué incidente?

Leo dejó la tablet sobre el sofá y se frotó la nuca, evitando la mirada de los demás.

—No fue para tanto —masculló, aunque sus orejas empezaban a teñirse de un rojo delator—. Solo un malentendido.

—¿Qué malentendido? —se interesó Lucas.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Maribel a la vez.

—Germán Collado —recitó Lidia—, de la Secretaría General de Cultura.

—Es el funcionario del ministerio que nos está gestionando lo de la exposición —le explicó Lara.

Leo se había sumido en un súbito mutismo, muy impropio de él.

—¿Funcionario? ¿Del ministerio? —Maribel cogió la tablet para mirarla por encima de sus gafas—. Pues es bajito, pero qué buena planta tiene.

Ahora sí, definitivamente Lucas se convenció de que Leo se estaba ruborizando.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —volvió a preguntarle.

—Que intentó besarle —exclamó Lara, que no podía aguantarse más el chisme—. En mitad de la fiesta, delante de todo el mundo.

—¿En serio? —se interesó Lidia.

—Y tan en serio.

Todos los ojos se volvieron hacia el periodista.

—No fue en mitad de la fiesta, fue en un rincón —rectificó Leo, abochornado—. Y no es solo que intentara besarme, es que me soltó un discurso loquísimo sobre la compatibilidad de caracteres y lo adecuado que soy para él. Para cuando me quise dar cuenta, lo tenía encima.

—¿No me digas? —Maribel parecía entusiasmada ante la perspectiva de semejante partido para su hijo.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Lidia, divertida.

Leo suspiró.

—Pues una cobra descomunal. Fue completamente instintivo, me eché hacia atrás con tanta fuerza que casi me desnuco. Si me llego

a descuidar, me muerde la nariz.

Lara y Lidia estallaron en carcajadas. Lucas forzó una sonrisa, pero al mirar de nuevo la foto, sintió una punzada de malestar. Germán parecía incómodo en la fotografía, casi humillado. ¿Era así como había quedado tras el rechazo de Leo? Maribel, por su parte, parecía indignada.

—Pues no sé de qué os reís, para un hombre decente que pretende tener algo con mi hijo… —les amonestó mientras negaba con la cabeza. Las dos chicas dejaron de reír en el acto.

—Será decente, pero es un pesado —aclaró Leo.

—Es que deberías ver cómo habla, mamá —intervino Lidia—. Es un cursi y un pedante. No me imagino a Leo con alguien así.

—Pues no veo por qué no. Se le ve buena persona —se empecinó Maribel.

—Es majo —coincidió Lucas.

—¿Majo? —Leo le miró con las cejas levantadas, incrédulo.

Lucas se encogió de hombros.

—A mí me lo pareció.

Maribel se quitó las gafas de presbicia y las dejó colgar de la cadena que tenía sobre el pecho.

—Pues no lo entiendo. Un hombre formal. Y educado. Y con un buen trabajo para toda la vida…

—Eso no significa que me tenga que gustar.

—Claro, porque a ti solo te gustan los impresentables que conoces en *esa* aplicación para quedar y…

Leo se puso de pie, claramente a la defensiva.

—No voy a discutir mi vida sentimental contigo —sentenció irritado. Se alejó para coger su chaqueta. Maribel fue a abrir la boca de nuevo, pero Leo no se lo permitió—. Para ya, ¿quieres? No intentes hacerte la casamentera. ¿Nos vamos? —Se dirigió a sus amigos.

Lucas guardó silencio. Vio a sus amigos recoger sus cosas y salir del salón, listos para irse de cañas, riendo y charlando. Miró a Maribel, que suspiraba y volvía a sus facturas, y luego a la pantalla de la tablet. Germán seguía allí, atrapado en el fondo de una foto, sin saber que se había convertido en un chiste.

Cuando levantó la vista, vio que Maribel lo miraba con seriedad.

—Tú sí que eres un chico sensato, Lucas —le dijo—, que sabe ver el interior de la gente y no solo el exterior. Leo a veces no entiende lo importante que es gustarle a alguien, aunque ese alguien no sea perfecto.

Lucas sonrió con cierta nostalgia. Miró en dirección a la puerta del local, por la que los demás habían ya desaparecido.

—No —suspiró Lucas—. No lo entiende porque a Leo siempre le ha bastado con pestañear para tener a quien quiera a sus pies. Buenas noches, Maribel.

Y mientras salía en pos de sus amigos, Lucas se sorprendió pensando en qué habría hecho él si alguien como Germán hubiera intentado besarle.



—¡Bienvenidos a *Orgullo!,* el podcast para disidentes, donde hablamos los que no encajamos en la norma.

—¿No eres un hombre blanco heterosexual? —continuó Lara la cortinilla del programa con su habitual frescura—. No pasa nada, nosotras tampoco.

Leo sonrió ante las cámaras, sintiendo que, poco a poco, su humor iba mejorando. Siempre le ocurría lo mismo cuando se ponía ante el micrófono: la emoción del directo, ver cómo el guion que tan meticulosamente habían escrito se iba desplegando con naturalidad gracias a la mutua confianza que se tenían y a las dotes comunicativas de ambos, las intervenciones de Susana con efectos de sonido que siempre eran acertadas y divertidas.

Sin embargo, una parte de su mente no estaba en los estudios de PodStand, sino en Beautifuck, defendiendo sus decisiones frente a su madre como si todavía fuera un adolescente. A sus veintiocho años, a Leo le habría encantado poder gozar de mayor independencia, pero seguía viviendo en la misma ciudad de siempre,

en el mismo barrio de siempre, en la misma casa en la que había crecido. Una pequeña y retorcida parte de su cabeza casi se enorgullecía de ello, de ser parte de esta generación de españoles que no conseguía independizarse del hogar paterno —materno, en su caso— por culpa de los bajos salarios y el elevadísimo precio de la vivienda, tanto para compra como para alquiler. Especialmente, en Madrid.

Por otro lado, vivir con su madre y su hermana no era tan terrible. El piso era antiguo, pero amplio y confortable, el barrio tenía todos los servicios que uno podía desear y estaba bien comunicado con el centro de la capital. Y Maribel no había sido más que una excelente madre para Lidia y para él, por mucho que a veces le exasperara. Su hermana lo daba por sentado porque ella, al ser más de siete años menor, no podía recordar un tiempo en el que su madre no había estado sola. Pero Leo sí que recordaba al hombre al que había llamado padre solo porque había aportado parte de su ADN y había convivido con ellos hasta que se cansó de todo y los abandonó. A día de hoy, Leo aún no entendía que la decisión de irse la hubiera tenido él, cuando Maribel había tenido muchas razones para echarlo de casa. Leo recordaba algunas de aquellas razones, y esos recuerdos le escocían tanto como las azotainas que había recibido en las nalgas. Quizás por eso, el mismo día que cumplió los dieciocho años, acudió al registro civil para invertir el orden de sus apellidos, al identificarse tan solo con el materno.

Sin embargo, nada de todo eso le daba derecho a su madre a meterse en su vida sentimental, criticarle por no aceptar los avances de un hombre como Germán ni, mucho menos, a hacerle *slut shaming* por liarse con tíos que conocía por Peckr.

—Y pasamos a leer las cartas de los oyentes —escuchó cómo decía Lara, anclándole al presente—. Aquí tengo una muy interesante.

Tras el efecto de sonido de un sobre siendo rasgado con un abrecartas, Lara empezó a leer:

—«Hola Leo y Lara. Me llamo José y soy de Sevilla. Escribo porque me siento asfixiado por mi familia. Mis padres esperan de mí que me busque a alguien con quien casarme y tener estabilidad. Salí

del armario delante de ellos de adolescente y, tras el shock inicial, lo han llevado bastante bien, pero siguen exigiendo de mí que tenga un estilo de vida tradicional a pesar de todo». —Y antes de seguir leyendo, Lara le lanzó una mirada llena de conocimiento—. «Mi madre intenta siempre liarme con chicos que conocen del entorno laboral y empresarial y me he visto teniendo citas con más de uno de ellos, aunque no me gustaban. Me siento en una jaula y no sé cómo decirle a mis padres que quiero ser libre, no solo para estar con hombres, sino para estar con los hombres que yo elija».

Mientras escuchaba las palabras, Leo sentía que el texto lo podría haber escrito él mismo.

—«Mis padres dicen que si encontrara a alguien serio, con un trabajo de verdad, se me pasarían las tonterías y que mi estilo de vida es solo un signo de inmadurez». —Lara apartó la mirada de la pantalla del ordenador y la posó en Leo—. Las expectativas familiares como problema. ¿Qué opinas?

Leo tuvo que tomarse un segundo para recomponerse. Los problemas de José de Sevilla se parecían demasiado a los suyos y supo que Lara había elegido ese correo en concreto para darle una oportunidad para desahogarse.

—Que a veces, nuestras madres, benditas sean, tienen una idea muy clara de qué tenemos que hacer para ser felices. Y de que, muchas veces, están completamente equivocadas.

—Mi madre quería que fuera enfermera, como ella —explicó Lara. Ella también era hija de una madre soltera que había tenido un lío de una sola noche con un hombre del que nunca supo nada más y que le dejó una hija mestiza de la que encargarse… con toda su familia en contra por haber decidido tener a «la hija de un negro»—. Me decía que es un trabajo muy bonito, aunque a mí me han dado fatigas al ver la sangre desde que soy una cría. Y cada vez que la veía llegar a casa después de trabajar de noche, con unas ojeras tremendas, me preguntaba no sólo cómo podía ser ella feliz así, sino cómo pretendía que yo lo fuera. —Leo asintió—. Cuando le dije que iba a hacer el bachillerato de arte, se montó una tremenda en casa…

—Mi madre nunca tuvo problemas con que quisiera ser periodista, pero… —Dudó un momento antes de seguir y Lara

asintió, animándolo—. Pero supongo que ella siempre ha querido para mí lo mismo que la madre de José quiere para él.

—Un chico serio con un trabajo estable —dijo Lara.

—*Bufff*, no solo eso. Me da una vara tremenda porque lo que quiere es que tenga pareja. Como si estar en una relación monógama fuera la única manera válida de habitar este mundo.

—La mía se conformaba con que no me preñara de adolescente como ella. —Lara sonrió sin alegría—. Pero siempre quiso también que encontrara a alguien. Que no estuviera sola, como lo ha estado ella. Y sin embargo, sola no le ha ido nada mal. Es mucho más feliz que algunas mujeres casadas que conozco —afirmó.

—La mía también, pero están tan atravesadas por las expectativas sociales que para ellas la soledad sigue siendo un fracaso y la pareja una aspiración. Un trofeo —apostilló Leo, inclinándose hacia el micro—. Sobre todo si es funcionario.

Lara hizo un ruido que era entre una risita reprimida y un resoplido.

—Qué decepción se llevó la pobre mujer cuando se enteró de que no te querías liar con un hombre con trabajo estable.

—Y qué contenta debe de estar tu madre con el partidazo que te has buscado. —Leo hizo una pausa dramática y clavó sus ojos en los de su amiga con una chispa de malicia.

—¿Qué? —le retó Lara, con una expresión pícara—. ¿A que estás celoso?

—Mucho —repuso en broma.

—Es que me he marcado el braguetazo de la década —presumió —. Es rico, guapo, conservador —enumeró—. Vamos, el sueño de toda madre.

Leo soltó una carcajada.

—Seguro que la madre de José quiere uno así para su hijo. Pero esa es la cuestión: que es lo que su madre quiere, no lo que él quiere. Si uno se encuentra con un partidazo así y está follable y te lo quieres quedar, pues adelante. Pero no deberías sentirte obligado a estar con alguien por las expectativas de los demás. José de Sevilla, creo que te toca tener otra conversación complicada con tu familia y hacerles entender que tu modo de vida no es una fase. Y

que si algún día estás en una relación estable, será porque quieras estarlo, y no para satisfacer a nadie. Mientras tanto, disfruta de la vida, que son dos días.

—Eso. Y no te ates a nadie, si no quieres —añadió Lara—. Que a veces la monogamia es una mierda y hay mucho bocadito delicioso por ahí suelto.

Ahora fue el turno de Leo de reírse.

—Si yo fuera tu novio, no estaría nada tranquilo ahora mismo.

Su amiga le guiñó un ojo.

—Pues es una suerte que él no escuche el podcast, ¿no?

—Y hasta aquí el programa de hoy. Gracias por escuchar *Orgullo!*

—Gracias a los oyentes, gracias a Susana y gracias a PodStand por alojarnos.

—Hasta la semana que viene, chochos —se despidió Leo.

—Adiós, chochos.

Los micrófonos se apagaron, sonó la cortinilla final y las cámaras dejaron de emitir.

Leo se sintió satisfecho. Había sido uno de esos programas que quedan redondos: honesto, divertido y con ese punto de incorrección política que sus oyentes adoraban. Al otro lado de la mesa, Lara recogía sus cosas con una sonrisa ligera.

—Conque la monogamia es una mierda, ¿eh? —la picó.

Ella sonrió.

—Sólo cuando no estás con la persona adecuada.

—Pero es una maravilla cuando estás enchochada hasta las cejas, como tú ahora mismo.

Lara se encogió de hombros, pero no pudo evitar que una expresión soñadora acudiera a sus ojos.

—¿Sabes una cosa? Creo que a veces, a veces —recalcó—, nuestras madres no van tan desencaminadas al desear amor y relaciones estables para nosotros. —Leo torció el gesto—. ¿Qué? Lo digo en serio. Cuando conoces a la persona adecuada y te enamoras…

—¿Cuando te enamoras? —Leo elevó las cejas en un gesto de sorpresa—. ¿Desde cuándo estás tú enamorada de Álvaro?

Lara volvió a encogerse de hombros.

—Probablemente, desde el principio. Pero creo que me he venido a dar cuenta estos últimos días. Las cosas se están poniendo muy intensas y muy bonitas entre nosotros, Leo. Estoy loca por él.

Y tras decir eso, salieron del estudio sin saber que, si hubieran grabado ante los micrófonos la última parte de su conversación, se habrían ahorrado muchos de los problemas que les deparaba el futuro no muy lejano.

CAPÍTULO
OCHO



La mañana de sábado se filtraba por la ventana en tonos grises y plomizos cuando Leo abrió los ojos. Aún algo adormilado, observó las primeras gotas de lluvia estrellarse contra el cristal, perezosas, y se arrebujó bajo el nórdico con una sensación de libertad casi clandestina. Sabía que Maribel ya estaría abriendo el salón y que Lidia habría ido con ella para ayudar o simplemente para cotillear mientras se hacía algún retoque. La casa era solo para él y pensaba disfrutarlo.

Tenía entregas pendientes para el periódico, el guion del lunes a medio terminar y un esquema para su editor que no avanzaba, pero decidió que todo eso podía esperar. También sentía la vejiga a punto de reventar, pero sabía que, aunque fuera al baño, no podría orinar en aquel momento. Se recolocó la erección matutina que pujaba dentro de su pijama de franela y el contacto de su mano le envió una agradable sensación.

Lanzó una furtiva mirada hacia la puerta de su dormitorio, que estaba entreabierta. Durante un segundo, debatió consigo mismo si levantarse de la cama para cerrarla del todo, pero volvió a recordar que no había nadie más en casa.

Metió la mano bajo el pantalón y agarró su dureza solo para tantear las reacciones de su cuerpo. Bombeó un par de veces, más curioso que excitado, y el placer que encontró casi le sorprendió. Recogió unas gotas de líquido preseminal y las usó como lubricante, para volver a mover su mano arriba y abajo. Un gemido escapó de sus labios a la vez que sus caderas se arqueaban, buscando un mayor contacto. Apretó su mano un poco más y soltó un largo gruñido cuando encontró el ritmo que necesitaba.

Su otra mano se metió bajo su camiseta y recorrió su abdomen y su pecho, deteniéndose en los pezones erizados, jugando con ellos, fantaseando con que fuera otro quien lo hiciera por él.

Hacía tiempo que estaba a palo seco, se recordó, liado con sus cosas, despistado por los dramas de sus amigos, absorbido por el trabajo, y no se había dado a sí mismo mucha prioridad últimamente. Desde que quedara con Iván, su último y bastante fallido ligue en Peckr, apenas había vuelto a entrar en la app, y sabía que tenía varios chats sin contestar. Sin embargo, sí que había estado tonteando con alguien. De hecho, la noche anterior habían estado mensajeándose hasta las tantas y la conversación había alcanzado un punto de no retorno en el que las palabras empezaban a tener un doble sentido difícil de malinterpretar. Aunque, con Oliver, parecía que la cosa nunca terminaba de concretarse.

Fue precisamente ese recuerdo de la noche anterior lo que terminó por guiar su mano. Desde que lo conociera en El Disturbio, Leo había pasado más tiempo del que quería admitir pensando en Oliver. Su único encuentro había sido confuso, algo turbio, pero algo en su actitud, en la forma en que lo miraba, le hacía sentirse atraído hacia él. La manera en la que habían estado flirteando las últimas semanas por WhatsApp empezaba a crear en Leo una necesidad que hacía tiempo que no sentía.

Cerró los ojos con fuerza, imaginando que las manos que le recorrían eran las de Oliver. Recordó su rostro aceitunado, su cabello negro, su media sonrisa. Imaginó la calidez que desprendería su boca si estuviera engulléndolo, cómo le miraría de reojo, con esa picardía que casi parecía burlarse de él.

No era justo que un tío como Oliver hubiera sido humillado de aquella manera. Que alguien le hubiera rechazado, que hubiera renunciado a él. Leo se sabía incapaz no solo de hacer lo que Dante había hecho, sino siquiera de comprenderlo.

En su mente, la imagen de Dante empezó a dibujarse. Apareció su gesto de superioridad, esa forma odiosa de ladear la cabeza mientras le soltaba una impertinencia. Y sin saber cómo, su propio ritmo manual se aceleró, espoleado por la imagen de su cuerpo esbelto, lo suficientemente alto como para obligarlo a levantar el rostro cada vez que había tenido que hablar con él. «Menudo imbécil», pensó Leo. Dante no era más que un prepotente, un clasista que iba de intelectual con sus chaquetas de sastre y sus gafas de pasta. Visualizó sus ojos castaños, profundos y gélidos, mirándolo con fijeza, desafiándolo, y el contraste entre el desprecio que sentía y la belleza asfixiante de aquel rostro le provocó un escalofrío. Pensó en sus manos, largas y hábiles, abarcando entre sus dedos varios vasos y copas a la vez.

El ritmo de su mano se volvió errático, urgente. Imaginó esas manos de elegantes dedos abarcándole a él; a Dante perdiendo su compostura al tenerlo debajo de sí, presa del placer, y justo cuando imaginó cómo la cáustica boca de Dante se estrellaba contra la suya, el mundo de Leo estalló en un blanco cegador.

Soltó un gruñido ahogado, arqueando la espalda contra el colchón mientras el placer lo golpeaba con una violencia que no esperaba.

El silencio volvió a hacerse dueño de su cuarto, solo roto por el sonido de la lluvia y su agitada respiración. Leo se quedó mirando el techo, con la mano aún tibia y el corazón martilleando contra las costillas.

—No me jodas —susurró al techo, con los ojos como platos y una expresión del más absoluto estupor—. ¿Acabo de correrme pensando en ese gilipollas?

Soltó una risita nerviosa y se limpió la mano en los pantalones. Se sentía como si hubiera cometido un acto de alta traición contra sí mismo, como cuando te tiras en el sofá sin haberte duchado para comerte un bol de palomitas mientras ves un programa de televisión

que detestas, pero que sabes que es lo más entretenido que podrás ver. A lo mejor, Dante era su *guilty pleasure*. Y a lo mejor, no había que darle más vueltas al asunto.

Justo entonces, el móvil vibró sobre la mesilla. Era Oliver.

Buenos días ☀️

Espero que la lluvia no te haya pillado en la calle

Me he despertado pensando en nuestra charla de ayer

Leo sonrió. Tecleó una respuesta rápida y juguetona, decidido a olvidarse de lo que acababa de ocurrir. A veces el subconsciente se empeñaba en jugar malas pasadas y él no iba a dejar que le arruinara el sábado.

Y pensabas solo en la charla?

Se quedó unos segundos esperando la respuesta de Oliver.

Tú sabes perfectamente en qué estaban pensando en realidad 🔥

Su sonrisa se amplió. Empezó a teclear una respuesta, pero se arrepintió de inmediato y la borró antes de enviarla. No quería ser él quien insinuara que debían verse. No otra vez. Oliver parecía estar dándole largas y, aunque el juego era divertido, si el flirteo no se iba a concretar en nada físico, Leo no creía estar interesado.

Qué?

Qué ibas a decirme?

Vi los tres puntos

Nada. Una tontería

Me gustan tus tonterías

Leo soltó una risita.

Ya. Eso dices

Oliver empezó a escribir. Pareció borrar el mensaje y empezó a escribir de nuevo.

Así que es eso… 😏

Qué quieres decir?

Que estás molesto porque crees que solo soy palabrería

Leo elevó las cejas. Por fin estaba poniendo las cartas sobre la mesa. Decidió ser directo.

Y no lo eres? 🙃

No

Quiero verte

Leo sintió un calor que nada tenía que ver con las mantas que le cubrían.

Ah, sí?

Hoy

Esta misma noche

Creía que te gustaba hacerte el interesante 😎

Si te parece pronto, podemos dejarlo para el mes que viene

🤏

Pero me da que ninguno de los dos quiere esperar tanto 🍆

Leo rio al ver la berenjena. Luego se mordió el labio inferior. Odiaba lo fácil que Oliver le leía las intenciones a través de una pantalla, pero adoraba que fuera tan directo.

Hoy me va bien

Dónde?

En el disturbio

Ya que nos conocimos ahí…

Hablamos luego 😘

Leo dejó el móvil sobre su pecho, exhalando un suspiro. Había conseguido una cita. El pensamiento hizo que una sonrisa idiota se le instalara en la cara. Tenía que reconocer que hacía mucho tiempo que no le hacía tanta ilusión quedar con un tío.

Volvió a mirar el móvil y se puso a bichear en redes sociales. Su último post fijado, una fotografía de sí mismo en el *photocall* de los premios Prisma, con esa atrevida chaqueta que resaltaba tantísimo el azul de sus ojos, acumulaba más de quince mil «me gusta». «Chúpate esa, Jorge Valencia», pensó con malicia. Luego se puso a revisar su feed, soltando un *double tap* aquí y allá, hasta que una publicación hizo que casi se le salieran los ojos del casco.

Era un selfie de Lucas. Posando con Germán. Juntos en un bar o restaurante. Leo parpadeó para aclararse la vista, pero la imagen ante él no varió ni un ápice. Se fijó en los detalles y @Lucas_mdn había publicado la fotografía a las 23:47 de la noche anterior. Bajo la imagen, el texto simplemente decía:

@Lucas_mdn Haciendo nuevos amigos 💜

—¿Y esto? —masculló.

Volvió a abrir el WhatsApp para mensajear a Lucas y le envió un simple:

Estás ahí?

Lucas se había conectado por última vez a las 04:35 h. Dudaba mucho que estuviera despierto a las diez de la mañana. Volvió al Instagram para mirar la imagen de nuevo.

—¿Qué coño…? —Le dio al botón de compartir y envió la publicación a Lara acompañado de un simple «WTF??».

Para su alivio, vio enseguida que Lara estaba escribiendo.

Buenos días, por cierto

Y esto??

Lucas está chiflado?

Te lo puedes creer???

Lara lo dejó en visto un par de minutos. Leo se levantó por fin de la cama y fue a orinar. Mientras soltaba el chorro, oyó el sonido de una nueva notificación. Se lavó las manos y volvió a coger el teléfono.

Deberías hablar con Lucas…

Leo tardó unos segundos en entender lo que su amiga le estaba diciendo.

Lo sabías?? 🤯

Y no me habías dicho nada??? 😤

Tía!!!!

No era yo quien tenía que contártelo…

La confirmación de Lara le sentó como una piedra en el estómago.

No me jodas 😡

Y por qué Lucas no me dijo nada?

Si puede saberse…

Que hables con él

Quedamos para desayunar? ☕🍩

No desayuno con traidores 😝

Además, no estás por los madriles?

Leo solo había añadido el emoji para suavizar su comentario, pero en realidad estaba enfadado con Lara. Lo que sentía por Lucas ahora mismo estaba más cercano al estupor y la incomprensión que a ninguna otra cosa. Dejó el móvil de lado y se propuso hacer café, pensando que la invitación de Lara no iría en serio: se había quedado en casa de Álvaro, en pleno centro, todos los fines de semana del último mes. Por eso su respuesta le sorprendió tanto.

De verdad no quieres quedar conmigo?

Estás gilipollas o qué?

Leo frunció el ceño mientras tecleaba.

No estás con Álvaro?

No. En casa

Con mi madre

Pero si no quieres quedar, pues que te den

Leo puso los ojos en blanco.

Sí quiero quedar

Joder, cómo te pones

Cómo te pones tú, guapo

En la cafetería de los libros

En media hora

Leo envió un «ok» como toda respuesta y se metió en la ducha. Luego, sin nada mejor que hacer, salió de casa y se dirigió al Beautifuck.

El característico olor del centro de manicura le golpeó nada más cruzar el umbral. Los sábados solían ser días tranquilos, que Maribel dedicaba a atender a clientas de más confianza mientras adecentaba el local, colocaba el pedido, que solía llegar los viernes, y preparaba el salón para la semana siguiente. Lidia, desde que había empezado el grado de estética y decidido que quería dedicarse a lo mismo que su madre, solía pasar todas las horas que podía en el Beautifuck, negándose a pagar a una academia privada por un curso avanzado de esculpido de uñas o *nail art* cuando sabía que Maribel podía enseñárselo todo al respecto.

Pero en aquel momento, Lidia no parecía estar aprendiendo nada. O nada de provecho en todo caso. La joven estaba recostada en el sofá mirando su móvil, mientras Maribel atendía a una clienta que no era otra sino Mari Carmen, la madre de Lucas. Las tres charlaban animadamente, pero se callaron como una sola persona en cuanto escucharon que la puerta se abría.

Al ver quién se adentraba en el local, todo fueron sonrisas. Pero no todas igual de bienintencionadas.

—Buenos días —canturreó Lidia en dirección a su hermano. Había una expresión divertida en su rostro, casi peligrosa. Leo se preguntó qué estaría tramando.

—Buenos días —saludó en general. Se acercó a besar a su madre, que no había dejado de mirarlo desde que entró. Luego besó también a Mari Carmen—. ¿Qué tal todo?

—Bien, muy bien —contestó la mujer, mientras Maribel volvía a colocarse la mascarilla para seguir trabajando en sus uñas—. Mi marido sigue algo jodido de la espalda y la mutua ya le está presionando otra vez para que se incorpore. —Leo asintió, pues estaba al tanto. El padre de Lucas llevaba años sufriendo dolores de espalda tras un accidente laboral—. Por lo demás, todo bien. Lucas está muy contento —terminó ella, sonriendo ampliamente.

—Ya —dijo Leo.

—¿Te has enterado? —intervino Lidia.

Parecía que estaba disfrutando del momento. Sonrió con malicia, dejando que la punta de su lengua asomara entre sus labios. Leo fue

a sentarse a su lado y Lidia giró su móvil para enseñarle la ya célebre publicación de Lucas.

—Ya —volvió a decir—. La vi esta mañana.

—Qué sorpresa tan agradable, ¿no? —canturreó Lidia.

Leo no le contestó.

—De eso estábamos hablando cuando entraste, cariño —intervino Maribel—. Mari Carmen nos estaba contando detalles.

—Y no veas lo jugosos que son —añadió Lidia por lo bajini.

—Pues es que estoy muy contenta —exclamó Mari Carmen con los ojos brillantes—. Hacía tiempo que no veía a Lucas tan ilusionado con nadie. Y un funcionario del Ministerio de Cultura, nada menos. Por lo visto, es amigo personal de la ministra.

—No olvidemos que, además, es una marquesa. —Definitivamente, Lidia estaba divirtiéndose demasiado a costa de la situación.

Maribel lanzó un gemidito, que para cualquiera podría ser considerado un sonido de aprobación, pero Leo, que conocía a su madre mejor que a sí mismo, sabía que era una muestra de su envidia. Lo más seguro, pensó el joven periodista, era que su madre debía estar culpándolo en su fuero interno por no poder ser ella la que estuviera presumiendo de tener vinculaciones, aunque lejanas, con una marquesa.

—Cualquiera puede ser funcionario hoy en día. Solo hay que sacarse una oposición, y si tantos lo hacen, no puede ser tan difícil. Que sea amigo personal de la ministra… —Maribel bufó—. Eso habrá que verlo.

—Mujer, ¿y a ti qué te ha dado ahora? —se quejó Mari Carmen.

—¿A mí? Nada —contestó con excesiva dignidad—. Solo digo lo que hay.

Lidia se carcajeó. Ella también se estaba dando cuenta de los celos que sentía su madre. Leo la amonestó en silencio, pellizcándola con fuerza en el brazo.

—¡Ay! —se quejó, volviéndose hacia él.

—No te pases. Para ya —le siseó.

—Para tú de pellizcarme —replicó Lidia, no preocupándose de levantar la voz.

Las dos mujeres se volvieron hacia ellos.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, que Leo debe estar celoso de que Germán esté con Lucas en vez de con él, y lo está pagando conmigo —soltó con descaro.

La sonrisa presuntuosa de Mari Carmen y la expresión desolada de Maribel se clavaron en Leo.

—Serás mala pécora… —le dijo a su hermana.

—Cállate y déjame en paz, *drama queen*.

—Eres una imbécil.

—Y tú, un subnormal.

—¡Niños, parad de una vez! —bramó Maribel. Los dos callaron y miraron a su madre, y Leo se sintió como si tuviera doce años otra vez—. Ya sois mayorcitos para esas peleas, y menos delante de las vecinas. ¡Hombre, ya!

El silencio se apoderó del salón de belleza. Maribel volvió al trabajo y solo el zumbido del torno rompió la quietud del momento.

—Bueno, mi Lucas está feliz, que es todo lo que me importa —continuó hablando Mari Carmen, quien no veía o no quería ver, lo mucho que a su vecina le molestaba que le siguiera restregando la cita de Lucas y Germán por la cara—. A ver si cuando llegue a casa, Lucas ya está despierto y me cuenta qué tal le fue anoche, pero por lo tarde que llegó, yo diría que muy bien.

—Espero que les vaya bien —dijo Maribel con la voz tensa—. ¿Viste la *GLAM* de esta semana? —decidió cambiar de tema—. Había unas fotografías de Leo en el *photocall* de los Prisma. ¿A que estaba guapo?

Una notificación salvó a Leo de tener que seguir escuchando la conversación. Cogió el móvil para ver que tenía un mensaje de Lara.



Ni se te ocurra 😖

—Me voy —anunció, levantándose e interrumpiendo la perorata de Maribel, que se entretenía en detallar el estampado de la pajarita que Leo había llevado a la gala y cómo esta combinaba a la perfección con el resto de su atuendo—. He quedado con Lara para desayunar.

—Lara también salía en el *GLAM* de esta semana —siguió hablando la manicurista—. Pero en una foto con Leo, no salía ella sola.

—Voy contigo, que estoy muerta de hambre. —Lidia hizo amago de levantarse para ir tras él, pero Leo negó con la cabeza.

—Pues te vas a comer a otro lado. No te quiero ver el resto del día.

—Idiota —le insultó Lidia, sacándole la lengua.

—Niñata —replicó él, haciéndole un gesto igual de pueril.

Las mujeres se despidieron de él y Leo salió del centro y recorrió los escasos metros que lo separaban de la cafetería en la que había quedado con Lara. Ocupaba el bajo del edificio en el que ella vivía. Leo recordó la de negocios que había alojado aquel local a lo largo de su vida: un videoclub que había resistido desde los años setenta, unos recreativos, una peluquería y, finalmente, esta cafetería. La dueña, Jimena, era una chica más o menos de la quinta de Leo a la que recordaba del colegio y una de las pocas, como ellos mismos, que se había negado a abandonar el barrio. Ahora regentaba un local que servía cafés, dulces y desayunos, con estanterías llenas de libros, un rincón de *bookcrossing* y otro ideal para el *knitting*, y que entre semana alojaba varios clubs de lectura y talleres de ganchillo y amigurumis.

Entrar allí fue un bálsamo para los crispados nervios de Leo. Lo que prometía ser una agradable mañana de sábado estaba resultando ser una montaña rusa de emociones y situaciones que aún no sabía muy bien cómo encajar. El olor del café y el lento piano de Diana Krall le dieron la bienvenida. Jimena le saludó al pasar mientras se dirigía a una mesa del fondo, donde Lara ya lo estaba esperando.

Su amiga llevaba un jersey de color beis y el pelo recogido en su habitual moño alto, sencilla pero, como siempre, sofisticada sin esfuerzo alguno. Tenía la mirada perdida en su móvil y deslizaba el dedo de arriba abajo. Cuando lo sintió a su lado, apartó el móvil, dejándolo boca abajo en la mesa.

—¿Qué pasaba en el Beautifuck? —dijo a modo de saludo.

—Que las publicaciones de Instagram corren más rápido que la pólvora. Y que, encima, Mari Carmen estaba allí. Mi madre estaba toda picada porque…

—Porque el que estaba con Germán no eras tú —adivinó Lara.

—Y mi hermana estaba insoportable.

—¿Qué vais a tomar? —Jimena se acercó a ellos con una pequeña tablet.

—Yo quiero un capuchino y un *cinnamon roll*.

—Lo mismo que ella.

—Tienes muy poca paciencia con tu hermana —le recriminó Lara en cuanto la camarera se hubo alejado.

—¿Que tengo poca pacien…? ¿Sabes lo que dijo delante de mi madre?

Lara giró los ojos.

—Tío, de verdad. Es que llevas toda tu vida poniéndote a su altura. Que es mucho más joven que tú.

—Ese argumento valía cuando éramos niños, pero ya tiene veintiún años. Es lo suficientemente mayor para…

—Aun así, ella nunca ha sido tan madura como tú. Ni es tan madura como lo eras tú cuando tenías su edad. Cada cual tiene su ritmo; deja a Lidia tener el suyo propio.

—¿Ves? Ese es el problema. Lidia es una malcriada y todo el mundo la defiende porque es la pequeña, incluso tú. Así no va a madurar nunca. No terminó el instituto, se pegó cuatro años de *nini*, y ahora, cuando por fin decide hacer algo con su vida, es un módulo para poder heredar el Beautifuck cuando mi madre se jubile.

—¿Y por qué eso te parece mal?

—Porque Lidia es la persona más inteligente que he conocido en mi vida —afirmó Leo, antes de pararse a pensar en lo que iba a decir.

Lara se reclinó contra su asiento y lo miró.

—Así que es eso… ¿Crees que Lidia se está desaprovechando a sí misma? —Leo abrió la boca, pero Lara no se dejó interrumpir—. ¿Crees que Lidia tenía que haber hecho lo mismo que tú: terminar el bachillerato, ir a la universidad, buscarse un trabajo de mierda? ¿Es eso?

—Yo no lo he dicho.

—Pero lo piensas —le acusó Lara. Luego continuó—: Mira, yo sé que a Lidia le ha costado encontrar su camino, y que ha hecho muchas tonterías, pero no más que nosotros mismos. Y ahora ha encontrado algo que quiere hacer el resto de su vida, y está dispuesta a trabajar con tu madre, a ayudarla, y a seguir con su negocio cuando ella no pueda. No me digas que no sientes alivio de que tu madre no tenga que seguir haciendo todo eso ella sola. Y tampoco me digas que no es arriesgado, por parte de Lidia, querer continuar un negocio de barrio. Sabes lo duro y lo sacrificado que es. Dale una oportunidad, coño, que la chica lo está intentando.

—Joder… —Visto así, Leo se sentía como un gilipollas por machacar tanto a su hermana.

Jimena volvió con las comandas y Lara se apresuró a morder su roll.

—*Mmmhh* —gimió—. Tienes que probar esto. Está de muerte. ¡Cómo echaba de menos desayunar aquí!

—Ya, claro, si siempre te quedas a dormir con Álvaro. ¿Por qué la excepción este finde?

—Está liado —se apresuró a responder, antes de dar otro mordisco. Luego dijo algo más que fue ininteligible por tener la boca llena de masa con canela.

—¿Qué?

Lara tragó.

—Que tiene que coordinar una exposición en la catedral de Toledo. Por no sé qué centenario. No hemos hablado mucho esta semana. —Lara lo comentó como de pasada, pero su expresión se ensombreció un poco.

—¿Todo bien? —preguntó Leo con cautela.

Lara resopló.

—Sí. No lo sé. Lo noto raro últimamente. Dice que está muy liado, pero ya sabes que…

—Que muchas veces, eso no es más que una excusa —terminó él —. ¿Crees que quiere romper contigo?

—No —la manera en la que lo dijo fue casi una interrogación. Lara hundió la cara en las manos—. Vamos, espero que no. Pero… No sé… Hoy ni siquiera me ha mandado los buenos días. Él siempre me escribe para darme los buenos días. Incluso cuando estoy en su casa y nos levantamos juntos, en cuanto me voy al baño, me escribe para darme los buenos días. Casi era una broma entre nosotros.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada. Hemos estado bien, como siempre. Al menos, hasta el fin de semana pasado. Desde entonces siento que me está dando largas. ¿Me estaré emparanoiando?

El primer instinto de Leo fue decirle que sí, que seguro que no era nada. Pero sabía, por experiencias propias y ajenas, que cuando algo no se sentía bien en una relación, era porque algo estaba pasando.

—No sé, Lara. Deberías hablar con él.

—Ya. A ver si la semana que viene está «menos liado». —Hizo el gesto de las comillas—. Joder, de verdad que espero que no esté con otra. No quiero ni pensar que Álvaro sea uno de esos…

—Ya, yo tampoco.

—¡*Arrgh*! —exclamó—. Cambiemos de tema, por favor. Estoy a punto de entrar en bucle.

—Como quieras. —Leo sacó su móvil y navegó hasta dar con la última publicación de @Lucas_mdn. La puso delante de la cara de Lara—. ¿Qué me dices de esto?

Lara apartó el móvil de Leo y le dio un sorbo a su café.

—Ya te dije que…

—¿Pero tú sabías que iban a quedar?

Ella suspiró.

—Sí. Lucas me lo contó el jueves.

—¿El jueves?

—Leo, por favor, no seas crío.

—¿Lo sabías desde el jueves? ¿Por qué no me dijo Lucas nada a mí?

—¿Por qué crees tú? —le encaró ella. Ante el mutismo de Leo, continuó—: Porque le preocupan las opiniones que su cita con Germán pueden suscitar.

—Y si le preocupa lo que piensen los demás, ¿por qué lo publica en Instagram?

—Porque lo que le preocupa es lo que puedas opinar tú, pedazo de zoquete.

Leo bajó la mirada para clavarla en su capuchino, aún sin probar. Le dio un sorbo para ganar algo de tiempo mientras sentía cómo las mejillas le empezaban a arder. Recordó entonces el intento de Germán por besarle en la gala de los Premios Prisma, las palabras que le había dedicado acerca de cómo era él su pareja ideal. Y de eso hacía apenas una semana. ¿Le habría dicho Germán las mismas cosas a su amigo que le había dicho a él? ¿Habían sido las palabras de Germán en la gala mera palabrería? No era que envidiara la posición de Lucas, pero que el funcionario pusiera sus ojos en otra persona tan solo unos días después de su rechazo le desconcertaba sobremanera. Y que estuviera usando a Lucas para superar el desengaño que debía haber sentido tras aquella monumental cobra le parecía una opción no solo plausible, sino probable. Pero no sabía cómo expresar sus pensamientos sin que pareciera que estaba celoso.

—¿Crees que Germán es uno de esos que va tirando la caña a diestra y siniestra, a ver quién cae? —preguntó al final.

—¿Lo dices porque te tiró los trastos a ti primero? No, no me da esa impresión —negó Lara.

—Pero, ¿no te resulta raro que después de que yo…?

—Esto no tiene nada que ver contigo, cariño.

Leo dio un nuevo sorbo a su café.

—No, ya veo que no.



Leo salió de la cafetería con las palabras de Lara todavía dándole vueltas en la cabeza. «Lo que le preocupa es lo que puedas opinar tú, pedazo de zoquete». La frase le escocía más de lo que estaba dispuesto a admitir, precisamente porque Lucas parecía haber tenido razón en no decirle nada. De saber de antemano que su amigo había aceptado quedar con Germán, se habría burlado de él con tanta crueldad como Lidia lo había estado haciendo un rato antes en el Beautifuck. Ahora consideraba que la actitud de su hermana era injusta, que su propia actitud era injusta. ¿Y qué si Lucas estaba cometiendo un error? Todos los cometíamos, y Leo el primero. Si alguien supiera que aquella misma mañana se había pajeado pensando en el hombre más detestable e hipócrita que había conocido en su vida, ¿qué pensarían sus amigos de él?

El viento húmedo amenazaba lluvia de nuevo, y el olor del petricor proveniente de los parterres se intensificaba por momentos. Mientras caminaba de vuelta a casa, Leo sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y abrió el chat que tenía con Lucas. Su «*Estás ahí?*» de aquella mañana seguía sin contestación, pero tenía ya el doble *tick* azul y vio que Lucas había estado conectado al WhatsApp hacía escasos minutos. Empezó a teclear.

Podemos hablar?

Igual ahora no te apetece

😪

Solo quiero saber cómo estás

Llegó al portal y abrió la puerta. En cuanto se adentró en el zaguán, le sonó una notificación.

Ey! 🙋🏻‍♂️

Leo dejó escapar un suspiro de alivio. Empezó a subir las escaleras.

Muy de resaca o qué?

Nos vemos esta tarde?

Imagino por qué quieres quedar

Las noticias vuelan, eh?

Sí…

No tenía sentido negarlo.

En la estrella, a eso de las cinco, para un vermú?

Genial. Te veo luego 😘

Bloqueó el móvil y lo guardó de nuevo justo antes de entrar en casa.

El resto de la mañana, Leo aprovechó para trabajar un poco. Le envió a Lara el guion del lunes, prácticamente terminado, a falta de que ella añadiera algo de su cosecha. Luego encabezó su columna semanal para *LaRedacción.es*, creó algo de contenido para sus redes y calentó la comida que Maribel había dejado preparada el día anterior justo a tiempo para comer los tres juntos, en cuanto ellas hubieran echado el cierre al negocio familiar. Se echó una pequeña siesta antes de volver a salir, bien pertrechado con un paraguas para protegerse del aguacero que estaba cayendo, para acudir a su cita con Lucas.

Como era habitual, Lucas había llegado antes que él. Leía algo en su inseparable Kindle mientras daba buena cuenta de unos cacahuetes. Colgado del asiento de su silla, había un llamativo chubasquero amarillo, pero su amigo tenía el cabello y el cuello de su jersey algo húmedos, como si hubiera caminado bajo la lluvia con la capucha bajada.

—Hola —dijo con simpleza, sentándose a su lado.

Lucas cerró el lector y le dio la bienvenida con una cautelosa sonrisa.

—Hola —se giró hacia la barra—. ¡Paco, dos Picofino de naranja!

—Oído, cocina —oyó Leo decir a su espalda. No quería apartar la mirada de su amigo.

Ambos mantuvieron silencio hasta que las bebidas les fueron servidas. Paco también les puso un nuevo bol de cacahuetes y otro de aceitunas. Una vez que se retiró, Lucas suspiró.

—Supongo que vienes a pedirme explicaciones.

—Explicaciones no, ni que fuera yo tu padre. Solo que… Me molesta que no me dijeras nada. Pero entiendo que no lo hicieras.

Lucas esbozó una sonrisa triste.

—Esto no te debe hacer ni pizca de gracia.

—No por las razones que tú crees. Es que no quiero que… *Tsk*. —Se interrumpió, mortificado.

—Di lo que tengas que decir.

—Es que no quiero que seas el segundo plato de nadie —soltó.

Lucas dejó su vaso en la mesa. Sus ojos, siempre amables, tenían ahora una chispa de algo que Leo no supo identificar.

—¿Eso es lo que crees que soy? ¿Crees que soy tan iluso y que estoy tan desesperado que voy aceptando tus sobras?

—No es eso, Lucas. Pero, ¿no te parece raro que Germán te haya propuesto quedar con él después de que yo le rechazara?

—No, porque no fue él quien me propuso quedar. Fui yo quien lo llamó a él.

—¿Que tú qué?

Lucas soltó una risita seca y negó con la cabeza.

—Es verdad que Germán no es genial dejando buenas primeras impresiones. Cuando lo vi en El Disturbio pensé: «¿Y este pavo, qué pinta aquí?». Pero luego me puse a hablar con él, ¿sabes? Cuando tú saliste porque estabas agobiado de que alguien te admirara tanto. Y lo que escuché me gustó. Y también me gustó que él me escuchara. Pero no hice nada, no le dije nada porque, aunque sabía que a ti ni se te iba a pasar por la cabeza liarte con un tío así, Germán estaba encandilado contigo. Lo cual es normal. Solo hay que verte.

—Lucas, no…

—No, no me interrumpas —le pidió—. Y claro, el fin de semana pasado se encuentra contigo en una gala de premios, con tu cara de anuncio, tu perfecta chaqueta azul klein y tus zapatos nuevos, e intentó besarte. *Spoiler alert:* no le salió bien —relató Lucas—. Y luego, encima, lo único que hacéis es burlaros de él, porque claro, Germán no está a tu altura, ¿cómo se le ocurre a ese mequetrefe aspirar a ligarse al *gran* Leo Gallardo? —Leo tuvo el buen juicio de ruborizarse—. ¿Sabes lo que me dijo cuando le llamé? ¿Sabes lo avergonzado que estaba Germán después de lo que pasó contigo en la gala? ¿Tienes idea de lo muchísimo que agradeció que uno de tus amigos le llamara para decirle que no había nada de malo en él?

Leo guardó silencio.

—Ya. Eso me imaginaba —dijo Lucas—. Nada de todo esto se te pasó por la cabeza. Pero Germán y yo hemos estado hablando toda la semana y cuanto más hablaba con él, más me gustaba, hasta que al final le propuse la cena de anoche. ¿Y sabes qué pasó? Que descubrí que Germán me gusta de verdad, que nos reímos juntos, que me hace sentir visto y apreciado, y que yo hago lo mismo por él, a pesar de no ser ni la mitad de guapo que tú.

—Esto no tiene nada que ver con mi físico —se defendió.

—Esto tiene todo que ver con tu físico —explotó Lucas—. Porque es tu físico el que te hace creerte mejor que los demás. Es tu físico el que te ha permitido ser siempre el que elige. Es tu físico el que hace que descartes o aceptes a otros tíos solo por su aspecto; porque entiendo que Germán no te cayera bien, pero seguro que no te habría resultado tan insoportable si hubiera medido un metro ochenta y hubiera tenido una mandíbula bien perfilada y unos abdominales perfectos. A lo mejor no le hubieras hecho la cobra, a lo mejor te lo habrías tirado y luego, solamente luego, lo habrías mandado a la mierda porque te parece un gilipollas. Así que no me digas que esto no tiene nada que ver con tu físico, porque yo, que nunca he sido un tío guapo, he tenido que conformarme, sí, conformarme —aclaró ante un gesto de Leo—, con los tíos que se fijan en mí, que nunca son los más guapos, ni los más cañón, ni los que tienen mejor cuerpo, porque esos siempre van a por ti. Y eso es

algo que yo, como amigo tuyo, he tenido que aceptar. Ahora eres tú el que tiene que aceptar esto.

—Lucas, no…

—No, ¿sabes qué? —Lucas se incorporó y apuró su vermú—. Hoy invitas tú. Por imbécil —dijo, antes de marcharse.

Leo se quedó a solas, con el paraguas aún mojado a su lado. Paco apareció de la nada y le puso un nuevo vermú sobre la mesa.

—A este invita la casa, chaval, que creo que te va a hacer falta.

La lluvia volvía a golpear los cristales y Leo sorbió su bebida, sintiendo que los hielos que tintineaban en el vaso eran menos fríos que el vacío que había dejado su amigo al irse. Acababa de intentar salvar a alguien que no necesitaba ser salvado, y en el proceso, había quedado como un gilipollas.

CAPÍTULO
NUEVE



El vapor de la ducha no había logrado despejar la bruma de la discusión con Lucas. Leo se miró al espejo, repasando la línea de su mandíbula con la cuchilla de afeitar. Sus movimientos eran mecánicos, precisos, guiados por una inercia autoimpuesta, nacida de la necesidad de no pararse a pensar demasiado. Se puso una camiseta oscura y unos vaqueros negros que le quedaban como un guante y se subió la bragueta con una determinación febril. Necesitaba que la noche le engullera. Que Oliver le engullera. No quería pensar más allá de la necesidad que tenía de olvidarse de todo lo ocurrido aquel extraño sábado.

Desde su cuarto podía escuchar la animada conversación que tenía lugar en el salón. Su tía Conchi había venido a casa a tomar café y jugar a las cartas, entretenimiento habitual de las hermanas Gallardo que, Leo sabía bien, podía alargarse hasta altas horas de la madrugada. A Lidia no se la escuchaba por ninguna parte, pero Leo sabía que andaba por ahí. Hacía no mucho le había tocado a la puerta del baño porque necesitaba prepararse, hasta que Maribel le dio permiso para usar el otro baño de la casa, ese que la matriarca se reservaba para su uso y disfrute. Seguramente, andaría pegándose brillantinas en la cara o dibujándose unos de esos

eyeliners gráficos en tonos gema que tanto hacían destacar sus almendrados ojos castaños.

Leo se planteó ir a su habitación y pedirle que lo maquillara un poco, para darle ese toque entre macarra y andrógino que tanto le gustaba para salir de noche, pero sabía que Lidia, con lo rencorosa que era, lo mandaría a la mierda tras su discusión de aquella mañana.

La verdad, se dijo Leo, aquel día había estado sembrado: desde que abrió los ojos no había hecho más que cagarla, con Lidia, con Lucas, consigo mismo… Asqueado de estar a solas con sus propios pensamientos, cogió una cazadora del armario y salió de la habitación.

En cuanto pisó el pasillo, los olores y sonidos que le llegaron le hicieron comprender que su madre y su tía habían abandonado ya el café para pasarse a los combinados. Cada cierto tiempo, iban probando nuevas recetas de cócteles que iban degustando y puntuando. De hecho, en la cocina de casa había una pizarrita en la que, en vez de listados de la compra o recetas, estaban apuntados, por orden de preferencia y puntuados con estrellas, los nombres de sus cócteles favoritos. Las risas de Maribel y Conchi le dieron la bienvenida al salón.

Las dos mujeres estaban sentadas en lados opuestos del sofá, guardando celosamente sus cartas contra el pecho mientras jugaban. Dos *amaretto sour* descansaban sobre la mesita, junto a un mazo de cartas del que las mujeres iban cogiendo para intentar «ligar» algo. La charla superficial y las risas fáciles delataban que no eran las primeras copas de la noche, pero Leo sabía que ninguna de las dos se distraía lo más mínimo de la partida de chinchón.

Conchi y Maribel siempre se habían parecido mucho: las dos más bien bajitas, las dos de cabello castaño algo rizado, las dos de rostro agradable. Pero donde Maribel era afable y sincera, aunque también algo envidiosa y altiva; Conchi era perceptiva y afilada, a la vez que más ecuánime y amable. Además, su tía había dejado de teñirse el pelo durante la pandemia y ahora lucía, orgullosa, sus canas, mientras que Maribel se empecinaba en ocultarlas con retoques de tinte quincenales.

—Pero bueno, ¿a dónde vas tan guapo? —exclamó Conchi al verlo aparecer.

Maribel se giró para mirar a su hijo. Volvió el rostro de inmediato.

—Habrá quedado con algún chico del *Pícor*, ese.

—Del Peckr, mamá —corrigió Leo, reprimiendo una sonrisa—. Y no, no he quedado con nadie del Peckr.

—¿Alguien interesante? —ronroneó Conchi, cogiendo una carta del mazo y soltando una de su mano.

—Define interesante —le siguió Leo el juego.

—Decente y con trabajo fijo —intervino Maribel.

—Mamá, ¿en serio vas a seguir con eso?

Conchi puso cara de confusión y Leo negó la cabeza en su dirección, como queriendo decir que mejor que no preguntara.

—¡Menuda mierda de cartas! —descargó Maribel su frustración, soltando un caballo de oros sobre la mesa con rabia.

Conchi lo recogió con cara de póquer.

—No estarás haciendo un chinchón, que al principio de la partida cayó el siete de oros y no lo cogiste.

—Pues no me acuerdo.

—Tienes un comodín, ¿a que sí? —supuso Maribel, y su hermana le dio la callada por respuesta—. Voy a tener que darme prisa en cortar. —Cogió otra carta que tampoco le servía para nada. La tiró con la misma rabia que la anterior—. ¡Maldita sea!

Conchi cogió otra carta y esta vez sí que no pudo disimular su expresión de triunfo. Descartó una boca abajo, poniendo fin a la partida.

—Chinchón —anunció, poniendo sobre la mesa una escalera de oros que iba del tres al caballo, con la excepción del siete de oros que, como había supuesto Maribel, había sido sustituido por un comodín—. Te he vuelto a ganar.

Maribel cogió las cartas y, sin decir nada, se puso a barajarlas.

—¿Qué tal tu semana, cariño? —le preguntó Conchi a su sobrino.

—Bien. ¿Y la tuya?

—El centro de salud está algo revolucionado con lo de la huelga. Es difícil hacerles entender a los pacientes que los médicos también tenemos derecho a reivindicar mejoras laborales.

—Ya. ¿Has hecho tú huelga?

Conchi asintió mientras recogía la nueva mano que su hermana le había servido.

—El martes. Aproveché el «día libre» para revisar lo del voluntariado en el campamento de Proyecto Nexo este verano. —Hizo una pausa para observar a Leo—. Si sigues interesado, claro.

—Sí, sí. Quiero ir —respondió él, y lo decía en serio. El voluntariado era un compromiso con su activismo mucho más real que nada de lo que pudiera decir en redes o en su podcast.

—Pues sería la primera semana de julio, y me viene genial, porque Julián no coge vacaciones hasta la segunda quincena.

Julián, el marido de Conchi, era un hombre afable y regordete que había estado enamorado de ella desde que la viera por primera vez en una manifestación durante una huelga general. Por aquel entonces, él era un joven policía, todavía nada regordete, y ella una estudiante de medicina con muchísima conciencia social. En la familia casi se había convertido en leyenda que Julián hubiera pasado media tarde siguiéndole el paso de la manifestación, procurando no perderla de vista, mientras Conchi coreaba consignas contra la reforma laboral, agitaba pancartas y hacía sonar un silbato rojo especialmente ruidoso. Cuando la manifestación terminó y Julián se acercó a ella para hablarle, Conchi lo vio aparecer con el uniforme y empezó a gritar: «¡Maderos, cabrones, dejad a los trabajadores!», convencida de que estaba a punto de ser detenida. No parecía el inicio más prometedor para una pareja, pero ya llevaban más de treinta años juntos.

Lidia entró en el salón, dejando tras de sí un tufo a perfume. Llevaba un ceñidísimo vestido plateado, sus inseparables tacones de plataforma negros y, como Leo había supuesto, un llamativo *eyeliner* esmeralda que le llegaba casi hasta las cejas. Cogió el móvil que había dejado abandonado en la mesa del salón y aprovechó para darle un sorbo a la bebida de su madre.

—Para ir poniéndome a tono —rio, contoneando las caderas.

En ese momento, el móvil de Leo sonó y vio que le acababa de entrar un mensaje de Oliver.

Ya estoy aquí

—Me voy —anunció—, que Oliver ya ha llegado.

Lidia, quien había hecho como si su hermano no existiera hasta aquel momento, lo miró como si se acabara de percatar de su presencia.

—¿Vas a salir con Oliver?

Leo asintió.

—Sí, está abajo. Cojo mis llaves y me voy —dijo mientras rebuscaba algo en el bol del recibidor—. *Tsk*. Mamá, ¿sabes dónde están mis llaves?

—Hijo, no sé dónde las habrás dejado.

—Joder —se quejó, volviendo a su cuarto.

Lidia, por contra, se asomó al balcón y gritó:

—¡Oliver! ¡Hola!

Conchi se giró para mirarla. La joven se había apoyado en la barandilla para hablar con su interlocutor, que debía estar en la calle, a dos pisos de distancia. Podía oír lo que Lidia le decía, pero no la contestación del tal Oliver.

—Sí, todo bien —decía ella—. ¿Por dónde vais a rular esta noche? Ahí vale. Katy y yo estamos pensando ir a El Boliche. ¿Para niñatos? Es que yo soy una niñata, ¿no te lo ha dicho ya mi hermano? —Lidia rio—. Ya claro, en el Peacock's me van a dejar entrar sin invitación. Una vez fui, ¿sabes? Pero porque estábamos con el novio superpijo de Lara y nos habían apuntado en una lista. ¿En serio? Pues si me puedes conseguir una, o más de una, te lo agradecería. —Lidia volvió a reír—. ¡*Shhh*! Eso mejor lo hablamos por el WhatsApp.

Conchi decidió dejar la partida de cartas apartada un momento y se asomó al balcón, junto a su sobrina. Abajo, en la calle, apoyado sobre el capó de un deportivo negro, había un hombre que debía rondar los treinta, con el cabello negro peinado hacia atrás, la piel aceitunada y unas marcadas ojeras que no le restaban una pizca de atractivo. Tenía un cigarrillo colgándole de los labios y entornaba los ojos con interés al mirar a Lidia. Era un hombre definitivamente guapo, pensó Conchi, si te gustaba el estilo *bad boy*.

—Buenas noches, señora —le dijo al verla.

—Es mi tía —explicó Lidia. Luego siguió hablando con él como si nada—. Si me paso por El Disturbio, te doy un toque, aunque a lo mejor te corto el rollo con mi hermano.

Oliver soltó una risita.

—Tú no le podrías cortar el rollo a nadie, bonita.

—Menudo piquito de oro que tienes —le lanzó Lidia como despedida.

Conchi se apartó del balcón.

—¿De qué conoces al chico ese? ¿No es el ligue de tu hermano?

—Lo conocimos en El Disturbio, hará un par de semanas. Yo le di primero mi teléfono, pero al final parece que le gustó más Leo que yo.

—Hija, porque será marica —soltó Maribel como si fuera lo más normal del mundo.

—En realidad, es pansexual —dijo ella, haciéndose la importante.

—¿Eso qué es?

Lidia chasqueó la lengua.

—Como un bisexual, pero más complicado.

—De todas formas —intervino Conchi—, ese hombre es muy mayor para ti.

—También es mayor que Leo.

—Pero Leo te saca ocho años.

—Siete años y nueve meses —repuso con impaciencia.

—¿Y qué es lo que te iba a conseguir? —preguntó su tía.

—¿Esto qué es, el tercer grado? —se quejó Lidia, pero Conchi la miró impávida—. Unas invitaciones para el Peacock's, ¿vale? Es un local, nada más.

—Ya veo.

Justo en ese momento, Leo se adentró de nuevo en el salón, haciendo tintinear sus recién aparecidas llaves entre los dedos.

—Me voy —dijo. Se inclinó para besar a su madre y luego se acercó a ella—. Hasta luego, tía. —Conchi se dejó dar los dos besos de rigor, pero acompañó a Leo hasta la puerta.

—Leo —lo llamó cuando acababa de salir al rellano. El joven se giró para encararla. Conchi entornó la puerta para que Maribel no

escuchara lo que estaba a punto de decirle a su sobrino—. ¿Conoces bien a ese tal Oliver?

Leo sonrió, como si le pareciera gracioso que su tía se preocupara por él.

—Lo suficiente, ¿por?

Conchi arrugó los labios.

—No lo sé, hay algo en él que no me gusta…

Leo la miró con renovado interés.

—¿El qué?

Negó con la cabeza.

—No lo sé —volvió a decir.

—No te preocupes. Solo nos vamos a tomar unas copas.

—Seguro que no es nada. —Intentó quitarle ella importancia—. Pero ten cuidado, ¿vale?

—Eso siempre. —Leo se inclinó hacia ella para darle un nuevo beso—. Saluda a Julián de mi parte. Y no sigas destrozando a mi madre en el chinchón, dale una oportunidad a la pobre.

—Vale. —Rio Conchi a su pesar—. Pásalo bien.

—Buenas noches.

Y con esas palabras, Leo desapareció escaleras abajo.



El deportivo de Oliver olía a tabaco y ambientador de pino, pero Leo nunca había sido muy sensible a los malos olores. Oliver conducía con una sola mano, de manera algo agresiva y descuidada, y a veces apartaba la vista de la carretera para fijarla en él. Otras veces, dejaba descansar su mano sobre el muslo de Leo, apretando con una confianza que quizás en otro momento a Leo le habría parecido invasiva, pero en aquel momento le resultaba embriagadora.

—Tengo hambre —dijo, estirándose perezosamente en el asiento del copiloto.

Los ojos de Oliver siguieron el movimiento de su camiseta, que dejó a la vista su ombligo cuando Leo subió los brazos.

—¿Qué te apetece?

—Hay un kebab muy, pero que muy cutre al lado de El Disturbio. Eso me apetece.

Oliver soltó una risita.

—Coño, qué barato me vas a salir.

—No sabía que estabas intentando comprarme.

—Y no lo hago, pero siempre invito a la gente que me gusta.

—¿Para que luego te deba un favor?

La mano de Oliver volvió a posarse en su muslo, acercándose peligrosamente a sus ingles. La polla de Leo palpitó como respuesta.

—Pero qué desconfiado eres, periodista.

Aparcaron cerca del local, pero se dirigieron al kebab, como Leo había pedido. El olor a carne y a fritanga les asaltó las fosas nasales sin compasión.

Leo pidió un durum de falafel y Oliver un doner de ternera con patatas, cuyo relleno, de tan abundante que era, se le salía por los lados. Se sentaron en las sillas de plástico para comer y pronto estuvieron metidos en una conversación.

—Tienes mala cara —observó Oliver.

Leo hizo una mueca antes de darle otro mordisco a su durum.

—Lo raro sería que tuviera buena cara. He tenido uno de esos días, ¿sabes? De los que es mejor no levantarse de la cama.

—Vamos, tan malo no puede haber sido…

—No tienes ni idea.

—¿Quieres hablar de ello?

«Eso es algo que yo, como amigo tuyo, he tenido que aceptar. Ahora eres tú el que tiene que aceptar esto».

Leo negó, tragando de nuevo.

—No. Necesito olvidarme de todo esta noche.

Oliver se inclinó sobre la mesa y le dijo.

—Puedo darte algo para ayudarte a relajarte.

—No es relajarme lo que necesito, sino pasármelo bien.

—También puedo darte algo para ayudarte con eso.

Leo ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Lo solucionas todo con drogas? —inquirió.

No era un inocente: sabía que en el ambiente gay había muchísimo consumo, pero era algo que él observaba a la distancia y de lo que rara vez participaba. Había visto a demasiados tíos que habían terminado dependiendo de sustancias químicas hasta para mantener una conversación y que eran incapaces de tener sexo sin drogarse. Se preguntó si Oliver sería uno de esos. Si lo sería Dante.

—¿Quién ha dicho nada de drogas? —Se hizo Oliver el ofendido —. Yo estaba hablando de sexo. Porque hemos quedado para eso, ¿no?

Leo soltó una risita, sorprendido de nuevo de lo directo que era Oliver. Y de lo muchísimo que le ponía.

—Claro que sí —dijo—, pero cuando llegue el momento adecuado.

Oliver le miró con una ceja enarcada.

—¿Te gusta hacerte el difícil o algo así?

—No —rio—, pero no me voy a liar contigo después de haberme comido la mierda esta —aclaró, limpiándose las manos en una servilleta—. Además, ahora mismo, lo que de verdad necesito es bailar y emborracharme. Lo demás ya vendrá luego.

Oliver se levantó de la silla y le tendió la mano. Leo la aceptó y se vio caminando codo a codo con Oliver, su brazo alrededor de la cintura.

—Pues esta noche —le susurró al oído mientras se acercaban a El Disturbio—, vamos a desfasar de lo lindo.

Leo sintió cómo el calor estallaba en la boca de su estómago y deseó que aquella no fuera una promesa vacía.

El Disturbio podía ser el local gay más sucio y cutre que Leo había pisado en su vida. Había estado en discotecas muchísimo más lujosas y exclusivas en el centro de Madrid y, sobre todo, más limpias: Fregil Pop, Bargarabana, La Kamita, El Sodoma, Club Adonis o el Bar Polayo,… Pero El Disturbio era *su* local. Había sido donde se magreara con su novio del instituto, donde se emborrachaba de adolescente, donde había tenido sexo anónimo por primera vez. Los

hombres que estaban allí eran en su práctica totalidad de Valdemora u otras ciudades aledañas: obreros, mecánicos, barberos o dependientes confraternizaban con profesionales, como el propio Leo, que no ganaban lo suficiente como para poder permitirse un piso en la capital y usaban Valdemora y alrededores como ciudades dormitorio. Aquella era su gente, se recordaba Leo mientras se adentraba en el local de la mano de Oliver, la gente que se quedaba, por elección u obligación, que creaba tejido social, que evitaba la destrucción de los barrios, que mantenía vivos los negocios familiares y daba vida a las calles que él tanto amaba.

Era noche de *techno* y sonaba «Crush» de Indira Paganotto. El cuerpo de Leo empezó a moverse antes de tomar la decisión consciente de que quería hacerlo. La música lo transportó, secuestró su mente y él ni siquiera lo cuestionó, sino que dio las gracias y empezó a bailar.

—¿Qué bebes? —le gritó Oliver por encima del machacón ritmo.

—Mezcal —respondió él en igual tono.

Oliver fue en dirección a la barra y Leo quedó a solas, bailando al ritmo de la música. Oliver no tardó en volver y ponerle una copa en la mano. Unas cuantas canciones más tarde le puso otra, y luego otra y otra. Leo empezó a perder la cuenta de cuántas llevaba y con ellas, la noción del tiempo mientras se contoneaba al ritmo del *beat*. Oliver bailaba con él, pero también saludaba a gente, repartía palmadas en la espalda y, en un momento dado, Leo lo vio susurrarle algo al oído a un chico rubio que pasó a su lado.

Leo decidió ignorarlo. Intuía que como «conseguidor de sustancias», Oliver sería un tío conocido y solicitado en este tipo de ambientes. No le importaba. Como le había dicho la noche que se conocieron, cada cual se tenía que buscar la manera de pagarse las lentejas. Que Oliver hiciera lo que quisiera con su vida, Leo estaba haciendo eso mismo con la suya. Aun así, después de ver al enésimo tío que se le acercaba, Leo no pudo evitar comentar:

—Tienes una facilidad asombrosa para caerle bien a mucha gente.

—¿Quieres saber el truco para caerle bien a la gente, periodista? —le dijo al oído. Leo asintió—. Solo tienes que tratarlos como si

fueran especiales.

—¿Es eso lo que estás haciendo conmigo?

—Claro. —Oliver sonrió—. Pero solo porque tú sí que eres especial.

Leo comprendió de golpe que era verdad, que Oliver le hacía sentirse especial y que por eso le gustaba. Por una décima de segundo, se preguntó si eso mismo era lo que había sentido Lucas con Germán, y si Germán era sincero al respecto. Se preguntó si Oliver *era* sincero al respecto. Pero luego decidió que no le importaba lo más mínimo. Cogió la camisa de Oliver y la arrugó en su puño, atrayéndolo hacia sí, antes de estampar los labios contra los suyos.

Oliver no se hizo de rogar. Sus labios le respondieron, sus dientes le marcaron, sus manos rodearon su cintura y empezaron a moverse por todo su cuerpo, como si hubiera estado deseando tocarlo y se hubiera estado reprimiendo todo el tiempo posible. Leo sintió un subidón al pensar eso, al sentir el deseo que despertaba en el otro clavándosele en la ingle y sus dedos estrujándole las nalgas. No supo cuándo dejaron de bailar, para cuando quiso darse cuenta, Oliver lo había estampado contra una pared del fondo y le estaba metiendo mano sin pudor. Un jadeo escapó de sus labios cuando los dientes de Oliver mordieron su nuez de adán a la vez que sus manos empezaban a frotarle la erección por encima de los pantalones.

Demasiado excitado para sentir pudor alguno, Leo agitó las caderas para aumentar la fricción. Oliver volvió a atrapar sus labios y le invadió la boca con la lengua mientras seguía masturbándolo por encima de la ropa y empezaba a frotarse contra él, buscando su propio placer.

—Joder —siseó, pero supo que el sonido de su voz se perdió entre el aullido de los sintetizadores.

Sus propias manos, avariciosas, buscaron el sexo de Oliver y, sin pensar en lo que estaba haciendo, empezó a bajarle la cremallera.

—Espera. —El jadeo estalló en sus oídos. No quería detenerse, pero Oliver le agarró por las muñecas—. Aquí no. Ven conmigo.

Acelerado, jadeante y bastante borracho, Leo siguió a Oliver por el local, agarrado a su mano y sintiendo que aquel único contacto

enviaba descargas eléctricas a su entrepierna. Se adentraron en los baños, que olían a cloro y humedad, y encontraron un cubículo libre. Era estrecho y oscuro, pero Leo no tardó en volver a estar contra la pared de metal, y un escalofrío le recorrió al sentirla contra la espalda. Esta vez, cuando abrió la bragueta, Oliver no se lo impidió.

La polla de Oliver se sentía pesada y húmeda contra su mano y Leo la agarró, meneándola con fuerza mientras él mismo agitaba las caderas en busca de alivio. Por un momento, Oliver se centró en corresponderle, liberando su erección de la ropa que la aprisionaba y masajeándolo. Luego paró.

—Dame un momento —pidió. Parecía estar buscando algo en su bolsillo trasero. Por un momento, Leo pensó que iba a sacar un condón, pero lo que apareció en su mano fue un frasco de *popper*.

—¿Quieres? —le ofreció.

Leo negó y Oliver inhaló con fuerza antes de guardarlo de nuevo.

—¿Ves cómo tenía yo razón y lo arreglas todo con drogas? —le provocó, sin dejar de tocarle.

—No lo arreglo, lo mejoro —respondió.

Oliver se escupió en la mano con procacidad antes de llevarla hasta la entrepierna de Leo y darle un buen par de sacudidas.

—Joder… —gimió.

Dejó caer la cabeza para atrás, apoyando la coronilla contra el metal, y sintió que la boca de Oliver le aprisionaba el cuello, empezando a chuparle. Las manos de ambos seguían moviéndose sobre la polla del otro, cada vez con mayor rapidez, marcando un ritmo insaciable.

—¿Quieres ver hasta dónde llegamos, periodista? —le siseó Oliver contra la piel, subiendo la mano para apretarle la garganta.

Leo, cegado por el deseo, asintió con un gemido.

Entonces, el chupetón evolucionó a una mordida firme y profunda sobre una de sus carótidas y, de repente, el aire pareció volverse espeso, insuficiente. Leo, en lugar de apartarse, agarró la cabeza de Oliver para apretarla aún más contra su garganta, buscando ese castigo físico que le apagara el cerebro. La oscuridad empezó a consumir los bordes de su visión mientras el ritmo de las

manos de Oliver se volvía una tortura deliciosa y el corazón le iba a toda pastilla.

El orgasmo le llegó como una ola eléctrica que le subió por la espina dorsal y le explotó en los oídos, dejándolo sordo. Leo gimió hacia el techo, pero no lo escuchó. Si no hubiera sentido la vibración de la música en todo su cuerpo, habría llegado a pensar que la habían apagado. Sus rodillas se doblaron y la mano de Oliver, agarrándole firmemente por la cintura, fue lo único que le impidió caer.

—¿Ves que no necesito drogas para mejorarlo todo? —Sentía los labios de Oliver moverse contra su oído, pero su voz parecía provenir de muy lejos.

La boca de Oliver volvió a aprisionarle el cuello, esta vez por el otro lado, a la vez que empezaba a frotarle la polla contra el hueso de la cadera. Se dio cuenta entonces de que, en algún momento de su intenso clímax, le había dejado desatendido.

Aunque todavía estaba apoyado contra la pared, el mareo provocado por el alcohol y la hipoxia hacía que el cubículo diera vueltas. Leo se aferró a los hombros de Oliver, que seguía usándolo para encontrar placer, frotándose contra él con tanta fuerza que su culo se apretaba contra la pared con cada embestida.

—Te gusta que te dominen así, ¿verdad, periodista? Sabía que tenías un lado salvaje.

La mano que había estado en su cintura bajó para tocarle el culo, mientras que la otra empezó a aprisionarle el cuello, sustituyendo a la boca que había soltado su presa para besarlo. La intensidad de las embestidas aumentó y Leo sintió el calor del semen derramarse por su cresta ilíaca. Todo se detuvo. Cuando Oliver soltó su cuello por fin, el aire entró en sus pulmones con un silbido y los sonidos empezaron poco a poco a regresar a él. Abrió los ojos.

Oliver le miraba, aún muy cerca de él, con las pupilas dilatadas por el placer y las drogas. Una mano seguía en su culo, la otra había bajado hasta descansar en su pecho y pellizcaba uno de sus pezones por encima de la camiseta.

—¿Qué tal? —le preguntó.

Leo meneó la cabeza intentando sacudirse el mareo. No lo consiguió.

—No lo sé —dijo. Acababa de tener uno de los orgasmos más intensos de su vida, pero no se encontraba tan bien como había esperado tras semejante experiencia.

—¿No lo sabes? —Había incredulidad en su voz. Se inclinó hacia él y depositó un reguero de besos en su cuello, justo donde le había mordido—. Pero si casi hago que te desmayes del gusto. Y puedo conseguir que lo hagas otra vez —le susurró.

Leo bajó sus manos por los brazos de Oliver hasta que alcanzó su pecho. Lo apartó lenta pero firmemente de sí.

—Dame un momento —pidió. La euforia se había evaporado de golpe, dejando una leve sensación de náusea y una taquicardia que se negaba a ceder. Se sentía al borde de un ataque de pánico—. Necesito salir de aquí.

Se apresuró a subirse los vaqueros, sin preocuparse por el semen ajeno que aún corría por sus caderas, y fue a uno de los lavabos para mojarse la cara y lavarse las manos. Cuando levantó el rostro, vio por el espejo cómo Oliver le había seguido fuera del cubículo y se recolocaba ahora la ropa. Sus miradas se encontraron.

—¿Qué? ¿Te vienes a mi casa y terminamos? —le soltó.

Leo se frotó el esternón buscando un alivio que parecía eludirle.

—Creo que he bebido demasiado —musitó—. Mejor me voy a casa.

—¿Vas a vomitar?

—No, no es eso.

Oliver se acercó a él y le abrazó por la espalda. Sus miradas se encontraron en el espejo.

—¿Habías practicado alguna vez la asfixia erótica? —le preguntó con suavidad. Leo negó con la cabeza—. Tenías que habérmelo dicho, habría ido con mucho más cuidado. Puede ser muy intenso si no sabes lo que estás haciendo.

—¿Por qué me siento así ahora? —inquirió al reflejo de Oliver. No sabía por qué, a Leo le resultaba más fácil hablarle a través del espejo que girarse para enfrentarse a él.

—Porque tu cuerpo creyó que ibas a morir. Libera muchas endorfinas, para que no sientas dolor, y por eso te corriste tan fuerte. Pero puedes quedarte atrapado en un estado de pánico. Es lo que te está ocurriendo ahora —le explicó al mismo tiempo que le acariciaba apaciguadoramente la espalda—. Ven a casa conmigo. Puedo darte unas *benzos,* o maría si prefieres, para que te calmes un poco.

—No, prefiero irme a casa.

—Leo…

—Que quiero irme a casa, joder.

—Como quieras.

Oliver se apartó de él y, por fin, Leo se giró para mirarlo. Fue entonces cuando se permitió a sí mismo verlo con claridad por primera vez. Por supuesto que Oliver no era sincero, por supuesto que Leo no era especial para él, y por supuesto que Leo lo había sabido todo el tiempo, pero no le había molestado hasta ahora.

«Te lo habrías tirado y luego, solamente luego, lo habrías mandado a la mierda porque te parece un gilipollas». Las palabras de Lucas volvieron a golpearlo como un mazazo. Porque eran verdad. Porque no había querido ver la verdad sobre Oliver hasta haber tenido un orgasmo entre sus manos.

Salieron de El Disturbio y caminaron hasta el coche en silencio. Oliver parecía más molesto por ver interrumpida su noche que por tener que separarse de él. Leo habría preferido no tener que pedirle favores y haber vuelto solo a su casa, pero se sentía tan mal que prefería su compañía a quedarse solo.

Esta vez, Oliver no lo miró ni una sola vez mientras conducía y Leo se dedicó a dejar vagar su mirada por la ventanilla, dejando que las fugaces luces de la ciudad quemaran sus retinas.

Antes de que Leo bajara del coche, Oliver le dedicó una última sonrisa de medio lado.

—Siento que no hayas tenido una buena experiencia. Quería que fuera inolvidable para ti.

—Ya. Yo también lo siento. Siento no haber estado a la altura.

—No te sientas mal por eso. Ha estado bien para mí. Es una pena que no puedas seguir.

Leo asintió.

—Buenas noches.

Oliver hizo el amago de inclinarse para besarlo, pero Leo hizo como que no se dio cuenta y se bajó del coche. Entró en casa y se fue directo al baño. Puso toda su ropa en la cesta de la ropa sucia y se metió bajo la ducha. Se sentía más tranquilo ahora, pero un extraño abatimiento hizo presa de él. Al meterse en la cama, se quedó largo rato mirando el techo, escuchando en el silencio de su dormitorio cómo los latidos de su corazón iban volviendo poco a poco a la normalidad. No fue hasta mucho después que, por fin, pudo quedarse dormido.



La mañana lo encontró acurrucado en su cama, abrazado a una almohada. Le dolía muchísimo la cabeza y tenía el estómago revuelto. Definitivamente, se había pasado con las copas.

Cogió el móvil de la mesita de noche y vio que eran poco más de las once. No debía haber dormido más de cuatro o cinco horas. Vio también que tenía un mensaje de Lucas.

Oye, siento lo de ayer…

Me pasé tres pueblos 👉👈

Leo sonrió y tecleó una respuesta.

Al próximo vermú invitas tú

Vio que en seguida Lucas se conectaba y empezaba a escribir. Pero pareció pensárselo mejor porque le llamó. Leo descolgó.

—Hola.

—Hola, Leo. Joder, siento lo de ayer.

—No, soy yo quien lo siente. Soy un gilipollas por pensar que… No sabía que te gustaba Germán. Pero si me lo hubieras dicho, no lo habría entendido. Lara tiene razón, soy un zoquete.

Lucas rio.

—Sí que lo eres, sí. Pero yo también. Ayer te dije cosas…

—Que son verdad. ¿Sabes qué? Anoche mismo me pasó.

—¿El qué?

—Lo que tú dijiste: que paso por alto los defectos de los tíos hasta que me los tiro.

—¿Te tiraste a alguien anoche?

Leo se acomodó en su cama.

—Me *lié* con alguien —aclaró—. En los baños de El Disturbio.

—*Mmmh*, déjame adivinar: ¿el tal Oliver?

—Bingo —dijo.

—¿Y qué pasó?

—Que el colega tiene más *red flags* que la playa de *Tiburón*, y yo decidí ignorarlas todas hasta que me corrí a gusto.

—Pues eso que te llevas pa'l cuerpo.

—Ya, pero…

—¿Pero qué?

Leo chasqueó la lengua.

—¿Sabes cuando estás con alguien y notas que no… Que la cosa no fluye como debería?

—Pero si me acabas de decir que, y cito, te corriste a gusto.

—Lucas, tío, anoche tuve el orgasmo más brutal de toda mi existencia. —Leo se sentó en la cama y su cabeza protestó. Decidió ignorarla—. Se me doblaron las rodillas de puro gusto y si no me llega a estar agarrando, me caigo al suelo.

—¿Qué dices?

—Casi me desmayo.

Hubo un momento de silencio.

—Joder, ¿qué te hizo para que…? Espera, no lo quiero saber. ¿Y por qué dices que la cosa no fluyó?

—No lo sé. Luego me sentía mal.

—¿Emocionalmente? —tanteó Lucas.

—Físicamente. Me sentía enfermo.

—¿De lo fuerte que te corriste, te sentías enfermo? Ahora sí que quiero detalles.

Leo rio. Se sentó a lo indio con las piernas cruzadas.

—No quiero seguir hablando de mí y mi superorgasmo. Quiero que me hables de ti. ¿Cómo lo pasaste con Germán? ¿Qué hicisteis la otra noche?

Lucas suspiró.

—Te vas a reír de mí.

—No me reiré. Lo juro.

Lucas empezó a relatar la cita, que comenzó por un paseo en barca por El Retiro, pasó por una cena en un italiano y terminó en un local intimista donde podías beber cafés de especialidad y licores con jazz ambiental.

—Me lo pasé genial —confesó al final con una sonrisa—. La foto del Insta fue en el *Il Café*, el sitio que te dije. Tenemos que ir una noche. Sé que te gusta salir a bailar, pero es tan agradable sentarse a charlar con un, no sé, café con whiskey en las manos.

—Café con whiskey, eso suena de maravilla. ¿Y qué pasó luego?

—Me trajo a casa. —Lucas calló un momento.

—¿Y? —lo animó Leo.

—Y nos besamos —confesó al final.

—Bien —dijo Leo. De repente, la idea de Germán con su mejor amigo ya no le parecía tan descabellada—. ¿Y luego?

—Luego discutí con mi mejor amigo.

—No, idiota. No me refería a eso.

Lucas rio. Se le notaba contento.

—Ya lo sé. Estuvimos mensajeándonos ayer. Anoche me llamó. Vamos a vernos el miércoles un rato, creo que iremos al cine.

—Tu madre está ilusionada —dejó caer.

—Ya, ya lo sé. Yo también, para qué mentirte. Espero no llevarme un palo.

Leo asintió lentamente.

—Yo también lo espero.



El lunes por la tarde, Leo se dirigió a la oficina de su editor para seguir repasando las ideas para su nuevo libro y luego fue a los estudios de PodStand. Llegó un rato antes de tiempo, y asistió a la grabación de Radio RadFem desde la cabina de sonido, viendo trabajar a Susana mientras bebía café recalentado. Todavía se sentía algo lento, como si sus reflejos no se hubieran recuperado del todo de la noche del sábado, y pensó que a eso se debía referir la gente cuando decían que, con la edad, se empezaban a llevar cada vez peor las resacas. En cuanto Carmen terminó la grabación de su programa, Leo se hizo con el estudio y empezó a disponer sus cosas sobre la mesa mientras Susana cambiaba los logos de las pantallas que había tras él y cargaba la escaleta en el software de reproducción. La puerta se abrió y una de las secretarias entró en el estudio.

—¿No ha llegado Lara? Hay alguien preguntando por ella.

—¿Quién?

La chica consultó una nota que llevaba en la mano.

—Un tal Álvaro Soriano.

—Déjale subir, es su novio.

La chica asintió antes de salir. Por el micrófono, Susana le preguntó:

—¿No me digas que voy a tener que aguantar al noviete en la cabina de sonido?

Leo la miró y se encogió de hombros.

Álvaro apareció en la puerta. Llevaba una caja de cartón entre las manos y no tenía muy buena cara, que digamos. Esbozó una microexpresión de alivio al ver que Lara no estaba ahí.

—¿Qué tal, Álvaro?

—*Emmm* —el joven parecía descolocado—. Quería hablar con Lara antes de… Bueno, ya sabes.

—Tiene que estar al llegar. —Miró con curiosidad la caja de cartón, luego escrutó el rostro de Álvaro—. ¿Va todo bien? —El pelirrojo negó con la cabeza y Leo vio venir sus intenciones—. Tío, no seas cabrón, no la vayas a dejar así… Aquí, en mitad del estudio —le advirtió.

Álvaro evitó su mirada. Dio unos pasos hacia el interior y dejó la caja sobre la mesa, justo al lado del guion que Leo había preparado con tanto mimo sobre «Nuevas masculinidades y responsabilidad».

—Lo siento, yo… Igual mejor se lo dices tú —soltó Álvaro de golpe. Su voz sonaba tensa—. Ya que sois tan amigos, igual no le importará tanto si se entera por ti.

—¿A qué coño viene todo esto?

—No puedo más, Leo. Yo… Esto no es para mí. Yo no soy así, ¿sabes? Pero es que tampoco me merezco…

—¿Y ella se merece que le devuelvas sus cosas y que ni siquiera rompas con ella en persona? —espetó—. Mira, no sé lo que ha pasado entre vosotros, pero…

—Nada —lo cortó él—. Por lo visto, no ha pasado nada. Así que sí. Igual esto es lo mejor.

Leo se quedó mirando la caja. Arriba del todo sobresalía la sudadera favorita de Lara, una que él le había regalado, y un par de libros de teoría feminista que Álvaro juró que se leería para "entenderla mejor". También había un manojo de llaves que golpeó contra el cartón con un sonido metálico y definitivo.

—Claro, es lo mejor para ti. ¿Es eso lo que me estás diciendo, que rompa yo con ella por ti? —preguntó Leo, sintiendo cómo la rabia le corría por las venas.

—No, no es eso. Pero es que si la veo… —Unas lágrimas se asomaron a los ojos de Álvaro—. Dile que lo siento.

—Díselo tú si quieres —exclamó Leo—. No pienso hacer de recadero de un cobarde como tú.

—Vale. Lo entiendo.

Álvaro asintió, se dio media vuelta y salió del estudio.

—Ese tío es increíble —escuchó exclamar a Susana desde la cabina.

Leo se quedó mirando la caja mientras sentía el aliento que se le atascaba en el pecho.

Pasaron pocos minutos antes de que llegara Lara. Su amiga no tenía buena cara. El rizado cabello, recogido en su usual y apresurado moño alto, lucía algo más encrespado de lo habitual, y un ligero tono cetrino se había instalado en sus mejillas. Venía con prisa y sin maquillar, y estaba empezando a soltar una disculpa por su tardanza cuando vio a Leo, de pie en mitad del estudio y la caja de cartón sobre la mesa.

—¿Qué…?

Leo sabía que tenía que decir algo, hacer algo, pero se sentía paralizado. Lara se adentró en el estudio, abrió la caja y sacó sus libros, su sudadera, su cepillo de dientes, como si los viera por primera vez.

—Estas son las cosas que tenía en casa de Álvaro. ¿Las ha traído él? Dime qué te ha dicho —rogó, mirando a Leo—. Dime por qué me devuelve mis cosas, por qué no ha querido hablar conmigo todo el fin de semana.

Leo negó con la cabeza, no tenía respuestas que darle.

Lara se detuvo en seco. Soltó sus cosas, que cayeron en desorden sobre la mesa. Luego también ella se derrumbó. Se dejó caer al suelo del estudio y escondió la cara entre las manos. Un sollozo rasgó el silencio.

Leo se vio impulsado hacia ella. Se tiró a su lado y la abrazó con fuerza mientras su amiga lloraba amargamente. Susana también entró en el estudio y abrazó a Lara, los tres en el suelo, unidos mientras la joven, con el cuerpo doblado por unos espasmos que le impedían recuperar el aliento, lloraba sin consuelo.

—No puedo —consiguió articular Lara, con la voz rota y húmeda —. No puedo entenderlo, Leo. No sé por qué…

—*Shhh*.

Leo la apretó más fuerte, sintiendo cómo el temblor de su amiga se le contagiaba mientras las lágrimas empezaban a correr también por su rostro.

Susana estiró la mano y, sin decir nada, pulsó el interruptor de los monitores. El zumbido eléctrico de los equipos desapareció,

dejando el estudio en un silencio sepulcral. No hubo sintonía, ni presentación, ni consejos para la audiencia. Solo el sonido de tres personas respirando en la penumbra de una sala insonorizada, donde las paredes de espuma acústica se tragaban los sollozos de Lara como si nunca hubieran existido.

CAPÍTULO
DIEZ



Eran apenas las siete y media de la mañana, pero ya era pleno día. El sol de la recién inaugurada primavera se derramaba sobre la cama deshecha proveniente de la ventana, pero Leo aún tenía la lamparita de su escritorio encendida mientras tecleaba con rapidez en su portátil.

Su cuarto era un caos: sobre la mesa había un fajo de papeles impresos, una carpeta llena de documentos, una libreta garabateada con notas y dos tazas, una aún tibia, la otra con restos de café seco de la tarde anterior; había ropa limpia y doblada en una palangana en el suelo, junto al armario medio abierto que dejaba entrever prendas mal colocadas y caídas de sus perchas. Un calcetín asomaba de un cajón mal cerrado. Sobre la butaca había una montaña de ropa ya usada y esperando ser o bien guardada de nuevo, o bien tirada al cesto de la colada.

El propio Leo no tenía mucho mejor aspecto. Llevaba al menos tres días sin afeitarse y sin lavarse el pelo y tenía una enorme necesidad de darse una ducha. Estaba pálido, parecía agotado y unas pronunciadas ojeras oscurecían sus brillantes ojos azules. Aún vestía su pijama, una camiseta vieja del festival de Glastonbury y unos pantalones de algodón liviano, como si hubiera saltado de la

cama para ponerse a escribir. Porque eso era precisamente lo que había hecho.

Estaba en la fase final de la escritura de su nuevo libro: «Camuflaje arcoíris: *pinkwashing* en la nueva derecha»: un proyecto nacido de la rabia y de la pasión, y en el que se había volcado en los últimos meses, desde que su editor le diera el visto bueno a finales de noviembre.

Mientras escribía, el calendario había seguido avanzando, implacable. Noviembre se esfumó entre la ilusión de empezar el proyecto y el peso de la planificación; diciembre desapareció bajo montañas de bibliografía; enero pasó de largo entre noches en vela donde el frío de Madrid se colaba por las rendijas de la ventana. Febrero fue un borrón de cafeína y falta de sueño. Para principios de marzo, el primer borrador estaba terminado y los problemas de estructura identificados, y empezaba la monumental tarea de la reescritura.

Y mientras tanto, Leo había seguido con sus columnas, su podcast, su contenido en redes… Pero tampoco habían sido meses de aislamiento total. Aunque el ensayo absorbía una considerable parte de su tiempo, la vida seguía y Leo se negaba a no estar presente en ella.

Había acompañado a Lara en el duro proceso de superar un amor que no sabía por qué se había acabado. Tras su discusión con Leo en el estudio de PodStand, no se había vuelto a saber nada más de Álvaro. Había bloqueado a Lara en su móvil y en redes sociales y se negaba a ponerse en contacto con ella. Como precaución, Álvaro también había bloqueado a Leo y a Lucas. Hasta Leo tenía que confesar que ese *ghosting* tan brutal parecía un poco extremo para un hombre que no había sido más que amabilidad y cordialidad hasta aquel momento, pero había cometido el error de olvidarse de Lidia, que a veces curioseaba en su perfil de Instagram. Decía que apenas publicaba fotos de sí mismo, que cuando lo hacía, no tenía buena cara; que todas sus *stories* eran de poemas de desamor y que hacía *repost* de esos *reels* que te dicen con voz en off frases inspiradoras mientras te muestran imágenes del mar. Todo ello hablaba de un corazón roto, pero no hacía que se pudiera defender

su comportamiento. Lara, que había transitado primero una temerosa esperanza, luego un desconcierto abismal y, finalmente, el rencor más absoluto, se negaba ahora a hablar de él y se había volcado en una nueva serie de retratos de óleo en blanco y negro que la tenían absorbida por completo.

Había sido testigo de cómo la nueva relación de Lucas se afianzaba y de cómo Germán se hacía un hueco en sus vidas con una naturalidad pasmosa. Ahora, sus ocasionales salidas nocturnas eran siempre en compañía de la flamante pareja y Leo tenía que reconocer, con una mezcla de remordimientos y orgullo, que el funcionario era ya un amigo más. Y sí, seguía pareciéndole un pasmarote, un estirado y un pedante, pero ahora observaba sus peculiaridades con un cariño que nunca pensó que sentiría por él. Quizás eso se debía en gran parte a lo feliz que parecía estar Lucas, al brillo que había en su mirada cada vez que estaban los dos juntos. Y Leo, quizás contagiado de la armonía que desprendían, ya no buscaba desahogos vacíos en Peckr o en El Disturbio, sino la inocente distracción de una tranquila velada con sus amigos. Tampoco era que tuviera tiempo para mucho más, en todo caso.

También había visto cómo Lidia parecía involucionar a los peores años de su adolescencia: se fugaba de clase, suspendía asignaturas y había dejado de pasarse tan a menudo por el Beautifuck. Ya no parecía interesada en aprender una profesión, sino en emborracharse y salir de fiesta con su nueva amiga, una modelo de ropa interior llamada Sheila. Leo la veía cruzar el pasillo a horas intempestivas, con cara de resaca y siempre pegada al móvil. Cada vez que Leo intentaba ejercer de hermano mayor, se topaba con un muro: «Que me dejes en paz. Ni que fueras mi padre», le había espetado la última vez que había intentado hablar con ella. Leo se había girado hacia su madre en busca de apoyo, pero igual que unos años antes, cuando Lidia pasara una intensa época de rebeldía, Maribel no sabía o no podía lidiar con el comportamiento de su hija pequeña.

En parte, Leo se sentía como un espectador en la orilla, viendo cómo la vida de los demás tomaba forma mientras la suya se quedaba suspendida en las notas al pie de página de su ensayo.

Y luego, estaba Oliver.

A veces, Leo lo veía caminar por el barrio o lo saludaba desde la distancia en algún local nocturno en el que coincidían. Tras su única y fallida cita, Oliver había insistido en volver a quedar, mostrando un interés en Leo que él no se veía capaz de corresponder. A veces, cuando recordaba lo que había ocurrido en aquel baño, le embargaba una sensación rara, como si de nuevo sintiera su mano apretándole el cuello. Cuando racionalizaba lo que había pasado, sabía que no cambiaría sus acciones de aquella noche ni lo ocurrido entre ellos, pero también sabía que no quería repetirlo. Oliver se tomó su rechazo con bastante ecuanimidad y quedaron como «amigos», aunque ninguno de los dos esperaba ya nada del otro. Las primeras veces que se encontraron después de eso fueron algo tensas, sobre todo por parte de Oliver, que parecía no saber cómo comportarse en su presencia, pero luego la cosa cambió. Oliver florecía; no podía describirse de otra manera. Se lo veía muy guapo, bien vestido, con una seguridad arrolladora y alguna vez Leo lo había visto tecleando en su móvil con una sonrisa tontorrona en el rostro. La última vez que se encontraron, Oliver le confió que había arrancado un nuevo proyecto profesional y que estaba con alguien. Esperaba de verdad que todo le fuera bien y que saliera por fin del pozo en el que Dante Valcárcel lo había metido.

Leo soltó un pesado suspiro y se frotó los ojos con el dorso de la mano, sintiendo el rastro áspero de la barba de varios días. Releyó el último párrafo en la pantalla, pero las palabras empezaban a bailar ante su vista. A pesar de estar recién despierto, se sentía cansado, pero no podía parar. Su editor tenía razón: al libro le faltaba algo. La estructura era sólida y sus argumentos demoledores e irrefutables, pero carecía de ese *punch*. Un cierre. Una conclusión que no fuera solo teoría, sino algo que golpeara las tripas del lector.

Se quedó mirando el cursor, ese palito intermitente que parecía estar burlándose de él. «Camuflaje Arcoíris» estaba ahí, casi ensamblado. Solo le faltaba un corazón que le diera la chispa de la vida.

De pronto, el silencio del piso se rompió. El sonido de una llave girando con torpeza en la cerradura de la puerta principal retumbó

en el pasillo, seguido de un golpe seco contra la pared y una risilla ahogada que Leo reconoció al instante. Se levantó y se asomó a la puerta de su cuarto para ver a Lidia tambaleándose por el pasillo, el vestido descolocado y manchado, el rímel corrido y los tacones en la mano. Se detuvo en seco al verlo.

—Lo siento. No te quería despertar.

Leo se apoyó en el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho.

—A las siete y media de la mañana es difícil que me despiertes —repuso, muy serio.

Lidia soltó una risita.

—Ya, es supertarde. ¿O es muy temprano?

—No voy a tener una conversación de borrachos contigo.

Lidia rodó los ojos.

—Ya no estoy borracha. —Un hipo se le escapó, quitándole la razón—. Bueno, un poco sí, pero será residual.

—Residual —exclamó Leo con ironía—. Si puedes decir palabras complejas, es que puedo dejar de preocuparme de que vayas a tener un coma etílico.

—Mira que eres idiota.

—¿Dónde has estado? Mamá estaba preocupada anoche.

—*Tsk*. Le dije que iba a llegar tarde. Pero estaba bien. Nos fuimos de marcha y luego Sheila y yo fuimos a su casa a dormir un rato…

—No tienes pinta de haber dormido nada.

Lidia no se dejó amilanar, sino que lo observó de la misma manera juiciosa en la que su hermano la miraba a ella.

—Tú tampoco.

Leo cerró los ojos con fuerza, apretando los párpados. La mandíbula se le tensó.

—Vete a darte una ducha, anda.

—Luego. Me voy a la cama primero. —Avanzó por el pasillo y, cuando llegó a la altura de Leo, le susurró—. Tienes razón: no he dormido nada.

La sonrisa desafiante de Lidia le disuadió de seguir preguntando. Sabía que solo quería provocarlo. Pero ella ya era mayorcita para

meterse en la cama con quien quisiera.

—Desaparece de mi vista, borracha.

Ella le sacó la lengua y se encerró en su habitación.

Leo se dirigió al baño, orinó y decidió seguir el consejo que le había dado a su hermana. Se duchó, se afeitó y luego decidió que necesitaba otro café antes de seguir trabajando.

Cuando llegó a la cocina, su madre se estaba sirviendo café recién hecho. Con la bata mal anudada, la cara algo hinchada y el pelo aún sin peinar, estaba de lo más bonita. Leo se acercó y le dio un achuchón.

Maribel rio como una adolescente.

—Hola, cariño. ¿Quieres café?

—Sí, por favor.

Leo dio la vuelta a la isla de la cocina para sentarse frente a ella.

—¿Era Lidia la que oía llegar antes? —preguntó como si tal cosa. Leo asintió—. No sé qué hacer con ella.

—Dicen que las academias militares dan muy buenos resultados —repuso él, probando su café.

Maribel negó con la cabeza. Sabía que él estaba de broma, pero ninguno de los dos tenía ánimos para reírse del tema.

—Voy a hacerte una tostada, para que comas algo. Creo que has perdido algo de peso —observó.

—Ya, es que no estoy haciendo tanto ejercicio como antes.

—Si fuera por eso, habrías engordado, en vez de…

—No, porque pierdes masa muscular y… —empezó a explicar, pero su madre lo miró como si estuviera hablando chino—. ¿Sabes qué? Hazme dos tostadas.

—Eso quería oír yo…

Maribel se puso a canturrear mientras preparaba el desayuno. Leo se quedó sentado, desbloqueó el móvil y se puso a revisar sus redes. Suspiró, aburrido. Últimamente, las redes sociales le daban una pereza tremenda. Dejó aparcado el móvil y empezó a hojear la revista que su madre había estado leyendo. Leyó un par de titulares, miró las fotografías, pasando las páginas sin interés alguno, hasta que una noticia llamó su atención.

GLAM

¿Nueva ilusión para Dante Valcárcel?

Siempre discreto y hermético con su vida privada, Dante Valcárcel vuelve a despertar rumores sentimentales en la capital. El asesor político, considerado desde hace años uno de los hombres más influyentes y atractivos del entorno gubernamental, fue visto el pasado jueves abandonando una cena privada en el exclusivo restaurante Arzakana junto a una conocida abogada y filántropa madrileña.

Aunque ambos entraron en el local por separado, varios testigos aseguran que compartieron velada durante más de tres horas en uno de los reservados del establecimiento. A la salida, no quisieron posar juntos, pero fueron captados por varias cámaras.

No es la primera vez que se relaciona a Valcárcel con figuras femeninas de alto perfil, aunque él jamás ha confirmado públicamente ninguna relación sentimental. De hecho, quienes lo conocen aseguran que «es muy celoso de su vida privada».

Tras unos meses alejado del foco mediático, su reciente reaparición en distintos actos institucionales ha vuelto a despertar el interés social alrededor de una de las figuras más enigmáticas de la política madrileña.

¿Estamos ante la pareja sorpresa de la temporada?

La noticia venía acompañada de una fotografía en la que se veía a Dante junto a una mujer alta y morena. Ambos salían del mencionado restaurante y miraban con desconcierto y malestar a las

cámaras que les fotografiaban. La mujer caminaba algo adelantada a Dante y el asesor tenía una mano posada en la parte baja de su espalda. Leo se quedó mirando la fotografía mientras una miríada de pensamientos se le pasaba por la cabeza. Pensó en Carolina y en la suposición de Lara de que ella lo sabía todo. Pensó en si Dante seguiría empeñado en salir con mujeres para engañar a todo el que pusiera el ojo en él. Pensó si mantenía en secreto algún amante, si habría algún hombre, en alguna parte, que al ver esa misma fotografía pensara en la injusticia que suponía que nadie pudiera relacionarlo sentimentalmente con Dante. Una llamada en su teléfono móvil le devolvió al mundo real. Era Quique Leguina. Cerró la revista de golpe y contestó.

—Hola, Quique —dijo.

—Hola. Siento llamarte en fin de semana.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre?

—Quiero preguntarte algo que… Sé que sueles escribir sobre activismo y diversidad y me preguntaba si pensabas ir al Foro de Políticas Inclusivas del próximo fin de semana.

—No, no pensaba ir, pero sí escribir una columna de opinión sobre lo que se diga ahí. Porque seguro que voy a tener una opinión al respecto.

Quique rio.

—Lo sé, pero estaba pensando… ¿Y si no te limitas a opinar y cubres el evento?

—¿Quieres una crónica? —se extrañó.

—Sí. Quizás ya es hora de que dejes de ser un *freelance*, Leo. *La Redacción* es tu casa. Si tú quieres, claro.

—Espera. ¿Me estás ofreciendo un contrato?

Al escuchar eso, Maribel se paró en seco para mirarlo.

—Sí. Supongo que sí. —Hubo un segundo de silencio—. Mira, Leo, yo sé que tu marca incluye cierto nivel de individualidad y que escribes desde la más absoluta independencia. Y no quiero que pierdas eso: no quiero que dejes de escribir tu columna y de expresar tu opinión. Pero sé que eso no es lo único que puedes aportar a este periódico.

Leo se reclinó sobre el asiento del taburete. Maribel seguía mirándolo, expectante, con una espátula en la mano.

—Mamá, que se queman las tostadas.

Eso pareció sacar a Maribel de su trance y siguió a lo suyo, pero con un ojo puesto en su hijo.

—¿Leo?

—Perdona, Quique, sigo aquí.

—¿No se han quemado las tostadas? —bromeó.

—Por suerte no. Pero un par de mis neuronas se han quedado fritas.

El director del periódico rio de nuevo y Leo le imitó.

—Mira, Leo, hagamos una cosa: cubre el foro. Será un fin de semana de mucho curro, y se te será pagado como corresponde, pero sin compromisos de ningún tipo. Así la jefa de política y yo podremos valorar tu trabajo más allá de tu columna semanal y tú puedes ver si este es un trabajo que te gustaría hacer más a menudo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —dijo con cautela.

—Pues no se hable más. Vente el martes a mi despacho. Te daré la información necesaria para el foro. No te voy a cubrir estancia, porque vives en Madrid, pero sí los desplazamientos, ¿vale?

—Vale.

—Venga, pues hablamos el martes.

Y colgó. Leo levantó la mirada. Maribel estaba delante de él con un plato de tostadas un poco requemadas y no apartaba la vista de él.

—El director del periódico quiere que cubra un foro político el próximo fin de semana —empezó a explicar—. Y prácticamente me dijo que quería que trabajara para él.

Maribel soltó el plato y se abalanzó hacia él para abrazarlo.

—Oh, hijo, eso es maravilloso. —Se apartó un poco de él, pero aún sujetándolo por los hombros—. Pero que te dé un puesto fijo. Se acabó eso de andar buscándote la vida con tanto libro y tanto podcast.

Leo sonrió.

—No le puedo pedir un contrato fijo, así a la primera de cambio.

—¡Pues contrato fijo, o nada! —estalló ella—. ¿Cuántos años llevas escribiendo columnas para ese periódico? Casi ocho años. Aprovechándose de ti porque eres *freelance*. Que te dé un contrato de verdad, o te vas con tu columna a otra parte. Habrá que ver, qué abuso tan grande…

Y Maribel siguió quejándose mientras untaba las tostadas, se servía otro café y se sentaba a desayunar, pero Leo ya no la estaba oyendo. Estaba demasiado contento para escuchar las constantes preocupaciones de su madre.

AQUELLA TARDE, Leo les contaba a sus amigos lo que había ocurrido. Estaban los cuatro en La Estrella, tomando unas cañas, y Leo narró la conversación telefónica con el director del periódico.

—Pero eso es fantástico, Leo —dijo Lucas.

—¿Lo es? —preguntó Lara—. Lo siento, Leo. Sé que te hace ilusión, ¿pero no te estarías vendiendo al sistema contra el que tanto luchas?

Leo miró a su amiga, cuyas opiniones se habían ido haciendo más y más cínicas a medida que pasaban los meses.

—En parte sí. Pero la objetividad cero no existe. Y Quique me ha prometido independencia y libertad para seguir opinando lo que quiera.

—Ya, eso dicen todos.

Leo y Lucas intercambiaron una rápida mirada, pero ninguno dijo nada.

—¿Vas a alojarte en algún hotel cercano? —intervino Germán, que bebía cerveza y comía cacahuetes como si fuera uno más. A veces, Leo se sorprendía pensando que hubo una vez en la que el funcionario del ministerio no había sido parte del grupo.

—No. Leguina dice que no me van a cubrir alojamiento, solo desplazamientos.

—Pues menuda paliza. Estar yendo y viniendo del centro todo el rato —opinó Lara.

Leo se encogió de hombros.

—Es lo que hacemos siempre.

—Sí, pero piensa que vas a estar tres días metido, desde la mañana hasta la noche, en un foro lleno de políticos, paneles, discursos… —empezó a explicar Germán—. Y luego añade las horas que tendrás que quedarte al finalizar el foro, para hablar *off the record* con algún político, meterte en charlas informales, tomarte una copa con alguien para hacer contactos… ¿Qué? —preguntó al ver que todos lo observaban con atención.

—Pareces saber mucho de eso, cariño —le dijo Lucas, tan sorprendido como el resto.

—Suelo asistir a ese tipo de foros. Me gustan —se excusó—. Ya tengo mis acreditaciones para este fin de semana.

—¿Vas a ir al Foro de Políticas Inclusivas? —preguntó Leo.

—Claro. Es un tema sumamente interesante. Se me acaba de ocurrir una idea: ¿por qué no te quedas en mi casa este fin de semana? Está solo a diez minutos caminando del palacio de Tepa y podemos ir y venir juntos. Y, si me permites que te lo diga, mi compañía puede abrirte muchas puertas.

—¿En serio? —Leo esbozó una risita de burla.

—En serio. Yo sé que aún no me crees cuando lo digo, pero conozco a gente importante.

Leo miró a Lucas, como pidiéndole su opinión.

—A mí me da igual. —Lucas se reclinó en su silla y cruzó con indolencia los brazos tras su cabeza—. Mientras no me levantes el novio…

La insinuación quedó en el aire unos segundos, en los que todos recordaron la vergonzosa proposición de Germán, la ya célebre cobra de Leo, las burlas de Lara y Lidia al respecto y el enfado de Lucas. Lucas fue el primero que empezó a reír, disolviendo la súbita tensión que él mismo había creado, y los demás lo siguieron, demostrando que todo eso había quedado ya en el pasado.

—Te acepto la invitación, Germán. Muchas gracias —dijo Leo en cuanto las risas se apagaron.

Germán hizo una leve inclinación de cabeza.

—De nada. Es siempre un placer poder ayudar a un amigo.

Y Leo no dudó ni por un segundo que aquello fuera verdad.



El resto de la semana pasó muy rápido. Leo grabó el podcast, escribió su columna, se reunió con Leguina acerca del foro y, para cuando quiso darse cuenta, estaba haciendo la maleta para pasar fuera el fin de semana.

El jueves por la tarde, un taxi lo dejó frente al portal de Germán. Había decidido aprovechar la cuenta de gastos para ir al centro y volver a casa el domingo; al fin y al cabo, esos eran los únicos desplazamientos que necesitaba hacer. El edificio estaba situado en una de las calles más silenciosas de Jerónimos, y su mera ubicación era imponente, sin necesidad de fijarse en la mampostería de la fachada, el portal de madera oscura o el latón pulido del interfono. Leo tocó al timbre y esperó.

—¿Leo? Te abro —escuchó la voz metálica de Germán antes del zumbido que indicaba que la puerta estaba abierta. Empujó el pesado portalón y se adentró en el edificio.

El interior era fresco y oscuro. Leo se dirigió al ascensor de jaula, una estructura de hierro forjado y filigrana que ascendía por el hueco de la escalera como una pieza de relojería antigua. Al cerrar las puertas, el metal gimió y la cabina empezó a elevarse lentamente, permitiendo a Leo ver cómo los rellanos quedaban atrás a través de la densa rejilla negra. Cuando se detuvo en el último piso, Germán ya esperaba por él. Abrió la puerta corredera y cogió la maleta de Leo, no parándose a escuchar sus protestas al respecto.

—Eres mi invitado —dijo como toda explicación, guiándolo hasta la puerta del piso.

El piso de Germán tenía techos altos, molduras antiguas y una enorme cantidad de metros cuadrados. Leo sabía por Lucas que Germán había heredado el piso de su abuela, aparte de una suma económica que le permitía mantener el inmueble en perfecto estado, algo que no podría hacer con su nómina de funcionario.

Leo se adentró en la casa, silbando por lo bajo. El espacio era elegante pero funcional, sin el barroquismo que Leo esperaba de alguien tan ostentoso. Lo que más le llamó la atención fue la terraza: una amplia extensión de baldosas de barro cocido donde convivían un limonero en maceta, un pequeño olivo y una mesa de cultivo llena de brotes verdes.

—Has encontrado mi pequeño refugio —explicó Germán, apareciendo tras él tras haber dejado la maleta en alguna de las habitaciones. Se puso a su lado y acarició una de las hojas del limonero, para aspirar luego su fragancia—. ¿Te gusta la jardinería?

—Nunca he conseguido mantener una planta con vida —confesó.

—Es una responsabilidad. Mantener cosas con vida —aclaró—. Pero es una responsabilidad reconfortante, al menos para mí. —Señaló la mesa de cultivo y empezó a explicarle—. Eso es perejil, cilantro, albahaca. —Enumeraba las plantas señalándolas una a una —. Ruda, rúcula… ¿Te aburro?

—En absoluto. No sabía esto de ti.

Germán se encogió de hombros.

—Me relaja, y siempre tengo condimentos para la cocina. Ven, que te enseño el resto de la casa.

Germán le mostró la cocina, los baños, su dormitorio, la biblioteca y, finalmente, la habitación de invitados.

—He pensado que podrías quedarte aquí, si te parece bien.

La habitación era pulcra, amplia, con una cama doble y sábanas de hilo. Bajo la ventana, que daba a un silencioso patio interior, había un pequeño escritorio de madera castaña. Su maleta descansaba junto a un armario de la misma madera.

—Es perfecta.

Se retiraron de nuevo a la terraza. El sol de la tarde empezaba a caer, bañando los tejados de Madrid con una luz dorada y mortecina. Germán sacó una tabla de quesos, unas rebanadas de pan, un racimo de uvas y un par de copas de vino blanco bien frío. Se sentaron en el pequeño cenador.

—Mañana será un día relativamente suave —dijo Germán, cortando el queso en cuñas—. Habrá un par de actos por la apertura del foro, que te servirán para situarte en el Palacio de Tepa, ver

quién es quién y recoger el material de prensa. Luego un plenario sobre «Nuevos marcos normativos» y un par de paneles sobre financiación de proyectos locales. Yo estaré ocupado toda la mañana con la recepción de las delegaciones autonómicas, pero nos cruzaremos por allí. Justo después será el descanso. Los *caterings* en estos eventos suelen ser muy buenos, y el momento perfecto para mezclarse y tener conversaciones informales. También ten en cuenta que la mayoría de los ponentes y políticos asistentes se alojarán en el hotel del mismo palacio, así que muchos seguirán por ahí por las noches, cuando acaben las ponencias. Por la tarde hay una mesa redonda sobre la diversidad en el Congreso de los Diputados y una ponencia sobre la modificación de la ley de igualdad.

Leo asintió, dando un sorbo al vino. El frescor del blanco contrastaba con el calor residual de las baldosas de la terraza.

—¿Y el sábado? —preguntó Leo revisando la agenda que le había dado Leguina.

—El sábado es el día fuerte. A las diez, Cayetana Valcárcel y Margarita Alonso-Braña abrirán el panel sobre «Instituciones y Diversidad». Se espera que anuncien el nuevo plan estratégico del Gobierno, así que la sala principal estará a reventar de cámaras. He hablado con un contacto de Protocolo; después del discurso, habrá un pequeño encuentro con doña Cayetana en una sala VIP. Puedo colarte como mi acompañante antes de que la prensa generalista la asedie.

—Vaya, eso estaría genial.

—Por la tarde hay mesas redondas sobre representación en los medios —siguió hablando Germán—, y una charla sobre «Derechos LGTBI en la agenda internacional», donde participarán miembros de varias embajadas.

—¿En serio te has aprendido la agenda de memoria? —inquirió Leo, viendo que el tríptico que tenía en la mano no era ni la mitad de informativo que Germán.

El funcionario se limitó a encogerse de hombros.

—Ya te dije que estas cosas me interesaban.

—Ya veo. ¿Y estará también el asesor de la ministra? —preguntó Leo, intentando que sonara casual mientras revisaba el tríptico.

Germán alzó la vista.

—¿Valcárcel? No, en principio no. Aunque Cayetana vaya a presidir un panel, tengo entendido que él no piensa asistir este año. Me dijo Lucas que lo conocisteis hace unos meses. —Y luego, con bastante tacto añadió—: Como es amigo del ex de Lara…

Leo asintió como si aquello no tuviera ninguna importancia.

—Sí. Mejor que no vaya a estar. No tengo ganas de verlo.

Germán dejó el cuchillo sobre la tabla y miró a Leo.

—Ya. Álvaro Soriano no se portó nada bien con Lara. No me extraña que les hayas cogido antipatía —Germán sonrió con ironía—. No estés nervioso, Leo. Cualquiera diría que te estás preparando para luchar contra el enemigo.

—Sabes perfectamente que, a diferencia de ti, yo estaré como pez fuera del agua.

Germán hizo un gesto de la mano, como quitándole importancia.

—También habrá políticos de izquierda.

—No me refiero a eso.

Germán sonrió de medio lado.

—Ya lo sé. Lo bueno es que no vas a estar solo. Tendrás a un amigo contigo.

Leo sonrió también, aún un poco sorprendido de que eso le resultara reconfortante.



LEO SE DESPERTÓ temprano a la mañana siguiente, se vistió, cogió todo lo que creía necesitar y salió de su habitación. La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas de lino y el piar de los pájaros, en algún árbol cercano, se colaba por las ventanas. Casi parecía mentira que estuvieran en pleno centro de Madrid.

Germán ya estaba listo en la cocina. Llevaba un traje de corte impecable en gris marengo y una corbata de seda. Estaba terminando de preparar una cafetera de émbolo mientras repasaba algo en su tablet.

—Buenos días. Tienes tostadas y mermelada de higos en la mesa. Es de la finca de mis tíos en Extremadura —dijo Germán sin levantar la vista, con su habitual eficiencia matutina.

—Gracias. Menudo despliegue —silbó al ver el desayuno que el funcionario había dejado dispuesto.

Desayunaron en un silencio cómodo, solo roto por el tintineo de las cucharas. A las nueve en punto, tal como habían acordado, salieron del edificio.

El paseo fue corto, pero sirvió para que Leo terminara de despertar. Cruzaron el Paseo del Prado, donde el tráfico ya empezaba a espesarse, y subieron por la calle de Cervantes hacia el Barrio de las Letras. A medida que se acercaban a la calle de San Sebastián, el ambiente se transformaba. Los camiones de las unidades móviles de televisión ocupaban los carriles laterales y agentes de la Policía Nacional con chalecos reflectantes patrullaban las esquinas.

Frente al Palacio de Tepa, el despliegue era total. Una enorme lona con el nombre del Foro cubría parte de la fachada neoclásica.

—Aquí nos separamos —dijo Germán al llegar a la puerta—. Yo entro por el acceso de invitados y autoridades. Tú tienes que ir al mostrador de prensa, a la derecha del patio principal. Nos vemos en el café de las once. Suerte, amigo mío.

—Gracias. —Leo se ajustó la mochila y se dispuso a pasar el control de seguridad y luego fue al mostrador de prensa a recoger su acreditación. El rectángulo de plástico blanco con el logo de *LaRedacción.es* le daría acceso a las ponencias hasta el final del Foro, el domingo a las dos de la tarde.

Se adentró en el atrio del hotel. El patio central, cubierto por una impresionante cúpula de cristal, estaba lleno hasta la bandera. El aire olía a café recién hecho, a flores frescas y a perfume caro. Políticos de diversas regiones y colores se saludaban, mientras las

azafatas uniformadas guiaban a los asistentes hacia las salas de ponencias.

Leo abrió la app de notas de su móvil y empezó a apuntar detalles y nombres y a hacer una somera descripción del ambiente que estaba percibiendo. Luego, entró en el canal de Shack de *La Redacción* y subió una foto del atrio bajo el lucernario.

«Ya en posición. El despliegue es masivo», tecleó. Casi al instante, Marta, la *community manager*, reaccionó a su mensaje con el emoji de un pulgar hacia arriba; la señal de que ya estaba lista para empezar a lanzar contenido. En la columna de contactos, vio que Leguina y el subdirector también estaban conectados. Leo sabía que no iban a escribirle a menos que algo pasara, pero sentir su presencia al otro lado de la pantalla le recordó que cada palabra que escribiera iba a ser analizada con lupa.

Guardó su móvil, siguió avanzando, pero algo le hizo mirar hacia arriba. En la primera planta, donde una balaustrada de madera recorría todo el perímetro del patio, había un grupo de hombres hablando en voz baja. Uno de ellos lo miraba.

Era Dante Valcárcel.

Llevaba un traje gris hecho a medida, el cabello perfectamente peinado y las gafas impolutas. Escuchaba a un hombre mayor con gesto serio, pero sus ojos estaban clavados en Leo, abajo, en el patio. No parecía sorprendido de verlo, sino más bien todo lo contrario, casi parecía haber estado esperándolo. Leo le sostuvo la mirada con una fijeza casi agresiva, sintiendo cómo el ruido de las risas, los flashes y las conversaciones de su alrededor se convertía en un zumbido sordo.

Dante hizo un leve, casi imperceptible gesto de saludo con la cabeza y desvió de nuevo la vista hacia su interlocutor.

—Por supuesto que me iba a topar con este tío… —masculló Leo por lo bajo, sintiéndose como un idiota por no haber previsto el encuentro.

Dante estaba allí. Y, por la forma en que lo había mirado, Leo supo que aquel fin de semana no tendría que preocuparse tan solo de las políticas inclusivas, sino de ganar de una vez por todas esa

guerra personal que ambos libraban desde el día en que sus ojos se cruzaran por primera vez.

CAPÍTULO
ONCE



El viernes fue una maratón. Leo había pasado el día escuchando discursos y ponencias, sacando fotografías, grabando notas de audio y enviando ráfagas de información a través de Shack para que Marta tuviera contenido para las redes. Al final de la jornada, exhausto y con la espalda cargada, se había encerrado en su cuarto para escribir la crónica del día mientras Germán preparaba una sencilla cena. El artículo, titulado «La diversidad como moneda de cambio», no se limitaba a resumir los paneles; era una reflexión cruda sobre cómo el activismo del gobierno era una tapadera que se diluía al entrar en los oscuros despachos del poder y cómo las relaciones personales e ideología de la élite política terminaban dictando la agenda de los derechos sociales. Estaba tan relacionado con el tema de su nuevo libro que Leo casi sentía que había escrito un prólogo al mismo. El sábado por la mañana, Leguina le comentó que su artículo había tenido muchísimas lecturas, y Leo sintió que había quemado con éxito la primera etapa.

El sábado, el Palacio de Tepa amaneció blindado. Era el día grande. El panel «Instituciones y Diversidad», liderado por las ministras de Cultura e Igualdad, atraía no solo a la prensa nacional, sino a corresponsales extranjeros.

Desde su sitio en la zona de prensa, Leo vio entrar a las ministras. Cayetana Valcárcel caminaba con una elegancia que irradiaba poder. Margarita Alonso-Braña tenía una presencia más apocada, pero Leo sabía que era una mujer inteligente e incisiva. Y también que debía tener una cara de cemento armado para no reírse ante toda España al ocupar la cartera de Igualdad y Políticas Sociales en un Gobierno que no hacía más que derogar leyes progresistas y recortar derechos.

Entre los asistentes, Leo distinguió a Dante. A su lado se sentaba un hombre joven que le resultaba vagamente familiar. No fue hasta que lo vio sacar su móvil del bolsillo y empezar a jugar con él que lo reconoció como Borja, el primo de Álvaro y Carolina que había conocido en la sierra, pero dejó de prestarles atención en cuanto las ministras empezaron a hablar. Verlas explicando lo que era la diversidad, la igualdad y predicando la «tolerancia al diferente» hizo que le hirviera la sangre en las venas. La hipocresía de las dos ministras parecía no tener límite: no creían en la igualdad, castigaban la diversidad y, si creían que alguien necesitaba que ellas «los tolerara», es que en realidad no habían entendido nada. Volvió a mirar a Dante, que escuchaba la ponencia y asentía de vez en cuando, como si su tía estuviera siguiendo al pie de la letra un guion que él mismo había escrito.

Mientras aún escuchaba la ponencia, Leo empezó a escribir: «Dijo Simone de Beauvoir que bastaría una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres volvieran a ser cuestionados. Que los derechos adquiridos nunca se consolidan plenamente y que, por eso, las mujeres deberían permanecer vigilantes toda su vida. El tiempo le ha dado la razón: las feministas luchan ahora contra una ola reaccionaria que vuelve a poner en tela de juicio derechos que ya se daban por sentados, como el aborto, y que aspira a devolver a la mujer al hogar. Pero, ¿qué decir de los derechos que hombres y mujeres homosexuales y bisexuales han peleado por conseguir en los últimos cincuenta años? La advertencia de Madame de Beauvoir se aplica también a esas conquistas que, bajo el peso de la marea de extrema derecha que asola Occidente, empiezan a retroceder. El activismo LGTBI es, por lo tanto, más

necesario que nunca. No podemos bajar la guardia cuando la Ministra de Igualdad y Políticas Sociales suelta eslóganes como "ni feminismo ni machismo, sino igualdad" o "todas las violencias son igual de dañinas".

Estas citas, textuales de la ponencia de hoy en el panel «Instituciones y Diversidad», muestran no solo la ignorancia de la señora ministra, sino su desinterés por las violencias estructurales. El Gobierno planea reformas como la derogación de la ley sobre violencia de género para convertirla en una ley genérica contra la violencia doméstica; o eliminar del código penal los agravantes por delitos de odio bajo el pretexto de que toda agresión, independientemente de su causa, es igualmente punible».

Leo cerró el portátil, quedando satisfecho con el encabezamiento y planteamiento de su artículo. Ya lo terminaría al final del día. Apoyó la espalda contra el respaldo de la silla de la tribuna de prensa, estirando las piernas. A su alrededor, el murmullo de los aplausos finales y el movimiento de las cámaras indicaban que la ponencia había llegado a su fin y Leo sabía que había un momento de descanso antes del siguiente acto. Recogió sus cosas con algo de prisa, necesitado de una dosis de cafeína.

Para cuando llegó al patio central, este era un hervidero de gente mientras las camareras iban repartiendo cafés y tentempiés. Germán se le acercó mientras aún estaba revisando sus notas.

—Si tu intención era enfadar a alguien con tu crónica de ayer, lo has conseguido —comentó, entregándole un café en vaso de cartón.

—Si mi intención fuera hacer amigos entre los políticos, no estaría haciendo bien mi trabajo —repuso, guardando su móvil y aceptando el café.

—Ahí es donde tu desempeño y el mío difieren. —Germán revolvía su bebida con un palito de madera—. Tú tienes que ser combativo y crítico. Yo tengo que ser servicial y discreto.

Leo lo observó.

—Nunca me ha dado la sensación de que te cueste ser servicial.

—Y a mí nunca me ha dado la sensación de que a ti te cueste ser combativo. Sobre todo con las políticas conservadoras.

—Supongo que a ti te costaría más hacer tu trabajo si el gobierno fuera progresista…

—Ya trabajaba para el Ministerio de Cultura en la anterior legislación —dijo sin confirmar o negar nada.

—¿Y?

—Y nada. Mi trabajo es servir a los administradores del Ministerio de Cultura. Y siempre intento hacerlo lo mejor posible.

—Pero si la ministra te gusta, lo haces con mayor placer.

—Es indudable que eso es así. Trabajar para alguien a quien admiras es siempre una enorme satisfacción. —En ese momento, Dante pasó cerca de ellos y los saludó con un leve asentimiento de cabeza—. Por cierto —musitó Germán en cuanto lo perdieron de vista—, la jefa de organización me confirmó que la acreditación de Dante Valcárcel fue una incorporación de última hora. Era cierto lo que te dije el jueves: no estaba previsto que asistiera al foro.

Leo levantó las cejas.

—¿Tienes alguna exclusiva que darme, Collado? ¿Qué hace el sobrinísimo aquí de repente? ¿Alguna crisis que tenga que resolver?

Germán se encogió de hombros.

—¿De verdad crees que traicionaría la confianza puesta en mí si fuera partícipe de ese tipo de información?

Leo fue a insistir, pero el móvil de Germán los interrumpió.

—Es Lucas —dijo, antes de contestar—. Hola, querido. Sí, todo muy bien. Leo está aquí conmigo. Por supuesto, espera solo un segundito de nada. Quiere hablar contigo. —Le pasó el teléfono.

La voz alegre de Lucas le estalló en los oídos.

—¡Eh, amigo! ¿Cómo va el reporterismo de guerra?

Leo rio con ganas.

—Aquí estamos, guardando las trincheras.

—Acabo de leer tu artículo de anoche. De traca.

—Ya me han informado de que me he hecho algunos enemigos —bromeó, guiñándole un ojo a Germán—. Si esta noche nadie intenta asesinarme, me sentiré muy decepcionado.

Lucas soltó una carcajada.

—Cuéntame algún chisme, anda. Algo que no puedas poner en un artículo.

—A ver… —Bajó la voz, se apartó un poco de los demás y se tapó la boca con la mano—. Vi a una de las asesoras de comunicación y a un diputado del grupo mixto saliendo juntos, y algo despeinados, de una de las salas auxiliares.

—Por favor, dime que sabes quiénes eran —dijo Lucas, divertido.

—Por supuesto que lo sé, pero no pienso decírtelo gratis.

—¿Qué más?

—*Mmmh*… Anoche vi a un consejero autonómico, completamente borracho, despotricar sobre las «políticas de diversidad» de su propio partido. Luego vomitó en una papelera.

—Es que hasta ellos saben que sus políticas son una broma. ¿Algo más?

Leo dudó un momento.

—Dante está aquí.

—¿Y? ¿No debería estar? —se extrañó Lucas.

—No. No se le esperaba. Germán me acaba de confirmar que fue una incorporación de última hora. Me pregunto qué tramará.

—¿Has hablado con él? ¿Te ha preguntado por Lara o algo?

—No, no hemos hablado. Lo he visto pasar y nos hemos saludado de lejos, nada más.

—Mejor —sentenció Lucas—. Pásame de nuevo con Germán, anda.

—Claro. Hasta luego.

Le devolvió el teléfono a Germán y este siguió hablando unos minutos. Tras colgar, miró la pantalla del móvil, tecleó algo rápidamente y se giró hacia Leo.

—El encuentro en la sala VIP está a punto de empezar. ¿Sigues interesado en que te presente a doña Cayetana?

Leo asintió, pero luego pareció dudar.

—¿No será ella una de las enemigas que me hice con mi artículo de anoche?

—No te preocupes —repuso Germán con toda la seriedad de la que era capaz—. Cayetana es, ante todo, una gran profesional y trata a todo el mundo con la ecuanimidad que se merece.

—Me tomaré eso como un sí.

Germán le sonrió con cierta condescendencia.

—¿Quieres o no?

—Por supuesto que quiero. Vamos.

Se dirigieron hacia una de las pequeñas salas que se habían habilitado para encuentros informales y entrevistas privadas. Dos agentes de la Policía Nacional custodiaban la puerta, y les pidieron las identificaciones antes de franquearles el paso. Luego, Germán tuvo que hablar con la mujer que coordinaba el encuentro, que tras unas palabras los dejó entrar.

Cayetana Valcárcel estaba en el centro de un pequeño corrillo, sosteniendo una taza de té de porcelana. Al verlos aparecer, su mirada se posó en Germán.

—Hola, Germán, querido.

—Buenos días, señora ministra —respondió Germán con una inclinación de cabeza que a Leo le pareció excesivamente cortesana —. Permítame presentarle a Leo Gallardo, de *LaRedacción.es*. Leo, esta es Cayetana Valcárcel, Ministra de Cultura y Patrimonio Nacional, Vicepresidenta segunda del gobierno y marquesa de Hinojosa.

La presentación había sido tan pomposa que Leo casi no supo ni cómo reaccionar. Aceptó la mano que ella le tendía y musitó un «buenos días».

De repente, Cayetana le prestó más atención.

—Claro, el señor Gallardo —dijo ella, como si se acabara de dar cuenta de algo—. «La diversidad como moneda de cambio», ¿era así?

Sus modales eran exquisitos, su voz estaba perfectamente modulada y su expresión era cordial, pero Leo se sentía como una hormiga a la que estaba a punto de pisar con la punta de su tacón. Intentó mantener la barbilla bien alta mientras asentía.

—Tiene usted muy buena memoria.

—¿Y es ahora cuando elige elogiarme? —preguntó ella.

Un coro de risitas se elevó entre aquellos que escuchaban la conversación. Uno de ellos era Germán. Leo lo miró con dureza y el funcionario carraspeó, incómodo, y desvió la mirada.

—¿Le molesta la libertad de prensa? —respondió Leo, apretando la mandíbula. No iba a dejar que ella viera lo mucho que le irritaba

esa actitud condescendiente.

—Por supuesto que no. Si fuera así, estaría ahora mismo muy preocupada por lo que escribirá usted esta noche, tras verme hablar en el panel.

—¿Y no lo está?

—No. De hecho, ansío leer su crónica de la jornada de hoy. Es mi deber, como ministra, saber qué se opina acerca de mi gestión. Especialmente mis detractores. Si no, ¿cómo podría saber si lo estoy haciendo bien o mal? —preguntó con fingida inocencia y ladeando la cabeza de una manera que le recordó a Dante.

El silencio volvió a caer en el grupo. Esta vez, nadie se rio.

—¿Quiere que crea que usa la opinión ajena como baremo de su gestión? —dijo Leo, no dejándose achantar.

—Quizás la uso como baremo de la agudeza de los demás.

—Entonces, ¿quienes no compartimos su visión somos estúpidos?

—Pero qué cosas dice usted, señor Gallardo —le amonestó ella, con una risita impostada.

—Solo digo lo que usted da a entender.

—Yo no doy a entender nada; usted es quien proyecta sus prejuicios sobre mis palabras.

—¿Realmente cree eso? ¿O es lo que su asesor le aconseja que responda cuando un periodista ve a través de sus eufemismos?

La taza de la ministra quedó suspendida a escasos centímetros de sus labios. Sus ojos se entornaron llenos de desdén y se fijaron en Leo. Nadie, y mucho menos un periodista de veintitantos años con una acreditación colgada al cuello, había hablado nunca a Cayetana Valcárcel con semejante descaro.

Germán intervino, sintiendo que el terreno se volvía pantanoso.

—Señora ministra, quizás le interesaría saber que el señor Gallardo es amigo personal de su sobrino.

Cayetana elevó las cejas y Leo mantuvo su mirada, temiendo que Germán se hubiera columpiado demasiado al usar la expresión «amigo personal».

—Hemos frecuentado en ocasiones los mismos círculos sociales —se vio en la obligación de aclarar.

—Ah… —Cayetana lo miró de arriba abajo, como analizándolo de nuevo—. Si de verdad quiere entender nuestro trabajo en el ministerio, y no solo criticar lo que hacemos en «nuestros oscuros despachos», como usted los llama —continuó ella, usando las palabras del propio artículo de Leo contra él—, venga mañana a verme. Tras la clausura, tengo veinte minutos antes de salir hacia el aeropuerto.

—¿Me está ofreciendo una entrevista en exclusiva?

—Le estoy ofreciendo una conversación. Si en el cara a cara es usted capaz de ser tan incisivo y honesto como lo es en sus artículos, quizá ambos podamos aprender algo. Mi secretaria le dará los detalles.

Cayetana le dedicó un último asentimiento y le dio la espalda, dando a entender que la conversación había terminado. Germán tomó a Leo del brazo y lo sacó de la sala antes de que este pudiera decir nada más.

En cuanto estuvieron de nuevo en el pasillo, Leo soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Has conseguido una entrevista con ella —susurró Germán en cuanto cruzaron el umbral de los policías. —Y no has hecho otra cosa más que insultarla, ¿cómo lo has hecho?

Leo negó con la cabeza, atónito.

—No tengo la más remota idea.



El resto del sábado pasó rápido. Después del almuerzo, Germán se había marchado a toda prisa a recibir a una delegación del Senado, disculpándose mil veces y dejándolo solo. Leo cubrió la charla sobre derechos LGTBI en el ámbito internacional y asistió a una densa ponencia sobre la modificación de la ley de igualdad. Tecleaba de manera casi mecánica, enviando notas a Marta y subía citas a Shack. El cansancio se le iba acumulando en la base del cuello, un dolor

sordo que achacaba a las pocas horas de sueño y a la tensión acumulada de los últimos meses con el libro.

A las ocho de la noche, la agenda oficial del Foro terminó por el día y a las nueve la actividad empezó a decaer, dando paso a los cócteles y las recepciones informales en los distintos salones. Germán salió a cenar con unos amigos del ministerio e invitó a Leo a ir con ellos, pero rechazó la propuesta. Se quedó por ahí, picó algo del catering y se encerró en una de las salas de prensa para terminar su crónica y enviarla en plazo. Una vez hecho eso, y con los ojos secos y cansados, Leo cerró el portátil, lo guardó en la mochila y se levantó, necesitado de aire fresco. Salió de la sala y, justo al girar un recodo del pasillo, casi se tropieza con alguien.

—Perdón —dijo distraído.

—No pasa nada, Leo.

Leo elevó la mirada para ver que el hombre con el que casi tropieza, el mismo que aún le sostenía un brazo, no era otro que Dante Valcárcel.

—¿Estás bien?

—Solo cansado. —Leo dio un paso hacia atrás. Se frotó la nuca —. Como todos, supongo.

—Estos eventos suelen ser agotadores. Pero estás haciendo un trabajo estupendo.

—¿Has leído mi artículo? —Leo no sabía por qué eso le sorprendía.

Dante asintió.

—Es brillante.

—Tu tía no parece opinar lo mismo.

El asesor soltó una risita.

—Si la has puesto nerviosa, es que lo estás haciendo bien.

—¿La he puesto nerviosa?

—Sí. —Dante recortó de nuevo la distancia entre ellos con una lentitud deliberada—. Y a mí también.

Leo contuvo una mueca de incredulidad. «¿Dante me está entrando?». Casi sintió el impulso de mirar a los lados, a ver si había una cámara oculta.

—Pero, ¿te he puesto nervioso por el artículo de anoche o por mi mera presencia?

—¿Tú qué crees?

—Vale. —Leo soltó una risita—. No.

—¿No qué?

Leo agitó los brazos entre ellos.

—No a cualquier cosa que pienses que pueda estar pasando aquí.

—¿Qué crees que estoy pensando?

—Deja de jugar conmigo, ¿quieres?

—¿Por qué asumes que esto es un juego? —Se quitó las gafas, y sus ojos castaños se clavaron en Leo con una fijeza abrasadora—. ¿Por qué te empeñas en tomar a broma todos mis intentos de acercarme a ti?

Leo sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—Porque no puedes estar en serio —repuso.

—¿Por qué no?

—Porque nunca sacarían una foto nuestra en la *GLAM*. Porque según ellos, y el resto del mundo, yo no soy tu tipo —escupió, dejando bien claro lo mucho que detestaba el armario en el que se escondía—. Si me disculpas…

Pasó por su lado, rozándole el hombro a propósito para demostrarle que no le intimidaba, y se alejó a zancadas por el corredor. Tenía el pulso acelerado y las orejas calientes, pero se obligó a respirar hondo. «Pasa de él», se repitió como un mantra mientras bajaba las escaleras. No pensaba ser el entretenimiento de un pijo con exceso de confianza.

Buscando poner distancia física, cruzó el atrio central, sorteando a grupos de diplomáticos y asesores que aún remoloneaban por ahí, riendo con copas en la mano, y se dirigió hacia la antigua zona de carruajes, un pasillo lateral más apartado y silencioso que ponía fin al bullicio y conectaba con el patio interior. Allí la iluminación era más baja, casi íntima, y los muros de piedra amortiguaban el eco de las voces. Leo se detuvo cerca de unas grandes columnas y se apoyó en el mármol frío, cerrando los ojos un instante. Sentía la cara encendida, como si la ardiente mirada de Dante siguiera sobre él.

Cerró los ojos y se estremeció. «¿Por qué te empeñas en tomar a broma todos mis intentos de acercarme a ti?».

Maldijo para sus adentros; lo último que necesitaba ahora era que su propio cuerpo lo traicionara respondiendo a la seducción de alguien que representaba todo lo que él detestaba. Se obligó a exhalar con fuerza, como si pudiera olvidar así el perfume amaderado de Dante. Debía centrarse, se recordó. Tenía cosas mucho más importantes que hacer que pensar en liarse con el hombre más inconveniente de la tierra.

Consultó la pantalla del móvil por pura inercia, para ver si tenía algún mensaje de Lucas o Lara. Aún se sentía algo rígido tras el encuentro con la ministra, pero empezaba ya a procesar lo ocurrido aquella mañana; descubrir que la había descolocado ayudaba, en todo caso. Saboreó su pequeña victoria y recordó que, además, tenía una entrevista con ella para el día siguiente. No sabía exactamente qué tecla había pulsado, pero el triunfo le recorría la sangre con un calor agradable.

Abrió el chat de Shack y le escribió un privado a Leguina:

Tengo una oportunidad de entrevistar a Cayetana Valcárcel

Mañana a solas

Me ha dado veinte minutos

Qué opinas?

La respuesta llegó en menos de diez segundos:

Que si no vas, te doy patadas en el culo de aquí a Salamanca

Vale, lo tomaré como un sí 🤣

Tienes libertad absoluta

Y una oportunidad de oro

No la desperdicies

Ve a por ella



Fue entonces cuando escuchó una risita estridente que rebotaba en las columnatas.

—¿No me digas? —Era una voz de hombre, pastosa por el alcohol.

—Te digo. Era una trepa como un día de fiesta —repuso otra voz masculina, igual de borracha, que a Leo le resultaba familiar.

Leo se quedó inmóvil. Se guardó el teléfono en el bolsillo, despacio, y se pegó a la sombra de la columna.

—¿Y qué hizo tu primo? —preguntó la primera voz.

Leo escuchó cómo se exhalaba humo y el olor a tabaco le alcanzó.

—Ya sabes cómo es Álvaro. Es un blando. Si no llega a ser por Dante, aún estaría con ella.

Leo se asomó con cuidado. A pocos metros, medio ocultos por un enorme helecho en un tiesto de bronce, el primo Borja y otro *cayetano* charlaban. Ambos vestían pantalones claros con mocasines y camisas de Ralph Lauren. Volvió a ocultarse rápidamente.

—¿La llegaste a conocer?

—Sí, en una fiesta en la casa de la sierra —respondió Borja con indolencia—. Él estaba totalmente cegado por la mulatilla esa.

La mandíbula se le tensó al escuchar cómo hablaban de Lara.

—¿A qué se dedica?

—Según ella, es artista. —El desprecio con el que Borja pronunció esas palabras hizo que se le revolvieran las tripas—. La tía se creía que por tener cuatro trabajos era mejor que nosotros. Muerta de hambre… —escupió.

—¿Y cómo se enteró Álvaro de que estaba con él por su pasta?

—Porque la muy retrasada lo dijo en su podcast. —Ambos rieron —. No me preguntes por qué Dante escuchaba esa bazofia; por trabajo, supongo, pero lo escuchó y se lo contó a Álvaro. Él no lo quería creer, pero como estaba grabado…

—¿Y entonces la dejó?

—No te creas. Hubo que convencerlo un poco. Dante le dio muchísimo la chapa al respecto. Menos mal que Álvaro le hace caso… Al menos ahora el idiota está a salvo y la comunista esa ha vuelto al agujero del que salió.

El otro soltó una carcajada. Leo oyó cómo se alejaban.

—Dios, qué miedo da Dante cuando se pone en modo control de daños —fue lo último que escuchó antes de que sus voces desaparecieran.

La sangre le bombardeaba los oídos con tanta fuerza que a Leo se le nubló la vista por un segundo. Todo lo que había pasado entre Álvaro y Lara, lo mucho que su amiga había sufrido y se había cuestionado a sí misma… ¿Todo por una estúpida broma que habían hecho en el podcast? Y no había sido una simple ruptura, sino una ejecución profesional, un «control de daños» diseñado y ejecutado por Dante Valcárcel.

Salió de su escondite, pero ya no se veía a los hombres por ninguna parte. Su pecho subía y bajaba con violencia. Dio media vuelta y caminó hacia la salida del hotel a grandes zancadas, empujando las puertas de cristal con una rabia que le quemaba las entrañas. Necesitaba salir de allí.

CAPÍTULO
DOCE



No era la primera vez que Leo iba a El Sodoma de Madrid, pero verlo siempre le imponía respeto. Ubicado en un imponente edificio de fachada clásica en la linde con la plaza de Santa Bárbara, el club no se escondía de nadie. Las colosales llamas de neón rojo de la entrada teñían de color el asfalto, e incluso las hojas de los árboles cercanos parecían estar ardiendo. Por un momento, Leo sintió que era así: que el mundo estaba en llamas y aquel templo del hedonismo era su único refugio.

Cruzó el umbral y en seguida fue engullido por una marea de cuerpos. El local era colosal, un palacio nocturno de techos altos, múltiples barras y reservados VIP en las balconadas que recorrían el piso superior. El aire estaba cargado de sudor, alcohol y sexo, y vibraba bajo el latido de los temas que el DJ estaba pinchando. Leo sintió que, por primera vez en toda la noche, podía respirar en paz.

Fue directo a la barra, pidió un chupito de tequila y se lo bebió de un trago, sintiendo cómo el alcohol le quemaba la garganta y aflojaba el nudo que se le había hecho en ella desde que escuchara la conversación de Borja y su amigo.

«Qué miedo da Dante cuando se pone en modo control de daños».

—Ponme otro —le pidió al camarero y se lo bebió tan rápido como el primero.

Se giró en la barra para mirar a su alrededor. Una marea de cuerpos le rodeaba: miles de hombres bailaban, se frotaban, se apareaban, como animales nocturnos que solo obedecían a sus instintos. Leo sintió que él era uno de ellos, que la noche lo llamaba con un aullido incesante, y que enloquecería si no empezaba a bailar en aquel momento. Se giró de nuevo, pidió un mezcal y, con él en la mano, se perdió en medio de la pista central, donde la iluminación cortaba el aire en ráfagas blancas y rojas.

Empezó a bailar con procacidad, moviendo las caderas con una lentitud deliberada, desafiante. Sabía que, tarde o temprano, llamaría la atención de alguien, alguien que vendría a devorarlo, a arrastrarlo lejos de sus problemas y de sí mismo. Sentía ojos sobre su piel y alguna mano rozó su cuerpo al pasar. Siguió bailando, sabiendo que aquello no era más que el inicio, los prolegómenos de su particular ritual de apareamiento, aquel que le llevaría a encontrar a su pareja adecuada… Al menos por aquella noche.

No tardó en llegar el primer candidato. Un hombre un par de años mayor que él, de pelo oscuro, barba de tres días y unos hombros imponentes, que captó su atención de inmediato. El desconocido recortó la distancia con una seguridad pasmosa, moviéndose al unísono con él. Su mirada era magnética y Leo no apartó los ojos de los suyos mientras sus cuerpos se encontraban.

Fue en ese preciso instante cuando empezaron a sonar los primeros acordes de «Into You». El latido denso, rítmico y ascendente de la remezcla electrónica del tema de Ariana Grande se apoderó del aire, haciendo que los graves vibraran directamente en la boca del estómago de Leo.

El desconocido sonrió, celebrando el cambio de ritmo, y dio el paso definitivo. Alargó un brazo firme, de dedos largos, y aferró a Leo por la nuca con una posesividad que le hizo contener el aliento. Le obligó a inclinar la cabeza hacia atrás, acortando el espacio entre sus rostros hasta que sus respiraciones se mezclaron, calientes y aceleradas, mientras sus pechos seguían golpeándose al compás de la música.

Leo mantuvo la mirada fija en los ojos del extraño, debatiéndose internamente en mitad del trance de la pista. Se planteó en serio si quería dejarse llevar, si quería cerrar los ojos y estampar sus labios contra los de aquel hombre o si debía esperar a alguien más inadecuado, más peligroso, más desestabilizador.

El estribillo de la canción estaba a punto de estallar sobre ellos cuando un aroma amaderado se apoderó de sus fosas nasales a la vez que sentía unas manos grandes y fuertes deslizándose por su cintura. Tras él, otro hombre hacía un acercamiento decidido, dejándole sentir un amplio y fuerte pecho contra su espalda y una rotunda erección contra sus nalgas, y acopló el movimiento de su cuerpo a las caderas de Leo.

La respiración se le quedó atascada al sentir el acelerado ritmo de su corazón en la garganta. Sabía quién estaba tras él, bailándole con tanta destreza como sensualidad, y a la sorpresa del descubrimiento se le unió el traicionero pensamiento de que aquellas manos, recorriendo su piel, se sentían mucho mejor que en sus fantasías.

El desconocido de la barba, que aún le sostenía la nuca, arqueó una ceja al notar la intrusión. Abrió la boca para soltar una advertencia, pero sus ojos se cruzaron con los del hombre que acababa de acorralar a Leo por detrás y bastó una sola mirada para que el tipo entendiera que se había metido en el territorio del depredador equivocado. El extraño soltó la nuca de Leo despacio, levantó las manos en señal de retirada con una sonrisa torcida y desapareció entre la multitud.

Solo entonces, Leo se decidió a girar el rostro. Las manos de Dante en su cintura le apretaron con más fuerza cuando sus ojos se encontraron por fin. Se había deshecho de la chaqueta, la corbata y las gafas. Tenía los primeros botones de la camisa desabrochados, el pelo castaño ligeramente alborotado por el sudor y las pupilas dilatadas. Tiró de él hacia atrás, obligándolo a encajarse aún más contra la firmeza de su entrepierna. La potente voz de Ariana gritaba «*'Cause I'm so into you, into you, into you…*» y Leo sintió que la diva se lo decía solo a él, al oído.

—¿Qué coño haces aquí? —le preguntó con una voz cargada de desprecio, pero sin dejar de bailar en ningún momento.

Dante se inclinó hacia él.

—Te dije que me habías puesto nervioso —murmuró, con una voz áspera y baja que vibró por encima de la música.

«Qué miedo da Dante cuando se pone en modo control de daños». Esta vez, Leo casi se rio ante el recuerdo.

—Que te jodan, Dante.

—Esperaba que eso pudieras hacerlo tú.

El puente de la canción empezó y el ritmo, algo más pausado, permitió a Leo darse la vuelta para enfrentarse a él. Sabía perfectamente lo que ese hombre quería, y también sabía que era él el único que podía dárselo, pero aún se creía capaz de negarle nada.

Como había hecho el desconocido, Dante le agarró por la nuca y le atrajo a sí. Sus rostros quedaron a escasos centímetros y el aliento de Dante se mezclaba con el suyo. Mientras la intensidad de la canción crecía hacia el último estribillo, Leo sintió el latido de Dante contra el suyo propio: dos corazones acelerados, por el baile, por el alcohol, por el deseo. Leo permitió que las manos del asesor volvieran a rodearlo, esta vez por debajo de la camiseta, y recorrió con las puntas de los dedos la piel expuesta en el pecho de Dante, húmeda por el sudor. Dejó que sus ojos se elevaran para mirarlo de nuevo, y recorrió cada línea, bebió de cada expresión. Dante era un pijo, un hipócrita, un auténtico hijo de puta. Pero si quería que se lo follara, bien que lo iba a hacer.

—Está bien. —El final de «Into You» se fundió con los primeros acordes de «Desire»—. Si tanto quieres, vamos al cuarto oscuro. Terminemos de una vez con esto.

Dante le sorprendió negando con la cabeza.

—No. Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Fuera —dijo como toda explicación.

Pasaron por consigna para recuperar sus chaquetas y la mochila de Leo y salieron al exterior.

El aire de las frescas primaveras madrileñas les dio la bienvenida y les refrescó la piel, pero Dante no le dio tiempo de recrearse en

ello. Cogiéndole de la mano, lo guio hacia el final de la calle, hasta un edificio que, con un cartel bastante discreto, prometía habitaciones por horas. Leo elevó una ceja, pero Dante lo empujó al interior.

Leo no sabía qué esperar, pero el vestíbulo, decorado con un papel pintado de arcoíris y corazones, no estaba, definitivamente, en su lista de posibilidades. Tras el cristal de un pequeño mostrador, una mujer de mediana edad los miraba con aburrimiento.

—¿Cuántas horas? —preguntó como por inercia.

—El resto de la noche.

—Solo se acepta efecti… —No pudo terminar la frase antes de que Dante depositara un fajo de billetes sobre el mostrador—. En el precio, vienen incluidos…

—Lo sé —la interrumpió Dante de nuevo, como si no quisiera que Leo conociera los más sórdidos detalles de aquel lugar. Antes de que la mujer dijera algo más, añadió—. Ahí está incluida la fianza. En el último piso, si es posible.

Cogió el fajo de billetes y empezó a contar. Cuando se dio por satisfecha, les dio una llave.

—Habitación 403. Portaos bien, o no os devuelvo la fianza.

—Gracias.

Dante cogió las llaves y, con la mano de Leo aún en la suya, lo guio hacia el ascensor al final del hall. Se metieron dentro y pulsó el botón del cuarto piso.

—Parece que conoces muy bien este lugar —observó Leo, que se había contentado con ver el intercambio en silencio.

—¿No habías venido nunca a un hotel por horas?

—Nop.

Dante sonrió.

—Mejor.

El ascensor se paró y ambos se apearon. Recorrieron el pasillo y Dante metió la llave en la puerta de la habitación 403, que se abrió con un chasquido seco. Leo se adentró en la estancia y encendió las luces mientras escuchaba a su espalda cómo Dante dejaba las llaves sobre un mueble.

La habitación era pequeña y abuhardillada, con el techo inclinado revestido por el mismo papel pintado de arcoíris y corazones que decoraba el vestíbulo. La enorme cama, con un cabecero de polipiel fucsia, ocupaba casi todo el espacio. La iluminación procedente de las lámparas estaba tamizada por el color rojo de las tulipas de cristal. Junto a la cama, en una mesita, reposaban una caja de pañuelos, tres preservativos y tres sobres de lubricante. Al fondo, tras una puerta de madera pintada, se intuía un baño. Leo se giró para encararse a Dante, que se quitaba lentamente la chaqueta. Sus maneras eran ahora más sosegadas que en el Sodoma: el depredador parecía haber desaparecido y Leo se sentía a cargo de la situación.

—Así que quieres que te dé rabo —ronroneó con chulería.

Como si eso hubiera sido una señal, Dante avanzó hacia él y volvió a cogerlo por la cintura.

—Sí —dijo, inclinándose para besarlo, pero Leo reculó.

—No te voy a besar. No te lo mereces —afirmó.

Una sonrisita se asomó a los labios de Dante ante su descaro.

—¿Y qué merezco?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Leo llevó una mano hacia la entrepierna de Dante. Su erección se había atenuado un tanto desde que dejaran de bailar, pero la sintió despertar de nuevo bajo sus dedos. Con destreza abrió la bragueta y deslizó los dedos por aquella considerable extensión, de tacto sedoso. En cualquier otra situación, habría hecho algún comentario apreciativo a su ligue, pero no pensaba alabar a Dante Valcárcel por tener una polla enorme. En vez de eso, la rodeó y empezó a bombearla. Dante cerró los ojos.

—¿Te parece esto bien?

El asesor asintió y se dejó masturbar. Se arrimó más al cuerpo de Leo y hundió la cara en su cuello. Sintió sus labios contra la piel, como si Dante le estuviera pidiendo permiso para probarla. Leo dejó caer la cabeza hacia atrás y sintió la lengua de Dante recorrerle la garganta.

Un jadeo escapó de sus labios y las manos de Dante se volvieron más atrevidas. Le levantaron la camiseta y acariciaron su baja espalda y su abdomen. Las caderas de Dante se movían contra él,

follándole la mano, y sus labios recorrían sus clavículas. Leo sintió el deseo de dejarse llevar, y por eso supo que era lo que no debía hacer. Subió sus manos por el torso de Dante, alejándolo un poco de su cuerpo. Dante lo miraba con ojos oscurecidos por el deseo. Las manos de Leo alcanzaron sus hombros y presionaron levemente.

El asesor lo entendió a la perfección y se arrodilló ante él. Elevó la mirada para que Leo le dijera qué hacer a continuación y la sensación de poder que sintió al ver a aquel hombre rendido ante él hizo que casi se mareara de la excitación.

Sin romper contacto visual, Leo se abrió los pantalones y liberó su propia erección ante el rostro de Dante, que bajó la mirada hacia ella y tragó saliva. Luego elevó de nuevo la vista hacia él y fue a decir algo.

Leo le dio un cachete, suave, humillante. Los ojos de Dante desprendían fuego.

—Calla —le dijo—. ¿No querías rabo? Pues come rabo.

Por un momento, Leo pensó que iba a rechazarlo, a reprocharle su comportamiento, pero no lo hizo. Avanzó de rodillas para acercarse más a él y empezó a lamerle el glande.

—Sí, así…

Aún sosteniendo la base de su pene, lo sacudió suavemente, golpeando la lengua de Dante, que abrió la boca para recibirlo. Leo comprendió que Dante estaba disfrutando de la situación y su docilidad le estaba poniendo a mil. Con su mano libre, lo agarró de los cabellos y lo obligó a tragarlo hasta el fondo. Dante no solo no dudó, sino que se entregó a la tarea con entusiasmo. Leo gruñó de placer al ver cómo Dante lo engullía para luego deslizar sus labios por toda su extensión y lamer de nuevo su glande. Recorrió de arriba abajo por un lateral, volvió a jugar con la punta y de nuevo se la tragó entera y succionó. Repitió la operación varias veces hasta que empezó a repartir pequeñas mordidas a medida que lo sacaba de su boca, provocando espasmos de placer en todo su cuerpo.

Dante se puso de pie y avanzó, obligando a Leo a caminar hacia atrás torpemente, con los pantalones a la altura de las rodillas. Sus piernas se toparon con la cama a la vez que Dante lo empujaba para que cayera sobre ella. De un solo movimiento, le arrancó los

pantalones, la ropa interior y los zapatos y volvió a arrodillarse frente a él para engullirlo. Leo jadeó hacia el techo mientras sentía la pasión y maestría con la que Dante le daba placer. Puede que la *GLAM* solo lo relacionara con mujeres, pero el asesor le estaba demostrando que la suya no era, ni mucho menos, la primera polla que se comía. No era tímido ni temeroso en su uso de la lengua, el paladar o incluso los dientes para darle placer. Leo había recibido sexo oral de muchos hombres, pero pocos le habían dejado sin aliento como Dante estaba haciendo ahora mismo.

Cualquier atisbo de control mental que Leo creyera tener se disolvió en el aire caldeado de la habitación. Dante incrementó el ritmo, implacable, usando la presión de sus labios y una succión profunda que hizo que Leo se agarrara a las sábanas, arrugándolas en un puño. El resplandor rojo de las tulipas de cristal parecía parpadear al compás de los latidos que le atronaban en los oídos. Intentó mantener los ojos abiertos, pero el placer era tan agudo, tan desbocado, que tuvo que echar la cabeza hacia atrás y cerrar los párpados con fuerza. Dante subió una mano, firme y cálida, para apretarle el abdomen, anclándolo a la cama mientras aceleraba los últimos golpes de lengua contra su glande.

—Dante… joder, voy a… —alcanzó a jadear Leo con la voz rota, en un intento desesperado por contener la oleada que le subía desde el estómago.

Pero el asesor no paró. Al contrario: ahogó un gemido gutural contra su carne y lo succionó con más fuerza, llevándoselo hasta el fondo de la garganta. Leo arqueó la espalda, perdiendo el control, y se corrió con fuerza dentro de su boca.

Dante tragó sin apartar los ojos de los suyos, limpiándose la comisura de los labios con el dorso de la mano en un gesto tan sucio como elegante.

Fue en ese instante, mientras el eco de sus propios jadeos moría en el silencio de la habitación, cuando el vacío golpeó a Leo en el pecho. Una vez acalladas sus más inmediatas pulsiones, la realidad de lo que había ocurrido se coló en su mente. «¿Qué coño estoy haciendo?», se preguntó. Estaba medio desnudo en una cama con Dante Valcárcel. Y lo había disfrutado. Dante, por su parte, repartía

besos por sus muslos, su abdomen y su pecho, levantándole la camiseta. Cuando llegó a su altura y lo miró a los ojos, Leo no vio al hijo de puta calculador que le había roto el corazón a Lara o al hipócrita que le había arruinado la vida a Oliver. Vio a un hombre increíblemente hermoso, de nobles facciones, que lo miraba con una ternura que no podía entender. Por eso, cuando se inclinó para besarlo en los labios, Leo giró el rostro.

—¿En serio? —escuchó—. Te acabo de comer la polla. ¿De verdad no me vas a dejar que te bese?

No había reproche en su voz, solo una genuina sorpresa, y Leo giró el rostro en su dirección. Dante lo observaba con fijeza, como si lo estuviera analizando para poder acoplarse a sus deseos, y Leo supo que si quería parar, aquí y ahora, él no pondría objeción alguna. Dante volvió a inclinarse hacia su rostro, despacio y con cautela, y se detuvo muy cerca de sus labios, mirándole a los ojos. Leo le mantuvo la mirada y no se movió, pero entreabrió la boca. Y Dante lo besó.

Nada lo había preparado para sentir el aroma de su propio sexo en los labios de aquel hombre, que lo besaba, no, lo devoraba, con una lentitud que no tenía nada de sumisa. Todos sus escrúpulos se diluyeron bajo la invasión de aquella lengua caliente, que reclamaba cada rincón de su boca, y Leo, desarmado por el colapso que aquel beso estaba provocando en su cerebro, se entregó por completo. Toda la pasión que creía haber aplacado al correrse despertó de nuevo con la fuerza de un latigazo. Enredó los dedos en el pelo de Dante, tirando de él para profundizar un beso que se volvió salvaje, ardiente. Dante ahogó un gemido contra sus labios mientras sus manos, urgentes y firmes, subían por el torso de Leo para arrancarle la camiseta de un tirón, dejándolo desnudo bajo los destellos tamizados de las tulipas rojas.

Dante se separó, dejando a Leo tendido en la cama. Desabrochó los botones de su camisa, la dejó caer al suelo y se quitó el pantalón. Leo intentó mantenerle la mirada, pero sus ojos se empeñaron en bajar para observar los anchos hombros, el pecho amplio y musculoso, el abdomen firme y la erección que emergió cuando el asesor se deshizo también de su ropa interior. Leo, que ya

había sentido su peso en la mano, la observó ahora con tanto detenimiento que casi pudo contar el número de venas que la surcaban. Inconscientemente, se lamió los labios.

Una arrogante sonrisa se asomó a la boca de Dante, satisfecho por el escrutinio al que Leo lo estaba sometiendo, y regresó a la cama, deslizándose sobre su cuerpo. Leo quiso decir algo, pero Dante se lo impidió, besándolo de nuevo con una intensidad que le hizo gemir contra sus labios. Sus manos comenzaron a recorrerle los costados, las caderas, bajando con caricias lentas y expertas que terminaron por derretir el poco dominio sobre sí mismo que le quedaba y hundiéndolo en un trance donde ya solo importaba el calor de su piel. Leo devolvió sus caricias, sus besos, mordió su piel, le clavó las uñas y le enredó las piernas alrededor de la cintura.

Dante respondió a esa violencia con un gruñido sordo. Con una sola mano atrapó sus muñecas y las estampó contra el colchón, inmovilizándolas, mientras que con la otra le estrujaba una nalga con fuerza. Leo se agitó debajo de él y Dante volvió a reclamar sus labios. Sus caderas comenzaron a moverse casi en contra de su voluntad, buscando desesperadamente una fricción que aliviara la presión que le quemaba la entrepierna, y Dante se unió a ese vaivén, frotando sus sexos.

Sin romper el beso, los dedos que le estrujaban las nalgas descendieron hasta su ano, acariciando la entrada con una suavidad que hizo a Leo jadear de puro placer. Volvió a mover las caderas, buscando intensificar el contacto, y el dedo de Dante se volvió más atrevido, presionando con firmeza, probando su resistencia.

—¿Es esto lo que quieres? —le susurró Dante contra el oído, con la respiración entrecortada.

Leo, completamente abandonado a la pasión, asintió con un gemido roto.

Dante lo soltó y se alejó para alcanzar los condones y el lubricante de la mesita. En cuanto dejó de sentir el peso del otro cuerpo sobre el suyo, Leo se dio la vuelta, hundiendo la cara en la almohada. Las necesidades de su cuerpo le resultaban casi humillantes en aquel momento. No iba a seguir oponiendo

resistencia, no podía, pero tampoco quería mirarlo a la cara mientras se entregaba a él.

—¿Estás bien? —escuchó a la vez que notaba que Dante se acercaba de nuevo a él.

Asintió sin separar la cabeza de la almohada. Los labios y las manos de Dante volvieron a recorrerle y Leo suspiró de placer. Sintió cómo descendía por su espalda y dio un respingo cuando le dio una suave mordida en el culo.

—¿Te ha dolido? —preguntó. Leo negó con la cabeza—. ¿Quieres que siga? —Asintió de nuevo.

Notó cómo Dante ascendía por su cuerpo, y sus dedos le agarraron por la barbilla, obligándole a mostrar el costado de su cara.

—Si quieres que te folle, voy a necesitar un consentimiento más explícito que ese —le dijo con suavidad.

Leo giró los ojos para mirarle. Quería que ocurriera, pero no tener que pedirlo.

—Quiero, ¿vale?

—¿Que quieres el qué?

Se estaba burlando de él. Esta vez sí que giró el rostro del todo, apoyándose en los codos para mirarlo.

—Que quiero que me folles. ¿Te vale así o te firmo un contrato?

—Me vale así —repuso con seriedad. No había el menor rastro de burla en su voz—. Dime si algo no te gusta, o si quieres parar.

—Vale —contestó, malhumorado.

Sintió el frío del lubricante y, justo después, la invasión de los dedos de Dante abriéndolo con una paciencia experta. Leo enterró de nuevo la cara en la almohada, ahogando los jadeos mientras Dante empezaba a follárselo con los dedos. Los sacaba casi del todo para luego volver a meterlos con fuerza, presionando ese punto que enviaba descargas eléctricas a su entrepierna. Leo se tensó, aferrándose a las sábanas mientras la cabeza se le vaciaba por completo. Jadeó con abandono bajo la cadencia implacable de aquellas manos y empezó a moverse, agitando las caderas, marcando el ritmo que deseaba, arqueándose todo lo posible para

invitarle a profundizar aún más. Casi gimoteó cuando los dedos le abandonaron.

Dante se tumbó sobre su espalda, cubriéndolo con su cuerpo. De nuevo, le cogió la barbilla para obligarle a girar el rostro y volvió a besarlo. Leo sintió la insoportable presión contra su ano cuando Dante se alineó con él, pero el asesor pareció esperar un gesto antes de avanzar. Leo lo miró y asintió suavemente; el glande de Dante atravesó el anillo de músculos, dilatándolo por completo. Leo abrió la boca en un mudo gesto de incomodidad y Dante se detuvo de inmediato, regando su nuca y sus hombros de besos.

—¿Estás bien? —le preguntó con la respiración contenida.

—Sí.

—¿Sigo?

—Sigue.

Dante no profundizó más, no al menos de momento. Se retiró casi por completo para volver a hundirse justo hasta el límite donde Leo había flaqueado. Repitió ese vaivén corto una y otra vez, avanzando apenas unos milímetros en cada embestida, abriéndolo poco a poco y con una paciencia exquisita, sin ocasionarle ningún dolor.

Pronto, la incomodidad inicial de Leo se transformó en una necesidad ardiente. El vaivén corto de Dante lo estaba volviendo loco, encendiendo el mismo punto que sus dedos habían descubierto antes. Leo arqueó la espalda hacia atrás, buscando más peso, mayor profundidad.

Dante lo entendió y aumentó la cadencia de sus embestidas, entrando casi del todo en la siguiente. Se retiró y, sujetándolo con firmeza por las caderas, volvió a entrar, llenándolo por completo esta vez, con una embestida larga y profunda que hizo que a Leo se le cortara la respiración. Dante ahogó un gemido y cogió aire.

—Cómo me vuelvas a preguntar si estoy bien… —le advirtió Leo.

Escuchó una risita detrás de él.

—De acuerdo, no lo preguntaré.

Leo sonrió y giró el rostro para mirarle. Dante volvió a tumbarse sobre su espalda y lo estrechó con fuerza, hundiéndose de nuevo en él con un ritmo lento y profundo. Atrapado por la intensidad de su

mirada, Leo apoyó la sien contra la almohada. El peso de Dante y los fuertes brazos con los que le rodeaba impedían cualquier movimiento, pero con cada embestida, su pelvis era empujada hacia adelante y hacia abajo, provocando que su propia erección se frotara contra el colchón.

Una oleada de calor se expandía desde su pelvis hacia el resto del cuerpo, arrancándole los primeros jadeos. Mientras Dante repartía besos por su nuca, su cuello y sus mejillas, sus dedos buscaron los de Leo hasta quedar entrelazados. Leo apretó esas manos con fuerza, buscando un anclaje físico mientras el placer se volvía casi insoportable. El roce rítmico del colchón contra su polla lo estaba llevando al límite, y Dante, que parecía saber exactamente cómo empujarlo hacia el precipicio, aumentó la cadencia de sus movimientos. Arqueó la espalda, sintiendo que sus sentidos se nublaban en el preciso instante en que el asesor ahogaba un rugido contra su cuello y se derramaba en su interior. Leo, desbordado por el placer, se corrió con un gemido largo y quebrado, entregándose por completo a la abrumadora certeza de lo que sentía.

Se quedaron un momento así, sin moverse, con las manos aún entrelazadas, los cuerpos unidos y las respiraciones agitadas. Antes de que Leo terminara de procesar lo que estaba pasando, Dante soltó su agarre y salió lentamente de su interior.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Leo asintió.

—Voy un momento al baño —le oyó musitar.

Asintió de nuevo, pero no se movió de donde estaba. El corazón le martilleaba con fuerza y sentía ese agradable escozor en el ano que se siente cuando te han follado muy bien. Se incorporó un poco, apoyándose en los codos y hundió la cara en las manos, permitiéndose un segundo para recomponerse.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Todavía notaba el peso del cuerpo de Dante sobre el suyo, el eco de sus besos, sus manos entrelazadas, la forma en que se había sentido seguro entre sus brazos… Leo había follado con muchos hombres, en muchos lugares, pero lo de aquella noche había sido diferente. Íntimo. Y con alguien a quien despreciaba profundamente.

Hacía apenas unas horas, tras escuchar aquella conversación sobre Lara, había querido arrancarle la cabeza, pero en vez de eso…

Escuchó el sonido de la cisterna y se apresuró a incorporarse. Se sentó en la cama, de espaldas al baño, cogió un pañuelo y empezó a limpiarse. Oyó cómo Dante volvía a la habitación y sintió su peso sobre la cama.

—¿Era esto lo que tenías pensado cuando me abordaste antes, en el foro? —preguntó sin girarse.

—Más o menos.

—Pues ya has conseguido lo que querías.

—Es una forma de verlo —repuso Dante.

Leo se giró hacia él.

—¿Y cuál es la otra forma?

—Que me gustas muchísimo y que, si por mí fuera, esto no se acabaría aquí.

—¿No me digas?

Dante sonrió, incrédulo.

—Esto no puede tomarte por sorpresa, Leo. Sabes que llevo meses detrás de ti.

—Ya. —Su malhumor había vuelto de repente. Se levantó para rescatar su ropa y empezó a vestirse.

—Pero, por lo que veo, tú no tienes intención de repetir.

Leo lo miró. Dante seguía sentado en la cama, desnudo, observándole.

—Qué perceptivo —dijo, la voz preñada de sarcasmo.

—¿No quieres ni siquiera que lo hablemos?

—¿Que hablemos de qué? —preguntó Leo con impaciencia, calzándose un zapato—. ¿De que acabamos de follar?

—Eso no es lo único que acaba de pasar.

—Es lo *único* que ha ocurrido —aclaró en tono serio—. Y si te has hecho alguna otra idea, estás equivocado de pleno.

—¿No será que el que está equivocado eres tú? —Dante se puso en pie y Leo lo taladró con la mirada.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que debo gustarte mucho, o no estarías tan enfadado. —Dio un paso hacia él.

Leo elevó las cejas.

—¿Eso crees?

—Eso creo —corroboró. Dio otro paso—. No quieres que te guste un tío como yo. Pero te gusto, así que te enfadas.

Leo terminó de vestirse.

—¿Y qué pasaría si te digo que tienes razón?

Dante recortó la distancia que los separaba y lo cogió por la cintura.

—Que te daría el mejor beso de tu vida.

—¿Y luego?

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—¿Qué es exactamente lo que me estás ofreciendo?

Dante pareció un poco descolocado.

—¿Necesitas una etiqueta? —preguntó. Leo lo miró con testarudez—. No sé que nombre le pondrías tú, pero a mí me gustaría que fueras mi pareja.

Leo rio.

—Tu pareja —repitió—. ¿Y qué opinaría tu partido? ¿Y tu tía? ¿Y…?

—Sabes perfectamente que tendría que ser un secreto, Leo —dijo con la voz muy baja.

—Ahí está, por fin… —Leo lo miró a los ojos—. El hipócrita hijo de puta al que tanto desprecio.

Dante lo soltó y dio un paso para atrás.

—¿Qué?

—¿Crees de verdad que lo que me enfada de ti es que me gustas? —espetó con veneno—. No, lo que me enfada es que sé que fuiste tú quien convenció a Álvaro para que rompiera con Lara. — Dante puso cara de sorpresa—. ¿Lo niegas?

—No, no voy a negarlo, pero ella…

—¿Ella qué? —gritó Leo.

—Ella siempre bromeaba sobre Álvaro en el podcast, no dejaba de burlarse de él, dijo que era un braguetazo.

—¡Era humor!

—Pero eso no lo hace menos cierto.

—Lara lo quería.

—¡Pues nunca se lo dijo! —rugió Dante—. Ni una sola vez. —Leo se quedó quieto, mirándolo—. Álvaro se lo dijo a ella casi desde el principio, porque tuvo el mayor flechazo que he visto jamás, pero ella nunca se lo dijo de vuelta. Y no sabes lo sensible que es…

Leo vaciló un instante, pero la rabia pudo más.

—Ella también es sensible. También tenía miedo de que le hicieran daño. Aunque, claro, es muy fácil despreciar los sentimientos de tus inferiores.

—Nadie piensa que Lara sea inferior a Álvaro, Leo, tu obsesión con la clase social…

—¿Mi obsesión con la clase social? —repitió—. Claro, quizás por eso he escuchado palabras como trepa, comunista o mulatilla para referirse a mi mejor amiga, por mi obsesión con la clase social.

Dante palideció.

—Yo nunca diría algo así. Ni Álvaro tampoco.

—Pero sí otras personas de tu entorno —le reprochó Leo. Dante guardó silencio—. ¿Y qué me dices de Oliver?

—¿Oliver? —se extrañó.

—¿Cómo explicas lo que le hiciste a él? ¿También tienes una buena excusa?

—¿Lo que yo le hice a él?

—¡Le arruinaste la vida!

—Oh, sí, el pobre, no sabes la pena que me da.

—Y encima te burlas. Le rompiste el corazón, le destrozaste, y encima te burlas…

Dante se lo quedó mirando.

—Así que eso es lo que opinas de mí. —Se agachó para coger su ropa y empezó también a vestirse—. No me extraña entonces que te rieras cuando te propuse ser mi pareja. Lo que me extraña es que te hayas querido acostar conmigo. Aunque supongo que hay aspectos de tu vida en los que no tienes tantos escrúpulos.

El insulto no le pasó desapercibido a Leo. De dos grandes zancadas se acercó a él. Dante lo observaba desde su considerable altura, el enfado endureciéndole las bellas facciones.

—Vete a la mierda —espetó Leo.

Y sin una palabra más, salió de la habitación.

Dante se quedó ahí, a solas, de pie, vestido tan solo con sus calzoncillos, sintiendo cómo el corazón se le iba rompiendo al ritmo de cada uno de los pasos con los que Leo se alejaba de él.

CAPÍTULO
TRECE



El silencio de la casa de Germán solo era roto por el piar de los pájaros y el movimiento de las hojas de un árbol cercano, meciéndose al viento. Bucólica como era, para Leo, aquella mañana de domingo era como una bofetada.

Se había despertado con la boca seca y la extraña sensación de que el techo de la habitación de invitados se le venía encima. No tenía resaca: dos chupitos de tequila y un mezcal no eran los culpables del peso que sentía en los párpados. Tampoco lo era la falta de sueño. Era algo más, algo que también le retorcía las tripas, que se pegaba a las sábanas y que parecía emanar de sus propios poros.

Se había duchado al llegar a casa aquella madrugada, pero el olor a sexo se negaba a desaparecer del todo, así como un rastro de perfume amaderado y masculino, la huella que le recordaba, con cada movimiento o roce de la tela contra su piel, lo que había ocurrido, lo que había hecho. Y con quién.

Cerró los ojos con fuerza, maldiciendo entre dientes:

—Joder…

Le habría encantado poder culpar de todo a Dante, engañarse y decirse a sí mismo que había sido una víctima más de las

maquinaciones de aquel hombre, pero si Leo había sido una víctima, lo había sido de manera consciente, complaciente y entregada. Quizá había tenido razón cuando le reprochó que, con respecto al sexo, Leo sentía menos escrúpulos que en otras facetas de su vida.

Lucas le había dicho lo mismo, meses atrás, aunque con otras palabras, cuando le acusó de ignorar los defectos de los hombres atractivos… al menos hasta haberse acostado con ellos. ¿Era eso lo que había hecho con Dante? ¿Ignorar no solo sus defectos, sino la antipatía que siempre le había despertado y la maldad de la que sabía que era capaz, en cuanto la oportunidad de tener sexo se presentó ante él? ¿Era realmente tan superficial?

Se incorporó con un gruñido, sintiendo cómo la irritación le trepaba por la garganta. Se sentía sucio e, irracionalmente, deseó darse otra ducha, pero sabía que no solucionaría nada. Nunca había permitido que nadie le avergonzara o cuestionara por sus prácticas y deseos sexuales, pero quizás era momento de que él mismo empezara a hacerlo.

Pensó en Lara, en las cosas que ella ignoraba y ahora él conocía. ¿Qué pensaría ella si supiera lo que Dante le había hecho? ¿Y qué opinaría del hecho de que su mejor amigo se hubiera abandonado al placer bajo el cuerpo de ese hombre? ¿Qué opinaría Lucas, al que ni siquiera le había llegado a decir que Dante era gay, pero que sabía el desprecio que sentía por él? ¿Qué pensaría Germán? ¿Qué pensaría Oliver?

Se puso en pie de un salto y fue hasta su maleta a medio deshacer para coger una muda de ropa limpia y empezar a vestirse, evitando mirar el montón de ropa que yacía en el suelo como el cadáver de la noche anterior. Debía terminar de cubrir el foro, tenía una entrevista de veinte minutos con Cayetana Valcárcel y, sobre todo, necesitaba centrarse y dejar de pensar en Dante, porque si no, no sabía si sería capaz de mirar a la ministra a la cara sin ver en sus ojos el mismo brillo de triunfo que había visto en los de su sobrino cuando accedió a irse del Sodoma con él.

El olor a café le dio la bienvenida al salir de su dormitorio. Como era su costumbre, Germán ya estaba vestido y había preparado un abundante desayuno.

—Buenos días —lo saludó jovialmente, sirviendo una taza de café y tendiéndosela sin preguntar—. ¡Ánimo, Leo! Hoy es el último día de foro.

—Y menos mal —suspiró, tomando asiento y probando su café.

—¡Vamos! No me digas que no has disfrutado. ¡Y aún queda lo mejor! —Al ver que el rostro de Leo no mostraba la menor señal de entusiasmo, le recordó—. La entrevista con Cayetana.

—Sí, sí, lo sé.

—¿Estás nervioso?

No había razón para negarlo.

—Un poco.

—Ya. ¿O estás así por lo que pasó anoche?

—¿Anoche?

Leo casi se atraganta con su café. Parpadeó varias veces. Germán se rio.

—Te oí llegar de madrugada. ¿He hecho mal al suponer que te fuiste de fiesta? ¿Alguna hazaña sexual, quizás?

—¿Hazaña, Germán? —Leo carraspeó y se sirvió una tostada—. ¿Qué clase de cosas imaginas que hago yo en el dormitorio?

—No imagino nada. No lo necesito. —Y luego aclaró—. Solo sé lo que Lucas me ha contado. Oh, no te preocupes —añadió, al ver la cara que Leo puso—. Tu amigo no ha traicionado tu confianza, pero me ha hablado lo suficiente de tu vida como para hacerme una idea de tus…

—¿Hazañas?

Germán sonrió.

—Eso mismo. ¿Te he ofendido?

—No, Germán, para nada. —Y mientras extendía mantequilla sobre su tostada añadió, conciliador—: Y tampoco vas muy desencaminado con respecto a anoche.

—¡Lo sabía! —musitó el funcionario, bastante satisfecho consigo mismo.

Terminaron de desayunar en silencio e hicieron su ya tradicional paseo hasta el palacio de Tepa. Se despidieron en la entrada y Leo se apresuró para coger buen sitio en la zona de prensa del primer panel, que trataría sobre familias diversas. Se sentó con el portátil

abierto mientras los ponentes entraban en la sala y se hacían las presentaciones, pero en cuanto empezaron a hablar, Leo se sintió como si estuviera en otro lugar. Los miraba y oía, pero era incapaz de escuchar lo que decían o prestarles la menor atención. Todo le sonaba falso y hueco, y sentía que nada de lo que dijeran podía tener interés para él o sus lectores. Cuando la ponencia hubo terminado, Leo se dio cuenta de que no había tomado una sola nota. Cerró el portátil y acompañó a sus compañeros de prensa hacia la salida, sintiendo que el cansancio del fin de semana por fin estaba haciendo mella en él. Se cruzó en los pasillos con algunos asistentes que había conocido los días previos, pero solo podía responder a sus saludos con frases cortas y automáticas. Su cuerpo seguía tenso, y su mente en otro lugar.

—Tómate esto —le dijo Germán, como aparecido de ninguna parte, y tendiéndole un vaso de cartón.

Leo cogió el vaso, que parecía contener zumo de naranja, y le dio un sorbo.

—¡*Puaj*! ¿Qué demonios es esto?

—El remedio de mi abuela contra la resaca: zumo de naranja natural, con un chorrito de agua con gas y una pizca de sal —explicó —. El gas asienta el estómago, la sal repone electrolitos y la vitamina C ayuda al hígado. —Al ver su reticencia, insistió—: Tómatelo.

—No tengo resa…

—No me iré hasta que te lo acabes.

Leo suspiró y se lo bebió de un sorbo.

—*Puaj* —volvió a decir al terminarlo.

—Te necesito bien despierto cuando te entrevistes con doña Cayetana. Tu último artículo ha levantado aún más ampollas y eso, unido al hecho de que ayer os llevasteis fatal, está haciendo que… —Germán bajó la voz—. La ministra se ha arrepentido de concederte la entrevista.

—¿Se va a echar atrás?

—Yo no he dicho eso. Pero va a aparecer, si me permites el símil, armada hasta los dientes.

Leo lo miró con cautela.

—¿Y eso qué significa?

—Que se está preparando a conciencia. Y que va a llevar a todos sus asesores consigo.

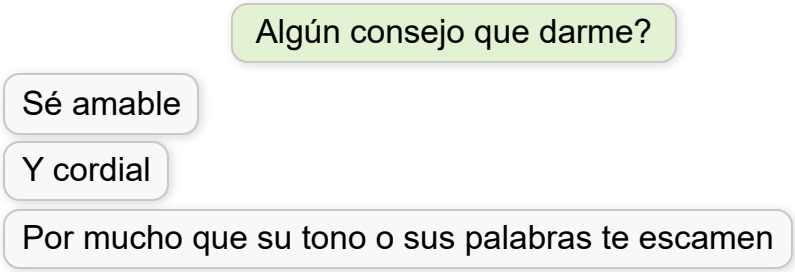
—¡Mierda! —siseó Leo, sabiendo quién era el principal y más fiel asesor de Cayetana Valcárcel—. ¿Supongo que eso incluye a Dante?

—Sí.

—¡Joder! —volvió a maldecir.

—Prepárate bien, Leo. Dante es un tipo brillante —dijo Germán, quizás malinterpretando la causa de su desazón.

El descanso acabó y todos se dirigieron a la sesión de clausura. Leo se esforzó por estar algo más presente. Envió algo de información al canal de Shack y tomó varias notas. Recibió un privado de Leguina, preguntándole a qué hora tendría la entrevista con Cayetana.



«Genial», masculló Leo, sabiendo que el día anterior había hecho precisamente lo contrario. Respondió con un escueto «gracias» y siguió prestando atención al acto. A la salida, una de las secretarias de la ministra le estaba esperando.

—¿Señor Gallardo? Acompáñeme, por favor.

Siguió a la joven por el hotel, hasta llegar a la suite en la que se alojaba la ministra. Estaba custodiada por dos policías nacionales, que pidieron ver su acreditación y lo cachearon. Una vez satisfechos, le hicieron un asentimiento a la secretaria, que abrió las puertas dobles. El salón de la suite era lujoso, con techos altos, molduras doradas y un aire acondicionado tan gélido que a Leo le erizó el vello de los brazos.

Cayetana Valcárcel estaba sentada tras una mesa de caoba, con una tablet y un ejemplar impreso del artículo de Leo, plagado de anotaciones en rojo. Había más personas en la habitación, miembros

del gabinete de la ministra y cargos del ministerio, si a Leo no le fallaba la memoria. Y al fondo, apoyado contra el marco de un ventanal y con las manos en los bolsillos, estaba Dante.

Leo sintió un vuelco en el estómago al verlo allí, con su perfecto traje gris, su impecable afeitado, sus gafas de pasta y una expresión vacía. Dante le sostuvo la mirada con una frialdad tan absoluta que Leo se sintió como si lo ocurrido entre ellos la noche anterior no hubiera sido más que una alucinación febril.

—Buenos días, señor Gallardo —dijo Cayetana, levantándose para estrecharle la mano—. Permíteme que le presente a Hernando Olguin, secretario de Cultura; a Jose Ramón Durazo, director general de Patrimonio Cultural y Bellas Artes; a Benjamín Orihuela, director del gabinete de prensa. —Leo fue saludando a cada uno de ellos—. Y mi sobrino y asesor, Dante Valcárcel, al que creo que ya conoce, ¿no es cierto?

Leo se limitó a asentir mientras estrechaba la mano de Dante. El contacto de su palma y los dedos que rodearon su mano le enviaron una vívida imagen de sí mismo, boca abajo, aferrándose a aquellas mismas manos para que el placer que sentía no lo arrastrara. Tuvo que tensar la mandíbula para que aquel recuerdo no se mostrara en su rostro.

—Por favor, tome asiento. Estábamos comentando su pieza de ayer. Su prosa es fascinante, así como la gran imaginación de la que hace gala.

Leo recordó el consejo de Leguina. «Amable y cordial», se dijo para no caer en aquella provocación barata. Tragó saliva, sintiendo el sabor amargo del zumo de Germán aún en el fondo de la garganta.

—Gracias, señora ministra. —Hizo un gesto con su barbilla hacia la copia impresa y garabateada—. Me alegra que mi artículo le haya despertado tanto interés.

—¿Esto? —dijo ella, como restándole importancia—. No es nada. Lo hago con todos los artículos que leo.

Supo que era mentira, como también supo que todas aquellas tachaduras en tinta roja pretendían ser otra provocación. El día anterior había dejado saber a Cayetana, muy tontamente, que tenía

la mecha bastante corta. Y hoy ella estaba intentando aprovecharse de eso.

—Bueno, empecemos. —Leo forzó una voz neutra mientras se sentaba y sacaba su grabadora y un sencillo cuaderno—. Odiaría robarle un segundo de más de su precioso tiempo.

—¿Por dónde quiere empezar?

—Si me lo permite, ya que ocupa usted la vicepresidencia segunda del Gobierno, me gustaría empezar por una cuestión que trasciende su cartera.

Cayetana asintió y Leo procedió a preguntarle acerca de la violencia de género y los cambios que el gobierno pensaba hacer en la legislación al respecto. La ministra contestó con palabras muy medidas, llevando la conversación por donde ella quería, hablando de proteger a todas las víctimas por igual y negando que hubiera causas ideológicas para el cambio legislativo, a pesar de que los datos institucionales, que Leo procedió a enumerarle, seguían mostrando una abrumadora disparidad de género a la hora de quién ejercía y quién sufría la violencia.

—Es usted muy valiente citando estadísticas sesgadas en mi propia cara —dijo Cayetana, con una voz que había perdido toda calidez—. Pero la realidad es que el cincuenta por ciento de los ciudadanos se siente perseguido por una ley que los presupone culpables por el simple hecho de haber nacido hombres.

Leo sostuvo la mirada de la ministra un segundo más de lo necesario; luego reculó.

—Entiendo. —Leo bajó el tono, simulando una capitulación que no era tal—. Pasemos entonces a temas que competen más directamente a la cartera de Cultura.

Cayetana se relajó, reubicando sus manos sobre la mesa de caoba. Dante, al fondo, volvió a apoyarse en el ventanal, aunque esta vez no apartó la mirada de Leo.

—Muy bien —concedió ella con una sonrisa gélida.

Leo la interrogó acerca de la financiación cultural y la existencia de una suerte de «censura institucional». Cayetana respondió con la misma mezcla de calma y superioridad moral con la que había sobrevivido durante años a los periodistas hostiles. Negó la

influencia de la Conferencia Episcopal sobre el gobierno, alegando que el Estado español es secular «como todo el mundo sabe» y rechazó que su ministerio diera o quitara subvenciones por cuestiones morales o ideológicas, cuando de nuevo, los datos parecían indicar lo contrario.

Leo apretó los dientes. El descaro de aquella mujer no tenía límites, pero no iba a darle el gusto de verlo flaquear. Tomó aire y decidió cambiar de nuevo de tema.

—Hablemos ahora de «Miradas diversas».

—Una iniciativa excelente —asintió ella—. Un espacio donde el talento no entiende de etiquetas y donde este Ministerio ha puesto todos sus recursos para dar voz a colectivos que, según usted, tenemos olvidados.

Leo sostuvo la mirada de la ministra unos segundos.

—¿Y cuál diría que es el objetivo de esa visibilidad?

Cayetana pareció sorprendida por el tono neutro de la pregunta.

—¿El objetivo?

—Sí. «Miradas diversas». La campaña institucional. Los discursos de estos días en este foro sobre diversidad. ¿Qué espera conseguir el Ministerio, el Gobierno, con todo esto?

Ella se recostó en el asiento.

—Normalizar ciertas realidades. Rebajar tensiones. Tender puentes entre personas que piensan diferente.

Leo asintió despacio, como si estuviera de acuerdo.

—Entiendo. ¿Diría entonces que la cultura puede ayudar a que determinados sectores sociales resulten menos incómodos para la mayoría?

El secretario de prensa levantó la vista de sus notas. Cayetana, sin embargo, sonrió.

—Exactamente. La cultura debe servir para facilitar la convivencia.

Leo vio un resquicio por el que meterse.

—¿Convivencia entre quiénes?

Ella tardó apenas un segundo en responder.

—Entre la sociedad en general y determinados colectivos que durante años han vivido encerrados en la confrontación identitaria.

—Así que lo que pretende es promover la tolerancia al diferente —concluyó Leo.

—Sí —dijo ella, en tono ofendido.

—Porque las personas normales deben tolerar al que es diferente a ellos.

—Exactamente —replicó ella, altiva.

Leo percibió movimiento al fondo de la sala. Dante acababa de separarse del ventanal.

—Cuando dice colectivos, ¿habla, por ejemplo, del colectivo homosexual?

—Hablo de todos aquellos grupos que ciertos sectores políticos han convertido en instrumentos ideológicos.

—¿Incluye ahí a las personas homosexuales?

Cayetana hizo un gesto vago con la mano.

—Por supuesto.

Leo bajó la mirada hacia su libreta para ocultar la chispa de satisfacción que acababa de sentir.

—Entonces, cuando habla de convivencia, ¿considera que la homosexualidad es una realidad que la mayoría debe aprender a aceptar?

Dante dio un paso adelante.

—Creo que la ministra ya ha dejado clara…

—Claro que deben aceptarla —dijo Cayetana, ignorando la interrupción—. Esa es la base de una sociedad tolerante.

Leo levantó la vista.

—¿Tolerante?

—Naturalmente.

—¿Y tolera usted a los homosexuales?

—Por supuesto que los tolero —espetó.

—¿Y cree que la tolerancia es suficiente cuando hablamos de derechos?

—Creo que está tergiversando mis palabras.

—Solo estoy haciéndole una pregunta —dijo—. Entonces, según usted, los homosexuales, o cualquier otro tipo de… ¿Cómo lo definió? ¿«Colectivos que durante años han vivido encerrados en la confrontación identitaria»? ¿Era así? —Miró a la ministra esperando

una confirmación que no llegó—. ¿Cree que toda esa gente necesita la tolerancia de personas como usted para habitar el mundo? ¿Cree que necesitan su permiso?

—Yo no he dicho eso.

—¿Y no demuestra esa mera «tolerancia» que «Miradas diversas» es un ejercicio de *pinkwashing*? —siguió presionando—. Un escaparate para que la comunidad internacional no se fije en que están derogando leyes de protección LGTBI y eliminando el concepto de violencia de género. ¿Es eso cultura, señora ministra, o simplemente una campaña de marketing diseñada para blanquear una agenda retrógrada?

Por primera vez, Cayetana pareció perder un poco la paciencia.

—¿Y qué pretende que haga, señor Gallardo? ¿Celebrar formas de vida contrarias a la moral?

El silencio cayó sobre la habitación.

Dante cerró los ojos apenas un instante.

—Formas de vida contrarias a la moral —repitió suavemente—. ¿Es así como define usted la homosexualidad?

—Lo siento, pero el tiempo se ha acabado —dijo el director del gabinete de prensa—. La ministra tiene una agenda muy apretada.

—Por supuesto —concedió Leo, apagando su grabadora—. Muchas gracias a todos por su tiempo. Gracias, señora ministra.

Ella se levantó y volvió a estrecharle la mano, pero se la veía distante y enfadada.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Justo cuando salió al pasillo y vio que Germán le esperaba a unos metros de distancia, oyó una voz que le llamaba:

—Leo, espera.

Era Dante, que salía de la habitación tras él. Al verlo, no se detuvo, sino que siguió andando.

—Leo. —Dante lo detuvo, cogiéndolo por el brazo. Leo hizo un gesto para desembarazarse de él.

—No creo que sea buena idea que…

—Solo quería darte esto —le interrumpió, tendiéndole unos papeles doblados.

—¿Qué es?

—Cógelo.

Leo le obedeció y desdobló las hojas para ver que estaban manuscritas.

—¿Me has escrito una carta? —se mofó.

—Tranquilo, que no es una declaración de amor. Lo que pasa es que… Hay cosas sobre las que necesito explicarme.

—¿Y no me podías enviar un mail, como la gente normal?

Dante le miró con gravedad.

—No quiero que haya registro digital de nada de lo que hay ahí escrito —dijo, en tono cortante. Leo fue a decir algo, pero Dante se lo impidió—. Mira, léelo o no, como quieras. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer. —Giró sobre sus talones y se metió de nuevo en la habitación.

Germán se acercó a él.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó. Leo se guardó la carta en el bolsillo—. Parecía tenso.

—La entrevista no salió muy bien. —Una sonrisa lobuna se asomó a sus labios—. Para ellos, al menos.

El funcionario negó reprobatoriamente con la cabeza.

—Vas a ser nuestra ruina. Anda, vamos a almorzar.

—Vamos —dijo Leo, aceptando el brazo que su amigo le tendía.

Caminaron por el pasillo en dirección al ascensor, y Leo, por alguna razón, no pudo evitar mirar por encima de su hombro.



El sol de Madrid se desparramaba sobre el asfalto, iluminando las fachadas de los edificios mientras el taxi en el que viajaban enfilaba la calle Hortaleza. Había sido un día agotador. Tras el acto ceremonial de clausura había habido un almuerzo informal, durante el que se dieron todo tipo de conversaciones. Leo aprovechó el momento de esparcimiento para llamar a Leguina.

—¿Qué tal la entrevista? —preguntó el director a modo de saludo.

—Antes que nada, quiero que sepas que no seguí tu consejo.

Quique se rio, casi como si hubiera esperado que algo así ocurriera.

—¿Qué pasó? ¿Te puso de los nervios?

—Y yo a ella.

El director silbó por lo bajo.

—Si eso es así, te felicito. No todo el mundo consigue devolverle el golpe a la marquesa.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Leo.

—Nadie la entrevista y mantiene el tipo. No es una de las lideresas del partido por nada. Le da mil vueltas a la mayoría de los periodistas que conozco.

—Si sabías eso, ¿por qué no me lo advertiste?

—¿Y que fueras asustado a la entrevista? No, no te lo iba a decir. Esas cosas las descubre uno por sí mismo.

Leo suspiró y apoyó la cabeza contra una de las columnatas.

—Dijo que toleraba a los gays —musitó.

—¿Cómo dices?

—Que la gente *normal* debe *tolerar* al diferente —siguió hablando —. Que esa es la base de la democracia.

—¡Vaya! —dijo Leguina, entendiendo el peso de lo que Leo había conseguido sacarle—. ¿Y sus asesores le dejaron decir esas cosas?

Recordó cómo Dante había intentado intervenir.

—Uno de ellos intentó pararla, pero no llegó a tiempo. Luego el jefe del gabinete me dijo que se había acabado el tiempo. Creo que no estuve con ella ni quince minutos.

—Espero que escribas una maravilla con eso.

—Yo también, pero me gustaría pedirte un favor.

—Dime.

—Sé que estoy aquí, cubriendo el foro para *La Redacción*, pero estoy escribiendo un libro y…

—Y quieres reservar algo del material que has conseguido este finde para eso.

—Solo algunas de las palabras de la ministra. Pero eso supondría que no las pondría en la entrevista que escribiré para el diario.

—Explícamelo.

—Mi libro va sobre el *pinkwashing* y prácticamente le hice confesar que todo lo que hace su ministerio, y este gobierno, acerca de la diversidad lo es. Quiero reservarme algunos pasajes acerca de eso. Pero si me dices que no…

—Mándame la entrevista, guardándote ese as bajo la manga, y veré qué tal. Pero si no es lo suficientemente jugosa…

—Si no te gusta, lo meteré todo. Te lo prometo. No me guardaré nada salvo que me des permiso.

—Pues en tus manos queda —dijo Leguina como despedida, antes de colgarle el teléfono.

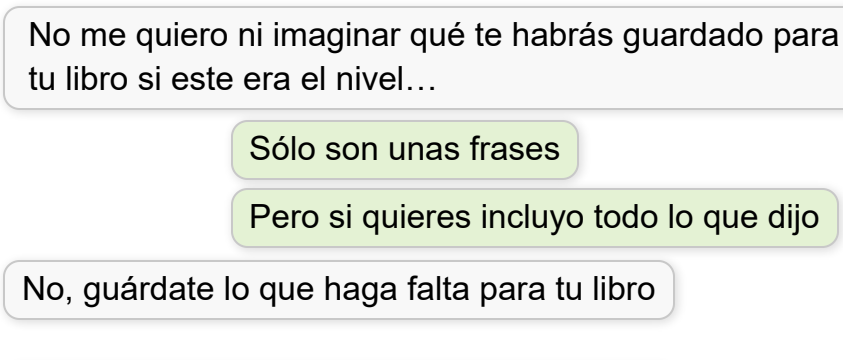
Tras aquello, Leo había asistido al cóctel que daba fin al foro y luego, tanto Germán como él habían decidido coger un taxi para volver al piso de este, demasiado cansados hasta para emprender el corto paseo de apenas quince minutos. Se apearon frente al edificio y entraron.

—Supongo que te vas a sentar a escribir… —dijo Germán en cuanto entraron en el ascensor.

—Supones bien. Si no te importa que abuse un poco más de tu hospitalidad, preferiría terminar la crónica de hoy y la entrevista mientras aún lo tengo todo fresco.

—Por supuesto.

Entraron al piso y Leo se encerró en su habitación para escribir. Lo hizo sin parar durante algo más de una hora. Envió todo el material al canal de *La Redacción* y empezó a guardar sus cosas en su maleta. Poco después, le llegó un mensaje de Leguina.



Con lo que hay aquí me doy por satisfecho

Gran trabajo

Hablamos mañana

👍

Gracias

Cerró el chat, guardó el móvil y salió de la habitación portando su maleta.

Germán estaba en la terraza, con las enguantadas manos metidas en la tierra de su mesa de cultivo y con un delantal de jardinería protegiendo su ropa.

—¿Ya te vas? —dijo, al verlo con la maleta.

—Sí. Oye, muchísimas gracias por todo.

Germán, que había empezado a quitarse los guantes y el delantal desde que lo viera aparecer, se acercó a él para darle un abrazo.

—No ha sido nada, amigo mío. Recuerda siempre que esta es tu casa.

—Gracias —repitió.

—Deja, que te llamo un taxi.

Se despidieron de nuevo en el portal, junto al vehículo que lo llevaría de vuelta a Valdemora. Germán le aseguró que se verían en pocos días, pues había quedado con Lucas por el barrio. Tras un último abrazo, Leo se metió en el taxi. Le dio la dirección de su casa y se acomodó en el asiento.

Suspiró, recordando todos los acontecimientos de aquel fin de semana y lo confuso que estaba resultando ser. Fue entonces cuando recordó la carta de Dante, que llevaba todo el día en su bolsillo, olvidada por completo. Leo la sacó ahora, y la desdobló con cuidado.

La letra de Dante era pequeña, angulosa y firme, y la tinta, negra y espesa, parecía la de una pluma estilográfica.

Leo:

No creas que te escribo por lo que ocurrió entre nosotros anoche. Aunque es algo que me pesa en la memoria, no es la razón de que haya decidido escribir esta carta, sino más bien todo lo que me dijiste después.

Siento si mis palabras fueron duras. Estaba dolido, aunque eso no es justificación para haberte insultado como lo hice. En todo caso, sirva esto como disculpa.

Lo siento también si mi intento de proteger a Álvaro te hizo daño a ti y, sobre todo, a Lara. Como te dije anoche, Álvaro tenía dudas acerca de ella, dudas de las que me hizo partícipe, pues Lara, si bien siempre encantadora con él, nunca le dijo cuáles eran sus sentimientos. Las bromas del podcast solo le pusieron el último clavo al ataúd, pero no habrían sido suficientes para convencer a Álvaro de que iba a terminar con el corazón roto si no hubiera tenido dudas previamente.

También sé que vosotros confiabais en que Álvaro no escucharía nunca vuestro programa, y eso era cierto. Pero yo sí que lo escuchaba. Soy oyente de

vuestro podcast desde la noche que te conocí, por razones que ahora mismo me parecen demasiado humillantes confesarte.

Por otro lado, soy consciente también de la manera en la que Álvaro cortó la relación. Él mismo me lo contó, y me pidió consejo al respecto. Debes saber que dudó mucho acerca de si romper con Lara, y dudó aún más cuando no lo hizo en persona. Eso le atormentaba especialmente. Fui yo quien le sugirió que lo dejara estar y que no mantuviera más contacto con ella. Lo hice porque pensaba que era mejor dejar las cosas como estaban, al menos para Álvaro. En todo caso, no tengo más que decir sobre este asunto, ninguna otra disculpa que ofrecer. Si herí los sentimientos de Lara, fue solo por proteger los de un amigo al que quiero como un hermano.

En cuanto a Oliver... No tengo ni idea de qué te puede haber dicho, pero a juzgar por tu acusación de «haberle arruinado la vida», puedo imaginarme el tipo de historia que te habrá contado. Me duele que pienses mal de mí al respecto, pero me preocupa más que tengas a Oliver en tan alta estima, y eso

es lo que, definitivamente, me ha animado a escribirte.

Voy a contarte algo que... Algo que nunca he contado a nadie. Por favor, entiende que te cuento esto en total confianza y que no lo haría si no confiara en tu discreción, porque lo ocurrido entre Oliver y yo pudo haber supuesto mi ruina, pero no por la razón que tú crees.

Lo conocí al empezar la universidad, en esa época en que uno empieza a conocerse a sí mismo. Yo apenas estaba empezando a intuir que era gay, y fue al conocer a Oliver cuando supe, sin ningún género de duda, que era así. Me enamoré de él, y él fue el primero para mí en muchas cosas, en casi todas las cosas en realidad. Descubrí el amor con él, el sexo, las drogas... No pienses mal de mí. No me había drogado nunca antes, pues durante toda mi adolescencia, la actividad deportiva a la que dedicaba siempre me previno en contra. Pero siendo así de joven, estando así de enamorado y confiado, nunca pensé que nada de lo que él me ofreciera pudiera ser peligroso para mí ni pensé en las

consecuencias. Fue solo suerte lo que hizo que la federación deportiva no me pillara nunca, o me habría expulsado.

Oliver siempre ha sido... Fiestero podría ser una palabra para describirlo. Supongo que aún es así. Le gustaba bailar, le gustaba beber y colocarse. Empezamos a hacerlo juntos, íbamos a fiestas y tomaba lo mismo que él, y luego él insistía en que tuviéramos sexo allí, en alguna habitación, en vez de al volver a la residencia universitaria. Yo a veces no quería, prefería estar a solas con él en la seguridad de mi cama, pero él insistía, decía que le daba morbo, y eso unido a que las drogas que me proporcionaba plegaban un poco mi voluntad, hacían que terminara consintiendo.

Yo no lo sabía por aquel entonces, pero Oliver tenía muchas deudas. Debí haberlo supuesto por el estilo de vida que llevaba, que llevábamos, pues nunca me dejó pagar por nada. Su padre era un gran empresario y yo nunca pensé que le faltara el dinero. Pero la verdad era que tenía deudas por apuestas, por drogas y tuvo que empezar a

pagarlas. Primero empezó a trapichear, pero al parecer no fue suficiente. Así que empezó a recurrir a otras maneras de conseguir dinero y, por aquel entonces, nuestra relación estaba empezando, así que tuvo la idea de usarme a mí. Como te dije, yo no fui consciente de esto hasta mucho después, pero cuando insistía en que tuviéramos sexo en las fiestas a las que íbamos era porque... Porque le pagaban dinero por observarnos.

Me mortifica terriblemente, aún tantos años después, confesar esto. Pensar que mis primeras experiencias sexuales, en las que yo creía estar teniendo una hermosa historia de amor, no fueron más que una manera en la que Oliver mercantilizaba nuestra relación. No tengo idea de cuántos hombres pudieron vernos a escondidas en aquellas habitaciones, y casi prefiero no saberlo. Es algo que aún plaga mis peores pesadillas.

Pero, como te puedes suponer, eso tampoco fue suficiente, en gran parte, porque mientras más dinero ganaba Oliver, más dinero gastaba, y sus deudas no hicieron sino aumentar. Fue entonces

cuando él accedió a hacer algo horrible. Algo por lo que cada día de mi vida doy gracias de que no llegara a materializarse. Oliver acordó prostituirme a aquellos hombres que nos miraban; drogarme una noche hasta la inconsciencia para que ellos pudieran violarme. Supongo que no hay otra palabra para definirlo. Le pagaron una enorme suma de dinero. Aquella noche me llevó a una casa, que me dijo era de un amigo de su padre y que la tendríamos para nosotros solos toda la noche. Era mentira, por supuesto. Drogó mi bebida, pero, no sé cómo, se equivocó de copa y terminó bebiendo él el cóctel que había preparado para mí. Eso, unido a lo que ya había consumido, hizo que se desmayara y empezara a convulsionar.

Como te podrás imaginar, me asusté muchísimo. Nos estábamos besando cuando ocurrió y yo estaba casi desnudo, pero no pensé en nada de eso cuando llamé a emergencias; solo quería salvarlo. Entonces varios hombres entraron en la habitación, hombres a los que yo no conocía, y empezaron a gritarme que colgara el teléfono. Yo estaba arrodillado junto a

Oliver, no entendía qué estaba pasando. Solo sabía que él estaba en peligro, así que di la dirección de la casa y la ambulancia y la policía llegaron en pocos minutos.

No te aburriré con las consecuencias de aquella noche. Solo te diré que muchos de esos hombres terminaron detenidos, que yo no era la primera persona a la que pretendían hacer algo así. Oliver casi se muere pero, como ya sabes, sobrevivió. El juicio posterior fue muy desagradable y mi tía, Cayetana, hizo lo posible por protegerme. Movió hilos para que el caso se instruyera bajo el más estricto secreto de sumario, protegiendo mi identidad. Ayudó muchísimo el hecho de que yo aún no hubiera cumplido los dieciocho años cuando todo esto ocurrió. Ella también me convenció para que omitiera en mi testimonio cualquier rastro de mi orientación sexual o de la naturaleza de mi relación con Oliver. Me salvó de la vergüenza pública, pero me encerró en un armario del que aún no he tenido el valor de volver a salir, aterrado de las consecuencias que podría tener volver a confiar en alguien como lo hice en Oliver.

Testifiqué que había ido allí con él, que éramos amigos y que yo no sabía qué iba a ocurrir. Como no llegué a beberme el cóctel con la droga, aquella noche mi analítica de sangre estaba limpia y se me consideró una víctima inocente de la situación. Todos los demás detalles que acabo de contarte: cómo Oliver me utilizó, cómo le pagaban por dejar que nos miraran, cómo había intentado prostituirme... Todo eso lo descubrí años después.

Oliver recibió una pena mínima de dos años por un delito de facilitación de sustancias nocivas en concurso con un delito de corrupción de menores en grado de tentativa. Gracias a la presión de mi tía y a que sus abogados presentaron su adicción como atenuante, se le permitió eludir la prisión a cambio de un ingreso en un centro de desintoxicación, del que escapó a las pocas semanas. No volví a saber de él hasta que lo vi a tu lado en la entrada de El Disturbio.

Espero sinceramente que haya reconvertido su vida, y que ya no haga daño a los demás, pero no confío tanto en él como para no ponerte en aviso:

Oliver es peligroso, Leo. Te ruego que no vuelvas a acercarte a él.

Dante

Leo terminó de leer y volvió a doblar los papeles con cuidado, siguiendo los pliegues originales. Cerró los ojos y se frotó las sienes. Luego los desdobló de nuevo y leyó la carta, obsesivamente, mientras el taxi lo transportaba hacia la periferia de la capital.

En relación a la primera parte, la que hablaba de Lara y Álvaro, si lo veía desde su punto de vista, podía entender su razonamiento, aunque seguía pensando que Dante se había entrometido demasiado en la relación entre dos personas adultas y que Álvaro había hecho mal, no solo al no romper con Lara en persona, sino al no darle, ni siquiera la oportunidad de explicarse.

En cuanto a la confesión de Dante sobre lo que había ocurrido entre Oliver y él, era desgarradora, y encajaba a la perfección con la historia que el fotógrafo le había contado. «Estábamos en una fiesta. La cosa se había ido de madre por completo y llegó la policía. Adivina el resto». Le había dicho la noche que lo conoció. Luego le dio a entender que Cayetana había salvado a Dante a cambio de que negara tener una relación con él o haber consumido drogas. «Y yo di con mis huesos en un centro», se había quejado. «Me cargaron todo el muerto».

Las palabras de ambos eran como las dos caras de una moneda. Oliver no le había mentido, pero había omitido tanta información que hacía parecer a Dante un hipócrita y un niño mimado. Y, sin embargo, si lo que decía en la carta era verdad, y empezaba a pensar que el asesor no tenía motivos para no ser sincero con él, Oliver era un auténtico hijo de puta.

Recordó su único encuentro sexual con él y, de repente, sus palabras y actos de aquella noche, se le revelaron bajo una nueva luz. El «siempre invito a la gente que me gusta» que le había dicho Oliver parecía un eco perfecto del «nunca me dejó pagar por nada»

que Dante había escrito en su carta. Le ofreció drogas en varias ocasiones, a pesar de que Leo las rechazó una y otra vez y le puso copa tras copa en la mano. Leo recordaba haberle dicho que quería beber, bailar y olvidar y hasta ese momento siempre había creído que su ligue solo quería satisfacer su deseo, pero ahora, por primera vez, se preguntó si Oliver no lo habría emborrachado a conciencia por algún otro motivo.

Le pareció sentir de nuevo sus manos oprimiendo su cuello. «Te gusta que te dominen así, ¿verdad, periodista?».

Se estremeció.

Recordó entonces la experiencia de la noche anterior, en aquella cama fucsia, con Dante. Como él le había preguntado hasta la extenuación si estaba bien, si quería que siguiera, cómo había buscado su consentimiento con tanto ahínco que casi le había hecho enfadar. Ahora lo entendía. Dante había querido hacerlo sentir seguro. Había querido asegurarse en cada momento de que no estaba haciendo nada que le incomodara. No había querido, ni por un segundo, sentir que podía estar aprovechándose de él. Leo volvió a mirar la carta. Si las primeras experiencias sexuales de Dante se parecían siquiera un poco a lo que él mismo había sentido en manos de Oliver, entendía que no quisiera hacer sentir a nadie como debió de sentirse él entonces.

El taxi frenó frente a su portal. Leo pagó y bajó del coche, cargando con su maleta y el peso de aquella carta. Miró hacia el cielo de Madrid, que ya se teñía de violeta, y sintió la inequívoca sensación de saber que había metido la pata hasta el fondo.

CAPÍTULO
CATORCE



—¿Leo? ¿Hola? ¿Sigues ahí?

La voz de Lara, seguida de una risita, lo sacó de su estupor. Apenas un segundo antes, Leo estaba siguiendo el hilo de su amiga frente a los micrófonos de PodStand. Lara estaba en medio de una perorata sobre la diferencia entre el amor romántico y la atracción física cuando Leo se había desconectado, perdido en sus propios pensamientos. Ahora, Lara lo miraba mientras el reflejo de la luz roja de ON AIR en el cristal de la pecera le recordó que estaban grabando.

—Perdón —balbuceó, ajustándose los auriculares.

Justo en ese momento, la técnico de sonido metió un inserto musical a modo de cuña y David Bowie les cantó al oído: «*Ground Control to Major Tom*».

—Gracias, Susana —rio Lara—. Por un momento creí que te habíamos perdido —bromeó, pero la mirada de advertencia que le lanzó por encima del micro parecía querer decirle otra cosa.

—Es que estaba pensando…

—Algo que, en ti, siempre es peligroso.

Leo sonrió.

—Pensaba en lo que estabas diciendo, en que a veces ni uno mismo sabe quién le gusta o por qué.

—¿Qué quieres decir?

Leo hizo un esfuerzo por no chasquear la lengua.

—Quiero decir que, a veces, te sientes atraído por la persona más improbable —afirmó. Ante la mirada desconcertada de Lara, añadió—: ¿No te ha pasado nunca? ¿Nunca te ha gustado alguien que no te gusta?

—Lo que dices no tiene ningún sentido. O alguien te gusta, o no te gusta.

—No, Lara, joder. Quiero decir… ¿Sabes lo que es el *hate fuck*? —preguntó de repente.

—No tengo la más remota idea de qué estás hablando.

—Es cuando te acuestas con alguien a quien desprecias. A veces, con ánimo de castigarlo.

—Suena algo violento.

Leo tuvo un recuerdo de sí mismo, boca abajo, mordiendo una almohada, mientras unos enormes brazos le estrechaban con fuerza. Sacudió la cabeza para desembarazarse del recuerdo.

—No necesariamente —dijo. Lara lo miraba con los ojos entrecerrados, como si quisiera leerle la mente—. El otro día leí un artículo al respecto. Hablaba sobre gente que había tenido sexo con personas a las que odiaban y…

—¿Ah sí? Pon algún ejemplo, a ver si lo entiendo.

—Pues una chica confesaba que se había acostado con su ex, un tío que le había puesto los cuernos con su mejor amiga. Decía en el artículo que lo cabalgó con tanta rabia y con tantas ganas de acabar con él, que tuvo el orgasmo más intenso de su vida. Otro, un hombre musulmán del Medio Oriente, contaba que había conocido en un bar a una mujer bellísima que había sido miembro de las fuerzas de defensa de Israel; que empezaron a discutir acerca de Palestina, hasta que, de repente, ella lo besó. Y que luego se pasaron la noche revolcándose y odiándose el uno al otro.

—No me parece muy sano… —musitó ella.

—No he dicho que lo fuera, solo que es un fenómeno real. Y lo suficientemente frecuente como para que se escriban artículos y

subreddits sobre ello —sentenció Leo, bastante seguro de sí mismo. Sabía de lo que hablaba. Había investigado el asunto con muchísima profundidad desde el domingo pasado.

—¿Y qué me quieres decir con todo eso?

—Que a veces, no sabemos lo que deseamos, o que deseamos algo, *alguien*, que es lo contrario de lo que creemos querer.

—Ya…

—Bueno. Es solo un ejemplo —improvisó Leo, no queriendo delatarse, pero, por la manera en la que Lara lo miraba, sospechaba que estaba fallando estrepitosamente—. El caso es que el deseo es una fuerza caótica. —Echó un rápido vistazo al reloj—. En fin, hasta aquí el programa de…

—Un segundo, chocho —intervino Susana—, que tengo una canción perfecta para acabar.

Se empezó a escuchar una sensual voz femenina que cantaba: «*Zero in common, just hate and disgrace, I hate your friends and your stupid face. I hate you so much, I really do, but I love you, baby, when I'm hatefucking you*»*.

—Esto es «Hatefucking You», de Sloane Vane —leyó Leo en el monitor de continuidad.

—Nuestra maravillosa técnico de sonido, que siempre encuentra la canción perfecta —rio Lara.

—La verdad es que sí —siguió hablando Leo, por encima de la canción—. Gracias por escuchar *Orgullo!*, el podcast para disidentes.

—Hasta la semana que viene. Adiós, chocho —se despidió Lara.

—Adiós, chocho.

Los micrófonos se apagaron y Lara, que lo había estado observando durante la grabación, soltó una risita que retumbó en los auriculares de Leo. Se los quitó, algo irritado, mientras ella se seguía riendo.

—Madre mía… —dijo Lara entre risas—. Estás tan rallado que hasta Susana se ha dado cuenta.

—No estoy rallado —protestó él, aunque sentía que las orejas le ardían.

—Ya, y yo soy Beyoncé —replicó su amiga, levantándose para dar por terminada la sesión mientras la música seguía sonando atenuada

en el fondo—. Anda, vámonos ya. Lucas nos estará esperando y creo que vas a necesitar una copa bien cargadita para explicarnos a qué viene este repentino interés que tienes por el sexo de venganza.

Leo esbozó una mueca de fastidio a la vez que notaba un vuelco desagradable en el estómago. Porque, cuanto más intentaba convencerse de que el sexo con Dante había sido por odio, más empezaba a temer que no lo hubiera sido.



Habían quedado con Lucas en un conocido restaurante mexicano en el centro de Valdemora. A aquella hora, el local estaba hasta los topes, razón por la cual Lucas había insistido en reservar una mesa con antelación. Como Lara había anticipado, Lucas estaba ya esperándolos, con la cabeza tan metida en su inseparable libro electrónico que no pareció percatarse de su cercanía.

—¿Qué estás leyendo con tanta atención? —preguntó Lara a la vez que cogía el libro electrónico para mirarlo.

—¡Dame eso! —se quejó Lucas, levantándose para quitárselo rápidamente de las manos.

—¿Tu libro va sobre un minotauro? —preguntó Lara, a la que había dado tiempo de leer algunas palabras antes de que Lucas le quitara el libro.

—Es de fantasía —se excusó él.

—¿Y de qué va?

Lucas puso cara de circunstancia.

—Déjalo tranquilo, Lara —intervino Leo, sentándose a la mesa.

—Vale, no te pongas así. —Lara también se sentó—. Ha estado insoportable desde que salimos del estudio —le dijo a Lucas a modo de confidencia.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —protestó Leo.

—Pregúntale a él —contestó Lara, al unísono.

Lucas los miró de hito en hito antes de sentenciar:

—Pidamos algo de alcohol.

—Sí, por favor —exclamó Leo.

Justo entonces apareció el camarero e hicieron las comandas de comida y bebida. Frecuentaban el restaurante lo suficiente como para saber qué querían comer sin necesidad de consultar la carta. Una vez tuvieron una jarra de margarita delante, se sirvieron unas copas, brindaron y empezaron a charlar.

—Cuéntame qué tal te fue la convivencia con mi novio —pidió Lucas.

—¿No te lo ha contado ya Germán?

—Claro, pero ahora quiero conocer tu versión de los hechos —dijo Lucas con voz de presentador televisivo.

—Germán es un amor, se portó genial conmigo.

—Ya, ¿y en el foro qué tal?

—Intenso —repuso Leo—. Pero fue muy… educativo. Leguina dice que mis artículos y, sobre todo, la entrevista a la jefa de tu novio, han tenido bastantes lecturas.

—Y repercusión —intervino Lara—. Esta mañana escuché a los tertulianos de la cadena VER comentando «el titular». —Lara extendió los brazos ante sí como si las palabras estuvieran impresas en un enorme cartel.

Leo sabía a qué titular se refería: «¿Pretende que celebre formas de vida contrarias a la moral?». Esas habían sido las palabras textuales de la ministra y Leo no se había podido resistir a destacarlas en el título de la entrevista. Al día siguiente tenía una reunión con Leguina para hablar de su futuro en *LaRedacción.es*.

—Ya, es que es muy *heavy* —dijo Lucas—. Pero ya sabemos cómo se las gasta la facha esa… Por cierto, ¿nos vas a contar de una vez qué ocurrió entre Dante y tú?

El súbito cambio de tema descolocó a Leo tanto como a Lara. Pero por razones muy distintas.

—¿De qué hablas?

—¿Cómo lo sabes?

Ambos amigos habían vuelto a hablar a la vez. Luego intercambiaron una rápida mirada. Lucas se recostó en su asiento,

aparentemente feliz por haber desencadenado el caos.

Lara ahogó una exclamación.

—¡Dante fue tu *hate fuck*! —Lo acusó, apuntándolo con un dedo.

—¡Baja la voz, coño! —replicó Leo, agarrándola del dedo para bajarlo.

Justo entonces, el camarero regresó con la comida. Lucas cogió un nacho, lo bañó en abundante guacamole y queso fundido, y se lo llevó a la boca, divertido.

—Qué bien me lo estoy pasando.

—¿Cómo lo has sabido? —volvió a preguntar Leo.

Lucas cogió otro nacho y dijo como si nada.

—Me lo contó Germán.

—¿Y cómo…?

—Mi novio tiene ojos en la cara, ¿sabes? El jueves, le preguntaste si sabía si Dante iba a estar en el foro. El viernes vio que había mucha tensión entre vosotros. El sábado por la noche desapareciste misteriosamente y no volviste al piso hasta la madrugada. Y el domingo le confesaste a Germán que habías estado con alguien y luego os vio tener una conversación «corta pero muy intensa». Tal como me lo contó, era superobvio.

—Pero si él ni siquiera sabe que Dante es gay —siseó Leo.

—¿Y por qué no lo iba a saber Germán? ¿Por qué no lo iba a saber yo? —Lucas parecía extrañado. Leo lo miró con la confusión pintada en su rostro—. ¿Qué te crees, que eres el único con *gay radar*?

—Pero si a Dante no se le nota.

—¡Y una mierda! —le contradijo Lucas—. Claro que se le nota. Como a todos.

Lara, que había mirado el intercambio en silencio, preguntó:

—¿De verdad te acostaste con él?

—Sí, joder. —Leo hundió la cabeza en las manos.

—Pero si siempre te ha caído como un tiro —dijo Lucas.

—De ahí, el interés que tiene por el *hate fuck* —aclaró Lara.

—¿Eso qué es?

—Es cuando te tiras a alguien que…

—¿Queréis parar ya? —les pidió Leo, levantando la cara.

—No hasta que no tenga detalles.

—¿Qué pasó? —se unió Lara.

—¡*Arrghh*! Vale —se exasperó—. Os lo cuento, pero luego me dejáis en paz.

Los dos asintieron, ansiosos.

—Me entró el sábado por la noche, cuando ya había terminado el foro y yo me había quedado en una de las salas a terminar el artículo —empezó a relatar.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Que no! —exclamó Leo—. Le dije que no iba a pasar nada entre nosotros. Y luego me fui a Sodoma. A ligar.

—¿Y?

—Y me lo encontré allí y…

Lara y Lucas intercambiaron una rápida mirada.

—¿Te lo encontraste? —preguntó él con escepticismo.

—¿Por casualidad? —añadió ella.

—Sí…

—Ya, claro —resopló Lucas—. Que no, hombre. Ese te siguió.

Leo miró a Lara en busca de apoyo, pero ella se encogió de hombros.

—Pero si le dije que no…

—Pues no te debió creer —rebatió su amigo—. Debió pensar que si insistía, lo iba a conseguir. Y perdóname que te lo diga, pero parece ser que tenía razón.

—Joder…

—Bueno, el caso es que estabais los dos ahí —terció Lara—. ¿Qué pasó?

—Nada, que empezamos a bailar y yo… Estaba cansado y algo bebido y muy enfadado con él.

—¿Por qué? —preguntó Lara.

«Si no llega a ser por Dante, aún estaría con ella». Las palabras del gilipollas de Borja le estallaron en la cabeza.

—Por algo que pasó en el foro y que ahora no viene a cuento —evadió—. Supongo que quería castigarlo. No sé…

—¿Y qué hiciste, darle una azotina? —se burló Lucas.

—No. Un pollazo en toda la cara —dijo, completamente serio.

Lucas casi escupe su bebida por la nariz. Luego tosió.

—¿Y a él le gustó?

—Le encantó.

—¿Y luego?

—Y luego follamos. —Leo se cruzó de brazos—. Y fue una pésima idea, por si os lo estáis preguntando.

Lara dejó de sonreír.

—Oh.

—Sí. *Oh* —repitió él—. Así que, por favor, dejad ya de darme la vara.

Cogió un nacho y ya se lo estaba llevando a la boca cuando Lucas preguntó:

—¿Pero la cosa no fluyó bien o qué pasó?

—Me cago en la… —Leo fulminó a su amigo con la mirada—. Fue físicamente muy satisfactorio, ¿vale?

—Entonces, ¿por qué no…?

Lara le puso una mano sobre el antebrazo, interrumpiéndolo.

—Lucas…

El joven miró a sus amigos: la cara de circunstancia de Lara y la máscara de chulería derrotada de Leo.

—Oh.

Los tres callaron un momento.

—¿Entonces de qué va ese libro sobre minotauros? —preguntó Lara de repente.

Lucas estuvo a punto de no contestar, pero el rostro hundido de Leo le hizo recapacitar. Mejor sería que hiciera reír a su amigo. Y rápido.

—Entre otras cosas, de pollazos en la cara, Lara —confesó, completamente abochornado—. De pollazos por todo el cuerpo.

Y, por primera vez en su vida, abrió su Kindle y dejó a alguien ver qué tipo de libros estaba leyendo. Sus amigos se rieron de buena gana con él, curiosearon las portadas más jugosas y leyeron en voz baja los pasajes más subidos de tono. Para cuando volvió a cerrar el libro, la comida había desaparecido, había dos jarras vacías sobre la mesa y Leo parecía estar de mucho mejor humor.



La mañana siguiente amaneció gris y húmeda. Leo llegó a la sede de *La Redacción* con apenas cuatro horas de sueño encima y una sensación extraña en el cuerpo; una mezcla de resaca emocional, ansiedad y cansancio acumulado que todavía no terminaba de disiparse.

El periódico ocupaba dos plantas diáfanas de un antiguo edificio rehabilitado en el centro de Madrid. Nada más salir del ascensor, lo golpeó el ruido constante de la redacción: teléfonos sonando, teclados repiqueteando, conversaciones cruzadas, el zumbido de las televisiones encendidas en distintos canales de noticias.

Un enorme panel de cristal separaba la zona de política de la de cultura. Las mesas estaban abarrotadas de portátiles, vasos vacíos y cuadernos llenos de anotaciones apresuradas. En el televisor que había junto a la sección de actualidad pasaban una tertulia matinal donde el rótulo inferior mostraba una frase que a Leo le provocó un vuelco en el estómago:

«¿FORMAS DE VIDA CONTRARIAS A LA MORAL? POLÉMICA POR LAS PALABRAS DE LA MINISTRA».

Varias personas levantaron la vista al verlo entrar. Algunos lo saludaron con la mano. Otros le dedicaron una mirada rápida y curiosa por saber que, aunque fuera por unos días, ese joven periodista estaba en el centro de conversación.

—Míralo, la estrella mediática hace su aparición —gritó alguien en tono jocoso desde el fondo. Era Marta, la *community manager* con la que se había estado mensajeando todo el fin de semana.

Leo le respondió levantando el dedo corazón sin dejar de caminar, provocando algunas risas a su paso.

La puerta del despacho de Quique Leguina estaba al final de la redacción, junto a las ventanas que daban a la Gran Vía. El cristal translúcido dejaba ver su silueta moviéndose de un lado a otro mientras hablaba por teléfono. Leo llamó suavemente con los nudillos. Leguina levantó un dedo, pidiéndole que esperara, y siguió hablando:

—No, no me sirve con «sacado de contexto». Si quieren rectificar, que rectifiquen de verdad… Sí, sí… Pues entonces mándamelo por escrito.

Colgó de golpe. Luego alzó la vista hacia Leo y sonrió.

—Buenos días. —Se recostó en su silla.

—Creo que ya puedo afirmar —dijo Leo, adentrándose en el despacho—, que he sobrevivido a mi primer fin de semana en política.

Leguina lanzó una carcajada.

—Si a eso lo llamas tú sobrevivir…

—¿Y cómo lo llamarías tú?

—Triunfar, joder, triunfar. ¿Sabes cuántas llamadas he recibido, entre ayer y hoy, acerca de tu entrevista a Cayetana Valcárcel? ¿Sabes cuánto se ha hablado en los medios acerca de las cosas que conseguiste sacarle a la arpía esa?

Leo bajó la mirada, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Ya, de algo me he enterado. —Leo cerró la puerta.

Quique lo estudió con calma.

—No te pega la falsa modestia —afirmó.

Leo hizo una mueca y lo miró.

—¿Verdad que no?

—Para nada.

—Menos mal —exclamó Leo mostrando cierto alivio y sentándose frente a él—. Porque me moría de ganas de decirte lo…

—… Lo bien que debiste sentirte —terminó el director por él. Se inclinó sobre la mesa—. Dime, ¿cómo conseguiste sacarla de quicio?

—Permitiendo que ella me sacara de quicio a mí —repuso—. O eso creo.

Quique rio.

—Cuánto me alegro de que no siguieras mi consejo.

—Ahora en serio: ¿cuántas llamadas llevas ya?

—¿Desde ayer? Unas treinta. La mitad quiere saber si tenemos el audio completo. La otra mitad quiere matarte.

Leo dejó escapar una risita.

—¿Y tú qué les dices?

—Que se pongan a la cola.

Esta vez sí que se rio.

—Y ahora, hablemos de ti. ¿Qué es lo que tú quieres? —preguntó Leguina, cambiando el tono. Leo lo miraba lleno de dudas—. Porque sabes que ahora estás en posición de pedir, ¿verdad?

Asintió.

—Eso creía. No quiero dejar de escribir opinión.

—Yo tampoco quiero que dejes de hacerlo —le aclaró el director.

—Pero…

—Pero quieres más —supuso.

Leo asintió. Aunque Quique le acabara de decir, muy generosamente, que estaba en posición de pedir, no sabía hasta dónde podía llegar. No quería pasarse de frenada y parecer demasiado agresivo, pero tampoco quedarse corto y venderse a sí mismo demasiado barato.

—¿Me ofrecerías un puesto de redactor? —dijo al final.

—No necesito otro redactor, Leo. Redactores tengo más de la cuenta. —Quique se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa—. Pero sí que necesito una voz como la tuya. —Leo permaneció en silencio —. La gente no entra a leerte porque seas neutral, todo lo contrario. Tus artículos sobre el foro no funcionaron porque resumieran bien las ponencias, sino por tu opinión. Tienes criterio propio. Y eres capaz de convertir una conversación de veinte minutos en una bomba política. —Señaló con la barbilla hacia la redacción, más allá del cristal—. Ayer medio país estaba hablando de esa entrevista. Hay activistas reaccionando, periodistas comentando; las redes están que arden con el tema. La oposición ya ha pedido una comparecencia en el Congreso y una rectificación y disculpas públicas de la ministra.

Leo intentó mantenerse impasible, aunque notaba la adrenalina cosquilleándole bajo la piel.

—Pero no voy a encerrarte en política ni a convertirte en un redactor. Sería desperdiciarte. Quiero darte espacio para hacer exactamente eso.

—¿Y qué es *eso*?

—Preguntar. Escribir. Molestar. Encontrar contradicciones donde otros no las ven —enumeró Quique—. En política, cultura, identidad, activismo, guerra ideológica… Quiero que seas una de las firmas del periódico.

Leo elevó las cejas y abrió la boca. La cerró en cuanto se dio cuenta de que debía parecer un pasmarote.

—Quique… —Se le formó un nudo en la garganta.

—Ya, ya sé lo que te estoy pidiendo. Tendrías una exposición pública bestial, te llamarían de todas partes para comentar, de la radio, de programas de televisión… Y, por supuesto, estarías vinculado profesionalmente a *La Redacción*. Y no sé si eso es lo que quieres, pero… —Se detuvo en cuanto vio que el rostro de Leo se empezaba a congestionar—. ¿Estás bien?

—Joder… —Leo escondió la cara en las manos, dejando que toda la tensión acumulada desde el fin de semana estallara por fin.

—¿Así que no era falsa modestia? ¿Realmente no te crees lo que vales?

Leo levantó el rostro, avergonzado de tener que mostrarle sus lágrimas.

—No me puedo creer que me estés diciendo que…

—… Que si quieres, vas a convertirte en una de las firmas estrellas de este periódico. Que se acabó lo de una columnita a la semana. Te quiero aquí. Quiero que escribas opinión, análisis, que investigues o hagas cobertura cultural… lo que quieras, pero que lo hagas en esta casa. No voy a esperar a que otro se me adelante. ¿Qué me dices?

Leo suspiró y se irguió en su asiento, intentando recomponerse.

—¿Qué me ofreces? —preguntó.

Leguina sonrió, contento de poder negociar con él.

—De entrada, contrato indefinido. Ya llevas muchos años vinculado a este periódico, no te voy a hacer eventual ahora. El sueldo sería el equivalente al de un redactor sénior de política. Quizá

algo más, dependiendo de objetivos. Firma propia en portada digital. Libertad para seguir publicando libros y seguir con tu podcast. Participación en especiales e investigaciones. Y una sección fija diaria bajo tu nombre. A cambio, quiero que consolides tu propia audiencia, que generes impacto mediático y que aumentes tu presencia pública.

—¿Me quieres por mi capacidad de viralización? —se escamó Leo. Casi no podía creerse lo que Quique le estaba proponiendo porque era incapaz de aceptar que lo merecía. Tenía que haber una pega por alguna parte.

—Te quiero por tu proyección mediática. Eso no es algo malo —le aclaró Quique al ver la mueca que hacía—. Eres una de las voces de tu generación, Leo, cuando escribes, la gente se para a leer. Me da igual si lo llamas viralización o talento, el resultado es el mismo: tienes marca propia, una presencia masiva en redes y eres capaz de generar conversación: tienes influencia. Y la influencia, hoy en día, es poder. No voy a seguir diciéndote todos los dones que tienes, porque vas a empezar a pedirme todavía más. ¿Qué me dices? —repitió.

Leo negó con la cabeza, intentando sacudirse las dudas.

—Que sí. Claro que sí.

Quique se levantó y fue hacia él para ofrecerle la mano. Leo le imitó, poniéndose también de pie y se la estrechó. Se miraron a los ojos un segundo. Luego Leguina se inclinó hacia él y le dijo:

—Y ahora, vamos a trabajar.



Aquel fin de semana Leo se preparaba para salir a celebrarlo. Había firmado ya el contrato y el importe de su próxima nómina aún le generaba cierto vértigo. Su madre no podía estar más orgullosa, pero la perspectiva de que su primogénito pudiera, al fin, independizarse, la intranquilizaba un tanto. Desde el sofá del salón,

Maribel lo miraba, ya vestido para salir, con una mezcla de júbilo y pérdida, sabiendo que el nido estaba a punto de vaciarse un poco.

Por su parte, Lidia parecía retomar su interés por trabajar en algo, aunque sus miras ya no estaban puestas en el Beautifuck, sino un poquito más alto.

—¿Sabes que Sheila conoce a fotógrafos y a gente de agencias? —decía Lidia desde el baño, mientras rebuscaba en su caja de maquillaje—. Dice que en Madrid hay muchísimas chicas trabajando de esto y que yo podría empezar haciendo editoriales pequeñas o cosas para redes.

Maribel sonrió.

—Pues claro que podrías. Si eres guapísima.

—Mamá… —protestó Leo, rebuscando entre los cojines en busca de sus llaves. Como siempre—. No le des alas.

—¿Qué? —replicó ella—. ¿No es verdad que tu hermana es una belleza?

Lidia apareció entonces en el salón con unos pantalones diminutos y una plancha del pelo en la mano. La otra mano la tenía metida en el bolsillo.

—Sheila dice que tengo cuerpo de modelo —anunció dando una vuelta sobre sí misma como para demostrarlo.

Leo levantó la vista un momento.

—Y Sheila, por supuesto, siempre tiene razón —remarcó él con sarcasmo.

—Pues ya sabrá más de eso que tú, que para algo se dedica a la industria —contestó Lidia con obviedad—. Y además, si te pones antipático conmigo, no te digo qué tengo en esta mano —le picó, agitándose el bolsillo.

Leo se incorporó. Había estado de rodillas, mirando debajo del sillón.

—Dame mis llaves, anda —dijo tendiendo su mano hacia ella.

—Yo no he dicho que las tenga.

—Que me des las llaves.

Lidia se las tiró, pero de tan mala gana que le dieron en pleno rostro. Leo puso cara de enfado y la joven salió corriendo y riendo en dirección al pasillo, y se encerró en su habitación.

—¡Esta te la guardo! —le gritó Leo.

Maribel suspiró, pensando ya en lo mucho que echaría de menos las discusiones entre sus hijos cuando ambos la dejaran sola, en aquella casa.

—Me voy ya —anunció.

Maribel lo retuvo cogiéndolo del brazo.

—No seas tan duro con tu hermana.

—Me tiró las llaves a la cara y…

—Por eso no. Por lo otro.

Leo resopló.

—Mamá, sé que solo quieres lo mejor para ella, pero…

—Al menos está pensando en trabajar. Y si su amiga le presenta a la gente adecuada… Mira la suerte que has tenido tú. ¿No quieres lo mismo para ella?

Él chasqueó la lengua.

—Joder, claro que sí, pero andar con una modelo de ropa interior del tres al cuarto no le va a servir de nada. Lidia tiene demasiados pájaros en la cabeza y esa amiga suya no hace más que alimentarlos.

—Ya. Pero tengo que meter en vereda a esta chica de alguna manera y tú te vas a independizar cualquier día de estos y me quedaré yo sola con ella y…

Leo rodeó la mesa de té para besarla en la cabeza.

—Todavía no me he ido —le recordó en tono cariñoso.

—Pásalo bien. Y si coincides con tu hermana por ahí, no dejes que haga ninguna tontería.

—Ya no solemos frecuentar los mismos locales. Últimamente siempre se va al centro con esa amiga suya —empezó a explicar, pero su madre le puso tal cara de pena que terminó asintiendo—. Si la veo, estaré al tanto. Pero no creas que a mí me hace mucho caso… —advirtió.

—Gracias, cariño.

A Leo no le costó mucho convencer a sus amigos para que se fueran de marcha por el centro, al fin y al cabo, salían para celebrar su

éxito y Leo tenía derecho a elegir, le dijeron. En realidad, él habría preferido quedarse en Valdemora, cenar en algún sitio cutre, recorrer los bares y discos de El Cañaveral, pero la petición de su madre le pesaba en la conciencia. Cogieron el metro y cenaron en una hamburguesería cerca de la estación de Sol. Lara estaba más callada de lo habitual, pero cuando le preguntaron si le pasaba algo, lo negó, recordándoles que estaba de celebración, y ellos no insistieron. Luego, como aún era temprano para ir a bailar, callejearon hasta un nuevo *rooftop bar* que se estaba poniendo de moda y se pidieron los cócteles más extravagantes de la carta. Leo, con su margarita de hibisco, una bebida de un furioso color fucsia y un sabor tirando a ácido, se apoyó en una de las barandas para mirar la ciudad a sus pies mientras sus amigos elegían una mesa alta y se acomodaban en los taburetes. La noche era fresca y, en aquella azotea a diez pisos de altura, el aire era cortante, pero Leo lo agradeció.

Había sido una semana muy intensa. Tras negociar el horario, y que podría teletrabajar la mayoría de los días, firmó el contrato. El viernes había publicado su primera pieza como firma fija del periódico: un análisis sobre el terremoto político provocado por la entrevista a Cayetana Valcárcel. Durante toda la semana, tertulianos, activistas y diputados se habían dedicado a discutir las palabras de la ministra mientras su gabinete intentaba apagar el incendio asegurando que todo había sido «sacado de contexto». La oposición había pedido una comparecencia urgente en el Congreso; varias asociaciones LGTB habían exigido disculpas públicas y, entretanto, el tráfico de *La Redacción* se había disparado. Leo había recibido invitaciones para programas de radio, podcasts y hasta una tertulia televisiva nocturna que Leguina le había aconsejado rechazar «de momento».

Y, aun así, mientras contemplaba Madrid desde aquella azotea iluminada, lo único en lo que podía pensar era en Dante. En hasta qué punto habría participado él en toda aquella operación de control de daños para proteger a su tía. En si le estaba agradecido por haberlo salvado años atrás o si, por el contrario, le guardaba rencor por haberlo obligado a esconderse. Porque mientras más pensaba en

él, más empezaba a preguntarse hasta qué punto Dante seguía dentro del armario por decisión propia o ajena.

—¡Eh! ¡Vente! —oyó gritar a Lucas.

Se dio la vuelta y vio a sus amigos en la mesa, sorbiendo sus bebidas. Lara hizo una mueca de disgusto al probar la suya. Hacía unos minutos, pedirse un *Truffle Bloody Mary* había parecido una idea muy divertida, pero por su cara parecía estar arrepintiéndose. Lucas, por su parte, estaba muy satisfecho con su mojito de jengibre.

—A ver, déjame probarlo… —Lara dio un sorbo de la bebida de su amigo y puso pucheros—. Esto está mil veces más bueno que el mío.

—Pues tira la mierda esa y pídete otra cosa.

—Joder, que me costó doce eurazos.

—Yo te invito —dijo Leo, acercándose a la mesa.

—Mira, el nuevo rico paga —se burló Lucas—. Aprovecha, tonta.

Leo lo ignoró.

—¿Qué te pido?

—Un *Ginger* Mojito, porfa —pidió ella. Su teléfono empezó a vibrar y ella miró la pantalla, frunció el ceño y lo volvió a dejar sobre la mesa.

—¿No lo coges? —se extrañó Leo.

—Pídeme ese mojito y os cuento.

Leo fue hasta la barra para pedir la bebida y volvió con sus amigos. Se sentó en el taburete que quedaba libre y miró a Lara, que sorbía su mojito. Lucas también la miraba, como esperando que empezara a desembuchar. La chica lo notó y carraspeó sonoramente.

—Álvaro me llamó anoche —soltó. Lucas y Leo intercambiaron una mirada rápida—. No se lo cogí —continuó—. Y me ha llamado un par de veces más. La última, justo ahora. ¿Por qué creéis que me llama?

—Quizás para cerrar las cosas bien, Lara —sugirió Lucas con suavidad.

—Ya, ¿por qué justo *ahora*?

El rostro orgulloso y enfurecido de Dante se dibujó en la mente de Leo.

—A lo mejor ha recapacitado —empezó Lucas—, y se ha dado cuenta de que…

—¿De que es un mierda como persona y que necesita disculparse antes de… no sé… tirarse por un puente para librar a la humanidad de semejante escoria? —terminó Lara por él.

—No era eso lo que iba a decir —dijo Lucas, sin perder el buen humor—. Para nada. No has adivinado ni una sola palabra.

Lara bufó y miró a Leo, que había estado en silencio todo el rato.

—¿Tú qué opinas?

Leo sabía que su amiga buscaba apoyo en él. Durante los meses pasados desde su ruptura, él había sido el más crítico con Álvaro, el que más la había animado a olvidarse de él, a hacer como si nunca hubiera existido. Pero ahora…

Ahora no sabía qué pensar. Sabía que Álvaro había actuado mal, pero también que no había sido del todo su culpa. El propio Dante se había arrojado a los leones al admitir en su carta que fue él quien convenció a su amigo de dejar las cosas como estaban, ansioso por ahorrarle un mayor sufrimiento. Imaginar a Dante susurrándole al oído a Álvaro lo mala que era Lara, instándolo a no volver a hablar con ella, le habría parecido un acto de una maldad absoluta si no fuera porque él mismo llevaba meses haciendo lo propio con su amiga.

—Que quizás deberías hablar con él —dijo al final.

Lara abrió la boca de puro asombro.

—¿Cómo dices?

—Joder, yo qué sé… ¿Se portó como un mierda? Pues mira, sí, no lo voy a negar. Pero, ¿de verdad no quieres poder cerrar las cosas con él?

—No se lo merece —sentenció, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pero tú sí —intervino Lucas—. Te mereces poder hablar con él, decirle todo lo que no has podido decirle, escuchar sus explicaciones y saber el porqué.

—Y también te mereces poder mandarlo a la mierda en persona —remató Leo—. Escúpele en la cara si hace falta. Pero tienes que soltar toda esa rabia que llevas meses acumulando.

El rostro de Lara había cambiado por completo en los últimos diez segundos. Del enfado y el rencor, había pasado a la desolación más absoluta. Sus ojos parecían presas a punto de desbordarse.

—Piénsalo, Lara —susurró Lucas—. Si no hablas con él, te vas a quedar siempre con la duda.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Se la secó con impaciencia, como si estuviera enfadada consigo misma por mostrarse vulnerable. Luego asintió lentamente.

—Supongo que tenéis razón. ¿Pero y si no me llama para explicarse? ¿Y si…?

—Sea lo que sea, no lo sabrás hasta que no hables con él —aseveró Leo.

—Está bien. Si me vuelve a llamar, se lo cojo. Pero esta noche no. Vámonos ya a bailar, anda —rogó.

Se terminaron sus bebidas y bajaron del *rooftop* para sumergirse de nuevo en el bullicio de la ciudad. Decidieron ir a The Vault, un club bastante pijito del centro, solo porque Leo había insistido en ir allí. A sus amigos les sorprendió su elección y le preguntaron, en tono de burla, si no estaría evitando determinados ambientes, como el Sodoma. Leo les siguió la broma para no tener que confesar que quería ir a The Vault, porque sabía que seguramente sería allí donde encontraría a su hermana.

Aún era bastante temprano y la cola no era demasiado larga. Una vez atravesadas las puertas, les golpeó el volumen de la música y el calor que hacía en el local. Sin embargo, todo allí parecía instagrameable, desde las paredes oscuras recorridas por líneas de neón dorado, hasta los reservados semicirculares donde grupos de personas reían y bailaban. Las barras estaban iluminadas desde abajo y los camareros vestidos de negro. Junto a la entrada, había un *photocall* con el logo del club en el que varias personas hacían cola para fotografiarse. Un cartel informaba que, si etiquetabas al local en tu publicación, te hacían un descuento en la siguiente consumición.

—¿A dónde nos has traído exactamente? —preguntó Lucas mirando alrededor.

—Totó, creo que ya no estamos en Kansas —bromeó Lara.

—Joder. Ya sé que no es el tipo de sitios al que solemos venir —empezó a explicarse Leo—, pero es que…

No pudo seguir hablando.

Ahí mismo, en uno de los reservados, Lidia bailaba sobre una de las mesas junto a Sheila y otras dos chicas que él no conocía de nada. Sheila llevaba un minivestido plateado y el pelo rubio cayéndole por la espalda. Lidia, con una impoluta cola de caballo y sus cortísimos shorts, llamaba casi tanto la atención como su amiga. A los pies de la mesa, unos hombres las animaban y las tocaban, y ellas se contoneaban y reían contentas y atolondradas.

Leo sintió, literalmente, cómo se le inflaban los cojones.

Se dirigió hacia el reservado, pero uno de los securatas le cortó el paso.

—Ahí no puedes entrar.

—¡Es mi hermana! —exclamó, señalándola.

El hombre ni siquiera se giró para mirar.

—Aquí no puedes entrar —repitió, incólume.

Fue a insistir, cuando notó a Lucas a su lado, cogiéndole por el brazo.

—Vamos —le susurró al oído—. No la armes.

—¿Pero es que no ves que…?

—Deja que Lara obre su magia —le dijo.

Leo le entendió a la primera. Hizo un gesto de derrota en dirección al securata y se alejó del reservado. No tuvo que esperar mucho para ver aparecer a Lara, como venida directamente de la entrada. Se había deshecho del cárdigan que llevaba, revelando un *top tank* de seda negra que dejaba a la vista su escote y sus hombros, y había recolocado su falda para que pareciera ser mucho más corta de lo que era en realidad. Caminaba contoneándose y Leo la vio morderse el labio al acercarse al guarda de seguridad.

Intercambió unas rápidas palabras con él, mientras jugueteaba con un mechón de su pelo. Luego la oyó gritar:

—¡Lidia! ¡Hola!

Lidia la vio y no pareció extrañada de su presencia. Le hizo aspavientos para que se uniera a ellos, y el resto de sus amigos no puso objeción a que tremenda mujer se les uniera. Lidia asintió y el

securata le franqueó el paso, pero antes de entrar volvió a hablar con él, mientras señalaba en dirección a Leo y Lucas. El hombre los vio, rodó los ojos, pero asintió con la cabeza. Se acercaron justo a tiempo de oír a Lara darle las gracias con una voz coqueta e infantil que no era nada propia de ella.

—¡Lara! —oyeron gritar a Lidia, a la vez que un hombre ayudaba a bajar de la mesa cogiéndola por la cintura. Ella se dejó hacer y luego correteó hasta donde estaban ellos. Fue entonces cuando vio a su hermano y a Lucas y soltó un chillido antes de lanzarse a abrazarlo—. ¡Leoooo! —gritó, colgándosele del cuello—. ¿Pero qué haces tú aquí?

Leo la sujetó por la cintura, cada vez más seguro de que ella necesitaba un punto de apoyo.

—Exactamente, ¿cómo de colocada vas ahora mismo? —le susurró. Como toda respuesta, obtuvo una sonrisa tontorrona—. Ya, eso me suponía.

Uno de los babosos también se había acercado, comiéndose a Lara con la mirada, a pesar de que ella ya se había bajado la falda hasta su longitud habitual.

—¿Cómo estás, preciosa? —preguntó.

—Nada interesada —respondió ella, para luego ignorarlo por completo.

Leo había apartado un poco a su hermana de los demás.

—¿Me dices qué has tomado? —le preguntó directamente.

Lidia chasqueó la lengua.

—Qué pesado eres, de verdad.

—Lidia…

—Solo me lo estoy pasando bien.

—Sabes que no pasa nada por divertirse, pero…

—¿Pero qué? ¿Sólo puedo colocarme si estoy contigo?

—Pues mira, como norma general, me parece adecuada. O al menos cuando estés con alguien que sepas que va a cuidar de ti.

—Pero mira a toda la gente que tengo a mi alrededor —exclamó, abarcando con su brazo a los presentes en el reservado.

—Eso es exactamente lo que me preocupa. ¿Quién te ha dado la droga, Sheila? —insistió. Lidia se mordió los labios, negándose a

contestar. Leo suspiró—. ¿Vas a quedarte en su casa esta noche?

—Sí.

—¿Y quién es toda esta gente?

—Te lo dije antes: fotógrafos, modelos, representantes… Estoy trabajando mi red de contactos. A ver si me sale algo.

—Sí, un herpes.

—¿Qué? —parecía confusa.

—Vente a casa conmigo, anda —le pidió.

—¡No quiero irme a casa!

—Vale, pues vámonos a otro sitio. Nos vamos al Sodoma si quieres —propuso—, o al Bargarabana.

—Estoy harta de ir a sitios para maricas. Déjame en paz.

Leo vio cómo Sheila se les acercaba. La modelo parecía estar en mejor posesión de sus facultades que su hermana.

—Hola, Leo —le dijo—. ¿Todo bien?

—¿A ti qué te parece?

Ella miró a Lidia, luego se volvió a Leo.

—Ya, ya lo sé. —Sonrió—. La niña se nos ha desmadrado un poco esta noche. Pero no te preocupes: no voy a dejar que haga ninguna tontería. —Se acercó más a él—. Ni la voy a perder de vista, con tanto tío suelto… —Él la miró, como sopesando sus palabras—. Te lo prometo, hoy hago yo de hermana mayor. Felicidades por lo del contrato, por cierto. Lidia no ha dejado de presumir de ti.

Leo asintió y se giró hacia su hermana.

—No te separes de Sheila, ¿me oyes? De aquí te vas directa a su casa, y mañana me llamas en cuanto te despiertes.

Lidia fue asintiendo mecánicamente ante cada una de sus indicaciones.

—Sí, papá. —Su tono era burletero.

—No te pongas idiota, o te arrastro por los pelos hasta tu cama.

Ella puso los ojos en blanco.

—Vale.

Le dio un beso en la frente, odiándose por sentirse tan preocupado por ella.

—Pásalo bien. Y ten cuidado.

—Vale —repitió ella.

Y antes de que pudiera decirle nada más, Lidia se dio la vuelta, gritó alguna incoherencia y la volvieron a subir a la mesa. Sheila miró de nuevo a Leo y le hizo un pequeño asentimiento, como queriendo decir que ella se encargaba. Leo le dio las gracias y se alejó.

Lara y Lucas le esperaban fuera del reservado.

—Conque por eso querías venir, ¿eh?

—¿Por qué no nos lo dijiste, idiota? —secundó Lara—. Hubiéramos venido igual.

—Ya. Pero es que sé que es estúpido. Ya es mayorcita. Y está con su amiga.

—Es tu hermanita —Lara se colgó de su brazo—, es normal que te preocupes por ella.

—Y ahora, por favor, ¿podemos ir a un sitio para gente decente?

Leo sonrió.

—¿Al Sodoma?

—Claro. —Lucas asintió—. Salvo que te dé miedo.

—Mira que eres gilipollas.

Leo rio, dándole un codazo a su amigo. Y, aun así, mientras abandonaban el local, no consiguió desprenderse de la incómoda sensación de estar dejando algo atrás. No sabía todavía que el tiempo de las advertencias se había acabado y que, en unos pocos meses, se arrepentiría de no haber escuchado a su propio instinto aquella noche.

---

* Nada en común, solo odio y malas vibras, odio a tus amigos y tu estúpida cara. Te odio tanto, de verdad, pero te amo, cariño, cuando te follo con odio.

CAPÍTULO
QUINCE



EL AIRE ACONDICIONADO NO DABA ABASTO EN PLENO JULIO MADRILEÑO, O quizás era la tensión ambiental lo que elevaba la temperatura. Conchi esperaba en el salón, observando con una ceja levantada cómo Leo intentaba cerrar una maleta que parecía más bien llena.

—¿Seguro que necesitas tantas cosas para una semana en un campamento de verano, Leo? —preguntó Conchi con ese tono suyo, una mezcla de sorna y cariño.

—¿Qué? —se quejó él—. Necesito ropa. Y algo de abrigo. Y unos libros y mi cuaderno. Y mi portátil por si necesito escribir algo…

—¿No se supone que estás de vacaciones?

—Si se me ocurre alguna idea, no la voy a dejar de escribir porque esté de vacaciones.

—Como quieras —lo dio por imposible su tía.

Habían pasado tres meses desde que Leo firmara su contrato, y se había convertido en el chico de oro de *La Redacción*. Su artículo diario solía generar bastante tráfico en la web y, en ocasiones, conversación en redes y titulares de prensa. Poco a poco, Quique le había ido guiando para empezar a aceptar llamadas de programas de radio o televisión para comentar determinados temas, sobre todo actualidad y activismo LGTBI, y sus primeras apariciones televisivas

habían hecho que su madre casi se desmayara. Aún se sentía un poco incómodo en los platós, y le costaba acostumbrarse a que hubiera gente que quisiera escuchar su opinión. En aquellos meses había terminado, también, su libro, y su editor se apresuró a prepararlo para su publicación, aprovechando el *boom* mediático de Leo.

Como le anticipara a Leguina, había encontrado en la entrevista con Cayetana Valcárcel ese punch que le faltaba al libro: aquella manera suave, casi amable, de hablar de la homosexualidad como algo que debía integrarse o hacerse tolerable mientras apelaba a la «convivencia» y la «normalización», como si la existencia de las disidencias sexuales fuera algo que hubiera que negociar con la mayoría. Las ventas no estaban siendo millonarias, ni mucho menos, pero sí mejores que las de sus otros dos libros, que habían pasado casi desapercibidos. Por otro lado, su nómina había sido un desahogo. Aunque el temor de Maribel estaba fundado, pues Leo pensaba en independizarse, había decidido aportar un poco más a la economía familiar, lo que había permitido a Maribel hacer algunos arreglos en el Beautifuck. A Leo le pareció bien; no tenía prisa en irse de casa. No, al menos, mientras la situación con Lidia siguiera como hasta ahora.

Su hermana estaba completamente perdida. Leo podía verlo por su falta de rutinas, su apatía y su constante malhumor. Ya ni siquiera fingía que iba a clases y había suspendido el curso, pero decía que le daba igual. Seguía empecinada en hacerse modelo, aunque no estuviera dando ningún paso para conseguirlo. Siempre hablaba de que Sheila le iba a conseguir una oportunidad o que había conocido a tal representante o hablado con tal agencia, pero nunca nada se materializaba en nada concreto.

Lidia apareció en la puerta de su dormitorio, bostezando, con el pelo revuelto y cara de estar recién despierta, lo cual no sería destacable si no fuera porque eran casi las tres de la tarde.

—¿Ya te vas a salvar el mundo? —le soltó Lidia, apoyándose en el marco.

—Búrlate todo lo que quieras. Al menos yo estoy haciendo algo con mi vida.

Ella volvió a bostezar.

—Yo también estoy haciendo algo con la mía.

—Colocarte hasta caer desmayada no cuenta —espetó con dureza.

—Oye, que estoy trabajando —saltó ella, poniéndose a la defensiva—. Sheila me ha dicho que el fotógrafo ya tiene casi listo el *book*. Dice que mi perfil es muy vendible para moverlo por agencias y…

Conchi, que volvía a pasarse por ahí para vigilar el progreso de su sobrino, intervino con su pragmatismo habitual:

—Lidia, cielo… ¿Y cómo funciona eso? ¿No te cobran por las fotos? ¿Tienes algún contrato firmado con una agencia o un representante que no sea tu amiga?

Lidia hizo un gesto vago de la mano, como si nada de eso tuviera importancia.

—Sheila se encarga de todo. Ella sabe cómo funcionan las cosas, ¿vale? Si ella me dice que esto sale, es que esto sale.

—Ya, claro —resopló Leo—. De lo que diga Sheila me voy a seguir fiando. Tu amiguita tiene más cuento…

—*Mimimimimimimimi* —dijo, imitando el tono de voz de su hermano.

Leo se detuvo para mirarla.

—Te lo digo en serio. Estás haciendo el gilipollas fiándote de esa chica.

—Gilipollas lo serás tú.

—Niñata.

—¡Subnormal!

—¡*Arrggrr*! —gruñó Leo, cerrando su maleta—. Desaparece de mi vista, que no te quiero ni ver.

—Yo soy la que no te quiere ver a ti —empezó a decir Lidia—. No sabes cuánto me alegra que te vayas al campamento una semana. Ya te podrías ir un mes. —Se dio la vuelta para dirigirse de vuelta a su habitación—. O un año. ¡O para siempre!

Se oyó un fuerte portazo y tía y sobrino intercambiaron una mirada. Leo respiró profundamente para no ir tras ella y darle dos collejas.

Maribel apareció en el pasillo, proveniente de la cocina.

—¿Qué ha sido todo eso?

Leo, que ya salía de su habitación con la maleta a cuestas, dijo.

—Nada, que tu hija es una imbécil —gritó en dirección al fondo del pasillo, para que su hermana lo escuchara.

—¡Tonto del culo! —le llegó la respuesta, amortiguada por la puerta aún cerrada.

—Toma, llévate esto para el camino. —Maribel le tendió una fiambrera.

—Mamá, que acabamos de comer y nos ponemos ahí en una hora.

—Es por si acaso.

Leo volvió a suspirar y metió la fiambrera en la maleta. Se giró hacia su tía.

—Vámonos ya, por favor.

Conchi sonrió.

—Vámonos. —Le dio un beso a su hermana y dijo—: Me hubiera gustado despedirme de Lidia, pero cuando se pone así…

—Ya, lo siento.

—Ten paciencia. A ver si cuando volvamos del campamento, Julián y yo la llevamos por ahí a almorzar e intentamos meterle algo de razón en la sesera.

—O la abandonáis en una cuneta, y así no tengo que aguantarla más —intervino Leo, con la voz tensa.

—No seas así, cariño —le amonestó Maribel en tono cariñoso, poniéndose de puntillas para besarlo en la mejilla—. Que tu hermana te quiere, y yo sé que tú también la quieres a ella.

—No, si quererla la quiero, pero lo de soportarla es otra historia —dijo, mientras avanzaban hasta el salón.

Tras asegurarse una última vez de que tenían todo lo que iban a necesitar y volver a despedirse de Maribel, bajaron en el ascensor y metieron las maletas en el portabultos del utilitario de Conchi.

Una vez en el asiento del copiloto, con el cinturón puesto y el motor en marcha, Leo se relajó por fin.

—No sabes lo mucho que necesito esto.

Conchi se carcajeó de él.

—¿Y cuánto llevas en el periódico? ¿Tres meses? Prueba a llevar en el mismo puesto de trabajo veinticinco años, y luego hablamos.

—No, si no es por el trabajo… Es que me da mucha rabia ver a Lidia comportándose otra vez como cuando tenía dieciséis años. Y mi madre no sabe cómo… —Resopló—. Es que siempre la trata como si pudiera hacer lo que le diera la gana.

Conchi suspiró, manteniendo la vista en la carretera. Su perfil, bajo la luz de la tarde, desprendía esa calma que a Leo tanto le faltaba.

—Ya sabes cómo es tu hermana —dijo Conchi mientras maniobraba para salir del barrio—: terca como ella sola. Pero es una chica lista, ya verás cómo al final todo saldrá bien. ¿Cuánto tiempo tienes de vacaciones?

—¿En el periódico? Sólo diez días. Pero la nueva temporada del podcast no empieza hasta septiembre, así que estaré bastante tranquilo el resto del verano.

—Pues céntrate ahora en tus vacaciones. Y en el campamento. El voluntariado es la mejor medicina. Palabra de médica.

—Pues igual tendrías que haber traído a Lidia en vez de a mí.

Conchi rio.

—No veo yo a tu hermana haciendo voluntariado. Aunque mal no le vendría —masculló.

Leo dejó caer la cabeza contra el respaldo, viendo pasar los bloques de hormigón que empezaban a dar paso a un paisaje más despejado.

—No sé si voy a poder desconectar.

—Pues vas a tener que hacerlo, porque vamos ahí a ayudar a los demás, no a pensar en nuestras cosas. No vas a tener mucho tiempo libre, en todo caso, sobre todo si conoces a alguien interesante… —dejó caer Conchi con un brillo travieso en los ojos.

—No voy con la intención de ligar con nadie.

—Nunca se sabe —canturreó.

Leo cerró los ojos, dejando que el sonido del motor lo arrullara. El resto del trayecto fue tranquilo y silencioso y Leo incluso dormitó un poco.

—Ya estamos llegando —lo avisó su tía, mientras enfilaba un aparcamiento de tierra frente a una valla hecha con enormes tocones de madera.

Leo se desperezó y se apeó del vehículo en cuanto se detuvo. Sobre la puerta había un medio tronco tallado con el nombre del campamento «Centro de Naturaleza Siete Robles». Un cartel a su lado anunciaba las convivencias organizadas por la ONG Proyecto Nexo. El calor era asfixiante a aquella hora de la tarde mientras tía y sobrino entraban en el centro. Constaba de un complejo de varios pabellones, un edificio principal de piedra, varias canchas deportivas y zonas de actividades. Desde la entrada, Leo podía ver a un grupo de chavales jugando al fútbol.

—¡Conchi! ¡Qué alegría que hayáis venido! —gritó una mujer de unos sesenta años, con la piel curtida por el sol y una sonrisa que parecía ocupar toda su cara.

—¡Leyla! —Conchi se fundió en un abrazo con ella—. ¿Cómo estás?

—Agotada, los adolescentes, a estas edades, no paran.

—Te presento a mi sobrino, Leo. Ella es Leyla Mendoza, es la presidenta de la ONG.

—Hola, Leyla —dijo Leo, dándole los dos besos de rigor—. Mi tía me ha hablado mucho de ti.

—Y a mí de ti. Eres el periodista, ¿no?

—El mismo.

—Habrá que tener cuidado de lo que decimos delante de ti —bromeó—. Venid que os enseño esto.

Se dirigían hacia el edificio principal donde, según Leyla, estaban las salas de reuniones, un pequeño auditorio y el comedor, cuando Leo vio a una conocida figura saliendo por sus puertas mientras hablaba por teléfono.

—No me lo puedo creer —siseó.

—¿Qué pasa? —Conchi siguió su mirada—. ¿Es un ex? —preguntó, divertida.

—¡No! —se apresuró Leo a responder.

Leyla, que caminaba unos pasos por delante y seguía hablándoles del recinto, no se enteraba de nada. Conchi sonrió,

maliciosa.

—Lo has negado demasiado rápido.

Leo resopló, pero no tuvo tiempo de replicar. Dante ya estaba frente a ellos. Llevaba una camiseta con el logo de Proyecto Nexo, bermudas y las botas de senderismo manchadas de polvo. Al ver a Leo, colgó el teléfono. Su expresión era neutra, pero sus ojos se clavaron en los de Leo con esa intensidad que siempre lo dejaba sin aliento.

—Leo, qué sorpresa verte aquí —dijo, tendiéndole la mano.

—Hola, Dante. —Leo se la estrechó, algo rígido—. *Eeeh*… esta es mi tía, Conchi.

—Encantado —respondió Dante, girándose hacia ella.

—Lo mismo digo —saludó ella, apretándole la mano con energía.

—¿Os conocéis? —preguntó Leyla, algo asombrada.

—Leo es periodista —dijo Dante, como si eso bastara para explicarlo todo—. Y muy bueno, por cierto.

Leo sintió que se le subían los colores.

—Eso dice siempre Conchi, pero yo pensaba que solo era orgullo de tía. Voy a tener que empezar a creerlo —rio.

Dante esbozó una sonrisa cálida.

—Pues créelo —contestó—. Sigo, que hay mucho trabajo —se excusó él, aún con esa media sonrisa—. Nos veremos luego.

Leo se quedó clavado en el suelo de tierra, con el calor de julio pesándole en la nuca y el pulso desbocado. No había esperado encontrarse con él allí y estaba seguro de que Dante tampoco lo habría visto venir, pero la normalidad con la que se había tomado el encuentro lo descolocó por completo. No sabía qué esperaba de él si alguna vez volvía a verlo; en todo caso, no aquella cortesía relajada con la que lo había saludado. Sintió una punzada de rabia hacia sí mismo por haber reaccionado como un adolescente asustado ante su simple presencia.

—¿Quién es ese hombre, Leo? —le susurró Conchi, dándole un leve empujón para que espabilara.

—Es un asesor político. Trabaja para el Gobierno.

Conchi pareció pensárselo un momento, divertida.

—¿Y por eso parece que has visto un fantasma, porque es de derechas? —se rio.

Leo negó con la cabeza.

—Es el mejor amigo del ex de Lara.

—Ah —dijo Conchi en tono apenado, pero aparentemente satisfecha por la respuesta.

Todo el mundo en su entorno sabía lo que había pasado entre Lara y Álvaro, sobre todo porque él se había hecho querer por toda la familia y amigos de ella, lo que hizo que la ruptura fuera aún más dolorosa. Leo y Lucas habían adivinado aquella noche, en el *rooftop* bar, que Álvaro llamaba a Lara para explicarse y, aunque ella le dio la oportunidad de hacerlo, las cosas entre ellos no habían quedado bien. Tampoco es que nadie esperara otra cosa; por muy enamorados que hubieran estado el uno del otro, la cobardía con la que Álvaro actuó no era fácilmente perdonable. Y que Dante fuera su cómplice silencioso, al menos a ojos de Leo, solo emponzoñaba más el recuerdo.

—Vamos —le animó su tía a seguir caminando.

Siguieron avanzando hasta entrar en el edificio principal, un bloque de piedra y vigas de madera vista que conservaba el frescor gracias a sus anchos muros. El vestíbulo era amplio, con un suelo de baldosas de barro cocido y paredes cubiertas de corchos llenos de horarios, fotos de veranos pasados y dibujos hechos a mano. Al fondo, se adivinaba el traqueteo de platos de la cocina y el eco de un comedor inmenso.

—Dolores, ¿tienes el papeleo que te pedí? —preguntó Leyla en voz alta.

Una mujer joven, de unos treinta y pocos, salió de una de las salas laterales con una carpeta bajo el brazo y el teléfono encajado entre el hombro y la oreja. Al colgar, les dedicó una sonrisa. Era alta y morena, y tenía el mismo cabello rizado que su madre, pero vestía de manera más urbana, con unos pantalones de lino y una camisa impecable a pesar del calor. Leo sintió que la había visto en alguna parte, pero era incapaz de ubicarla.

—Aquí tienes, mamá. Tú debes ser Conchi.

—Sí, encantada, Dolores.

—Loli, por favor —pidió ella. Le dio dos besos a Conchi y luego a Leo, quien también se presentó. Loli lo miró con más atención al escuchar su nombre—. Claro, eres Leo Gallardo, si te vi el otro día por la tele.

Leo asintió, algo avergonzado. Aún no estaba muy acostumbrado a que la gente lo reconociera.

—Es que mi sobrino es famoso —dijo Conchi en tono algo burlón, revolviéndole el cabello como cuando tenía diez años y bajándolo al suelo de un plumazo. Leo lo agradeció: por nada del mundo querría que su éxito profesional se le subiera a la cabeza.

—Loli es abogada —explicó Leyla—. Yo no quería que estudiara derecho, pero ahora me viene genial, porque lleva todo el asesoramiento legal de la ONG.

—Gratis, además. —Loli puso los ojos en blanco, como si quisiera dar a entender que lo hacía con cierto fastidio para agradar a su madre. A Leo le cayó bien de inmediato—. Bueno, os dejo. Tengo que revisar unos contratos con el ayuntamiento. Nos vemos en la cena.

Leyla asintió y señaló a un hombre que bajaba por las escaleras de madera con un *walkie-talkie* en el cinturón.

—Y ese es Roberto, nuestro responsable de logística en los campamentos —lo presentó Leyla—. Si se rompe un grifo o si un chaval decide que no quiere comer lentejas, es a él a quien os tenéis que quejar. ¡Rober! —lo llamó. El tal Roberto se dirigió hacia ellos y, tras las presentaciones, le dijo—: Llévate contigo a Leo y ponlo a trabajar antes de que se nos acomode. —Luego se volvió hacia Conchi—. ¿Sabes hacer velas?

—No, pero me muero de ganas por aprender —respondió Conchi, ya totalmente integrada.

—Perfecto, ven conmigo. Tenemos en marcha un taller alucinante.

Ambas se alejaron hablando y riendo, y Leo siguió a Roberto hasta los pabellones.

—Este es el pabellón masculino —explicó Roberto llevándolo hacia el interior de uno de ellos—. Aquí los voluntarios, allí los chicos. Los baños están al fondo.

Mientras caminaban, Leo notó unas banderas del arcoíris colgadas en una esquina, delimitando un espacio aparte.

—¿Separáis a los chicos por orientación sexual? —preguntó.

—Nosotros no —respondió Roberto—. Lo hacen ellos. Dicen que se sienten más tranquilos durmiendo juntos. Que los hombres hetero a veces podemos ser algo intimidantes.

—Sí, a veces podéis serlo —dijo Leo, sin pensarlo demasiado.

Roberto lo miró sorprendido.

—Oh. Vaya, lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Dar por sentado que… bueno, ya sabes —titubeó, muy azorado. Leo se rio—. Te juro que no soy homófobo ni nada de eso.

—No pasa nada. La heterosexualidad es el *default mode* en nuestra sociedad. Por eso somos nosotros los que tenemos que salir del armario. Una y otra vez.

—Lo siento —repitió Rober.

En ese momento, se oyeron voces y risas del grupo que estaba tras las banderas. Un hombre hablaba con ellos, animado, con un humor contagioso. Era uno de los monitores, alegre y muy expresivo. En cuanto los vio, se acercó a ellos.

—*Uuuuh*, ¿qué traes ahí, Roberto? —dijo con tono zalamero—. ¿Un nuevo voluntario y te lo quieres quedar para ti?

—Ni de broma —rio Roberto—. Leo, te presento a Mario.

Mario le tendió la mano con entusiasmo.

—Te voy a secuestrar. ¿Te importa mucho?

Leo supo que Mario lo iba a secuestrar, fuera cual fuera su respuesta.

—Dime dónde puedo dejar mi maleta, y soy todo tuyo.

—Trato hecho.

Se despidieron de Roberto y Mario lo llevó hasta una de las camas en la zona de monitores.

—Esta está libre, puedes dejar tu maleta debajo —le explicó. Leo hizo lo que le dijo y se giró hacia él—. Vamos a ponerte a trabajar.

Leo acabó pasando el resto del día con él. Mario tendría en torno a los cuarenta, era psicólogo y llevaba colaborando con la ONG desde su fundación, hacía más de quince años.

—Siempre hay chicos que necesitan nuestros recursos. Ni te imaginas la de distocias sociales que vemos aquí: abusos familiares, drogadicción, situaciones de maltrato, abandono, negligencia paterna… Y cuando hablamos de jóvenes con problemas de salud, física o mental, o LGTBI, todo se dispara.

Le habló de Proyecto Nexo, de cómo se había fundado la ONG, dónde operaban, que su enfoque era el acompañamiento integral a jóvenes en riesgo de exclusión y que tenían multitud de programas: pisos tutelados, inserción laboral, acompañamiento psicológico, talleres creativos y campamentos de convivencia.

—Como este —concluyó tras haberle enseñado todas las instalaciones del campamento—. ¿Qué te parece?

Ya estaba atardeciendo y se habían parado delante de una piscina. El suelo que la rodeaba estaba cubierto por un suave césped y varias personas tomaban el sol en él. En la piscina, un grupo de chicos jugaba con una pelota. Leo tardó un momento en darse cuenta de qué estaban haciendo. Y con quién.

—¿Están jugando al waterpolo? —preguntó extrañado.

—Claro, ¿y a qué pretendes que jueguen si no? —espetó Mario.

La piscina era una estructura amplia, semicubierta por una techumbre de madera y policarbonato. En cada extremo, había una portería flotante, sujeta a los bordes con unos tensores metálicos, y un montón de chavales luchaban por la posición de un balón amarillo, intentando estrellarlo en la portería contraria.

En el centro de todo aquel barullo estaba Dante.

Leo se quedó parado junto al borde, observando. Dante estaba en el equipo de los que defendían la portería norte. El agua le llegaba por el pecho, dejando al descubierto sus hombros anchos y los músculos de la espalda, que se tensaban cada vez que saltaba para interceptar el balón. Estaba empapado, con el pelo castaño pegado a la frente y una risa franca, casi juvenil, que Leo nunca le había visto.

Jugaba con otros seis chicos y chicas. Un segundo monitor, un hombre de complexión fuerte y barba cerrada que parecía liderar el otro equipo, competía contra Dante con una ferocidad amistosa.

—¡Dante, a la derecha! —gritó el hombre de la barba, lanzándole un pase largo.

Dante se impulsó con fuerza, el agua saltando a su alrededor, y golpeó el balón con la palma de la mano, enviándolo directamente al otro lado de la piscina. Los chicos de su equipo estallaron en gritos de celebración, chapoteando y hundiendo a Dante en el agua a modo de broma.

—¿Acaso no sabes quién es? —preguntó Mario, señalando hacia él. Leo se mantuvo en silencio—. Es Dante Valcárcel, una leyenda del waterpolo nacional —dijo justo cuando el aludido marcaba otro tanto.

A Leo casi le llega la boca al suelo.

—¿En serio?

—Y tanto. Fue jugador profesional un montón de años y fue olímpico dos veces. Aún tiene una energía incombustible. Y Samuel también —comentó Mario, señalando al hombre de la barba—, es el monitor de deportes. Entre los dos se encargan de que los chavales lleguen a la cama rendidos. Nos hace a los demás el trabajo mucho más fácil.

—¿Y cómo colabora él en la ONG? Quiero decir, ¿desde cuándo…?

—*Ufff*, Dante lleva con nosotros desde siempre. Era universitario cuando empezó como voluntario. Luego fue cogiendo más y más responsabilidades y ahora es nuestro Director de Estrategia Institucional.

—¿Eso qué es?

—Él se encarga de las relaciones de la ONG con las instituciones. Básicamente, habla con ayuntamientos, empresas, fundaciones… y consigue que el proyecto siga a flote.

En ese momento, Dante emergió del agua sacudiéndose la cabeza, con el pecho agitado por el esfuerzo y una sonrisa que no desaparecía de su rostro. Se pasó las manos por la cara para quitarse el cloro de los ojos y, al hacerlo, su mirada barrió la orilla y se detuvo en Leo.

Leo sintió un calor que no tenía nada que ver con el sol de julio y desvió la mirada. Verlo con aquel diminuto bañador negro le estaba

afectando más de lo que quería admitir.

—Los nadadores tienen los mejores cuerpos —suspiró Mario, que sí se permitió pasear los ojos por la anatomía de Dante. Luego pareció volver a la realidad—. Vámonos, anda. Tenemos que empezar a preparar el comedor para la cena.

Leo asintió y empezaron a caminar de vuelta hacia el edificio principal, pero el sonido del agua chapoteando y los gritos de júbilo de los chavales parecían llamarle y no pudo evitar echar una última mirada por encima del hombro.

Dante seguía allí, al borde de la piscina, secándose con una toalla blanca, mientras bromeaba con Samuel. Desvió de nuevo la vista con rapidez.

«Solo es una semana», se recordó Leo, apretando el paso para alcanzar a Mario. Pero, muy en el fondo, mientras el sol terminaba de hundirse tras los picos de Guadarrama, Leo supo que aquel campamento no iba a ser el retiro espiritual que le había prometido su tía.



Tumbado en su cama aquella noche, Leo se dijo que era un completo imbécil.

Que Dante fuera un atleta olímpico no debía haberle pillado por sorpresa. No si hubiera hecho la más mínima búsqueda de su nombre en internet. Pero no lo había hecho, no había *googleado* el nombre Dante Valcárcel porque, como Lara le había reprochado meses antes, se había hecho una idea de quién era con solo mirarlo. Hasta hacía no mucho tiempo, se había jactado de ser capaz de calar a las personas en diez segundos. Ahora creía que, en realidad, tenía demasiados prejuicios.

Maldiciendo de nuevo, se dio la vuelta en su cama. Si no había buscado información sobre Dante, había sido porque no creía que nada de lo que pudiera aprender sobre él le haría cambiar la opinión

que ya tenía formada. O quizás, porque temía descubrir algo que la contradijera.

Con un suspiro, cogió su móvil y lo desbloqueó. Entró en el navegador e hizo una rápida búsqueda. Ahí estaba su palmarés con la selección española de waterpolo, entrevistas y reportajes sobre su actividad deportiva. Había también varias noticias que le mencionaban por su actividad como asesor político en los últimos años y un perfil sobre su figura. Así descubrió que Dante era huérfano desde que, a los diez años, sus padres murieron en un accidente de tráfico. Que habían sido su tía Cayetana y su difunto marido quienes lo criaran desde entonces. Que al no tener Cayetana hijos propios ni más sobrinos, Dante era su único heredero. También encontró información acerca de su colaboración con Proyecto Nexo y se topó con una publicación de la revista *GLAM* que lo mencionaba, relacionándolo sentimentalmente con una tal Dolores Castro Mendoza. Abrió la publicación y ahí vio de nuevo la fotografía que había visto en la cocina de su madre meses antes: Dante y una mujer alta y morena saliendo juntos de un restaurante. Era Loli y Leo se dio cuenta entonces de por qué el rostro de la mujer le había resultado tan familiar.

Que los medios relacionaran a Dante con una mujer con la que se le había visto le había parecido una prueba más de su hipocresía, de querer aparentar ser algo que no era. Ahora que sabía quién era la mujer en cuestión y a qué se dedicaba, ¿no era más lógico pensar que aquella cena hubiera sido para tratar algún tema relacionado con la ONG?

—Si es que soy gilipollas… —se dijo, mirando aún la fotografía.

Luego entró en el perfil de Instagram de Dante, ese mismo que él nunca había querido curiosear porque «no le interesaba su vida». Como era de esperar, había muchas publicaciones de Dante en eventos políticos, inauguraciones, mítines… Pero también había fotos más personales: con amigos, cenando o tomando copas; de su actividad en Proyecto Nexo, incentivando la participación económica o el voluntariado, publicitando programas y acciones de la ONG. Siguió bajando, para ver las publicaciones más antiguas, y se encontró el comunicado que hizo al dejar el waterpolo profesional,

su diploma olímpico de Tokio 2020, su medalla de plata en un campeonato mundial… Había una fotografía que le llamó muchísimo la atención: era un selfie, sacado aparentemente tras un entreno. Dante tenía el cabello húmedo, el rostro congestionado y las gafas de natación, que ahora colgaban de su cuello, le habían dejado unas marcas rojas alrededor de los ojos. Pero Dante sonreía mientras miraba a la cámara. Bajo la foto decía:

@Dante_valcarcel A por el oro 🏅

Eso había sido justo antes de ganar una nueva medalla de plata en Budapest. Leo se quedó mirando largo rato aquella fotografía de un Dante cansado, mojado, joven y más feliz de lo que Leo lo había visto nunca. La sonrisa de la imagen le recordó a la que había adornado su rostro cuando lo había visto salir de la piscina aquella tarde. O a la que esbozó cuando Leo había accedido a salir del Sodoma con él.

Con un gruñido, bloqueó el móvil y lo guardó bajo la almohada. Se dio la vuelta de nuevo.

—*Pst*, ¿qué te pasa? —le susurró Mario, que dormía en la cama contigua.

—Nada, lo siento.

—Duérmete, o mañana no tendrás energía para enfrentarte a las fieras. Y yo tampoco.

—Vale, lo siento.

Mario le lanzó una última mirada antes de girarse en la cama, dándole la espalda. Leo volvió a coger el móvil una última vez, lo desbloqueó y ahí seguía Dante, sonriendo con los surcos de las gafas rodeándole los ojos. Suspiró y apretó el móvil contra su pecho. Le costó un buen rato poder conciliar el sueño.



Los siguientes días fueron una vorágine. Las convivencias de Proyecto Nexo estaban pensadas para dar ocio y actividades al aire libre a los jóvenes, pero para los voluntarios aquello era una carrera de fondo de dieciséis horas diarias. Pronto, Leo se vio ayudando en la organización de una gincana, vigilando que los chavales no se desviaran del camino y fueran encontrando las pistas escondidas en una caza del tesoro, participando en talleres o dinámicas de grupo o simplemente jugando al fútbol o haciendo manualidades. Pero también tuvo que consolar a un chaval de diecisiete años que recibió un mensaje de odio de su padre o mediar en una pelea por un turno de ducha que escondía capas de frustración acumulada durante años.

Y Dante siempre estaba por ahí: coordinando las actividades deportivas, hablando con los chavales, cargando cajas de comida, almorzando junto a los monitores y, sobre todo, en la piscina. Aquel se había convertido en el momento favorito del día para todos, incluido Leo. Observar a Dante en el agua era un placer inesperado, y no solo por el escultural cuerpo que dejaba a la vista aquel ridículo bañador negro, sino por la elegancia de sus movimientos, su trato con los jóvenes y esas sonrisas que Leo nunca le había visto en Madrid. A menudo sentía que Dante le devolvía la mirada, sosteniéndola el tiempo justo para que Leo tuviera que apartar la suya, con el pulso acelerado y la certeza de que aún le debía una disculpa.

Para cuando llegó la noche del sábado, Leo estaba físicamente agotado, tenía los brazos llenos de picaduras de mosquito y la piel bronceada por el sol de la sierra. Aquella noche, había planeada una gran fogata y la promesa de una cena al aire libre e historias de terror junto al fuego tenía a la chavalada revolucionada. El ambiente estaba cargado y no fue hasta que los primeros troncos comenzaron a arder que la tensión se disipó un tanto.

Todo el mundo se arremolinó alrededor de la fogata mientras los monitores repartían las cenas. Las voces y risas se empezaron a elevar hacia el cielo, junto al humo. Leo, que ya había terminado de repartir, se sentó junto a Conchi sobre una de las mantas con un

plato en el regazo y empezó a comer. Mario sacó una guitarra y un grupo de chicas empezó a cantar.

—Esto es superagradable, ¿verdad? —le preguntó su tía. Leo asintió, con la boca llena de comida—. ¿Cómo lo estás pasando?

Leo tragó.

—Bien, pero te sacan el cuero que no veas —se quejó medio en broma.

A Conchi, quizás por su edad, su disposición o por su amistad con Leyla, le habían dejado tareas más tranquilas, como caminatas por el campo, talleres de manualidades, meditaciones conjuntas… Ella acusaba el cansancio de los días pasados allí, pero no podía compararse al tute que Leo se estaba metiendo. Aun así, no podía negar que todo esto era muy divertido. Su tía también lo estaba pasando genial: ya sabía hacer velas, marcos para fotos de papel maché, grullas de origami y llevaba un montón de pulseras de la amistad en ambas muñecas. El propio Leo llevaba varias que le habían regalado algunas de las chicas: una en tonos azules, con su nombre; otra azul medianoche y lavanda con el título de un álbum de Taylor Swift y una tercera —su favorita— que iba del rojo al violeta, formando un arcoíris y cuyas cuentas deletreaban la palabra «orgullo».

Al otro lado de la fogata, distinguió a Dante. Estaba cerca de Mario y de las chicas que cantaban y reían, entonando la letra de «La perla». Sus miradas se cruzaron y Dante no la apartó. En sus ojos había una pregunta muda. Leo bajó la vista, avergonzado por haberlo juzgado con tanta saña.

—¿Qué ocurre? —preguntó Conchi, mirando hacia el otro lado de la fogata, buscando la causa de la repentina zozobra de su sobrino.

—Nada —dijo Leo.

En ese momento, se escuchó el sonido de un teléfono móvil y Dante se puso en pie para atender la llamada, alejándose del círculo de luz. Leo no se dio cuenta de que sus ojos lo estaban siguiendo hasta que oyó cómo Conchi decía.

—Pues ese *nada* está como un tren. Tienes buen gusto, sobrino —le chinchó, dándole un leve codazo en las costillas.

Leo decidió dedicarse con mayor ahínco a su comida y no dijo ni una sola palabra más.

La piscina, a oscuras, parecía un espejo de obsidiana. Leo estaba sentado en el borde, con las piernas colgando y metidas en el agua fresca, cuando oyó los pasos sobre el césped. No necesitó girarse para saber quién era.

—¿Quieres? —preguntó Dante, tendiéndole una cerveza, ya abierta, antes de sentarse a su lado en la piscina.

Leo cogió el botellín y se lo llevó a los labios. En los cinco días que había pasado ya en el campamento, se las había arreglado bastante bien para no estar ni una sola vez a solas con él. O bastante mal, según cómo se mirara.

—¿Conque *hate fuck*, eh? —comentó como si nada.

Leo inhaló profundamente.

—Siempre se me olvida que escuchas el podcast —se quejó. Dante lo miraba en la oscuridad y dio un sorbo a su propia cerveza, pero no dijo nada—. ¿Te diste por aludido?

—Era difícil no hacerlo cuando dijiste eso solo dos días después de que folláramos. Aunque el podcast se estrene los jueves, sé que las grabaciones son los lunes.

—¡Pero si eres superfan! —exclamó Leo, sorprendido de que Dante conociera un detalle como ese.

—Podría decirse que sí.

—Lo siento, no… —Leo chasqueó la lengua—. No tenía pensado decirlo… Quiero decir… No era algo que estuviera en el guion ni nada por el estilo.

—¿Lo improvisaste?

—Estaba pensando en ti… En lo que había pasado —se apresuró a aclarar—, y lo solté sin más.

Dante le sonrió de tal manera que Leo dio otro sorbo, a ver si se ahogaba con la cerveza y se moría ahí mismo. No lo consiguió.

—¿Y de verdad es eso lo que crees que ocurrió entre nosotros?

—¿No lo fue? —contrarrestó.

—No. Para mí no, al menos. Y creo que tú lo sabes.

Leo volvió a guardar silencio.

—Oye, siento lo de… —Sintió que le estrangulaba la voz—. Siento lo que dije, cuando te acusé de haber tratado mal a Oliver, yo no sabía que…

—Ya lo sé.

—Él me lo contó, ¿sabes? Pero de una manera tan retorcida que te hacía quedar a ti como al malo de la película. Nunca se me pasó por la cabeza que él… —Se detuvo y bajó la mirada—. Siento también lo que te hice yo.

—¿Qué fue lo que me hiciste? —había genuina sorpresa en la voz de Dante.

—Cuando nos liamos, yo no sabía por lo que habías pasado… Con Oliver, quiero decir. Y yo… —No sabía cómo explicarse y se le atropellaban las palabras—. No fui muy agradable contigo, al principio, sobre todo, cuando yo…

—No pasa nada, Leo.

—Ya, pero es que…

—No fuiste desagradable —le aseguró Dante cogiéndole de las manos, la voz muy seria—. Ni violento. Fuiste descarado e increíblemente sexi. No tienes por qué disculparte por eso. —Le soltó y Leo expulsó el aire que no sabía que había estado reteniendo —. Además, no estoy hecho de porcelana, ¿sabes? Oliver no me rompió. No lo consiguió, en todo caso.

Leo volvió a bajar el rostro. Sintió el móvil vibrarle en el bolsillo, pero lo ignoró.

—Me lié con él —susurró—. Antes de las navidades, cuando aún pensaba que… Me lié con él.

—Me lo imaginaba —repuso Dante. Hizo una pausa durante la que escrutó el rostro de Leo con mucha cautela—. ¿Y no fue como esperabas que sería? —preguntó con sumo tacto. Leo negó con la cabeza—. ¿Abusó de ti?

Casi fue un susurro. Leo lo miró a los ojos y, por primera vez, se permitió a sí mismo hacerse esa misma pregunta. ¿Había sido él otra víctima de Oliver? ¿De verdad había accedido él a hacer todas las cosas que habían ocurrido en aquel baño? Dante le sostenía la

mirada con calma, sin juicios, sin presiones, solo esperando la respuesta más sincera que Leo pudiera darle.

—No lo sé —dijo al fin. Su móvil volvió a vibrar, y de nuevo lo ignoró—. Hubo un momento en el que sentí que… Sentí que me estaba usando, que yo… —Suspiró—. Que lo que yo quería y sentía no importaba para él, que solo quería satisfacerse a sí mismo.

—Lo siento —musitó Dante.

El silencio se estableció entre ellos dos. Una ráfaga de viento acarició las copas de los árboles, arrancándoles susurros a sus ramas y levantando algunas hojas caídas. Se miraron en silencio.

—¿Por qué escuchas el podcast?

—¿Qué?

—En tu carta, me dijiste que escuchabas el podcast por una razón que no me querías decir —explicó Leo. Luego repitió—: ¿Por qué escuchas el podcast?

Sus ojos no habían abandonado el rostro del asesor en todo el rato. Dante estaba ahora más cerca de él que nunca y había tal tensión entre ambos que el aire parecía vibrar a su alrededor. Dante se inclinó hacia él, levantó la mano y el corazón de Leo se desbocó cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. Él también se inclinó, muy levemente, y entreabrió los labios. Los dedos de Dante rozaron la mejilla de Leo… y, en seguida, se apartaron.

—Tenías una brizna de hierba —le dijo, enseñándosela.

—Vaya, gracias. —Su voz salió un poco más aguda de lo que había pretendido. Se sentía como el mayor idiota del universo. Había pensado que Dante iba a besarlo. El mismo Dante al que él había rechazado y llamado «hipócrita despreciable hijo de puta». ¿Se habría dado cuenta de que Leo se había preparado para recibir un beso que no merecía? Sentía cómo el cuello le ardía de la vergüenza.

El móvil volvió a sonar y esta vez, Leo se levantó como accionado por un resorte y se lo sacó del bolsillo.

—Es mejor que conteste. —Miró la pantalla—. Mi madre me ha llamado como tres veces ya.

—Claro. —Dante también se puso de pie, y se sacudió los pantalones.

Leo se alejó un poco y contestó.

—Dime, mamá. —No se escuchó nada al otro lado—. ¿Mamá?

Escuchó un sollozo y luego la voz de su madre cargada de pánico.

—No sé dónde está Lidia —la oyó articular antes de que rompiera a llorar.

Un sudor frío le recorrió la espalda.

—¿Cómo dices?

—Que Lidia no aparece. Salió anoche y no ha vuelto. Su móvil lleva todo el día apagado… El de Sheila también.

—Mamá, tienes que ir a la policía. —Esas palabras pusieron en alerta a Dante, que lo miró alarmado.

—Ya he ido —gimió Maribel—. Me llevó tu tío. Nos recogieron la denuncia y dicen que pasarán sus datos, pero que no pueden iniciar una búsqueda si no hay sospecha de peligro. Pero a mi niña le puede haber pasado cualquier cosa… —Su madre rompió a llorar de nuevo y Leo no supo qué decir, se sentía paralizado.

—¿Qué ocurre, Leo?

Leo bajó el teléfono antes de hablar.

—Mi hermana ha desaparecido.

Justo entonces vieron a Conchi corriendo hacia ellos y por la cara que traía, Leo supo que ella ya conocía la noticia, seguramente por medio de su marido. Estaba llorando y Leo no entendió por qué él no lo estaba haciendo también.

—¿Está tu madre al teléfono? —preguntó Conchi. Leo le tendió el móvil.

—Hermana, acabo de hablar con Julián. Ya, ya lo sé, cariño. Ya verás cómo todo sale bien…

Y mientras Conchi le decía a su madre las palabras de consuelo que él no podía decir, Leo se quedó clavado en el sitio.

—¿Leo? —Dante se aproximó a él, como si fuera un animal salvaje—. ¿Estás bien? Dime qué necesitas.

—Le dije que era una imbécil.

—¿Cómo?

Leo se giró hacia él.

—Le dije que era una imbécil y una niñata. —Su voz se rompió y sintió el escozor de las lágrimas, pero se obligó a seguir hablando—.

Que desapareciera de mi vista.

—Leo.

—Le dije que no quería volverla a ver.

Dante avanzó hacia él y Leo se dejó rodear. Hundió la cara en su cuello y el aroma amaderado de su perfume lo envolvió. Se aferró con fuerza a la espalda de Dante, y allí, en mitad del bosque, y en los brazos del hombre que creía que odiaba, Leo lloró como no lo había hecho nunca antes en su vida.

CAPÍTULO
DIECISÉIS



Leo siempre recordaría de manera muy confusa lo que ocurrió aquella noche tras la llamada de su madre. Conchi y él recogieron sus cosas, pero, dado que ninguno de los dos estaba en condiciones para conducir, aceptaron la propuesta de Julián de ir a buscarlos. En aquel momento, los monitores y la mayoría de los chavales estaban aún despiertos y la noticia de que le había pasado algo a la hermana de Leo corrió como la pólvora. Leo recordaba haber tenido a Mario a su lado casi todo el rato, pero no lo que habían hablado, aunque sabía que la presencia del psicólogo a su lado le había resultado reconfortante. También recordaba ver a Dante alrededor de ellos, animando a los chicos a que no agobiaran mucho a Leo y Conchi, haciendo llamadas y, cuando ya se iban, acompañándoles hasta la salida del campamento, cargando la maleta de Conchi hasta el coche de Julián. Leo recordaba aquel camino hasta el aparcamiento de tierra, pero no haber llevado su propia maleta. No podría recordar nunca quién lo hizo por él.

El trayecto fue miserable. Julián les contó cómo Maribel lo había llamado a última hora de la tarde, diciéndole que Lidia no había vuelto. Julián quiso tranquilizar a su cuñada, pero tras comprobar personalmente que el móvil de Lidia estaba desactivado y que la

amiga con la que había salido no daba, tampoco, señales de vida, había resuelto acompañar a Maribel a la comisaría más cercana a poner una denuncia. Conchi se había vuelto a echar a llorar y Leo, que ocupaba el asiento de atrás, la vio agitar los hombros en su silencioso llanto. Vio cómo Julián lo miraba por el espejo retrovisor y escuchó su apenado suspiro. Leo no lloró más; se sentía vacío y una extraña calma se había apoderado de él. «Quizás estoy en shock», se dijo con cierta sorpresa. «Quizás esto es lo que se siente cuando no se siente nada».

Fuera del coche, el mundo estaba oscuro y sólo se podían distinguir las líneas de la carretera y los reflectantes que marcaban el recorrido del carril. Leo apoyó la cabeza contra la ventanilla, dejando que aquellas líneas se desdibujaran ante sus ojos. Intentó recordar las palabras exactas que le había dicho su madre, pero no conseguía reproducir la conversación en su cabeza. Se culpó por no haber pedido más detalles, y por no tener información que ofrecer, y sobre todo, por no haber sido capaz de consolar a su propia madre. Si no hubiera sido porque Conchi le quitó el teléfono para hablar con Maribel…

Porque lo que había ocurrido en aquel momento, eso sí que lo recordaba. Cómo se había quedado en blanco. Cómo la culpa por las últimas palabras que le había dicho a su hermana cayó sobre él. Y, especialmente, cómo se había derrumbado en brazos de Dante, permitiéndose el lujo de dejarse arrullar por él. Y ahora lo que sentía era vergüenza. ¿Cómo podía ser eso lo único que sentía, lo que más le preocupaba, la noche que había sabido que su hermana estaba desaparecida?

Llegaron a Valdemora poco después de la medianoche y Conchi y Julián decidieron, tácitamente, subir con él y pasar la noche con ellos. Leo no sabía bien qué le esperaba al llegar y mil escenarios se le pasaron por la cabeza mientras subía en el ascensor con sus tíos. Pensaba que encontraría a su madre histérica, gritando desquiciada como la protagonista de una película de Almodóvar. Quizás por eso, el silencio que los recibió en casa fue tan desolador. La luz de la cocina estaba apagada, y Leo dejó su maleta junto a la puerta. Confiando en que sus tíos sabían navegar por aquella casa como si

fuera la suya propia, caminó hasta el dormitorio de su madre, de donde procedía el único punto de luz.

La puerta estaba entreabierta y Leo la abrió del todo, despacio. Maribel estaba allí, sentada al borde de la cama, deshaciendo un pañuelo de papel con los dedos, el rostro manchado por el rastro de maquillaje corrido que habían dejado sus lágrimas. La lámpara de la mesita de noche estaba encendida, iluminando la escena con una luz macilenta y pobre. Leo avanzó hacia el interior y entonces Maribel pareció salir de su estupor, se puso de pie y abrazó a su hijo.

Su madre soltó un suspiro contra su cuello y Leo se aferró a ella.

—Por fin estás aquí —fue lo único que le dijo.

Leo escuchó sonidos de pasos tras él y vio que sus tíos se adentraban en la estancia. Conchi se acercó a Maribel, que seguía abrazada a su hijo y no parecía tener intención alguna de soltarlo.

—Mabel, dime qué necesitas. —Conchi le frotó la espalda, mirándola con cariño y preocupación.

—Deberías dormir algo —añadió Julián.

Maribel negó furiosamente con la cabeza.

—Pues si tú no duermes, no dormimos ninguno —sentenció su hermana—. ¿Quién quiere un chocolate caliente?

Poco después, los cuatro estaban sentados en el salón, con sus tazas en las manos. No se habían atrevido a encender la lámpara principal, como si el hecho de que la casa estuviera a oscuras a esa hora de la noche tuviera algo de tranquilizador. Leo había encendido una lámpara de lectura y Conchi prendió una de las velas que había hecho en el campamento. Ahora los cuatro se miraban unos a otros en la semipenumbra.

—No me puedo creer que esto esté pasando… —murmuró Maribel. Tenía una manta sobre los hombros, pues a pesar del calor del verano ella decía que sentía frío en los huesos. Agarraba su taza de chocolate con ambas manos, pero no había dado ni un solo sorbo —. Me parece que todo esto es un sueño, que me voy a despertar y voy a escuchar a Lidia, gritando por la casa y poniéndonos a todos

de los nervios. Sobre todo a ti —añadió, acariciando con suavidad el cabello de su hijo.

Leo se obligó a esbozar una pequeña sonrisa. Aquellas peleas que su madre evocaba ahora con nostalgia eran, para él, heridas abiertas. Recordó el tono de su propia voz gritándole insultos desde el pasillo, el estruendo del portazo y las últimas palabras que le había dicho. Se estremeció.

—Ella es fuerte, Mabel —aseveró Conchi—. Aparecerá. Seguro que solo es…

—Supongo que todos esperamos que esto no sea más que Lidia siendo Lidia —dijo Julián—, pero tengo que reconocer que lo de ese chico me preocupa un poco…

—¿Qué chico? —preguntó Leo.

Maribel lo miró de reojo, pero no dijo nada.

—Tu hijo tiene derecho a saberlo —opinó el policía—. Y se enterará de todos modos, tarde o temprano.

—¿Saber el qué? —exigió.

—El otro día, cuando tú ya te habías ido al campamento —empezó a relatar su madre—, Lidia me contó que se estaba viendo con alguien. Que eran novios desde hacía meses, pero que él quería mantenerlo en secreto. Me pidió expresamente que no te dijera nada, pero eso fue antes de que…

Leo sintió que se le erizaba el vello de los brazos. Eso no sonaba nada bien. Lanzó una mirada a su tío, que asintió apesadumbrado.

—¿Sabes algo más? —preguntó con cautela.

—Solo que se llama Oliver.

Conchi y Leo se pusieron alerta a la vez.

—¿Qué sabes de ese chico, mamá?

Maribel negó con la cabeza.

—Muy poco. Me dijo que era fotógrafo y…

—Mierda —siseó Leo.

—¿No creerás que es el mismo que…? —empezó Conchi, pero Leo se puso de pie.

—No lo sé. Pero no me extrañaría.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Julián. Maribel los miraba de hito en hito.

—Yo conozco a un Oliver. Lidia y yo lo conocimos hace meses, en El Disturbio.

—¿Pero tú no saliste con ese chico? ¿Cómo va a ser el mismo? —se quejó Maribel.

Leo quiso darle la razón a su madre, pero algo en su interior le gritaba que no iba desencaminado.

—¿Sabes su apellido? —preguntó Julián.

—No. Pero tengo su número de teléfono. De hecho… —Le hizo un gesto con la cabeza a su tío—. ¿Podemos hablar un momento a solas?

—Claro.

Julián lo siguió hasta su dormitorio y Leo cerró la puerta tras ellos.

—No estoy seguro de que sea el mismo, pero si es el Oliver que conozco, no es ningún chico. Debe tener unos treinta años.

—Vale —dijo Julián con cautela, presintiendo que Leo quería decirle algo más.

—Y trapichea con drogas. Y no es… *Tsk*. Tiene antecedentes.

—¿Por drogas?

—No. —Leo procedió a relatarle la historia de Dante, omitiendo su nombre y negándose a darle a su tío más información de la estrictamente necesaria, aunque sabía que si él empezaba a investigar acabaría dando con cada escabroso detalle.

Julián asintió con gravedad cuando Leo terminó de hablar.

—Si esto es verdad, y Lidia está con ese hombre…

—Lo sé. —Leo sintió que las tripas se le convertían en un nudo en el estómago.

—Dame su número de teléfono. Con suerte podrán identificarlo y corroborar si es verdad todo lo que me has contado. —Leo se fue a quejar, pero Julián le interrumpió—: Sé que tú crees que todo esto es verdad, pero hasta que no vean la ficha policial de ese individuo…

—¿Y luego?

—Y luego, si hay sospechas de que ese Oliver con antecedentes y el Oliver de Lidia son el mismo hombre, creo que habría razones para iniciar una búsqueda activa por existencia de riesgo real.

—Joder… —Leo se llevó las manos a la cara. No sabía si sentirse aliviado de que la policía fuera a buscar activamente a su hermana o aterrado por lo que ello implicaba.

—Hagamos una cosa: me voy a la comisaría y pongo sobre aviso a mis compañeros. Si el número de móvil que me has dado está a nombre del tal Oliver, sabrán en un periquete quién es y qué antecedentes tiene. Luego ya sería cuestión de relacionarlo con Lidia. No le digas nada a tu madre de momento. Hasta que no sepamos nada en firme, es mejor no asustarla.

Leo asintió. Él opinaba lo mismo.

—Les diré que me voy a dar una vuelta en el coche patrulla a ver si la veo, o algo así. Tú quédate aquí. No te separes de tu madre. —Le puso una pesada mano en el hombro y lo miró por debajo de sus espesas cejas—. Te necesita ahora mismo.

—Lo sé.

—Buen chico —le dijo su tío, como cuando con diez años le enseñó a jugar al futbolín—. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Julián salió de la habitación y Leo lo oyó despedirse con una excusa inventada. Él se quedó unos minutos en su habitación, intentando recomponerse un tanto. Se secó los ojos con las manos y suspiró profundamente, antes de volver al salón, preparado para pasar la noche en vela.

La noche pasó larga y agónica. Maribel acabó venciéndose al cansancio pasadas las cuatro y se quedó dormida con la cabeza apoyada en el hombro de Conchi. Leo no pegó ojo. Se quedó sentado en la alfombra, con la espalda apoyada contra el radiador apagado, viendo cómo la vela que su tía había hecho en el campamento se consumía hasta convertirse en un charco de cera y cómo la noche se transformaba en una madrugada gris y pastosa.

A las siete y media de la mañana, cuando el primer calor del día empezaba a colarse por las persianas a medio bajar, el móvil de Leo vibró en su mano. Se levantó de un salto, esquivando con cuidado las piernas de su tía, y se refugió en la cocina antes de contestar.

—Dime —contestó, con la voz rota por la noche pasada en silencio y sin dormir.

—Es él, Leo. —Julián sonaba cansado y el ruido de fondo de la comisaría se filtraba en la conversación—. Tus sospechas eran ciertas. El número está a nombre de un tal Oliver José Villagrán Santos. —A Leo se le revolvió el estómago al escuchar por primera vez el nombre completo de aquel hombre—. Como me dijiste, tiene antecedentes penales —continuó Julián, bajando la voz—. Y de los graves. Estuvo implicado en un caso de drogas y corrupción de menores, aunque se quedó en grado de tentativa por un defecto de forma en la instrucción y porque sus abogados dijeron que su adicción a las drogas fue el motor de sus actos. Se fugó del centro de desintoxicación en el que tenía que internarse por mandato judicial y no se ha vuelto a tener pista acerca de él hasta ahora. Pero no dudo de que sea un elemento de cuidado. Y hay indicios claros de relación continuada. Lidia y ese hombre han estado en contacto casi a diario durante los últimos seis meses.

—Joder… —Leo se apoyó contra el mármol de la encimera, sintiendo un sudor frío—. ¿Dónde está? ¿Han ido a buscarlo?

—Ya hay una patrulla de camino a su domicilio para hablar con él. Al existir este historial y comprobarse la relación, se ha elevado el nivel de riesgo y se ha iniciado un operativo de búsqueda activa. Estamos en ello, chico. No le digas nada a tu madre todavía, mantén la calma en casa. Tampoco le he dicho nada a Conchi. Me va a matar —suspiró—. Te llamaré en cuanto sepa algo más.

—Gracias.

Cortó la comunicación y volvió al salón, donde las hermanas Gallardo empezaban a despertar.

—Ay, mi cuello —se quejó Maribel—. Lo tengo todo contracturado.

—Tenías que haberte ido a la cama, mamá —la amonestó.

—¿Era tu tío quien llamó por teléfono? —preguntó Conchi.

—Aún no saben nada —mintió.

Pasaron el resto del día en la casa. Leo llamó a Lucas y Lara para hacerles conocedores de la situación y, por la tarde, ya todo el barrio sabía de la desaparición de Lidia: La casa se llenó de gente que

venía a ver cómo estaban, a ofrecer un túper con comida o simplemente a curiosear. Mari Carmen, la madre de Lucas, que siempre había sido una de las vecinas más cercanas a Maribel, se encargó de que aquello no se convirtiera en un circo y mandó a muchos de vuelta a sus propias casas. Luego, se encargó de preparar un almuerzo tardío mientras Conchi convencía a Maribel para que se diera una ducha.

Aquella tarde, en el refugio de su habitación, y acompañado de sus dos mejores amigos en el mundo, Leo se permitió el lujo de derrumbarse. Les contó todo lo que sabía con respecto a Oliver.

—Mi tío llamó de nuevo hace un rato —relató, las lágrimas corriendo por sus mejillas—. El muy hijo de puta admite que estaba en una relación con ella y que la vio el viernes por la noche. Pero dice que ella se sentía mal y que cogió un taxi para volver a casa, que no la ha vuelto a ver.

—¿Y qué dice la policía? —le preguntó Lara.

—Que no se creen ni una palabra, pero que, de momento, no pueden hacer nada más.



El lunes amaneció con el mismo cielo de plomo. Lucas se había ido a casa la noche anterior, porque tenía que estar a primera hora en el trabajo, pero Lara se quedó con Leo y compartió su cama con él mientras que Conchi hacía lo propio por Maribel. Por la mañana, la atmósfera en la casa era tan densa que costaba respirar. Maribel, recién salida de la ducha y con los ojos hinchados, se pasaba las horas pegada al teléfono fijo, sobresaltándose con cada ruido de la escalera. Leo sentía una constante opresión en el pecho que le recordaba a la crisis de pánico que había sentido tras su único encuentro sexual con Oliver. Y pensar que Lidia había pasado los últimos seis meses liada con aquel hombre, y que había desaparecido estando con él, no hacía más que revolverle el

estómago y llenar su cabeza de posibilidades cada vez más sombrías.

Por la tarde, Julián hizo su aparición en la casa con cara de circunstancia.

—¿Qué? —Maribel se acercó a él, ansiosa, en cuanto lo vio llegar —. ¿Qué ha ocurrido?

Leo, Lara y Conchi también se habían acercado en cuanto oyeron cómo se abría la puerta. Julián no perdió el tiempo.

—La han encontrado. Está bien. Se ha suspendido el operativo de búsqueda.

Maribel se abrazó a Julián y lloró de alivio. Leo escuchó a Conchi sollozar:

—¡Menos mal!

Lara se abrazó a su espalda y le estaba diciendo palabras de ánimo, pero Leo no les prestó atención, pendiente aún de la expresión de su tío.

—¿Qué ocurre, Julián?

El policía lo miró y apartó a Maribel un poco.

—Vamos al salón, anda. Tenemos que hablar.

Leo sintió que el nudo de angustia que había empezado a aflojarse, se apretaba aún más que antes. Una vez estuvieron sentados todos alrededor de la mesita de café, Julián habló de nuevo:

—Lidia está bien. Está viva y a salvo.

—¿Dónde está?

—Eso es lo que no puedo deciros.

—¿Cómo que no…? —Maribel se indignó—. ¿Cómo que no me puedes decir dónde está mi niña?

—Porque «tu niña» es ya mayor de edad y ha pedido expresamente que no se informe a su familia de su paradero.

—Ay, Lidia… —gimió Conchi, llevándose las manos a la cara.

Leo seguía en silencio. Maribel se puso de pie y empezó a gritar:

—¿Cómo no me vas a decir dónde está? ¡Julián, que soy su madre! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Me da igual lo que ella diga!

—Maribel, cálmate.

—¿Que me calme? ¿¡Que me calme!? Claro, como tú no eres padre, no sabes lo que se siente. Y encima que tú sí sabes dónde está, ¿me dices que me calme?

—Lidia está a salvo. Está en un lugar seguro y bajo supervisión. Pero ante la ley, si un adulto es localizado con vida y se encuentra en pleno uso de sus facultades, tiene el derecho de exigir que no se revele su paradero, ni siquiera a sus familiares directos. La policía no puede saltarse esa orden, Mabel. Si lo hacemos, vulneramos sus derechos.

—¿Y mis derechos como madre, qué? ¿Qué pasa con ellos? ¿Por qué me hace esto mi propia hija? ¿Por qué no quiere volver a casa? ¿Acaso no sabe lo mal que lo estoy pasando, lo destrozados que tengo los nervios?

Maribel siguió así un rato, desahogándose con el pobre Julián, que aguantó el arrebato como un campeón. Cuando no tuvo más que decir, se sentó en el sillón muy dignamente, girando el rostro para no mirar a su cuñado a la cara.

—¿Nos puedes contar algo más? ¿Algo que explique por qué Lidia no quiere que sepamos dónde está, o sobre la investigación?

Julián inspiró hondo y Leo supo que el hombre estaba a punto de romper alguna regla.

—Le han tomado declaración. Y hay un detenido. No puedo deciros mucho más. Yo, aparte de policía, soy también familiar de Lidia. Mi posición es complicada.

—¿Un detenido? ¿Es el tal Oliver? —preguntó Conchi.

—Cariño, eso no te lo puedo decir ahora mismo.

Ella asintió y desvió la mirada hacia su sobrino. Ninguno de los dos necesitaba más confirmación que esa.

Un rato más tarde, cuando consiguieron que Maribel se echara un rato a dormir, Lara y Leo se retiraron al cuarto de este a charlar.

—Me ha llamado mucha gente, ¿sabes? —dijo Lara. Al ver la cara de confusión de Leo, aclaró—: Para saber cómo estás, si sabemos algo de Lidia. Prefieren no llamarte a ti para no molestarte, pero supongo que te gustaría saber que hay muchas personas que se

preocupan por ti. —Lara empezó a enumerarle las personas que se habían puesto en contacto con ella para interesarse por el estado de la hermana de Leo, desde compañeros de PodStand a conocidos del mundillo artístico, como Rafa, el gestor de Nave 8, pasando por vecinos y amigos del barrio y de su época escolar, con los que ya no mantenía mucho contacto—. También me llamó Álvaro —añadió al final, como si no le diera demasiada importancia—. Me dijo que espera que la encontremos. Me pidió que os diera a ti y a tu madre un abrazo de su parte, que lo llamemos si necesitamos algo. Que siempre recuerda con cariño lo espontánea y divertida que es Lidia y que es una pena que… —Lara calló de repente.

—¿Dónde crees que estará mi hermana?

Lara se encogió de hombros.

—Con una amiga, quizás. O en la comisaría. O en un hospital. Tu tío dijo que estaba bajo supervisión. —Lara suspiró—. Sinceramente, con saber que está bien, me quedo tranquila.

—Pues yo no —musitó Leo, con la vista clavada en la colcha de su cama y jugueteando con un hilo suelto—. Tengo la sensación de que ha pasado algo. Algo que hace que Lidia no quiera vernos, por alguna razón.

—No creo que sea por lo que le dijiste —musitó Lara, a quien Leo había contado la discusión que había tenido con Lidia el día que partió hacia el campamento.

—Ya, ni yo tampoco. —Leo esbozó una sonrisa amarga—. Aunque me encantaría, ¿sabes? Que fuera solo por eso. Que lo peor que le hubiera pasado esta semana fuera que su hermano la insultara. Pero discutimos tan a menudo que creo que ya le resbala todo lo que le digo.

—Es verdad que siempre estáis discutiendo —rio Lara con suavidad.

—Soy demasiado duro con ella. Siempre lo he sido.

Pensó que Lara le diría que no era así e intentaría consolarlo, pero en vez de eso, le dijo:

—Es verdad. Eres superduro con ella. —Leo levantó la mirada, algo mosqueado—. Pero está bien que seas así —continuó su amiga

—. Porque tu madre es demasiado blanda. A veces creo que eres un poco más que el hermano de Lidia. Eres un poco padre con ella.

—Y por eso me detesta.

—Sí, pero también creo que te quiere por eso. Porque en el fondo, sabe que lo haces por su bien.

—Eso espero. Como también espero que nos diga dónde está. Por el bien de mi madre.

Lara lo miró muy seria.

—Y por el tuyo, cariño. Por el tuyo también.

Leo sólo pudo asentir.



Al día siguiente, por la tarde, llegó por fin la noticia que todos estaban esperando.

—Lidia ha levantado la restricción de información —anunció Julián nada más entrar él y Conchi en la casa—. Ha dado su consentimiento para que se os diga dónde está.

Maribel no dijo nada, aún indignada con Lidia, con Julián y con todas las leyes que impedían que se le hubiera dicho desde el principio el paradero de su hija.

—¿Y bien? —inquirió Leo.

Julián se sentó a la mesa de la cocina y Conchi se dirigió hasta su hermana.

—En un centro de desintoxicación. Ha admitido tener una adicción a las drogas y ha pedido ayuda —dijo. Leo descubrió que no sentía sorpresa alguna por la noticia—. El centro está en la sierra, Los Alcorques, se llama. Es un centro privado de desintoxicación y asistencia psicológica. Ha ingresado por voluntad propia.

—Está estable —añadió Conchi—, y los médicos del hospital en el que ha estado ingresada desde el sábado dicen que es lo mejor para ella ahora mismo.

—¿La has visto? —preguntó Maribel.

—Yo no, pero Julián sí, esta mañana. Yo pude hablar con sus médicos.

—¿Por qué ingresó? —Leo cruzó los brazos sobre el pecho, esperando una respuesta que sabía que no le iba a gustar.

Julián lo miró como si eso fuera obvio.

—Sobredosis accidental.

Maribel hundió la cara en las manos y se echó a llorar. Conchi, que seguía de pie a su lado, le frotó la espalda.

—Podía haber sido mucho peor. Al menos ya sabemos que está bien. Tu niña está bien.

Maribel asintió, pero no podía dejar de llorar.

—¿Podemos ir a verla?

—A partir de pasado mañana. Las primeras cuarenta y ocho horas en el centro las visitas están prohibidas. Tengo que informaros también de que hay una investigación en marcha. Aún no puedo daros muchos detalles, pero Oliver está detenido y siendo interrogado.

Leo asintió, asimilando la noticia y encajando piezas en su mente. Conocía la reputación de Los Alcorques; era un centro de élite, conocido por ser el lugar de desintoxicación de algunas celebrities del país.

Miró de reojo a sus tíos y se preguntó de qué medios se habrían servido y cuánto dinero habrían tenido que desembolsar para conseguirle a su hermana una plaza en el centro y pagar su tratamiento. Siendo Julián policía y Conchi médica, sabía que ellos tenían los contactos y medios económicos necesarios, pero se sintió inmediatamente en deuda con ellos. No se quería ni imaginar por lo que habría pasado Lidia en manos de Oliver, y si lo estaban interrogando, sería por algo que le habría hecho. Que su hermana hubiera acabado enganchada a las drogas era, para él, otro daño más que atribuir a aquel hombre. Pero saber que Lidia estaba en las mejores manos posibles lo tranquilizaba un poco. Mientras su madre se iba calmando y hacía planes de lo que haría y diría cuando pudiera ver por fin a Lidia, Leo se dijo, con un nudo de gratitud en la garganta, que tendría que hablar con sus tíos acerca de cómo devolverles el dinero cuando todo se hubiera calmado un poco.

CAPÍTULO
DIECISIETE



El coche ascendía lentamente por una carretera que atravesaba un pinar. A aquella hora de la mañana, el calor aún no había terminado de asentarse sobre el paisaje y una neblina ligera parecía suspendida entre los árboles. Maribel no había dejado de hablar desde que salieron de Valdemora, preocupada acerca de si Lidia estaría comiendo bien, si habría dormido o si le habían traído suficiente ropa y efectos personales. Leo apenas contestaba. Tenía la sensación de que, dijera lo que dijese, sería inapropiado, así que se limitaba a conducir en silencio y asentir de vez en cuando.

Reconoció el logo de Los Alcorques y dirigió el coche hacia el aparcamiento que había ante el edificio principal. El centro se alzaba algo apartado de la carretera principal, oculto tras un camino de grava y un muro bajo de piedra clara. El silencio era apenas roto por el canto de las cigarras y el rumor lejano de un riachuelo.

En el amplio aparcamiento había varios vehículos, algunos bastante caros y lujosos. Aquel centro era célebre por ser el lugar donde gente de la farándula y el famoseo en general desaparecía un par de meses para «descansar». Mientras aparcaba el coche, Leo empezó a encajar el hecho de que su hermana estuviera en un lugar así. Y por qué razón.

—¿Y si no quiere verme? —preguntó Maribel de repente, cuando Leo apagaba el motor.

Leo la miró.

—Claro que quiere verte.

—Pues no lo parecía cuando prohibió que me dijeran dónde estaba.

Leo soltó un suspiro agotado.

—No se te vaya a ocurrir soltarle eso cuando la veas.

—Pero…

—Mamá —dijo con dureza.

Maribel frunció los labios y desvió el rostro.

—Es que estoy nerviosa —confesó al final, con un leve temblor en la voz.

—Ya lo sé. Seguro que ella también lo está. Se lo tenemos que poner fácil —recalcó.

Su madre lo miró con ojos llorosos y asintió. Luego bajó la visera para mirarse en el espejito y asegurarse de que no había rastro de las lágrimas. Asintió a su reflejo, como para darse ánimos a sí misma, y abrió la puerta para apearse del coche. Leo la imitó. Maribel caminó con determinación hacia la entrada del centro y Leo la siguió a un par de pasos de distancia. Llevaba las manos en los bolsillos y la mirada fija en la nuca de su madre, evitando cruzarse con su propio reflejo en la puerta acristalada.

Nada más entrar, el frescor del aire acondicionado les dio una agradable bienvenida. El hall parecía el de un discreto *resort* de montaña. Había sillones tapizados en lino claro, una librería baja con revistas y alguna que otra novela, y un enorme ventanal desde el que se veía la sierra extendiéndose al otro lado de los jardines.

Tras el mostrador de recepción, una mujer de unos cincuenta años, impecablemente peinada, levantó la vista hacia ellos y les dedicó una sonrisa blanda y profesional.

—Buenos días —dijo Leo—. Somos la familia de Lidia Sáez Gallardo.

—Por supuesto —respondió la mujer, y sin perder nunca su sonrisa les pidió ver sus carnés de identidad—: Si me dais un momento, voy a avisar al equipo.

Los invitó a sentarse en una pequeña zona de espera junto al ventanal. Maribel obedeció sólo a medias: se sentó al borde del sillón, retorciéndose las manos sobre el bolso. Leo permaneció de pie unos segundos antes de dejarse caer a su lado.

—¿Crees que habrá perdido mucho peso? —preguntó ella en voz baja.

Leo se pasó una mano por la cara.

—Mamá, por favor.

—Es que ya sabes cómo es la comida de los hospitales. Cuando estuve ingresada, para parirte a ti, y luego a tu hermana, la comida era malísima y…

—Mamá —siseó Leo con la voz tensa.

Maribel lo entendió como la petición de silencio que en realidad era, y cruzó los brazos sobre el pecho. Leo se planteó disculparse con ella, pero antes de que pudiera decir nada, apareció ante ellos una mujer bajita de unos cuarenta años, vestida con ropa sencilla y una acreditación colgada del cuello. Sonreía poco, pero había algo tranquilizador en su expresión.

—Buenos días, Maribel. Hola, Leo. Soy Elena, la psicóloga del centro. Si os parece bien, antes de ver a Lidia quería hablar un minuto con vosotros.

Maribel se puso de pie tan deprisa que casi volcó el bolso.

—¿Ha pasado algo?

—No, no —la tranquilizó enseguida—. Lidia está preparada para veros. Solo quiero preparar un poco este primer encuentro. Venid conmigo.

La acompañaron por un pasillo hasta una sala y ella cerró la puerta. Tomó asiento en uno de los sillones y los invitó a hacer lo mismo.

—Estos primeros días suelen ser emocionalmente intensos. Mi recomendación es que hoy intentéis centraros en estar juntos. No hace falta hablar de todo lo que ha pasado ni buscar explicaciones. Ya habrá tiempo para eso más adelante.

Maribel asintió con tanto ímpetu que Leo supo que estaba conteniendo las lágrimas otra vez.

—¿Podemos abrazarla cuando la veamos? —preguntó casi en un susurro.

La psicóloga sonrió entonces.

—Claro que sí. —Procedió entonces a darles algunas pautas y a explicarles cómo sería la estancia de Lidia en Los Alcorques. Luego consultó su reloj—. A esta hora ya debe haber terminado el taller de la mañana. Iré a buscarla.

Los dejó a solas en la sala y Leo entendió entonces que el encuentro se produciría ahí. Sintió un escalofrío.

—¿Estás bien? —preguntó a su madre.

—Estoy nerviosa.

—Yo también —susurró él.

En ese momento, la puerta se abrió y Lidia entró acompañada por Elena. Vestía una sudadera gris que le quedaba algo grande y tenía el pelo recogido en una coleta alta, tirante, que acentuaba sus pómulos. Maribel soltó un gemidito.

—Mamá… —A Lidia le tembló la barbilla al mirar a su madre con tanta violencia que Leo recordó vivamente a la niña que había sido no hacía tanto tiempo. Maribel se levantó de su silla y se fundió en un abrazo con su hija.

—Lidia, mi niña. Mi niña… —decía, mientras la mecía en sus brazos.

Leo se puso de pie, sintiéndose incómodo de repente. Sintió los ojos de Elena sobre él y sacó las manos de los bolsillos, sin saber muy bien qué hacer con ellas. Aún abrazada a su madre, Lidia levantó el lloroso rostro y lo miró.

Aquella mirada lo atravesó. Había inseguridad en los ojos de Lidia, vergüenza y culpabilidad, y entendió, de golpe, que ella tenía tanto miedo de acercarse a él como él lo tenía de acercarse a ella. Dio dos pasos hacia adelante y cogió la mano que Lidia le tendía. Antes de poder darse cuenta, Lidia ya había soltado a Maribel para apretar su cuerpo contra el de Leo.

Leo correspondió al abrazo despacio, sintiendo cómo las costillas de su hermana se le clavaban en el pecho, lo pequeña que parecía entre sus brazos, y supo que Maribel había estado acertada en su preocupación acerca del peso de Lidia. La rodeó con más fuerza y

notó cómo ella suspiraba de alivio contra su cuello. Sintió un desagradable escozor en los ojos y los cerró, sintiendo que una lágrima le corría por la mejilla.

—Lo siento —gimió ella, tan bajito que apenas lo escuchó.

—Yo también lo siento.

—No, yo lo siento más —la oyó llevarle la contraria.

—Yo más —contraatacó él.

—Pues yo, infinito —remató ella.

—Serás idiota —rio Leo, separándola un poco de sí para mirarla.

Lidia estaba demacrada, el rostro afilado por la pérdida de peso, las ojeras marcadas y no llevaba ni una sola gota de maquillaje, pero la tímida sonrisa que había en sus labios fue suficiente para tranquilizarlo. Leo le dio un beso en la frente y volvió a abrazarla, sintiéndose un estúpido por haber temido acercarse a ella.

—Os dejaré a solas un rato —escucharon que Elena se despedía.

Poco a poco, los tres se tranquilizaron lo suficiente como para sentarse. Un incómodo silencio se estableció en la sala hasta que Maribel habló:

—¿Te dan bien de comer? ¿Estás durmiendo? —Lidia asintió—. Estás muy flaca, hija.

—Mamá —se quejó Leo otra vez.

—No pasa nada. Es verdad —dijo Lidia—. He perdido algo de peso, pero no es tanto. Dos o tres kilos nada más. Con la comida tan rica que sirven aquí, seguro que lo recupero enseguida.

Leo supo que Lidia lo estaba minimizando para no preocupar a su madre. Dudaba mucho que, en su estado actual, tuviera mucho apetito.

—¿Y te tratan bien aquí?

—Estoy de lujo.

Luego empezó a hablar acerca de lo cómoda que era su habitación, de lo chulas que estaban las instalaciones, de los famosos a los que había visto «recuperándose» y de lo mucho que le gustaba el té de hierbas que les daban antes de dormir. Maribel parecía tener muchas preguntas y Lidia las iba respondiendo una a una con una calma que a Leo le resultó intranquilizadora, solo de

pensar lo falsa que debía de ser y lo mucho que a su hermana le debía estar costando mantener esa fachada ante ellos.



DURANTE LAS SIGUIENTES SEMANAS, fueron a visitarla cuantas veces pudieron. Poco a poco, Lidia recuperó parte del peso perdido y empezó a parecerse de nuevo a la joven alocada que había sido siempre, pero había una nueva seriedad en sus ojos que se negaba a desaparecer del todo. Había días en los que, como en la primera visita, les hablaba con ligereza y lo minimizaba todo. Otros, se mostraba taciturna, triste o enfadada y, o bien se quedaba en silencio durante largos ratos, o bien se movía de forma errática y les hablaba con un sarcasmo seco, nada propio de ella. Elena les aseguraba que todo era parte del proceso, que había que respetar sus tiempos y que, en general, Lidia evolucionaba bien.

Maribel oscilaba entre el alivio y la vigilancia. Cada avance de su hija le parecía un milagro; cada mal gesto, una posible recaída. Leo, en cambio, aprendió a leer las pausas, a no presionar, a simplemente estar a su lado, disfrutar de sus buenos momentos y aguantar los no tan buenos con el mejor talante posible.

De Julián llegaban únicamente noticias fragmentadas, siempre escasas. Sabían que había una investigación en curso y que la policía no podía facilitarles más detalles, solo que Oliver seguía bajo custodia y que el procedimiento sería largo. No hubo más explicaciones: ni sobre el alcance del caso, ni sobre lo que le habría ocurrido a Lidia, ni sobre los cargos concretos que se estaban construyendo. Para Leo, esa falta de información era asfixiante, pero sabía que debía esperar para obtener respuestas.

Y mientras tanto, la vida continuó. A Leo se le acabaron los días libres y se incorporó de nuevo a *La Redacción*. Leguina se había ofrecido a adelantarse un par de semanas más de vacaciones, pero

Leo lo rechazó y se volcó en su trabajo como si fuera una terapia, aunque supiera que algo en su vida seguía estando en pausa.

A finales de julio, Leo acudió a Los Alcorques él solo. Maribel había retomado el trabajo en el Beautifuck tras un periodo de cierre obligado, y aunque Leo sabía que, de haber podido permitírselo, su madre habría prolongado la ausencia, también intuía que volver a la rutina le estaba haciendo bien.

Se reunió con Lidia en el amplio jardín que había tras el edificio principal, su lugar favorito para verse. Aunque el calor era asfixiante, decidieron dar un corto paseo hasta la linde de la propiedad, donde unos árboles ofrecían algo de abrigo contra el inclemente sol. Se sentaron junto a uno de ellos, apoyándose contra el rugoso tronco.

—La policía volvió ayer —dijo Lidia de pronto—. Querían que mirara algunas cosas. Del caso. —Leo guardó silencio, sintiendo que era mejor que Lidia decidiera cuánto quería contarle. Ella lo miró—. Una vez, Oliver me habló de ti… Me contó que os habíais liado y eso.

La chica bajó la mirada y se concentró en juguetear con el tejido de su camiseta.

—Fue aquella noche que vino a buscarme a casa. Luego no volvimos a salir.

—¿Por qué no? —preguntó Lidia, aún sin mirarle.

—Porque yo no quise… Digamos que no tuve una buena experiencia.

—Oliver me dijo que fue él quien no quiso volver a verte. Que no tenías más de un polvo encima. —Ahora sí que lo miró—. Pero que yo sí que lo tenía, que era mil veces mejor que tú. Qué capullo, ¿no crees? —Lo que Leo opinaba se lo guardó de momento—. Me siento un poco tonta. Por haber creído todo lo que me dijo. No eran más que mentiras… —Escupió en el césped y bajó de nuevo la mirada.

—No eres tonta…

—Ya, ya me lo han explicado. Que me manipuló. Que es muy fácil caer en las redes de un narcisista. Creo que fue así como lo llamó mi psicóloga: narcisista. No sé muy bien lo que es, pero no creo que sea nada bueno.

«Casi hago que te desmayes del gusto». A pesar del calor, Leo se estremeció.

—No, no lo es.

—Nos liamos después de Navidad —empezó a contar Lidia—. Él me convenció para que no dijera nada. Que nadie nos iba a entender, y menos el «estirado de tu hermano». Así te llamaba, ¿sabes? Y a mí me hacía una gracia tremenda. —Leo guardó silencio y ella continuó—. Él fue quien me presentó a Sheila. Me dijo que era amiga suya; luego me enteré de que era su ex. Ahora creo que es otra chica tonta a la que engañó.

—Que no eres tonta. Y, probablemente, Sheila tampoco.

—Ya, bueno… Sheila me dijo que era modelo. Me enseñó sus fotos. —Bufó—. Eran una pasada. La mayoría se las había sacado Oliver. Él decía que yo era aún más guapa que ella, que si Sheila se ganaba la vida como modelo, ¿por qué no iba a poder yo? Me convenció de que lo del módulo era poco para mí, que yo merecía más: más dinero, más lujos, que todo el mundo pudiera verme y admirarme. Y me encandiló. Y luego veía a Sheila, que siempre iba guapísima y bien vestida y, joder, yo quería ser como ella. Dirás que no soy tonta, pero me dejé engañar como si lo fuera. —De nuevo Leo dio la callada por respuesta—. Así que empecé a dejar que me sacara fotos, en ropa interior, sobre todo. Él me compraba lencería y yo me la ponía para él. Era como un juego, pero me decía que iba a ser famosa. —Soltó una risita, como si se estuviera burlando de sí misma—. Me empezó a llevar a fiestas, a locales superexclusivos. Me pagaba las copas… las drogas.

—Cuando nos decías que ibas a salir con Sheila, ¿estabas en realidad con él?

Lidia asintió.

—Casi siempre. Y nunca me quedé a dormir en casa de ella: pasaba las noches con Oliver. Pero a veces sí que salíamos nosotras dos solas, como aquella vez que me viste en The Vault. Oliver decía que así era mejor para hacer *contactos*. —A Leo no le gustó nada cómo sonó eso—. Ahora suena absurdo, pero en ese momento parecía todo muy lógico.

—¿Qué tipo de gente te presentaba Sheila?

Su hermana dio un largo suspiro.

—No sé. Eran tíos que estaban dispuestos a pagarme la fiesta. Sheila me decía que este era un representante, aquel un director de una agencia… Ahora creo que era todo mentira. Luego Sheila se iba con uno de ellos y yo me iba con Oliver. Pensaba que eran sus ligues, pero luego supe que no. Y me enteré también de otras cosas.

—¿De qué cosas?

Lidia pareció dudar un momento.

—De que Sheila no era modelo, no de verdad. Que sí que ganaba dinero con sus fotos, pero de otra forma… ya sabes. Y que no sólo ganaba dinero con sus fotos, sino haciendo otras cosas.

Leo sintió que se le helaba la sangre.

—Me lo dijo aquel viernes, el día que no volví a casa. —Se rascó el pulgar con la uña, sin darse cuenta—. Fue un accidente. Me enteré sin querer de que…

—¿De qué?

—Por eso está Oliver detenido, Leo. Por eso lo denuncié.

Leo sabía que no debía presionarla, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Quieres contarme qué ocurrió?

Ella asintió y tragó saliva.

—Esa noche me dio por mirarle el ordenador. Me estaba emparanoiando y se lo miré. —Leo no la interrumpió y Lidia soltó una risa corta, sin humor—. Y no sé… al principio no entendí lo que estaba viendo. No sé qué pensé. Que eran cosas suyas o algo… —Se encogió de hombros, como si eso pudiera borrar el recuerdo—. Luego lo entendí. —Se detuvo más tiempo—. Era un perfil en JustFans con mi cara y mi nombre. Y estaban las fotos que él me hacía, las que decía que eran para el *book*. Estaban todas ahí. Y otras fotos más íntimas y también… —Otra pausa más larga—. Te juro que yo no sabía que él iba a… Cuando nos grababa, yo no pensaba que él… —No supo cómo seguir y se calló de repente.

—¿Os grababa teniendo sexo? —preguntó Leo con suavidad. Ella asintió—. ¿Y subía esos videos a internet sin tu consentimiento? —Un nuevo asentimiento—. Hijo de puta… —dijo, hundiendo la cara en las manos para evitar empezar a gritar allí mismo.

—¿Sabes que él lo negó? Me intentó hacer creer que lo que acababa de ver no existía. Pero yo me acordaba de los datos de la cuenta, del nombre exacto. Y de la contraseña que tenía apuntada en un *post-it* junto al ordenador. Así que me encerré en el baño y accedí a la cuenta de JustFans que Oliver había abierto, y allí estaba todo. —Se llevó la mano a la boca un segundo, como si le molestara haberlo dicho en voz alta—. Y luego entré en el chat y pude ver las peticiones: «Lidia, quiero una foto de tu coño», «Lidia, quiero que tu novio te dé por el culo», cosas así. —Lidia estaba llorando, pero no dejó de hablar y Leo no la interrumpió—. Y entonces entendí por qué a veces Oliver se empeñaba en hacerme una foto muy concreta, o en una postura muy específica. O por qué, a veces en la cama me pedía cosas que… —Se le rompió la voz y Leo la abrazó, estrechándola fuertemente contra su pecho. Aun así, Lidia siguió hablando, como si una vez que hubiera empezado no pudiera parar —. Porque todo era para el perfil y todo lo que me hacía no era porque él quisiera, sino porque se lo pedían los clientes. Y él ganaba dinero con eso y yo fui tan idiota que me creí que me quería.

Lidia rompió a llorar entre sus brazos y Leo sintió que algo se le rompía por dentro. Recordó haberse encontrado a Oliver unos meses antes, lo bien que le parecía estar yendo con su nuevo proyecto profesional y su nueva pareja. Y todo mientras se limitaba a explotar sexualmente a su hermana. Lidia seguía hablando, de manera más incoherente ahora, contándole cómo, tras descubrir todo eso, sintió tanta vergüenza que pensó que nunca podría volver a casa. Que Oliver y Sheila la convencieron para que se quedara con ellos, que nadie más la entendería. Que podía ganar mucho dinero así, que ser modelo estaba sobrevalorado. Y cómo, al ver que no se calmaba, Oliver empezó a darle droga, para que estuviera tranquila.

—Yo me dejé, Leo, porque estaba histérica y porque de verdad creía que si mamá… Que si tú te enterabas de todo esto… Que no ibas a querer volver a verme. Y preferí estar colocada a tener que enfrentarme a que esa iba a ser mi vida. Así que empecé a beber y a tomarme todo lo que Oliver me daba. Y nos fuimos de fiesta y perdí el control. —Se quedó un momento sin hablar, mirando al suelo, como si se hubiera quedado sin aire.

—Y te despertaste en un hospital —terminó Leo por ella.

Lidia se separó un poco de él, asintió y se limpió los mocos con la manga de la camisa.

—Sí. El resto ya lo sabes: la policía me encontró, me tomó declaración. Aquel hombre estuvo conmigo todo el rato, menos cuando la policía le decía que tenía que salir o algo, ¿sabes? —Leo no sabía a quién se refería, supuso que a algún psicólogo o trabajador social del hospital. Asintió—. Me dijeron que podían avisar a mi familia, pero yo no quería.

—Porque te daba vergüenza.

—Aún me da —afirmó, bajando la mirada.

—No tienes por qué. No has hecho nada malo.

—Ya. Eso me dice Elena. Y aquel hombre en el hospital también. Fue él quien me consiguió la plaza en este centro. Y quien me convenció de que os llamara.

—¿Quién?

—Ese hombre, el que estaba conmigo. Me dijo que no debía preocuparme, que conociéndote como lo hacía, sabía que tú lo ibas a entender. No sabía que tuvieras tanta confianza con él.

Leo la miró confuso.

—¿De quién estás hablando? ¿Quién me conocía?

Lidia chasqueó la lengua.

—Ese tío, no sé cómo se llama. El amigo de Álvaro. Ese tan serio de las gafas

Hubo un segundo de silencio.

—¿Dante? —preguntó Leo. Lidia asintió—. ¿Dante estuvo contigo en el hospital?

Ella se encogió de hombros, como si fuera obvio.

—Todo el rato, te lo acabo de decir. Me explicó que trabajaba con una ONG que ayudaba a jóvenes en problemas. Y yo soy joven y tenía problemas, así que me dejé ayudar.

Leo se incorporó y empezó a caminar por el césped.

—¿Qué ocurre? —Su hermana lo miraba como si no entendiera nada.

—¿Dante? —volvió a preguntar él.

—Sí, joder, no le gastes el nombre. —Leo se tapó la cara con las manos—. Leo, ¿qué pasa? —Lidia se puso de pie a su lado y lo miraba preocupada.

—No es nada. —Respiró hondo y la abrazó diciendo a sí mismo que no era el momento de centrarse en eso. No después de todo lo que Lidia le había contado—. Es solo que me ha sorprendido. Eso no lo sabía.

—Yo creía que sí. Ya que tienes tanta confianza con él, pensé que te lo habría dicho… —dejó caer ella con una sonrisita.

—No tengo confianza con él.

—Pues es una pena, es buen tío —repuso ella—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No —le aseguró. Lidia intensificó el abrazo.

—No sé cómo contárselo a mamá. El tío Julián dice que habrá un juicio y no quiero que se entere por otros de que yo…

—Aún tienes tiempo. Cuéntaselo cuando te sientas preparada. Pero mamá no te va a juzgar. Eres la víctima aquí, Lidia.

—Eso fue exactamente lo que Dante me dijo —susurró ella. Se separó de su hermano y lo miró a los ojos—. Si al final vas a tener más en común con el estirado ese de lo que te piensas.

Leo suspiró.

—Vamos a tu cuarto, anda, que empieza a hacer un calor…

Se quedaron un segundo en silencio antes de echar a andar. Lidia seguía muy cerca de él, como si estuviera necesitada de su contacto. Leo la rodeó con el brazo y emprendieron el camino de vuelta. Cuando un rato más tarde salía del centro, Leo se preguntó cómo encajar todo lo que acababa de descubrir… y qué tendría que ver Dante en todo esto.

Arrancó el motor con las manos todavía temblorosas, incapaz de decidir qué le quemaba más: si el odio hacia el hombre que había roto a su hermana, o la deuda impagable con el hombre al que él mismo había intentado romper.



Leo no conseguía concentrarse en nada.

Había pasado todo el trayecto en coche desde Los Alcorques pensando en todo lo que Lidia le había contado y cómo se había derrumbado en sus brazos. Cuando llegó a casa, la cosa no mejoró. Abrió el portátil con la intención de terminar su artículo del día siguiente, pero era incapaz de releer lo que ya llevaba escrito, mucho menos añadir una sola palabra más. Se quedó mirando el cursor parpadeante del procesador de textos, pero la imagen de su hermana volvía una y otra vez a su cabeza: sus palabras, su dolor, la manera en la que hacía una pausa antes de cada confesión, como si cada frase le costara una vida entera.

Maribel seguía en el Beautifuck y no saldría hasta mediodía. Le había mandado un mensaje un rato antes para decirle que sus tíos vendrían a comer. Ahora la casa estaba en silencio, salvo por el ruido habitual del barrio que entraba por la ventana abierta, junto con el calor de finales de julio. Se levantó para cerrarla y volvió a sentarse.

No podía dejar de pensar en Oliver y en todo el daño que le había hecho a su hermana. Recordaba su único encuentro con él con una mezcla de culpa, remordimientos y vergüenza y se preguntaba hasta qué punto había estado él mismo en riesgo de caer en las redes de ese manipulador, como le había pasado a Lidia.

Como le había pasado a Dante.

De nuevo se levantó y empezó a vagar por la casa. Debería estar aprovechando el tiempo a solas para escribir, antes de que sus tíos y su madre llegaran y el almuerzo familiar se lo llevara por delante, pero sentía una angustia y una intranquilidad que le hacían imposible sentarse de nuevo. Al final, se quedó paralizado, apoyado contra el respaldo del sofá, mirando hacia el vacío.

No salió de ese estado hasta que sonó el timbre. Abrió la puerta para encontrarse con Conchi, que traía unas bolsas de plástico transparentes que dejaban ver las bandejas perfectamente apiladas

que contenían. Detrás de ella, venía Julián, llevando una cacerola con las dos manos.

—He traído croquetas —anunció Conchi, levantando una de las bolsas, como para demostrarlo.

—Deja, que te ayudo. —Leo le quitó una de las bolsas y la llevó hasta la cocina. Conchi le siguió llevando la otra.

—¿Pero cuántas croquetas has hecho? —se sorprendió Leo.

—Cincuenta y tres —repuso, orgullosa.

—Lleva toda la mañana en la cocina —añadió Julián, posando la cacerola en la mesa con excesivo cuidado.

—Es que nunca tengo tiempo para cocinar estas cosas. Tengo que aprovechar cuando estoy de vacaciones.

Leo levantó la tapa de la cacerola para ver una sopa de pollo con fideos que olía a gloria.

—¿A cuántas personas tienes intención de alimentar hoy? —bromeó.

Ella chasqueó la lengua.

—Es para que tu madre congele, idiota. No quiero que tenga que estar preocupándose de esas cosas. —Conchi ya estaba abriendo la nevera, inspeccionando el contenido con familiaridad—. ¿No tienes un vinito?

—En la despensa.

—Pues ponlo a enfriar mientras yo frío las croquetas.

Conchi empezó a trastear en la cocina mientras que Julián se escabullía hasta el salón y encendía la tele. Leo metió una botella de vino en la nevera y volvió a la cocina. Conchi canturreaba mientras ponía una sartén a calentar, como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

—¿Estabas trabajando?

Leo se apoyó contra la encimera.

—Lo estaba intentando. Sin mucho éxito —confesó.

—¿Estás bien? —le preguntó ella con ese tono maternal que tanto la hacía parecerse a su hermana. Leo negó con la cabeza—. ¿Ha pasado algo con Lidia? —preguntó al fin.

Leo tardó un segundo en responder.

—¿Qué sabes tú del caso? —preguntó a su vez.

Conchi soltó un bufido.

—¿Oficialmente? Nada.

El aceite empezó a calentarse y Leo se quedó mirando cómo su tía colocaba las croquetas en la sartén con precisión.

—Lidia me lo ha contado todo. O eso creo, al menos —dijo. Conchi no levantó la vista—. La policía fue a verla ayer otra vez y… No sé, supongo que la removieron lo suficiente como para que se animara a contármelo.

Conchi meneó lentamente con la cabeza mientras se limpiaba las manos en un paño de cocina.

—Si ya decía yo que el Oliver ese no me gustaba nada…

—Joder, ya te podíamos haber hecho caso.

El aceite crepitó en la sartén.

—No te puedo dar mi opinión, dado que, como te acabo de decir, no sé nada del caso —remarcó su tía.

—Ya. Lidia me contó también otras cosas —dejó caer. Conchi empezó a girar las croquetas con una espátula—. ¿Tú sabías que Dante había estado en el hospital con ella?

—Sí —dijo sin más.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—¿Qué importancia tiene eso ahora? —Conchi volteó la última croqueta y se giró hacia su sobrino.

—Si no tiene importancia, ¿qué más te da contármelo?

Suspiró y dejó la espátula en la encimera.

—Dante me pidió que no te dijera nada.

—¿Dante te pidió que…? O sea, que lo viste allí, en persona.

—Sí. El día que le dieron el alta a tu hermana, cuando fui a hablar con los médicos que la habían atendido.

—¿Y se puede saber qué hacía Dante en el hospital? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho.

—No te enfades. No seas infantil —le amonestó—. Mira, él fue quien… Desde que se enteró de que Lidia había desaparecido, empezó a mover sus contactos, gente que conoce por medio de Proyecto Nexo, y alguien le avisó de que una joven sin identificar y más o menos de la edad de Lidia había ingresado en el hospital en el que trabajaba. Dante llegó allí antes que la policía y fue él quien la

identificó cuando aún estaba sedada —le contó mientras sacaba las croquetas, ya cocinadas, una a una y apagaba la cocina. Leo sintió cómo algo se le tensaba en el pecho, una mezcla incómoda de sorpresa y desconcierto—. Cuando Lidia despertó, Dante le dijo que trabajaba con una ONG y que quería ayudarla. Y tu hermana aceptó. No hay más.

—¿Cómo que no hay más? Lidia me dijo que él fue quien gestionó lo del centro. Yo pensaba que habíais sido vosotros.

—No. Fue él.

—¿Por medio de la ONG? —inquirió Leo con suspicacia.

—Eso es lo que él le dijo a tu hermana. Pero Proyecto Nexo solo ayuda a menores de edad, Leo.

Lo miró, esperando que el significado de lo que acababa de decir calara en él.

—El dinero salió de su propio bolsillo —dedujo. Conchi asintió, confirmando su suposición—. ¿Por qué hizo todo eso?

Su tía lo miró directamente.

—¿No me lo deberías decir tú a mí? —contraatacó.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y Maribel entró en la casa.

—Aquí huele de maravilla —dijo con deleite, saludando a su hermana.

Poco después, todos se sentaron a comer, pero Leo no podía dejar de darle vueltas a lo que le había dicho su tía. Se excusó en cuanto pudo, alegando que tenía que terminar de cerrar el artículo para el día siguiente, y se encerró en su cuarto. Se dejó caer sobre la cama. El calor de la tarde se filtraba por las persianas y Leo prendió el ventilador de techo. Mientras miraba cómo las aspas se movían, recordó las palabras de su tía: «Desde que se enteró de que Lidia había desaparecido, empezó a mover sus contactos». Se recordó a sí mismo llorando sin consuelo en brazos de Dante. El resto de acontecimientos de aquella noche le resultaban confusos. Recordaba haber hablado con Mario, y haber visto a Dante muy pendiente de ellos, acompañarles al coche y hacer llamadas de teléfono. ¿Habían estado aquellas llamadas relacionadas con Lidia?

Lo que no entendía era por qué Dante estaba dispuesto a hacer algo así. Entendía que, como víctima del mismo hombre, Dante se sintiera concernido por lo que le había pasado a Lidia, pero aquel sábado, cuando la noticia de la desaparición de Lidia se hizo conocida, nadie sabía de la implicación de Oliver en el asunto. Así que, si no tenía nada que ver con Oliver, ¿por qué había intervenido Dante?

«Creo que tú lo sabes». Aquella frase, dicha a media voz, volvió a él con nitidez. Y con ella, la imagen de una piscina a oscuras, el olor del césped húmedo y la mirada de Dante clavada en él, retándole a admitir de una vez por todas lo que hacía meses que sabía.

Leo se cubrió los ojos con el antebrazo, sintiendo el peso del aire caliente de la tarde. Durante meses, se había convencido de que su encuentro en aquel hotel por horas no había sido más que un juego de poder entre dos hombres que se odiaban. Recordó cómo había intentado humillarle, cómo había buscado desesperadamente reafirmar que era él quien tenía el control. Pero la mirada de Dante cuando se arrodilló ante él no había sido la de un hombre derrotado, sino la de alguien que estaba exactamente donde quería estar.

Recordó la forma en que Dante lo había sostenido, la lentitud casi reverencial con la que lo había poseído, con una ternura que Leo no supo, o no quiso, procesar. Y luego, cuando Dante le había ofrecido ser su pareja, Leo le había devuelto un insulto tras otro, juzgándolo sin misericordia.

Había sido él quien decidió que aquella noche solo había sido sexo. Él, quien le puso una etiqueta fría y sucia y banalizó sobre aquella noche en su podcast. Porque era más cómodo convencerse de que Dante lo despreciaba tanto como Leo lo despreciaba a él. Al menos después de cómo lo había tratado. Porque esa simetría era lo único que lo mantenía a salvo. Y ahora tenía que enfrentarse no solo al hecho de que Dante hubiera salvado a Lidia, sino a la posibilidad de que lo hubiera hecho porque sentía algo por él.

Se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Sacó el móvil del bolsillo y buscó el perfil de Dante. Nada le impedía escribirle un privado, preguntarle por qué lo había hecho, pero no era capaz de

hacerlo. La sola idea de ver su nombre y sus fotos en la pantalla le provocaba un vértigo paralizante. Leo dejó caer el móvil sobre el colchón y volvió a tumbarse. ¿Y si ya era demasiado tarde? ¿Y si Dante, después de haber sido humillado y rechazado, había decidido que Leo no valía la pena? Quizás solo había ayudado a Lidia por el respeto a lo que había habido entre ellos, y no por la esperanza de lo que podría suceder.

Un escalofrío le recorrió a pesar del calor. Sentía que, por primera vez, se había atrevido a mirar a Dante sin el filtro de sus propios prejuicios, y lo que veía le gustaba tanto que le asustaba, sobre todo porque la posibilidad de que fuera demasiado tarde le resultaba insoportable. Se dio la vuelta en la cama, hundiendo la cara en la almohada con la aterradora certeza de que deseaba al único hombre al que le había jurado desprecio, y con la duda, aún más negra, de que ese deseo no fuera ya correspondido.

CAPÍTULO
DIECIOCHO



Cuando Leo y Maribel llegaron aquella tarde a Los Alcorques, Lidia estaba sentada en el césped bajo la sombra de uno de los árboles del jardín, con una revista abierta sobre las rodillas. Junto a ella había otra de las internas, una chica que debía rondar los veinticinco y que se reía de las ocurrencias de Lidia con una risa ligera.

—Que es toda naturalidad y belleza, dice aquí. Te digo yo que esta se ha operado por lo menos la nariz. Y las tetas, ¡antes era una tabla!

La chica volvió a reír y ambas levantaron la vista al verlos llegar.

—Mamá —dijo Lidia, tendiéndole la revista a su madre—. ¿A que la hija de la Montoya está toda operada?

Maribel cogió la revista y frunció los ojos para ver las fotografías. Se había dejado sus gafas de presbicia en casa.

—Uy, sí, muchísimo. Con lo feíta que era de pequeña. Si es que parece otra…

—¡*Shhh*! Calla, mamá —rio Lidia por lo bajini, señalando algo tras su madre.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Maribel, girándose.

—Que ese es primo suyo. —Lidia bajó la voz y señaló disimuladamente a otro de los internos que paseaba cerca—. Ya

sabes, el aspirante a DJ.

—¿Y ese está interno también aquí? —se asombró Maribel.

La amiga de Lidia soltó una risita.

—Por cuarta vez —les cuchicheó. Se incorporó sacudiéndose la hierba de los pantalones y les hizo un gesto de despedida antes de alejarse hacia el edificio.

Leo se sentó en la hierba, junto a su hermana, contentándose con observar mientras Lidia seguía pasando hojas de la revista y comentaba con su madre las vacaciones de un famoso en Santorini. Cuando se cansó del cotilleo, Lidia se echó hacia atrás apoyando las manos en la hierba, estiró las piernas con una calma casi perezosa y le dio un suave codazo en las costillas a su hermano.

—Y tú, ¿qué? ¿Qué te cuentas?

—Nada —dijo él.

Y era verdad. Agosto estaba siendo un mes lento, tanto en su vida como en el periódico. Aunque seguía trabajando, el final del curso político y las vacaciones habían vaciado la agenda de acontecimientos, eventos culturales y noticias que comentar. Cada vez le costaba más encontrar de qué escribir. Lo normal, le había dicho Leguina, era no estar a pleno rendimiento en agosto; la presión de producción era también mucho menor. Incluso le había insinuado que, a partir del año siguiente, quizá lo más sensato sería reservarse las vacaciones para ese mes tan vacío. Leo estaba empezando a pensar que el director tenía razón. Mientras tanto, se había dedicado a escribir piezas más introspectivas. Habría quien podría considerar sus últimos artículos casi como de relleno, pero Leo estaba usándolos para explorar temas que le preocupaban o que no dejaban de rondarle la cabeza últimamente. Como las deudas que se podían contraer con aquellos que te hacían un favor inesperado. O la obsesión que podía desarrollar alguien con las publicaciones en redes sociales de una persona que le gustara.

Como le había pasado a él.

Dante había hecho una única publicación en su Instagram en todo el mes: un selfie recién salido del agua, muy parecido al que se había sacado cuando aún era jugador profesional y que tanto había cautivado a Leo en el campamento. Aunque más de cinco años

separaban ambas fotografías, eran muy parecidas: las aguas azules de una piscina al fondo, el cabello húmedo pegado a la frente, aquella expresión de calma y seguridad que Dante parecía conservar incluso cuando sonreía. En esta última imagen, las marcas de las gafas de natación apenas se intuían y guiñaba un ojo a la cámara. O quizás lo había cerrado porque una gota de agua se le había metido justo cuando tomó la instantánea. En todo caso, el gesto cautivaba a Leo, que había observado el selfie durante horas. Pero no era la imagen en sí lo que le tenía completamente obsesionado, sino el pie de foto:

@Dante_valcarcel El deporte me ha enseñado que a veces se gana y a veces se pierde. Y que la derrota es más amarga mientras más cerca estás de la victoria. Es curioso, porque ya debería estar acostumbrado a las medallas de plata 🥈😝

La primera vez que vio la publicación fue una noche de insomnio, tumbado en la cama. Leo leyó la frase y después volvió a mirar la imagen. La belleza de Dante le pareció más insoportable que nunca, quizás porque aquellas palabras tenían algo del mismo derrotismo que él llevaba días arrastrando.

«La derrota es más amarga mientras más cerca estás de la victoria». ¿A qué se refería Dante? ¿Qué era lo que había perdido? ¿Una oportunidad laboral? ¿A alguien importante?

¿A él?

El pensamiento apareció sin permiso y le provocó un vuelco al corazón. Leo soltó el móvil sobre la cama, pero apenas unos segundos después volvió a cogerlo. Releyó el pie de foto, esta vez más despacio, como si variar la velocidad de lectura pudiera alterar el significado de las palabras. No era un mensaje enrevesado. Quizás no significaba nada. Quizás solo era una reflexión que había tenido mientras nadaba. Y, aun así, le parecía demasiado precisa, demasiado pensada como para ser algo que simplemente pones en redes sociales. Leo no conseguía convencerse de que Dante hubiera escrito aquello por casualidad.

Soltó una exhalación por la nariz, una risa que no llegó a formarse. Claro, sólo pensaba eso porque era lo que necesitaba creer: que Dante se dedicaba a dejarle pistas, que cada frase ambigua que soltaba debía estar dedicada a él. Si Dante quisiera decirle algo, lo habría hecho, se dijo Leo.

O quizás no, pensó. Quizás no se atrevía, igual que él tampoco se atrevía a enviarle un privado. Pero, ¿qué se suponía que iba a decirle? ¿Sé lo que hiciste por Lidia, muchas gracias? El mero pensamiento le produjo una vergüenza instantánea. Cualquier cosa que pudiera decirle sería ridículamente insuficiente. Además, la deuda que había contraído con Dante no se pagaba con un simple mensajito. Y, en todo caso, dudaba mucho de que Dante quisiera saber nada de él a esas alturas. Apagó la pantalla y se dio la vuelta en la cama, dispuesto a quedarse dormido de una vez por todas.

Pero su cabeza parecía empeñada en seguir pensando. A lo mejor Dante sí que quería algo con él. Después de cómo lo había tratado en el campamento, de cómo habían hablado aquella noche junto a la piscina… Leo sintió la cara enrojecer de vergüenza al recordar el momento en el que creyó que iba a besarle, pero eso no le impidió fantasear con qué podría haber ocurrido, en cómo habría respondido Dante si hubiera sido él quien diera el primer paso. Dudaba mucho que lo hubiera rechazado. A lo mejor, Dante también imaginaba lo que podía haber ocurrido aquella noche; a lo mejor había escrito aquello pensando en él. Quizás ese guiño hacía referencia al secreto que compartían, a lo que había pasado en marzo, a lo que podía haber pasado en julio. A lo que, tal vez, todavía podría volver a ocurrir.

Volvió a desbloquear el móvil y la luz de la pantalla le iluminó el rostro en la oscuridad de su dormitorio. Buscó de nuevo la publicación y, al verla, sintió unos deseos irrefrenables de tocarlo, de poder acariciar ese rostro mojado y sonriente que tenía ante sí, de haber estado a su lado cuando salió de aquella piscina para abrazarse a aquel cuerpo grande y musculoso que con tanta asiduidad plagaba sus fantasías. Antes de que pudiera pensarlo demasiado, ya había dado dos rápidos toques sobre la foto. El icono del corazón se volvió rojo.

Durante un segundo no sintió nada. Luego imaginó la notificación viajando hacia el móvil de Dante: a @leo_gallardo le ha gustado tu publicación. El estómago se le encogió y retiró el dedo como si la pantalla quemara.

—Mierda —siseó.

Pensó en deshacer el «me gusta», pero la notificación ya había sido enviada y Dante la vería. A lo mejor ahora sí que debía enviarle un privado. Abrió el chat, el campo en blanco como una provocación.

Hola. ¿Podemos hablar?

No, demasiado básico. Lo borró.

¿Va por mí?

Peor. Lo borró también, cerró el chat y bloqueó la pantalla. Se sentía enfadado de repente, consigo mismo sobre todo. Intentó convencerse de que se olvidaría de la publicación, y de su propia estúpida reacción, si dejaba de mirarla de una buena vez. Pero, incluso sin verla, la imagen seguía ahí, tras sus párpados, negándose a abandonarlo, y durante los siguientes días, se vio condenado a mirarla una y otra vez, hasta que harto de andar buscándola en redes sociales, había hecho una captura de pantalla, para luego ocultarla de su carrete, temeroso de que alguien pudiera ver por accidente la fotografía que tanto le obsesionaba.

—¿Me estás escuchando, Leo?

La voz de Lidia, nítida y cercana, rompió el hilo de sus pensamientos. Leo parpadeó, apartando la mirada del vacío para enfocar de nuevo a su hermana. Lidia le sostenía la mirada con una ceja arqueada y la misma expresión de suficiencia de siempre.

—Perdona —dijo él, aclarándose la garganta y reincorporándose un poco en la hierba—. Estaba pensando en mis cosas.

—¿No me digas? Estabas en babia.

—Lo siento.

—¿En qué pensabas? ¿Algún tío buenorro en el horizonte? —preguntó ella, siempre hambrienta de chisme.

La imagen de Dante, guiñándole el ojo a la cámara, volvió a invadir sus retinas.

—No, qué va. ¿Qué me decías?

—Nada. Estaba contando una cosita sin importancia que Elena me dijo esta mañana.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Que, posiblemente, salga en breve de aquí —soltó ella con naturalidad.

Leo sonrió y miró a su madre, que también sonreía, pero con los ojos húmedos por la emoción.

—¿En serio? ¿Te dan el alta?

—Un alta supervisada, o algo así —explicó Lidia, arrancando una brizna de hierba y dándole vueltas entre los dedos—. Puedo volver a casa, pero tendré que seguir viniendo a terapia tres veces por semana. Y en octubre retomo el módulo. Elena dice que tener una rutina me va a venir bien. Y yo… bueno, yo tengo ganas de seguir. Y de hacer las cosas bien esta vez.

No hubo dramatismo en sus palabras, ni promesas vacías, ni victimismo, sino madurez y una nueva seriedad en sus ojos, que no borraba a la Lidia alocada de siempre, sino que la protegía, como un escudo invisible. Quizás Oliver le había arrebatado la inocencia pero al mirar la firmeza con la que su hermana hablaba de su futuro, Leo entendió que no había logrado destruirla. Y él no podía sentirse más orgulloso de ella.

—Ven aquí, enana. —Leo la atrajo hacia sí para abrazarla.

Ella se dejó hacer un momento, antes de apartarlo.

—Para ya, baboso —se quejó, pero, por primera vez en meses, la sonrisa que le dedicó fue completamente limpia y libre.

—A ver si cuando tu hermana vuelva a casa, os seguís llevando así de bien —les advirtió Maribel en un intento de ponerse firme con sus hijos, aunque solo consiguió que le temblara la barbilla—. Que estoy harta de tanta pelea.

—Pues ya sabes —le dijo Lidia, poniendo voz de marisabidilla—: vete preparándote para aguantarme otra vez, porque pienso seguir poniendo la música a tope.

—Qué cruz —bromeó él—, ¿por qué no te quedas a vivir aquí, y así me dejas en paz?

—Vente tú a vivir aquí, si quieres, so idiota.

—Niñata.

—Ya empezamos —suspiró Maribel, pero por la manera en la que lo hizo, no parecía nada descontenta por la situación.



Las teclas del ordenador sonaban amortiguadas en las oficinas de *La Redacción* aquella mañana de mediados de agosto. Con la mitad de la plantilla de vacaciones y la actualidad política en vía muerta, el espacio parecía más grande, más silencioso y más frío, gracias al aire acondicionado, pero a Leo le agradaba poder ir allí a trabajar, aunque solo fuera una excusa para salir de casa. Acababa de poner el punto final a uno de sus artículos, acerca de cómo los prejuicios son la peor venda para los ojos, cuando el móvil le empezó a vibrar. Era Lara.

—Dime —dijo como todo saludo al contestar.

—Me acaba de llamar la coordinadora de exposiciones —anunció —. Quiere que nos pasemos por Cibeles para supervisar algunos detalles del montaje de «Miradas diversas». Ya están empezando a montar la exposición.

Leo parpadeó, regresando a la realidad de golpe. La exposición había quedado relegada en su mente bajo el peso de los acontecimientos del verano, pero septiembre estaba a la vuelta de la esquina.

—No pensé que tuviéramos que hacer nada —admitió Leo, reclinándose en su silla.

—Es simplemente una revisión en sala. Nos piden a los artistas que supervisemos ciertos detalles con el comisario de la exposición.

Leo dejó la taza sobre la mesa y se concentró en juguetear con el asa. La conocía lo suficiente para saber que ese preámbulo

ocultaba el verdadero motivo de su llamada.

—O sea, con Álvaro —concluyó Leo por ella, suavizando el tono.

—Sí.

—¿Y? ¿Cómo te sientes ante la perspectiva de tener que verle de nuevo? —preguntó con calma.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Al principio me dio un poco de vértigo, no te lo voy a negar. Pero… No sé. Supongo que sabía que este momento iba a llegar tarde o temprano. Sabía que tendría que volver a verlo. Y no es como si no se hubiera disculpado.

Leo asintió. Desde que Álvaro se excusara con Lara de cómo habían dejado las cosas, ella había podido pasar página. Lara nunca había querido contarle de qué habían hablado exactamente o si Álvaro le había dicho cuál era la razón de la ruptura, y Leo tampoco insistió. Sabiendo lo que sabía, casi prefería no entrar en detalles con ella.

—Disculpa de por medio o no, ¿crees que vas a poder verle y estar tranquila?

—Supongo que sí. Vamos, eso espero —dijo ella—. Al fin y al cabo, solo salimos durante un par de meses y lo dejamos el año pasado. No es como si no hubiera tenido tiempo para superarlo. —Leo la escuchaba en silencio—. Creo que ya no siento nada por él. El rencor se ha ido, supongo. Y me veo totalmente capaz de tener una relación cordial con él, aunque sea en el ámbito profesional. Al fin y al cabo, el proyecto es precioso y no voy a dejar que lo que pasó entre nosotros lo estropee, ¿sabes?

—Muy segura te veo… —dejó caer.

Escuchó a Lara resoplar al otro lado de la línea.

—Te paso los datos por correo. —Lara no cayó en su provocación —. Creo que lo que quiere la coordinadora es saber de antemano que ningún artista le va a poner pegas a la iluminación que han diseñado. —Soltó una risita—. Nos querrán presentes si les hacemos mover algún panel o ajustar algún foco.

—Vale.

—Nos vemos luego —dijo ella, antes de colgar.

Leo se quedó inmóvil, mirando la pantalla del ordenador donde su columna de opinión seguía abierta. Lara se veía capaz de seguir adelante porque, de algún modo, su historia con Álvaro había encontrado un punto final. Él le había pedido perdón, habían hablado y ahora ella tenía algo concreto a lo que aferrarse o contra lo que reaccionar.

Leo, en cambio, no tenía nada parecido. Sentía que tenía una conversación pendiente con Dante, pero no sabía si esa conversación era ya posible. Tampoco tenía un horizonte a la vista, nada a lo que esperar. Quizás no volvería a verlo nunca. Quizás se encontrarían casualmente en algún evento o entorno profesional. ¿Cómo se debería comportar él entonces, como si fueran extraños? ¿Como si nunca hubiera pasado nada entre ellos?

Porque en realidad, tuvo que admitir, no sabía qué había pasado entre ellos. Nada concreto a lo que pudiera dar nombre. Nada sólido a lo que aferrarse o contra lo que reaccionar salvo el recuerdo amargo de algo que se había quedado suspendido sin acabar de encajar en ningún sitio y que ahora no parecía tener resolución posible.



El Palacio de Cibeles se alzaba en el corazón de Madrid, justo en la confluencia donde el Paseo del Prado se cruzaba con la calle de Alcalá. Frente a la fachada principal, el pesado y lento tráfico de agosto rugía alrededor de la célebre fuente, y los leones de piedra de la diosa parecían derretirse bajo el sol implacable de la tarde. Tras esquivar a un grupo de turistas que se fotografiaban en la escalinata de la entrada, Leo se detuvo un segundo a mirar hacia arriba. La presencia blanca y catedralicia del edificio, con su alta estructura central de crestas y sus múltiples pináculos y torrecillas, siempre le había recordado a la monumental Sacré-Cœur o a un

castillo de cuento de hadas, aunque su función fuera más bien prosaica, siendo la sede del Ayuntamiento local.

Lara caminaba junto a él, abanicándose con un panfleto publicitario que alguien le había dado. Iba embutida en unos cortos shorts y un jersey de rejilla que dejaba a la vista la sencilla camiseta de licra que llevaba debajo y que marcaba sus formas como una segunda piel. El propio Leo se sentía asfixiado por el calor y notaba cómo su camiseta se le pegaba a la espalda cubierta de sudor. Al cruzar el umbral, el bullicio de la ciudad se amortiguó de golpe, sustituido por el eco de los pasos sobre el mármol, y el aire acondicionado que refrescaba el ambiente era una bendición.

—Por Tutatis, ¡qué calor hace! —se quejó ella, aumentando la velocidad del panfleto para llevar hacia su rostro la mayor cantidad de aire fresco posible. Leo se arrimó a ella, en busca del mismo alivio, y ella giró el panfleto hacia su cara, abanicándolo—. Estás colorado —le hizo notar.

Leo se llevó las manos a las mejillas para comprobar su temperatura. No estaban especialmente cálidas.

—O me habré quemado.

—Puede ser —rio—. Se te ven un montón las pecas.

—Ya. —Leo puso una mueca—. Siempre se me marcan más en verano.

—Estás guapo de todas maneras —le aseguró ella, besándole con suavidad, sabiendo lo mucho que él las detestaba.

No tuvieron que caminar demasiado por el vestíbulo. Junto al control de acceso de los ascensores, con una carpeta rígida bajo el brazo, un traje de lino gris que desafiaba las arrugas y una expresión de solemne eficiencia, se encontraba Germán. En cuanto los vio aproximarse, el funcionario sonrió con esa pomposidad que tanto le caracterizaba, aunque en su mirada hacia ellos había un sincero afecto.

—Hola, chicos —los saludó—. Qué puntualidad, así da gusto. —Germán rebuscó en su carpeta—. Aquí tenéis las acreditaciones. Debéis llevarlas visibles; el personal de seguridad es bastante estricto durante la fase de montaje.

—¿Está todo listo? —preguntó Lara.

—Prácticamente —respondió Germán—. Los técnicos han estado trabajando a destajo. Vuestra sección está en la tercera planta, en la sala sur. Las obras ya están colgadas y las cartelas de texto fijadas —les explicó. Mientras se colgaban las tarjetas de plástico del cuello, Germán aprovechó para rebajar el tono—. ¿Qué tal por casa, Leo? Todo mejor, espero.

Leo asintió.

—Esperamos que a Lidia le den el alta en breve.

—Oh, qué gran noticia. Me alegro muchísimo. Por favor, mándale saludos de mi parte, dile que siempre rezo por ella —dijo con afabilidad. Leo le miró con una ceja levantada—. Vale, no le digas que rezo por ella, si no quieres.

Lara rio.

—Tú sigue rezando, que igual ayuda en algo. Las buenas intenciones siempre vienen bien.

—Eso mismo pienso yo —convino Germán, sonriendo mientras los guiaba hacia el hueco del ascensor y pulsaba el botón—. Por cierto, Lara, el comisario de la exposición ya está dentro —añadió con sumo tacto.

Lara le sonrió y le puso una mano sobre el hombro.

—Gracias, pero ya lo sabía. Álvaro me escribió ayer. No me va a pillar por sorpresa verlo aquí.

Germán se encogió levemente de hombros.

—Por si acaso. No me costaba nada avisarte. Tengo que seguir —les dijo en cuanto vio cómo otro de los artistas de la exposición entraba en el edificio—. Os veo luego.

Ambos asintieron y se despidieron de él.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Leo mientras se cerraban las puertas del ascensor.

—No es la primera vez que expongo mi obra, Leo.

—Por ver a Álvaro, idiota.

Lara puso los ojos en blanco.

—No —aseguró con firmeza.

—¿Seguro que no vas a necesitar apoyo moral?

—Para ya. Está superadísimo —le pidió ella. Leo no insistió, aunque había notado que su amiga llevaba un par de días más

alterada de lo habitual y con un humor algo cambiante—. Tú primero —le dijo en cuanto las puertas volvieron a abrirse.

Frente a ellos se extendía un distribuidor de techos altos y paredes blancas, atravesado por una luz limpia que hacía brillar el suelo pulido. A un lado, un panel vertical anunciaba el nombre de la exposición junto a una discreta flecha negra que indicaba cómo llegar a la sala sur.

Siguieron la flecha negra por el distribuidor hasta que los paneles de pladur blanco empezaron a acotar el espacio, creando un pasillo que desembocaba en la sala sur. El sonido de un taladro resonó al fondo, seguido por el golpe seco de un martillo y el murmullo de varias voces.

Al doblar la última esquina, la sala se abrió ante ellos. Era un espacio amplio, bañado por una luz cenital que los técnicos estaban terminando de ajustar. En el centro de la estancia, Álvaro estaba junto a un operario que, subido a una escalera de mano, movía con cuidado uno de los focos de carril para que el haz de luz bañara uno de los retratos de Lara.

—Un poco más a la izquierda, ahí… Perfecto —decía.

A su lado, observando con atención lo que ocurría a su alrededor, estaba Dante. El corazón de Leo dio un vuelco. No había esperado encontrárselo allí y verlo fue toda una sorpresa. Vestía una camisa azul claro, impecable a pesar del calor, con las mangas remangadas hasta los codos, revelando unos antebrazos fuertes que recordaban sus años de entrenamiento. Lo que, inevitablemente, le recordó también a su famoso selfie. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, retrocedió hasta que uno de los paneles lo ocultó de la vista. Lara lo siguió.

—¿Estás bien? Te has puesto pálido.

—Sí —repuso sin mucho convencimiento.

—¿Sabías que iba a estar aquí? —le preguntó Lara, aparentemente igual de sorprendida que él.

—¿Por qué lo iba a saber? No mantenemos el contacto ni nada por el estilo.

—Así que por eso estás así. —La sonrisa de Lara mostraba algo de burla—. ¿Necesitas apoyo moral?

—No, joder… Es solo que… —se interrumpió. Nunca había encontrado el momento de contarle a Lara o a Lucas el papel que había jugado Dante durante la desaparición de Lidia. Tampoco lo que había ocurrido aquella semana en el campamento ni el cambio que sus sentimientos habían experimentado en el último mes.

—Leo, hace… ¿Cuánto? ¿Seis meses desde que te liaste con él? Nunca te había visto así por un simple ligue.

—Ya. Es que no esperaba encontrármelo aquí y me ha dado corte —soltó. Lara lo miraba extrañada—. En serio, es solo eso.

—Vale. ¿Qué crees que hace aquí? —se preguntó, asomándose por el panel para mirar en su dirección—. ¿Habrá venido a acompañar a Álvaro?

Leo había saltado rápidamente a la conclusión de que Dante había querido encontrarse con él, pero se lo pensó mejor. Era lógico que el asesor acompañara a su mejor amigo cuando este estaba a punto de enfrentarse a su ex por primera vez en meses.

—A lo mejor es él quien sí que necesita apoyo moral —propuso Leo.

—Eso pensé. —Lara se mordió el labio inferior—. ¿Crees que él está nervioso por tener que verme?

Leo sonrió.

—Así que ya no sientes nada por él, está superadísimo y puedes mantener la calma —fue su turno de burlarse.

—Eres un imbécil —le recriminó ella—. ¿Tú te puedes poner pálido por un tío con el que te acostaste una sola vez, y yo no puedo ponerme nerviosa por ver a mi ex?

—Nadie ha dicho que no te puedas poner nerviosa. Lo que ocurre es que no dejas de negarlo.

—Estoy nerviosa, ¿vale? Ya está, ya lo he soltado. ¿Contento?

Ella le miraba con los brazos en jarras y los ojos en llamas.

—Sí. Ya estoy contento.

Lara desvió la mirada e hizo una mueca.

—¿Nos damos apoyo moral mutuamente? —propuso.

—Claro que sí, no me separaré de ti si no quieres.

—Gracias. —Lara lo cogió del brazo y lo guio hacia la entrada de la sala—. Y yo tampoco de ti.

Leo fue a replicar cuando escuchó una voz conocida que los llamaba.

—¡Lara! Leo —los saludaba Álvaro. Se había encaramado a la escalerilla para hacer un ajuste él mismo, y al verlos se apresuraba a bajarse para acercarse a ellos. Parecía feliz y rebosante de entusiasmo, pero había cierta cautela en su expresión—. Es un placer veros aquí.

Lara fue la primera en reaccionar. Se separó de Leo y avanzó con paso firme hacia él, haciendo que el eco de sus sandalias resonara sobre el suelo pulido, y le plantó dos besos en la cara.

—Si llego a saber que te interesaba trabajar de técnico de luces, te habría traído un mono de trabajo —bromeó.

—Solo quería asegurarme de que la luz captara bien las texturas de los óleos. —Álvaro se ruborizó visiblemente—. Estoy impaciente por que todo el mundo pueda admirar tu obra.

Dante se acercó también y Leo sintió que el pulso se le aceleraba.

—Hola —les dijo.

Saludó a Lara con dos besos y le dio a Leo un breve apretón de manos. Leo buscó su mirada, pero la de Dante pasó por la suya un instante antes de desviarse. Leo sintió la decepción como una piedra que le caía en el estómago. Se había dicho a sí mismo que, dependiendo de cómo Dante se acercara a él, sabría a qué atenerse, pero la reserva con la que lo había tratado no era nada prometedora y le dejaba más dudas que certezas.

—Dante me está ayudando con algunos detalles de la inauguración —explicó Álvaro, tratando de llenar el silencio con su habitual energía—. Ya sabéis, como la exposición es una iniciativa del ministerio, me viene bien tener a alguien de dentro para ayudarme.

—Yo no trabajo para el ministerio —concretó Dante en tono serio —. No exactamente.

Se formó un silencio incómodo.

—En todo caso —siguió hablando Álvaro, con su desparpajo habitual—, Dante me sirve de mucha ayuda. Venid conmigo, tengo que enseñaros cómo está quedando esto. Lara, espero que quedes

satisfecha con cómo hemos dispuesto tu obra —añadió mientras avanzaban—. De no ser así, haremos cualquier cambio… todo lo que esté en nuestra mano para tenerte satisfecha.

Leo lo siguió, sonriendo internamente ante la actitud de Álvaro. Ahora estaba más convencido que nunca del error que había cometido al romper con Lara, porque estaba clarísimo que seguía enamorado de ella. Caminaron hacia la pared del fondo. El montaje era impecable. Los óleos de Lara, de gran formato, cobraban una vida nueva bajo los focos de carril. Lara se quedó absorta, con los brazos cruzados, asintiendo para sí misma mientras Álvaro le explicaba con entusiasmo los detalles de la museografía. Mientras Álvaro continuaba hablando y los guiaba hacia otra zona, Dante los seguía en silencio, a un paso por detrás de Leo. Podía sentir su presencia todo el rato, pero no se atrevía a girarse para mirarlo.

Finalmente, llegaron hasta el retrato titulado *Maricón y pobre*. Al ver de nuevo el lienzo, Leo recordó la dignidad de aquel hombre mientras les había contado su historia, así como el agradecimiento en sus ojos llorosos cuando había visto expuesta esa misma historia en Nave 8 el otoño anterior. Se separó un par de pasos del grupo, encaminándose hacia la cartela de metacrilato fijada a la pared. Había repasado por encima los otros textos mientras paseaban por la exposición, solo para asegurarse de que el formato fuera el adecuado, pero se detuvo a leer este con más atención, queriendo recordar las palabras de aquel hombre. Leo empezó a leer y, al principio, parpadeó confuso. Volvió a empezar. A medida que sus ojos recorrían las líneas impresas con una tipografía elegante y sobria, la confusión se transformó en indignación. Buscó la palabra «tortura». No estaba. Buscó «persecución sistemática». Había desaparecido, así como la confesión de haber terminado cayendo en la prostitución para sobrevivir. En su lugar, leyó algo sobre «tiempos de transición» y «los desafíos de la época».

Sintió un pitido en los oídos. Se movió rápido, casi tropezando, hacia el siguiente cuadro: la mujer superviviente de violencia de género. El texto original de Leo, que señalaba con el dedo la negligencia institucional, había sido sustituido por un párrafo almibarado sobre la «resiliencia femenina».

—¿Pero qué…? —susurró para sí mismo, con la voz quebrada.

Sintió una presencia a su espalda. No era Lara, ni Álvaro. El aroma amaderado y limpio lo delató antes de que hablara. Dante se había acercado, permaneciendo a una distancia prudencial, observando la rigidez en los hombros de Leo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

Leo se giró hacia él y vio que Lara y Álvaro también lo miraban, extrañados.

—Álvaro, ¿puedes explicarme esto? —preguntó, señalando la cartela que tenía detrás.

—¿Qué ocurre, Leo? —El comisario se acercó a él—. ¿Algún problema con los textos?

—Sí, que los han censurado —afirmó con rotundidad.

Álvaro palideció.

—No puede ser…

—Ya te digo yo que sí. Al menos los dos que he leído con atención. Tengo que revisar el resto.

Leo recorrió de nuevo la sala, revisando esta vez con más atención los textos y comparándolos con los originales, de los que aún conservaba una copia en su móvil, para encontrar que prácticamente todos habían sufrido algún recorte.

—No sé qué decirte, Leo —suspiró Álvaro al final—. Esto no ha venido ni de mí ni de nadie de mi equipo. Puedo asegurártelo.

—¿Entonces de quién? —preguntó, indignado.

—No lo sé, pero… —Álvaro miró a su amigo en busca de respuestas y Leo lo entendió todo.

—Ah, claro. Esto viene de arriba, ¿no?

Dante guardaba silencio. Álvaro dijo:

—No lo sé con seguridad. Te aseguro que llegaremos al fondo de esto.

—No pienso exponer mis textos así. —Leo negó con la cabeza, notando cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos por culpa de la rabia que sentía. Parpadeó para disiparlas—. Si no están íntegros, me niego a participar en esto.

—Lo mismo digo. —Lara se puso junto a su amigo y se enfrentó a Álvaro.

—Lo entiendo. Veré qué puedo hacer. Pero habéis firmado un contrato y…

—¿Y? —lo retó Lara, poniendo los brazos en jarras.

—Y la verdad es que no concibo «Miradas diversas» sin vosotros dos.

Leo permaneció unos segundos sin moverse, con la mirada fija en la sala como si aún pudiera encontrar una explicación a lo que acababa de suceder. El murmullo de los técnicos, el ajuste de los focos, o incluso las voces de Álvaro y Lara, que habían empezado una tensa conversación, le llegaban como si estuvieran muy lejos de él. No era solo tanto el cambio de los textos como el descaro con el que se había hecho lo que le descolocaba. Recordó su entrevista con Cayetana Valcárcel y se preguntó si la ministra tendría algo que ver con todo esto.

Sentía la presencia de Dante a unos pasos de distancia. No se había movido. O quizá sí, pero Leo no se giró para comprobarlo. Le bastaba con saberlo ahí para sentir cómo le hervía la sangre.

Y, sin embargo, lo único en lo que podía pensar con claridad no era en los textos amputados, sino en una frase que había leído demasiadas veces como para fingir que no la entendía. «La derrota es más amarga mientras más cerca estás de la victoria». Quizá, se dijo en silencio, todo cobraba sentido si se atrevía a admitir que Dante podía verlo así. Como una derrota más en su vida. O, peor aún, como algo que nunca había llegado a ser una victoria del todo.

CAPÍTULO
DIECINUEVE



La mañana siguiente encontró a Leo tumbado en su cama, un brazo bajo la cabeza, mirando al techo. Había pasado la noche casi en vela, a causa de lo ocurrido el día anterior. Al llegar a casa, furibundo, había empezado a escribir un artículo sobre la censura institucional del Ministerio de Cultura que quedó inacabado. En cuanto se le enfriaron los ánimos, se lo pensó mejor. Aunque era esto precisamente el tipo de cosas contra las que llevaba años luchando, desde su podcast, sus artículos y su último libro, escribir sobre una situación concreta que le afectaba a él, sin saber siquiera cómo se resolvería el asunto, no era una buena idea. Y aunque se pusiera en el peor escenario posible y se viera obligado a participar en una exposición que había mutilado sus textos, debía tener mucho cuidado de que cualquier cosa que escribiera al respecto no pareciera una vendetta personal.

Lara lo había llamado un rato más tarde.

—He estado revisando el contrato con Álvaro —le dijo como saludo—. Él tenía razón: no sería nada fácil salir de «Miradas diversas» así como así. Aunque la ley nos ampara en contra de la censura de tus textos y podríamos alegar eso o incluso

incumplimiento de contrato, tendríamos que contratar un abogado para litigar y…

—Y la exposición se inauguraría antes de que hubiéramos conseguido nada —terminó Leo.

—Exacto. —Lara suspiró al otro lado de la línea—. Álvaro dice que el lunes, a primera hora, empezará a hacer llamadas, a ver qué ha pasado y de dónde ha salido la orden, aunque…

—Esto huele a Cayetana Valcárcel —escupió Leo con amargura.

—¿Tú crees?

—Con la manía que me tiene desde lo de la entrevista… ¿Y viste lo callado que estaba Dante?

—El que calla, otorga —afirmó Lara—. Pero no creo que él lo supiera.

—No sé. Espero que no —había dicho.

Después de aquella conversación se había metido en la cama, pero apenas había conseguido dormir. Daba vueltas y más vueltas al asunto; cuando dormía, solo conseguía un sueño ligero y lleno de pesadillas. Ahora, por la mañana, se sentía ansioso y algo triste, y no sentía ningún deseo de levantarse de la cama. Tampoco era que tuviera mucho más que hacer un sábado a mediados de agosto.

A lo lejos, escuchó cómo el timbre del portal sonaba. Eran poco más de las nueve y no sabía quién podría estar tocando a esa hora. Una amiga de su madre, quizás, o el cartero. Escuchó a su madre moverse por la casa y contestar al telefonillo y no le dio más importancia hasta que los pasos apresurados de su madre se acercaron a su habitación y se abrió su puerta de golpe.

—Leo, la policía está preguntando por ti.

Se incorporó como un resorte.

—¿Cómo?

—Me dijo que era un escolta oficial. No sé, cariño. Preguntaron por ti y les abrí. Mejor vístete, por si acaso. —En ese momento sonó el timbre de la casa y Maribel se sobresaltó—. Voy a abrir. Ponte algo decente. —Su madre volvió a cerrar la puerta, pero Leo la pudo escuchar mascullar—: A ver en qué problema nos habremos metido ahora…

Leo se apresuró a salir de la cama. Se vistió con unos vaqueros y una camiseta mientras oía voces provenientes de la cocina. Salió del dormitorio y se dirigió hacia allí. Nada lo había preparado para lo que encontraría.

En la cocina de su casa, flanqueada por dos policías nacionales, estaba la mismísima Cayetana Valcárcel.

La ministra llevaba una blusa de seda blanca y unos impecables pantalones beige, y lo miraba con severidad.

—Señor Gallardo, buenos días.

Leo desvió un segundo la mirada hacia su madre, que se cerraba la bata sobre el cuerpo y parecía cohibida por el policía que tenía junto a ella, que debía medir casi dos metros.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora ministra? —preguntó, intrigado y enfadado a partes iguales por la intrusión de aquella mujer en su hogar.

—Necesito tener con usted unas palabras. En privado, por supuesto.

Leo asintió y la guio hacia el salón, tras hacerle un gesto a su madre para asegurarle que todo estaba bien, aunque él estuviera muy lejos de estar seguro de eso. Cerró la puerta tras de sí y vio cómo Cayetana observaba con disgusto el sillón desordenado, la palangana con la colada por colocar, los cojines de ganchillo que había hecho su madre. Leo carraspeó para atraer su atención hacia él. No iba a permitir que aquella mujer siguiera juzgando, aunque fuera en silencio, su casa.

—Usted dirá.

Cayetana dio un paso hacia él, como si quisiera intimidarlo. Leo no se movió un ápice.

—Supongo que ya sabrá por qué he venido.

Leo negó con la cabeza.

—Lo siento. Pero no tengo la más remota idea.

—Deja de jugar conmigo, jovencito. —El cambio al tuteo no fue casual. Era una sutil forma de humillarlo—. Desde que nos conocimos no has hecho otra cosa que intentar engañarme, pero no, conmigo no vas a poder. Voy a ser sincera contigo, aunque tú no me extiendas a mí la misma cortesía. Me ha llegado el rumor de que

tienes una relación con mi sobrino. Aunque estoy segura de que no es más que una calumnia, pues es imposible que sea cierto, he venido a decirte lo que pienso.

Leo no se permitió reaccionar.

—Si tan convencida está de que tal rumor es mentira —dijo despacio—, no veo por qué tiene la necesidad de hablar del tema conmigo.

—Porque necesito que me confirmes que, como sospecho, es una falsedad.

Leo le sostuvo la mirada.

—Si hay algo que pueda dar credibilidad a ese rumor, si es que de verdad existe, es justamente su presencia hoy aquí.

—¿Si es que de verdad existe? —Las cejas de la ministra se elevaron en un gesto de indignación—. ¿Intentas hacerme creer que no fuiste tú quien lo puso en circulación?

—Ni siquiera lo conocería si no fuera por usted —negó él.

—Entonces, ¿puedes confirmarme que no hay ninguna relación entre mi sobrino y tú?

—No presumo de ser tan honesto como usted y no tengo ninguna intención de contestar a su pregunta.

—Tu insolencia es insoportable. ¿Tienes o no una relación con Dante?

El nombre pareció quedarse suspendido un momento en el aire.

—Usted misma acaba de decir que eso es imposible.

—Lo es, por supuesto que lo es. Pero… No sería mi pobre sobrino el primero en caer en las malas artes de un hombre como tú.

—Si hubiera recurrido a las malas artes —hizo el gesto de las comillas— para seducir a su sobrino, créame que no lo confesaría.

Cayetana dio otro paso hacia él, su rostro muy cerca ahora.

—¿Sabes con quién estás hablando, jovencito?

—Perfectamente. Es usted Cayetana Valcárcel de la Serna, Ministra de Cultura y Patrimonio Nacional, Vicepresidenta segunda del gobierno, viuda de Federico Ramírez de Haro, nuera de Fernando Ramírez Montenegro, primer marqués de Hinojosa por la gloria de Franco. ¿Me olvido de algo?

Cayetana entrecerró los ojos y esbozó una sonrisa siniestra.

—Voy a ser muy clara: no puedes estar con Dante. Es imposible. Él no es… como tú.

Leo recordó la carta de Dante y cómo este le confesaba que su tía lo sabía todo sobre él… y le había pedido que guardara silencio al respecto. Cayetana le estaba mintiendo a la cara, intentando hacerle creer la falsedad de algo que ella sabía que era cierto. Pero Leo también sabía jugar al despiste.

—Pues si tan segura está de que Dante no es homosexual, no entiendo cuál es la razón de su desasosiego —dijo como si tal cosa.

—Dante es mi único heredero. Será el próximo marqués de Hinojosa y su hijo será el siguiente. Así es como debe ser. Mi sobrino es un hombre brillante, podría tenerlo todo: una carrera política impecable, una familia, dinero, conexiones… Todo —remarcó la mujer.

—Por supuesto. Dante puede tener todo aquello que se proponga tener, siempre y cuando sea lo que él desee.

—Claro que él quiere tener esas cosas. ¿Y por qué no iba a querer? ¿Por un homosexual muerto de hambre como tú? —le espetó.

Leo elevó las cejas, casi divertido por aquel intento de insultarle.

—Bueno, estoy seguro de que cualquier homosexual que estuviera con Dante dejaría de ser, inmediatamente, un muerto de hambre —bromeó.

Cayetana apretó la mandíbula.

—¿Así es como me lo agradeces? Todo lo que tienes ahora, tu nuevo trabajo en el periódico y tus apariciones en radio y televisión, es gracias a mí, a la entrevista que te di.

—No, no se equivoque, yo no le debo nada. Mi popularidad se debe al trabajo duro que he hecho durante años y al buen uso que hice del tiempo que usted me concedió para entrevistarla.

—Dímelo de una vez: ¿tienes o no una relación con él? —se exasperó la mujer.

Leo dio un paso hacia atrás y negó con la cabeza.

—No —dijo al final, cansado de la conversación—. No la tengo.

—¿Y me prometes que no te acercarás nunca más a él?

—No pienso hacerle a usted ningún tipo de promesa.

—Te advierto, jovencito, si tú…

—No —la interrumpió Leo—. No se lo voy a permitir. Ha venido usted a mi casa para insultarme de todas las maneras que ha podido y no tengo más que decirle. Por favor, váyase.

—Pero…

Leo se dio la vuelta y abrió la puerta del salón, en una muda invitación. Ella lo miró unos segundos más. Su rostro, terco y serio, debió ser suficiente para convencerla de que no iba a sacar nada más de él. Pasó a su lado de camino a la cocina y le dijo:

—Esto no se va a quedar así.

Leo asintió, tenso y sin mirarla, y escuchó cómo la mujer y los policías salían de su casa, acompañados del torpe intento de despedirse de su madre. Pocos segundos después, Maribel apareció en el salón.

—Hijo, ¿qué ha pasado? —Sintió la mano de su madre sobre el antebrazo y por primera vez se dio cuenta de que estaba temblando —. ¿Qué quería la ministra?

—Nada, ha sido un malentendido.

—Pero, ¿qué…?

—Mamá, por favor —pidió saliendo del salón—, ahora no.

La voz le salió más baja de lo que quería. Cruzó el pasillo, entró en su habitación y cerró la puerta. No volvió a salir en toda la mañana.



El final de agosto trajo consigo un pequeño cambio de temperatura que Madrid agradeció con creces, pero para Leo, el verdadero alivio no vino del cielo, sino de una llamada de Los Alcorques confirmando el alta definitiva de Lidia.

El día del regreso, el sencillo piso de Maribel pareció recuperar un bullicio que hacía meses se había extinguido. Maribel se había pasado la mañana cocinando los platos favoritos de su hija, y el olor

a sofrito, a canela y a hogar flotaba en el pasillo como una bienvenida. Lidia entró junto a su hermano, arrastrando su maleta, con el pelo algo más largo que a principios de verano y una expresión en los ojos que, aunque conservaba su chispa habitual, tenía un anclaje nuevo, una serenidad antes desconocida en ella.

—Madre mía, qué bien huele —dijo Lidia, soltando el bolso en el suelo y abrazando a su madre con una fuerza que hizo llorar a Maribel al instante—. No llores, mamá, que ya estoy aquí. Y vengo muerta de hambre, que nadie me hace comidas como las tuyas.

Leo las contempló desde el umbral de la cocina, con los brazos cruzados y una sonrisa que le nacía del pecho, dando gracias secretamente porque todo el horror de julio hubiera quedado atrás.

Después de una comida ruidosa, en la que Lidia acaparó la conversación contando las anécdotas más absurdas de sus terapeutas y compañeros, Maribel empezó a recoger la mesa mientras los hermanos se quedaban sentados frente a los restos del café. Fue entonces cuando el tono de la tarde cambió de manera natural, volviéndose más íntimo.

—Ayer hablé con la abogada —les contó Lidia, bajando la voz y jugando con el asa de su taza—. Me dio algunas noticias.

Leo se apoyó sobre la mesa, prestando toda su atención. Maribel detuvo el tintineo de los platos en el fregadero, escuchando también.

—¿Y bien? —preguntó Leo.

—Sheila ha denunciado formalmente —anunció Lidia. Una pequeña sonrisa, mezcla de orgullo y alivio, asomó a sus labios—. Parece ser que después de hablar conmigo y de ver que yo no me echaba atrás, se armó de valor. Y no es la única, Leo. La policía ha estado tirando del hilo del entorno de Oliver y han localizado a otras dos chicas que… Pasaron por lo mismo que yo con Oliver, pero que tenían demasiado miedo para hablar.

Leo sintió una oleada de calor en el pecho.

—Eso cambia las cosas por completo —dijo, asimilando la información.

—Sí —Lidia asintió—. Dice la abogada que eso demuestra un patrón. Unido a unos antecedentes que ya tiene y al riesgo de fuga,

la jueza ha decretado que se quedará en prisión provisional hasta que se celebre el juicio.

Maribel se giró desde el fregadero, secándose las manos en el delantal, con los ojos empañados pero una expresión de firmeza que Leo rara vez le veía.

—Pues espero que se pudra en la cárcel —sentenció con voz trémula.

—Para mí, esto ya es una victoria —confesó Lidia, mirando a Leo directamente a los ojos—. Saber que no está en la calle y que… que otras chicas se hayan animado a denunciarle. Siento que he conseguido algo.

Leo le tendió la mano por encima de la mesa y Lidia se la apretó con fuerza.

—Es que has conseguido algo. Eres muy valiente, Lidia.

Ella le sonrió con ojos llorosos.

—Gracias por todo, a los dos —dijo tendiendo una mano hacia su madre—. Sé que no os lo he puesto fácil. Pero habéis estado a mi lado y… —La voz se le rompió—. Gracias.

Maribel no tardó ni un segundo en cruzar la cocina para envolver a su hija en un abrazo apretado, llorando esta vez de puro alivio. Leo se sumó, rodeándolas a las dos con sus brazos, sintiendo el calor de su familia y la certeza de que, aunque el camino judicial sería largo, el primer asalto lo habían ganado.

Más tarde, cuando Lidia se retiró a su habitación con la excusa de empezar a organizar la ropa y los apuntes del módulo que retomaría en octubre, Leo se quedó a solas con su madre en la cocina. Maribel terminaba de colocar los vasos en el armario con una parsimonia que delataba que tenía algo rondándole la cabeza.

—Leo —dijo de pronto, sin mirarlo—, supongo que ahora que tu hermana está en casa y que parece que las cosas se están encauzando, querrás retomar tus planes.

Leo la miró, confuso, mientras dejaba el trapo de cocina sobre la mesa.

—¿Qué planes?

—Los de buscar piso y eso. —Maribel se dio la vuelta, forzando una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Sé que antes de que pasara

todo esto estabas pensando en independizarte, que ya tienes una edad y un buen trabajo en el periódico… No quiero que sientas que tienes que quedarte aquí a cuidarnos. Lidia y yo vamos a estar bien. Yo me apaño, te lo prometo.

Leo se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros con suavidad.

—Mamá, mírame —le pidió. Maribel levantó la vista—. No tengo ninguna prisa por irme de aquí.

—Pero, Leo, necesitas tu libertad y tener tu propio espacio.

—Aquí siempre he tenido libertad. Lo del espacio está más complicado, pero… —Sonrió, haciéndole ver que estaba bromeando —. No estoy mirando pisos, ni me estoy planteando mudarme. Aún nos queda pasar por el juicio y quiero ver que Lidia esté totalmente asentada en su rutina. No me voy a ir, no de momento —sentenció. Maribel suavizó la mirada, y la tensión que llevaba acumulada en los hombros pareció evaporarse—. Y además —añadió Leo con una sonrisa pícara para romper el drama—, Lidia lo acaba de decir: nadie cocina como tú. ¿Qué voy a hacer yo sin tus tortillas?

Su madre soltó una pequeña risa ahogada y le dio un golpe cariñoso en el brazo antes de abrazarlo por la cintura.

—Eres un buen hijo, Leo.

Leo le devolvió el abrazo, mientras su mirada se perdía hacia los tejados del Perchel a través de la ventana de la cocina, y sintió cómo la normalidad volvía a asentarse entre aquellas paredes. Desde el cuarto de Lidia se escuchaba la música que acababa de poner, a un volumen extrañamente moderado. Y supo que, en ese momento, no necesitaba nada más.



La última semana de agosto trajo consigo un amago de rutina que empezó a animar el ambiente. En *La Redacción* se notaba ya el regreso escalonado de la plantilla de vacaciones, y aunque la

actualidad política seguía a medio gas, Leo empezó a encadenar un artículo tras otro mientras empezaba a pensar en la nueva temporada del podcast. Sin embargo, la calma que por fin respiraba en casa no terminaba de trasladarse a su cabeza, que seguía fija en el Palacio de Cibeles.

El último viernes del mes, mientras Leo apuraba un café frente a la pantalla de su ordenador, el móvil vibró sobre la mesa. Era Álvaro.

—Leo, buenas noticias —anunció el comisario en cuanto descolgó —. Me acaban de llamar de la Secretaría de Cultura. Dicen que ha habido un error administrativo con los contenidos de las cartelas. Que lamentan la confusión y que reinstaurarán tus textos originales de inmediato.

Leo arqueó una ceja, dejando la taza sobre la mesa.

—¿Un error administrativo? —dijo, escéptico.

—Ya, yo pensé lo mismo —suspiró Álvaro al otro lado de la línea, bajando la voz—. Por eso les he dicho que de acuerdo, pero no me fío un pelo de ellos. No voy a dejar que vuelvan a tocar esos archivos. Pásame ahora mismo los textos definitivos en PDF por correo. Yo mismo me voy a encargar de llevarlos a la imprenta de confianza con la que trabajo habitualmente y yo en persona pegaré las cartelas de metacrilato en los paneles. Si vuelven a intentar cambiarlos, tendrán que arrancar el pladur de la pared.

Leo soltó una risita. Sentía una enorme gratitud por la implicación personal de Álvaro en solucionar todo este desagradable asunto. Su firmeza demostraba que, como comisario de la exposición, estaba dispuesto a quemar sus naves por defender la integridad de su obra.

—Muchas gracias. Te los mando en cinco minutos —respondió Leo.

—No, gracias a ti. Y mis disculpas por la parte que me toca. Me siento profundamente avergonzado por todo esto… Sólo queda una semana para la inauguración, pero me aseguraré de que todo esté listo. Te llamaré en unos días, quiero que Lara y tú vengáis a hacer una última revisión a puerta cerrada. Me da igual lo que digan desde el Ministerio, no pienso abrir al público hasta que me deis el visto bueno, ¿de acuerdo?

Leo no pudo más que darle las gracias.

El miércoles de la semana siguiente, Leo y Lara cruzaron de nuevo el umbral del Palacio de Cibeles. El ambiente en la tercera planta era muy distinto al de mediados de agosto; el polvo del pladur había desaparecido, el suelo brillaba pulido y un silencio imponente envolvía las salas, roto solo por el eco lejano de sus propios pasos.

Álvaro los recibió a la entrada de la sala sur con una carpeta bajo el brazo y unas ojeras que delataban las pocas horas de sueño de los últimos días, pero con una sonrisa de auténtica satisfacción.

—Todo vuestro —dijo, señalando la galería—. Revisad lo que queráis.

Leo no se lo pensó dos veces. Sacó el móvil para cotejar los archivos y se encaminó hacia la primera cartela. Se tomó el encargo al pie de la letra, revisando minuciosamente hasta la última coma, la tipografía, los saltos de línea y el espaciado. Avanzó panel por panel, absorto en la lectura, sintiendo cómo el nudo que llevaba albergando varios días en el estómago empezaba a deshacerse al comprobar que la crudeza, la dignidad y la verdad de sus palabras volvían a estar impresas allí, acompañando las potentes miradas de los retratos de Lara.

Cuando terminó con el último texto, Leo exhaló un suspiro de puro alivio y guardó el móvil en el bolsillo.

—Está perfecto, Álvaro. Está como…

Se interrumpió al darse cuenta de que estaba hablando solo. Álvaro no estaba a su lado, y Lara, que hacía unos minutos andaba revisando el marco de uno de sus óleos, también había desaparecido de su vista.

Leo caminó despacio por el distribuidor, rodeando el gran panel central que dividía la sala sur en dos ambientes. Justo al doblar la esquina, en el estrecho pasillo que quedaba oculto entre la estructura de pladur y los ventanales que daban a la calle Alcalá, los encontró.

Lara estaba acorralada contra la pared blanca y Álvaro la sostenía por la cintura. Ambos estaban en mitad de un beso tan apasionado

que ni siquiera lo habían escuchado.

Leo dio un paso atrás, carraspeando ruidosamente para no prolongar su papel de *voyeur*.

El sonido hizo que la pareja se separara de un brinco. Lara se recolocó nerviosa el mechón de pelo tras la oreja, con las mejillas encendidas, mientras Álvaro intentaba recuperar la compostura, alisándose la camisa con una sonrisa culpable.

—Vaya, vaya… —dijo Leo, cruzándose de brazos y mirándolos con una ceja arqueada.

Álvaro se ruborizó y Lara bajó la mirada, muerta de vergüenza, pero con una sonrisa delatora en los labios.

—No os voy a interrumpir más. Álvaro, los textos están perfectos. Gracias por todo.

—Leo, yo… —empezó Lara.

—No, no digas nada, no hace falta —la interrumpió él, sonriendo y empezando a caminar hacia atrás—. Seguid a lo vuestro, como si yo nunca hubiera estado aquí.

Álvaro dio un paso al frente. Miró a Leo con una expresión más seria, desprovista de la timidez de un segundo antes.

—Leo, espera. Ya que estamos aquí los tres, en tanta confianza, creo que hay algo que debes saber. —Se giró a Lara—. Tú también, claro, pero esto va sobre todo para él.

Leo frunció el ceño, dando un paso hacia ellos.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas el error administrativo? —preguntó con ironía—. No hubo ningún error —confesó, negando con la cabeza—. La orden de censura vino del gabinete de la ministra. Querían suavizarlo todo para la foto oficial, ya sabes.

—Ya —dijo Leo—, ya me lo imaginaba.

—Lo sé, yo también. Supongo que no era difícil de adivinar. Yo me planté, pero legalmente me tenían atado por el contrato de exhibición. No tenía herramientas para presionar.

—¿Entonces cómo se solucionó? —inquirió Leo, aunque el corazón empezó a latirle a toda velocidad en el pecho, intuyendo la respuesta.

—Gracias a Dante —soltó Álvaro con total naturalidad—. En cuanto te marchaste de la sala aquella tarde, se plantó en casa de su tía. Tuvieron una bronca monumental. Dante le dijo que si no restauraban tus textos, dimitiría de su puesto de asesor, airearía los motivos en la prensa y desvelaría ciertos trapos sucios.

Leo sintió que las piernas le flaqueaban. La imagen de Cayetana Valcárcel irrumpiendo en su salón a la mañana siguiente, furiosa, severa y exigiendo un juramento de que no se acercaría a su sobrino, cobró un significado nuevo. No había ido a su casa porque le hubieran llegado unos rumores, sino porque Dante la había desafiado abiertamente por él. Había arriesgado su carrera y su posición familiar por proteger el trabajo de Leo.

—Supuse que debías saberlo —dijo Álvaro, dándole a entender que sabía bastante más de lo que Leo había supuesto—. Por si acaso fuera importante para ti.

Lara los miraba confundida.

—¿Pero por qué…?

Álvaro la cogió de la mano con una naturalidad que parecía confirmar que la reconciliación era total.

—¿Te parece si te lo cuento luego, mientras cenamos?

—Vale. —Lara parecía preocupada por su amigo, pero también ansiosa por irse con Álvaro—. ¿Estarás bien? —le preguntó.

—Sí, sí —se apresuró a contestar Leo—. Iros ya, tortolitos.

La pareja se fue y Leo se quedó un momento más en mitad del pasillo de pladur, rodeado por las imágenes de rostros valientes que no se habían escondido ante nada. Miró sus propios textos impresos en la pared y, por primera vez en todo el verano, la frase de Instagram de Dante dejó de ser una losa amarga de derrota. La victoria no estaba perdida. Dante seguía en la partida, y acababa de hacer el movimiento más audaz de todos. Leo apretó los puños, sintiendo cómo el miedo que lo había mantenido paralizado todo el mes se transformaba en una urgencia abrasadora. Ahora le tocaba a él mover ficha.

CAPÍTULO
VEINTE



El primer fin de semana de septiembre llegó envuelto en el bullicio propio de los grandes eventos de la capital. El Palacio de Cibeles lucía imponente, con grandes banderolas que anunciaban «Miradas diversas» colgando de su fachada de piedra. Para Leo, subir la escalinata principal flanqueado por las tres mujeres de su vida fue una victoria que se empeñó en saborear a cada paso. Maribel, elegantísima con un vestido que se había comprado para la ocasión, caminaba del brazo de Lidia, luciendo un minivestido de lentejuelas magenta y unas sandalias joya que se enroscaban en sus pantorrillas como serpientes. Lara y Leo iban uno al lado del otro; él, espectacular y descaradamente sexi, vestía una chaqueta color esmeralda, cuajada de brillos, que llevaba abierta sobre el pecho, cubierto tan solo por unas finas cadenas doradas. Con un toque de *eyeliner* que resaltaba sus ojazos azules y unos pantalones negros de talle alto, Leo rompía cuellos a su paso. A su lado, Lara, con un vestido en oro rosa que destellaba bajo los focos de la entrada, le apretaba el brazo de vez en cuando, compartiendo un nerviosismo que se respiraba en el aire.

—¡Hay muchísima gente! —le dijo ella mientras entraban.

—¿Nerviosa?

—¡Sí! —exclamó Lara, hundiendo la cara en el hombro de su amigo como si se sintiera avergonzada—. ¿Y tú?

Leo asintió.

—También.

Pero sus nervios no tenían nada que ver con los focos, la prensa o las obras expuestas en el Palacio de Cibeles. El nudo en su estómago y cada detalle de su vestuario tenían una única causa y objetivo: Dante estaría allí, y Leo quería asegurarse de que no pudiera apartar los ojos de él en toda la noche.

Las salas de exposición estaban abarrotadas. Periodistas, críticos de arte, políticos de primera y segunda línea y un sinfín de rostros conocidos del Madrid cultural se mezclaban entre las obras. «Miradas diversas» mostraría la obra de más de diez artistas que rompían con los cánones establecidos; un compendio de voces del colectivo LGTBI, creadores con diversidad funcional y realidades disidentes que utilizaban el arte como trinchera frente a la normalidad impuesta para mostrar todo lo que quedaba en sus márgenes. El estallido libre y vanguardista de los creadores y sus acompañantes contrastaba violentamente con los trajes de chaqueta y corbata. Había multitud de colores, maquillajes y cuerpos diversos junto a los que el atrevimiento de Leo no resultaba extraño, sino orgánico. Se sentía a salvo entre los suyos, cómodo en su propia piel, lo que reducía sus nervios a una única e inevitable expectativa: encontrar los ojos de Dante entre la multitud.

El espacio era imponente; los techos altos de Cibeles albergaban desde macroinstalaciones fotográficas hasta proyecciones de vídeo en bucle que captaban la atención de los visitantes. Unos metros más adelante, junto a la escalinata que conectaba con la siguiente planta, Álvaro los esperaba. El comisario iba impecable, con un traje de chaqueta granate y, en cuanto vio aparecer a Lara, una enorme sonrisa se dibujó en su cara. Se acercó a ellos y saludó al grupo, pero sus ojos no se apartaban de los de Lara con una devoción tan evidente que Maribel tuvo que disimular una sonrisa y se puso a cuchichear con su hija, ocultándose tras su folleto.

—Esto está siendo un éxito absoluto —les dijo Álvaro, acompañándolos hacia la tercera planta—. Y vuestra obra es la que

está generando, con diferencia, mayor interés.

Al llegar arriba, Leo comprendió a qué se refería. La sala asignada a sus piezas estaba de bote en bote. Observó a perfectos desconocidos detenerse frente a las cartelas de metacrilato, leer sus palabras con el ceño fruncido o una mueca de emoción, y luego levantar la vista hacia los potentes retratos de Lara. Ver aquello le provocó un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal.

No tardaron en encontrarse con Lucas y Germán, que se habían quedado rezagados contemplando una de las obras de mayor formato. En cuanto Lucas los vio, se acercó al grupo a saludarlos.

—¡Ey! —Abrazó a Leo—. ¡Pero si estás guapísimo!

—Gracias.

—Ten cuidado, que con esas pintas, a lo mejor mi novio te intenta besar otra vez —bromeó.

Leo sintió que se ruborizaba mientras le lanzaba una miradita a Germán.

—De hecho, no voy solo a intentarlo. —Germán lo cogió por los hombros y le plantó un beso en cada mejilla. Luego lo miró de arriba abajo—. Ciertamente, estás arrebatador: no había visto un atuendo tan atrevido en toda mi vida.

—Mi hermano, la estrella de cine —dijo Lidia con cierta sorna, saludando a la pareja y poniendo un brazo sobre los hombros de Leo. Con aquellos tacones era más alta que él—. A lo mejor, por fin le sale un novio esta noche.

—Calla —pidió él. Un nudo en la garganta le recordó que los deseos de su hermana no estaban tan lejos de los suyos propios.

Lara y Álvaro se acercaron al grupo y Lucas exclamó en dirección al comisario:

—¡Esto es una locura! Felicidades.

—Gracias. —Álvaro le estrechó la mano y saludó también a Germán—. Sí que lo es. —Rodeó a Lara por la cintura y añadió—: No podría estar más contento esta noche.

—¿Recuerdas cuando creíamos que había mucha gente en la inauguración de «Fuera de plano»? —soltó Lucas en tono jocoso.

—Sí —repuso Leo, dándose cuenta de que su amigo tenía razón. Hacía casi un año desde aquella otra exposición y no pudo evitar

pensar cuánto habían cambiado las cosas para todos ellos desde entonces.

Lidia, entusiasmada, sacó el móvil para inmortalizar el momento.

—Poneos juntos, que os saco una foto con ese cuadro de ahí detrás —les pidió, orgullosa.

Leo y Lara se colocaron bajo los focos de la sala, sonriendo a la cámara mientras Lidia disparaba varias veces. Fue justo en el segundo en que el destello del flash se apagaba cuando Leo sintió el peso inconfundible de una mirada clavada en su nuca. Guiado por un magnetismo puramente instintivo, desvió la vista por encima de las cabezas de los asistentes hacia la galería abierta que daba al patio interior del palacio.

Dante estaba allí.

A solo unos metros de distancia, flanqueando la comitiva oficial del Ministerio, Dante iba impecable con un traje azul. Mantenía una postura formal mientras caminaba junto a un cargo público y asentía a sus explicaciones, pero sus ojos, muy abiertos, estaban clavados en Leo.

Sus miradas se cruzaron, amortiguando todo el ruido, los flashes y el murmullo de fondo. A Leo se le cortó la respiración. Dante no apartaba los ojos de él; le sostuvo la mirada con una fijeza cargada de tensión antes de bajar por su torso. Sus ojos brillaban con tal intensidad que hicieron que el vientre de Leo estallara en llamas. Quiso moverse, avanzar hacia él para acortar la distancia, pero en ese mismo instante el tumulto se agitó a su alrededor. Varios jefes de protocolo comenzaron a organizar a la gente; la megafonía del palacio anunció que los discursos institucionales iban a comenzar en el patio central y Dante se vio obligado a seguir los pasos de su comitiva.

La corriente de asistentes comenzó a descender hacia el patio central. En el centro del espacio, sobre un pequeño estrado decorado con los logotipos del evento, Cayetana Valcárcel ya se colocaba tras el atril, impecable, rígida y exhibiendo un semblante tranquilo y amable que Leo sabía que solo era una fachada. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que Dante se parecía a ella?

La ministra empezó un discurso en el que elogiaba la «valentía, crudeza y necesidad» de las obras expuestas. A Leo se le revolvió el estómago por la hipocresía que destilaban sus palabras, pero, *pinkwashing* o no, el Ministerio les había dado un escaparate impagable. Miles de personas visitarían y admirarían aquellas obras gracias al talento de los artistas y a la integridad del comisario. Al final, el arte había logrado colonizar las instituciones; nadie, ni los políticos ni la austeridad de la derecha, iba a poder quitarles el derecho a celebrar su propia existencia.

Cuando terminó el discurso y se sirvió el cóctel, la rigidez del protocolo se diluyó. Leo aprovechó el revuelo general para escabullirse de los demás. Al fondo de la sala sur, podía ver a Lucas y a Germán charlando junto a uno de los retratos. Germán reía de algo que Lucas acababa de susurrarle al oído y le colocaba con suavidad el cuello de la camisa. Ver a su amigo tan sumamente feliz, viviendo su amor a plena luz y sin disculparse ante nadie, le dio a Leo un vuelco de ternura en el corazón. Unos metros más allá, Lara y Álvaro compartían confidencias cerca del pasillo de los ventanales. No se tocaban, pero su lenguaje corporal, la forma de inclinarse el uno hacia el otro y la complicidad de sus risas hablaban por sí solas: volvían a estar juntos, y esta vez parecía de verdad. Leo desvió la mirada de sus amigos, en busca de un impecable traje azul entre la multitud. Recorrió la estancia, barriendo con los ojos el espacio en un intento casi desesperado por dar con él. Se detuvo un instante junto a una de las piezas, conteniendo el aliento, maldiciéndose por haberlo perdido de vista.

—Felicidades, Leo.

La voz, grave y familiar, le llegó desde la espalda, erizándole la piel. Leo se giró despacio. Dante estaba allí, a menos de un metro de distancia, con una copa de champán en la mano que ni siquiera parecía haber probado. Tenía las mejillas encendidas y lo miraba con una intensidad que amenazaba con prender fuego a las paredes del palacio.

—Hola, Dante —respondió Leo, sintiendo la garganta repentinamente seca. Había mucha gente a su alrededor pero, como

antes, cuando sus miradas se habían cruzado, Leo dejó de percibir todo lo que no fuera el hombre que tenía frente a él.

Dante se puso a su lado y, hombro con hombro, observaron la misma pieza: una escultura de metal que representaba a una mujer intentando entrar en el cajón de las convenciones estéticas.

—¿Cómo estás?

Leo elevó la vista para mirarlo.

—¿Te importa si no te contesto ahora mismo a esa pregunta? —dijo. Un músculo pareció saltar en la mandíbula de Dante—. Hay una cosa… Bueno, en realidad, dos cosas que necesito decirte. —Dante giró el rostro para mirarle, pero guardó silencio—. Tengo que darte las gracias. En primer lugar, claro, por lo que hiciste por Lidia.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Dante.

—Oh, vaya, te has enterado de eso.

—Sí, me he enterado. —Se enfrentó a él—. Lo que no entiendo es por qué no querías que lo supiera.

—Porque no quería que pensaras que lo había hecho para obtener nada a cambio.

—¿Y por qué lo hiciste, entonces?

Dante giró del todo, quedando de frente a él.

—Tú sabes bien por qué.

Leo sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Y fue esa la misma razón que te llevó a discutir con tu tía?

Dante cerró los ojos un segundo y negó lentamente con la cabeza, abrumado por la rabia y la vergüenza.

—Solo hice lo que consideré correcto —admitió, con la voz cargada de frustración—. Ella no tenía derecho a censurar tus textos, no porque esté en desacuerdo con ellos, y mucho menos por la antipatía que te tiene.

Leo bajó la mirada.

—Ya, ya me he dado cuenta de que no me soporta.

—Sé que fue a tu casa para hablar contigo. Leo, yo no sabía que ella haría algo así… Me siento tan avergonzado que no sé ni cómo disculparme.

Leo elevó el rostro.

—No tienes que disculparte conmigo. Ni por eso, ni por ninguna otra cosa.

—Ni tú necesitas darme las gracias. Por nada —le aseguró con pasión—. Haría lo que fuera por ti. Leo, yo… —Dante dejó la copa en la bandeja de un camarero que pasaba junto a ellos, sin dejar de mirarlo ni un momento—. Sigo sintiendo por ti lo mismo que en marzo, sigo deseando lo mismo. Para mí no ha cambiado nada, pero… —Dante dio un paso más, quedando tan cerca que Leo pudo oler su perfume amaderado. Sus ojos bajaron un segundo a los labios de Leo antes de volver a su mirada—. Si para ti tampoco ha cambiado nada, por favor, dímelo ahora. Una sola palabra tuya me callará para siempre.

—Todo ha cambiado, Dante. Todo —le aseguró. Dante esbozó una sonrisa cálida y sincera y se acercó un poco más a él—. Pero…

Dante cerró los ojos un momento.

—Por mi vida, que sabía que habría un pero.

Leo sonrió a su pesar. Sentía una creciente opresión en el pecho. Sabía que estaban rodeados de prensa, de la familia y de los amigos de ambos. Recordó las palabras de la ministra, sus advertencias y amenazas, pero todo eso le daría igual si no fuera porque, seis meses antes, Dante le había dicho que si quería estar con él, tenía que ser un secreto. Y por muy enamorado que se sintiera en ese momento, sabía que ni sus principios, ni sus escrúpulos, ni su amor propio le permitirían aceptar las migajas de un romance clandestino.

—No estoy dispuesto a ser el secreto de nadie. Ni siquiera el tuyo —le dijo con suavidad.

Dante lo miró y su expresión no varió ni un ápice.

—Está bien.

Leo parpadeó, atónito.

—¿Está bien?

—Sí.

—Y no pienso ser nada discreto —añadió Leo, apretando los puños, queriendo asegurarse de que Dante entendía lo que le estaba diciendo.

—Lo sé. Tu *outfit* ya dejaba eso bastante claro, de todas formas —añadió con la sombra de una sonrisa bailándole en los labios.

Leo abrió la boca para decir algo más, dispuesto a soltar un torrente de advertencias sobre el escándalo, las consecuencias y su incapacidad de mantenerse callado, pero Dante lo interrumpió de la forma más inesperada. Una sonrisa limpia, la primera sonrisa de verdad que Leo le veía en meses, iluminó su rostro antes de soltar una risa ahogada. Verlo reír así, tan libre y tan ajeno al peso del mundo, derribó la última defensa de Leo.

—Leo, por favor, dime de una vez que quieres salir conmigo.

Los ojos de ambos se quedaron clavados en los del otro. Leo no sabía qué decir, así que no dijo nada. Dio el último paso que los separaba, lo agarró por la nuca y, atrayéndolo hacia sí, estrelló su boca contra la de Dante.

Él respondió al instante, soltando un suspiro contra sus labios. Le rodeó la cintura con los brazos, pegándolo contra su cuerpo y profundizando el beso.

A su alrededor, el murmullo de la sala se detuvo en seco, sustituido casi de inmediato por varias exclamaciones y el sonido rápido y rítmico de un montón de ráfagas de fotografías. Los flashes empezaron a destellar a su alrededor, rebotando en las paredes blancas. Leo sintió un segundo de pánico, pero Dante no le permitió dudar o alejarse; lo apretó tan fuertemente contra su cuerpo que sus pies se separaron un poco del suelo. Ya no estaba dispuesto a ocultarse de nadie, y el entendimiento de que Dante había decidido ser libre y de que había decidido serlo con él le provocó una explosión de felicidad en el pecho. Leo se olvidó de la prensa, de los fotógrafos, del mundo entero y se entregó a aquel beso con abandono, enroscando las manos en su pelo, aferrándose al hombre que estaba dispuesto a dinamitar toda su vida solo por poder estar con él.

Cuando el beso se rompió por fin, ambos se miraron, jadeantes. Eran conscientes de que se habían convertido en el centro de atención.

—¿Y ahora? —preguntó Leo con la voz trémula.

Dante lo miraba con una enorme sonrisa en los labios.

—Ahora sonreímos, saludamos y nos vamos de aquí con la mayor discreción posible.

Leo respondió a su sonrisa y se dispuso a hacer precisamente eso.



DANTE HABÍA ESTADO BASTANTE DESENCAMINADO: ni todas las educadas sonrisas del mundo pudieron sacarlos del atolladero en el que ellos mismos se habían metido. Intentaron salir del palacio con la mayor dignidad posible, pero terminaron a carrera limpia por el vestíbulo, evitando fotógrafos y esquivando invitados. Se metieron en el primer taxi que encontraron libre al salir a la calle, cerrando las puertas de golpe para dejar atrás el acoso de los flashes.

Mientras el coche devoraba los semáforos en dirección al barrio de Justicia, Leo apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, con el corazón desbocado y el pecho subiendo y bajando a un ritmo frenético. Al girarse para mirar a Dante, que mantenía la vista fija en la ventanilla con una media sonrisa dibujada en los labios, los fogonazos de lo que acababa de ocurrir empezaron a reproducirse en su mente a cámara lenta.

Recordó la cara de Lucas, que se había quedado con la copa de champán a medio camino de la boca y los ojos como platos, antes de que una sonrisa de absoluto triunfo le partiera el rostro. Recordó a Lara, que en mitad de la ráfaga de flashes le había lanzado una mirada cargada de un orgullo tan puro que a Leo casi se le saltaron las lágrimas allí mismo. Había visto de reojo a Álvaro asentir con la cabeza, una muda aprobación, a Lidia, que lo miraba con la boca abierta, y a su madre, Maribel, llevándose las manos a las mejillas entre la estupefacción y el absoluto deleite de ver a su hijo besándose con un futuro marqués.

Y, por supuesto, recordó a Cayetana Valcárcel. La ministra se había quedado rígida como una estatua a escasos metros de ellos, con la copa temblándole ligeramente en la mano y una expresión de horror pintada en el rostro. Su heredero acababa de reventar el

escaparate de la dinastía familiar delante de toda la prensa cultural de Madrid.

Dante estiró el brazo en el asiento y le buscó la mano. Sus dedos se entrelazaron con fuerza, trayendo a Leo de vuelta al presente.

—¿Estás preocupado? —le preguntó con dulzura.

—¿Lo estás tú? —contraatacó.

Dante negó suavemente.

—Ya no —le dijo.

El taxi acababa de detenerse en una calle tranquila y señorial, flanqueada por fachadas clásicas de balcones de forja y portales imponentes. El portalón del edificio se abrió al instante. El portero, un hombre maduro que saludó a Dante con un discreto cabeceo, ni siquiera pestañeó al ver la corbata torcida de Dante o la agitación del pecho de Leo, parcialmente al descubierto bajo la chaqueta, mientras cruzaban el umbral. Subieron en el ascensor hasta el ático y, en cuanto la llave giró en la cerradura de la puerta y esta se cerró tras ellos, el aislamiento absoluto del piso los envolvió.

No llegaron ni a encender las luces. En mitad de la penumbra, Dante se giró hacia Leo y lo empujó contra la pared. Se buscaron a tientas, con urgencia, y se besaron con hambre y anhelo. Dante se quitó la americana y la corbata de un tirón, dejándolas caer al suelo, y volvió a abrazarlo, pero Leo, en vez de corresponderle, puso las manos sobre su pecho y lo apartó ligeramente. Mientras sostenía la mirada de Dante, una sonrisa canalla y salvaje le cruzó el rostro.

—Así que quieres que te dé rabo otra vez… —susurró.

Dante sonrió con complicidad.

—Al menos me has besado primero.

—¿Quieres o no? —Su tono fue más firme esta vez.

Dante le rodeó el talle y gruñó con pasión.

—Sí, por favor.

Leo elevó la barbilla con chulería y le dijo:

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

En un segundo se había quitado las gafas y estaba arrodillado ante él. Leo se desabrochó la chaqueta y Dante le acarició la cintura con las manos y le mordisqueó el abdomen.

—Qué fácil es ponerte de rodillas. Me encanta lo obediente que eres —ronroneó, acariciándole el cabello.

Dante soltó un gruñido sordo cargado de un deseo y una docilidad que encendieron la sangre de Leo, y frotó la nariz contra su creciente erección, aspirando su aroma. Luego elevó la mirada como pidiéndole permiso.

Aún con los dedos enredados en su cabello, Leo asintió levemente. Dante abrió la bragueta con manos expertas, lo tomó por la base y empezó a lamerle el glande, recorriendo la carne con maestría, para luego engullirlo hasta el fondo. Succionaba con una pasión que dejaba a Leo sin aliento, demostrándole una vez más que dominaba cada rincón de su cuerpo.

Con la cabeza apoyada contra la pared, Leo sintió cómo el placer le recorría toda la espalda. El eco de sus jadeos empezó a llenar el ático, y solo se extinguió cuando Dante se detuvo y se puso de pie.

Fue en ese instante cuando la chaqueta esmeralda de Leo terminó de resbalar por sus hombros, siseando al caer al suelo. Dante se quedó sin aliento. La luz de la calle se filtraba por el ventanal, haciendo que las cadenas doradas destellaran sobre el torso desnudo de Leo, subiendo y bajando al ritmo de su agitada respiración. Dante clavó la mirada en el metal que acariciaba aquella piel y sus ojos se oscurecieron por completo.

—Eres un provocador —gruñó con la voz rota.

Estiró la mano y atrapó entre los dedos una de las cadenas. Tiró de ella, haciendo que el metal se tensara sobre la piel de Leo, obligándolo a inclinar el pecho hacia delante. Con la otra mano, se desabrochó la camisa con una lentitud deliberada y volvió a tirar de la cadena, haciendo que el torso de Leo se apretara contra el suyo. El roce del metal entre sus cuerpos provocó en Leo una punzada de deseo tan repentina que tuvo que contener el aliento. Dante bajó la cabeza y lo mordió en el cuello, justo en la unión con el hombro, arrancándole un gemido ahogado.

—Me has tenido toda la puta noche al borde del colapso con estas cadenas —le susurró contra la oreja, haciéndolas tintinear entre sus manos y manteniéndolo aprisionado contra su cuerpo—. Me has creado un nuevo fetiche.

—No sabía que te iba la bisutería barata.

—Pues no sabes lo cara que te va a salir la ocurrencia.

Leo soltó una risita, pero el sonido se le ahogó en la garganta cuando Dante retrocedió, alejando el cuerpo del suyo pero sin aflojar su presa. Los eslabones tiraron de su cuello, obligándolo a avanzar. Con erótica lentitud, Dante enroscó el extremo de las cadenas alrededor de sus propios dedos, tensando el metal hasta que este se ciñó a la piel de Leo como un collar brillante.

Sus ojos se clavaron en los de Leo, fijos, oscuros, prometiendo tormenta.

—A la cama —ordenó Dante con voz grave.

Retrocedió hacia el dormitorio principal, arrastrando a Leo consigo palmo a palmo a través del pasillo. El sutil tintineo del metal guiando sus pasos era lo único que rompía el silencio del ático. A Leo las piernas le temblaron, pero no opuso resistencia; fascinado por el peso de la sumisión y por el fuego que le recorría el vientre, avanzó un paso tras otro, con la vista clavada en los anhelantes labios de Dante, sabiendo que acababa de perder el control por completo. Y que le encantaba.

Cuando entraron en la habitación, Dante los hizo girar y lo empujó para que cayera sobre la cama. Bajo la tenue luz, Dante terminó de desvestirse con movimientos pausados, casi solemnes, sin romper en ningún momento el contacto visual. Leo admiró la firmeza de su abdomen y la anchura de sus hombros, la rotunda enormidad de su extensión, pero fue la fijeza de esos ojos castaños lo que le hizo contener el aliento: había una adoración tan absoluta y voraz en ellos que a Leo se le encendió la piel antes de que volvieran a tocarse.

Dante regresó a la cama, se deslizó sobre él, atrapándolo entre su cuerpo y el colchón, y lo reclamó con un beso largo, hambriento, que se alimentaba del roce de sus pieles desnudas. Las manos de Dante bajaron por el torso de Leo, reconociendo cada relieve con una delicadeza que le hizo temblar, hasta que, con un movimiento fluido, volvió a deslizarse hacia abajo, le quitó los pantalones y la ropa interior, y se acomodó entre sus piernas. Cuando los labios de Dante volvieron a rodearlo, Leo echó la cabeza hacia atrás contra las

sábanas, ahogando una imprecación. Enredó los dedos en el pelo oscuro, arqueando la pelvis, perdiéndose en aquella perfecta cadencia.

Con una devoción implacable y carnal, su boca siguió descendiendo, dejando un rastro húmedo por la base de su dureza hasta detenerse en los testículos, lamiéndolos con pasadas largas, deliberadas, que le arrancaron a Leo un ronco gemido. Apretó las sábanas con las manos, buscando un anclaje, pero Dante no le dio tregua, le sujetó las piernas por las corvas y las abrió aún más, elevando sus caderas para enterrar el rostro entre sus nalgas.

Cuando aquella lengua rozó su entrada, Leo gritó y arqueó la espalda.

—Dante… Joder… —gimió, más allá de todo control sobre sí mismo.

Sus muslos temblaban mientras Dante seguía explorándole, abriéndole. El placer era abrumador, la intimidad tan salvaje y desarmante que lo desmanteló por completo. Su polla empezó a gotear bajo la cadencia de aquellas pasadas firmes y expertas. Dante devoraba su resistencia hasta hacerle perder la noción de dónde estaba. Con la cabeza echada hacia atrás, Leo gemía con abandono, completamente entregado al dictado de esa boca.

Y justo cuando Leo iba a perder el sentido, cuando ya jadeos involuntarios abandonaban sus labios, devorado por la inminencia de su orgasmo, Dante se detuvo en seco.

El repentino vacío hizo que Leo soltara un sollozo de pura frustración. Abrió los ojos, con la vista nublada por la excitación, justo a tiempo de ver a Dante trepando por su cuerpo. Sus ojos brillaban de deseo, los labios húmedos y enrojecidos entreabiertos, la respiración acelerada.

—Te lo advertí —susurró Dante, su voz una vibración grave contra la piel de Leo—. Te dije que te iba a salir caro.

Sin darle tiempo a procesarlo, avanzó sobre él, deslizando las rodillas a ambos lados de su torso hasta acorralarlo entre sus muslos. Presionó su polla contra los labios de Leo, no como una petición, sino como una orden silenciosa. Y Leo, con el corazón golpeándole las costillas y la sangre encendida por esa deliberada

humillación, entreabrió la boca de par en par, rindiéndose por completo a sus deseos. Dante se inclinó sutilmente y, con un movimiento de sus caderas, lo invadió, obligándolo a engullirlo despacio. Leo ahogó un jadeo al sentir el grosor ocupando su garganta, intentando abarcarlo por completo. Al ver que era incapaz, Dante sujetó su nuca con firmeza, guiando el ritmo, mientras Leo usaba los labios y la lengua con una desesperación y una destreza que hicieron a Dante ahogar un gemido estrangulado, pero sin ceder ni un milímetro de su control.

Con los ojos abiertos de par en par, Leo soportó el embate mareado de placer, fascinado por la estampa que se erguía sobre él bajo la luz del ventanal: la silueta recortada de Dante, con el abdomen tenso, el pecho agitado por una respiración cada vez más rota y esos ojos clavados en los suyos, devorando cada uno de sus jadeos, embriagado por el poder de someterlo por completo.

Dante se retiró de su boca con un suspiro ronco, dejando un hilo de saliva plateada que brilló un instante en la penumbra. Leo se quedó tendido, con los labios entreabiertos y el pecho subiendo y bajando con violencia, mendigando aire y anhelando su mirada y aprobación. Unas manos calientes descendieron por sus costados, estrujándole las nalgas. Encendido por completo, Leo arqueó las caderas buscando la fricción y Dante, con una autoridad implacable, le sujetó los muslos para arrastrarlo hacia el borde del colchón. Sin prisa, disfrutando de cada milímetro de poder, Dante estiró el brazo hacia la mesilla para alcanzar el lubricante sin romper el contacto visual.

Vertió una cantidad generosa sobre sus propios dedos y los llevó a la entrada, acariciándolo con paciencia antes de levantar la vista. Una expresión increíblemente cálida asomó a sus ojos mientras lo abría con una cadencia implacable y experta, estirando el músculo, presionando ese punto exacto que hacía que la cabeza de Leo se vaciara por completo. No se apresuró; esperó a que Leo estuviera blando y abierto bajo su tacto, saboreando el control de hacerle esperar.

Solo cuando el gemido de Leo se volvió un ruego sordo, Dante se retiró el tiempo justo para desenrollar el preservativo por su

extensión. De inmediato, volvió a posicionarse entre sus piernas, le aferró las caderas con dedos firmes pero delicados y lo miró desde arriba.

—Quiero que me mires mientras te hago mío —dijo, su voz una caricia de puro acero.

Se alineó con él, presionando el glande contra su entrada, pero contuvo el avance un momento, obligando a Leo a sostenerle la mirada en una muda súplica. Solo cuando Leo se relajó, entregándose por completo, empezó a llenarlo despacio. Leo abrió la boca al sentir la insoportable y maravillosa plenitud de tenerlo dentro. Dante comenzó a moverse con un ritmo lento, un vaivén corto que fue ganando profundidad y potencia, abriéndolo con una paciencia exquisita.

—No me vayas a preguntar si estoy bien —alcanzó a bromear Leo, con la voz rota por el placer.

Dante soltó una risita, acomodando una de las piernas de Leo sobre su hombro.

—No hace falta. Sé perfectamente cómo estás.

Como para demostrarlo, terminó de penetrarlo con una profunda estocada. Leo arqueó la espalda con un jadeo ahogado, atrapado por la brutalidad del impacto, y ese estallido de entrega fue la señal que Dante necesitaba. Las embestidas se volvieron más rápidas, más intensas, una cadencia perfecta que arrastraba a Leo hacia el precipicio. Sus manos arañaron desesperadas las sábanas a los lados, arrugando la tela en un intento inútil de aferrarse al colchón mientras su cuerpo se mecía indefenso bajo el peso de cada embate. Su polla, abandonada a su suerte y palpitando contra su vientre, estaba tan al límite que goteaba de manera constante sobre su abdomen. Leo la rodeó y empezó a masturbarse con un ritmo frenético, salvaje, buscando un resquicio de control en medio de todo ese placer que lo estaba desintegrando.

Al ver a Leo masturbarse, los ojos de Dante se encendieron aún más. Con los dedos hundidos en sus caderas, aceleró el ritmo con una urgencia indomable. Cada embestida era más honda, más húmeda y más implacable, empujando su cuerpo contra la superficie

blanda de la cama, obligándolo a acompasar el vaivén de su mano con el ritmo brutal de sus caderas.

—Leo, mírame… Joder, mírame. Córrete conmigo, cariño —gruñó Dante.

Leo, con los ojos anegados en lágrimas de puro placer, asintió, incapaz de apartar la vista del hombre que lo dominaba por completo. Dante inclinó el cuerpo hacia delante, eliminando la poca distancia que los separaba, y Leo clavó las uñas en sus hombros, buscando su contacto desesperadamente. Atrapó sus labios en un beso rabioso, posesivo, ahogando sus propios jadeos en la cresta del orgasmo y, con una violenta sacudida, se quebró del todo, derramándose sobre su ombligo en un estallido caliente y denso. Al sentir los espasmos de su entrada aprisionándolo, Dante soltó un gemido ronco contra su boca y se vació dentro de él con dos estocadas, entregándose por completo a la tormenta que llevaba toda la noche conteniendo.

El silencio regresó al ático, roto tan solo por sus exhaustas y desacompasadas respiraciones. Dante se dejó caer a su lado, abrazándolo por la cintura con una fuerza reconfortante, y pegó la frente contra el hombro de Leo, respirando el mismo aire, unidos por la humedad de sus pieles y el peso de una entrega absoluta. Se quedaron un momento así, unidos, escuchando el latido desbocado de sus corazones.

Dante se alejó lo suficiente para quitarse el condón y volvió a tumbarse sobre él.

—Voy a mancharte —dijo Leo, sintiendo cómo la humedad de su abdomen quedaba atrapada entre sus cuerpos.

El peso de Dante extendió el fluido caliente por su vientre, creando un roce pegajoso e íntimo que atrapaba el calor de ambos.

—No me importa —afirmó Dante con pasión, besándolo de nuevo. Lo envolvió con sus enormes brazos y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Vas a pasar la noche conmigo? —Leo asintió despacio—. ¿Y puedo volver a follarte?

—¿Aún tienes ganas de más, semental?

—Tú también tienes ganas de más —le contestó. Leo rio, incapaz de negarlo—. ¿Eso es un sí?

—Sí.

—Genial. —Dante volvió a agarrar una de sus cadenas y lo atrajo para volver a atrapar sus labios—. Entonces será mejor que no te las quites de momento.



Cuando Leo despertó a la mañana siguiente, se encontró con que Dante lo miraba. Estaba tumbado de lado frente a él, un brazo bajo la cabeza, el otro apoyado en su cintura. En cuanto vio que abría los ojos, lo rodeó para atraerlo hacia sí.

—Buenos días —le dijo con su voz dulce y grave, antes de besarlo.

A pesar de que acababa de tener la noche de sexo más intensa de toda su vida y de que se sentía agradablemente dolorido, el cuerpo de Leo respondió con entusiasmo bajo las sábanas. El aroma amaderado de Dante, diluido con el más almizclado del sexo, se metía en su nariz, en sus poros, lo envolvía por completo. Correspondió el abrazo, enroscando las manos alrededor de su cuello, metiendo los dedos en su pelo, rodeando su espalda mientras el beso se intensificaba. Se sentía enamorado, más que nunca antes, pero eso no le causaba la menor desazón, quizás por la certeza de que Dante sentía exactamente lo mismo.

Dante rompió el beso y hundió su cara en el cuello de Leo.

—Acabo de pasar la mejor noche de mi vida —le oyó suspirar—. Eres el hombre más guapo, más sexi y más increíble que he conocido jamás.

—¿En serio? —ronroneó Leo—. Pensaba que no era para nada tu tipo.

Dante se separó de él para mirarlo con extrañeza.

—¿De qué hablas?

—Y un suicidio comunicativo —siguió. Las cejas de Dante se unieron aún más—. Un chico de periferia con un micrófono y

muchas ganas de llamar la atención.

Casi pudo ver cómo el reconocimiento se dibujaba en su rostro.

—¿Escuchaste eso? —se sorprendió. Leo asintió y Dante cerró los ojos mortificado—. Solo lo dije porque… —Los abrió de inmediato—. ¿Por eso me odiabas? ¿Porque dije que no eras mi tipo?

Leo se encogió levemente de hombros.

—Que un tío tan bueno como tú diga esas cosas acerca de mí… —susurró juguetón, pegando aún más su cuerpo al de Dante—. Me dolió en el corazoncito.

Dante rio, apretándose contra él.

—No hablaba en serio. O en parte sí —le aclaró—. No es que no me gustaras, pero al verte supe que, si no tenía cuidado, iba a terminar loco por ti.

—¿Lo supiste nada más verme? —preguntó, dibujando círculos con la yema de los dedos en sus pectorales. Dante asintió—. Pero si fuiste superborde conmigo aquella noche.

—Ese era yo, intentando tener cuidado —repuso, agarrando su talle con más fuerza—. No me funcionó.

—¿Por eso escuchabas el podcast, porque yo te gustaba?

—Al principio no. Pensé que eso me daría argumentos para poder criticarte con conocimiento. Pero todo lo que decías… Tus opiniones tan firmes, tus principios, la manera en la que te expresabas… Supongo que, en parte, siempre sentí envidia de ti, de lo libre que eras, mientras que yo no me sentía capaz de mostrarme y… No sé. Creo que eso fue lo que al final más me atrajo. Para cuando volvimos a vernos en el Peacock's, ya estaba bastante colado por ti. Y encima estabas tan guapo aquella noche.

—No hice más que el ridículo —recordó.

—Eso no es cierto. Te mostraste tal y como eres, y no hay nada más sexi que eso.

—Eso no fue lo que dijiste en el baño.

—Estaba enfadado. Contigo por ser tan atractivo. Conmigo mismo por no saber controlarme. Si no me hubieras rechazado con tanta firmeza, no sé lo que habría pasado.

Leo rio.

—Supongo que ya sentía cierta atracción por ti en aquel momento, pero la antipatía que te tenía era más fuerte.

—No sabía que fueras tan vanidoso —se burló Dante, regándole el cuello de besos.

—No fue solo por tu comentario, o por la manera en que me tratabas. Era que… —Leo chasqueó la lengua—. Te juzgué, sin conocerte, pensaba que no eras más que otro gay reprimido que usaba a las mujeres como tapadera mientras que…

Dante se detuvo para mirarlo.

—Pensabas que engañaba a Carolina.

—Sí. Pero ahora supongo que no.

—Ella siempre lo ha sabido. Álvaro también —aclaró—. A Caro y a mí no nos venía nada mal que la gente pensara que estábamos juntos: yo quería seguir en el armario y ella… Ella no quería que estuvieran dándole todo el día la vara con eso de que «se buscara un novio» cuando no quería tener nada formal con nadie. Así que es verdad que ella era mi tapadera, pero yo también fui la suya y no hubo engaño por ninguna de las dos partes.

—Nunca entendí tu necesidad de permanecer oculto hasta que… —Se obligó a mirarle a los ojos—. Hasta que leí tu carta. Si algo así me hubiera pasado de adolescente…

—No le des más vueltas a eso. He perdido demasiado tiempo permitiendo que lo que ocurrió defina mi vida. No voy a seguir dándole a nadie ese poder sobre mí.

—Ya, pero sigo sintiéndome mal por cómo te traté la otra vez que nos acostamos.

—Yo también. Fui un imbécil. Y un arrogante. Conocía tus principios, pero estaba tan convencido de que me deseabas que pensé que, por mí, estarías dispuesto a saltártelos. Me avergüenzo tanto de haberte pedido que fueras un secreto… No es eso lo que te mereces. E hiciste bien en rechazarme. Tardé un tiempo en darme cuenta, pero comprendí que si quería merecer a alguien como tú, era yo quien tenía que cambiar.

—¿Y de verdad que ahora no te asusta ni un poquito haber salido del armario de la manera más escandalosa posible? —preguntó. Dante negó con la cabeza—. ¿Ni siquiera aunque nos hayan sacado

como un millón de fotos? —Volvió a negar. Leo bajó el tono de voz —. ¿Ni por tu tía?

Para su sorpresa, Dante sonrió.

—Mi tía nos ha ayudado mucho, seguro que se alegra cuando se entere; le encanta sentirse útil —aseguró. Leo frunció el ceño—. Piénsalo bien: de no ser por lo que hizo, ir a tu casa a hablar contigo… Ella creyó que podría amedrentarte, pero no te conoce como yo: eso es imposible. —Leo sonrió ante el halago—. Y también sé que tu honestidad te habría obligado a decirle que yo no te importaba si de verdad fuera así. Al ver que te negaste a darle una respuesta cerrada, entendí que aún me quedaba una esperanza.

—Yo también lo entendí cuando Álvaro me contó que discutiste con ella por mí.

—Él sabe perfectamente lo que siento por ti. Álvaro me conoce mejor que yo a mí mismo. Supo que me ibas a gustar antes de que yo me diera cuenta. Cuando te dije que es como un hermano para mí, no te mentía: siempre hemos cuidado el uno del otro de esa manera. Por eso hice lo que hice con respecto a Lara.

—Pero también hiciste algo para que volvieran a estar juntos.

—No hice nada —negó—. Solo decirle a Álvaro que me había equivocado, que era un idiota y que no debería hacerme caso nunca más. En cuanto entendió la profundidad de su… de nuestro error, hizo lo posible por enmendarlo. No sabes cuánto me alegro de que Lara haya podido perdonarlo, aunque supongo que yo también le debo una disculpa.

—Pero sí que hiciste algo con respecto a Lidia —musitó.

—Leo, mírame —pidió. Leo había bajado la mirada, pero le obedeció y se perdió en sus increíbles ojos castaños—. Lo que te dije ayer es cierto: haría cualquier cosa por ti. Y cuando, aquella noche, en el campamento, te echaste a llorar en mis brazos, supe lo que tenía que hacer y lo hice. Y lo haría mil veces más si hiciera falta.

Leo se quedó en silencio un momento, asimilando la magnitud de lo que Dante había estado dispuesto a hacer por él. Sintió un nudo en la garganta y se apretó un poco más contra su pecho antes de volver a hablar.

—¿Entonces por qué estabas tan distante cuando me viste hace dos semanas en Cibeles?

—Porque estaba nervioso. No sabía cómo comportarme contigo, o qué esperar de ti. Solo quería tirarme a tus pies, pero temía que volvieras a rechazarme.

—¿Querías tirarte a mis pies? —Leo sonrió con lujuria, dejando que la lengua le asomara entre los labios—. ¿Arrodillarte de nuevo en frente de mí? —Dante asintió, sus manos descendiendo lentamente hacia sus nalgas—. Te morías por otro pollazo en la cara —ronroneó.

—Rabazo, querrás decir.

—¿Cómo?

—Yo tengo polla, tú, cariño mío, tienes rabo.

Leo puso los ojos en blanco.

—¿No me digas que vamos a ser una de esas parejas odiosas que les ponen motes a sus penes?

El rostro de Dante reflejaba la más absoluta felicidad.

—Mucho me temo que sí.

EPÍLOGO



El verano parecía no haberlos abandonado aún del todo aquella calurosa tarde de mediados de septiembre. El aire acondicionado del Beautifuck funcionaba a toda pastilla. Eso, unido al sonido del torno de limar que Lidia usaba en aquel momento para terminar de perfilar las uñas de Mari Carmen, hacía que la contaminación acústica fuera insoportable. Ajenas al ruido, ambas charlaban animadamente con Lara, que esperaba a que llegara Leo. Por eso, cuando Conchi entró en el salón de belleza y le dijo algo a su hermana desde la entrada, Maribel solo la vio mover los labios y escuchó un murmullo de fondo.

—¿Qué? —le gritó. Conchi hizo un gesto de exasperación y se acercó a ella enarbolando unas revistas, lo que hizo que Maribel ahogara una exclamación—. ¿La *GLAM* de esta semana? —preguntó, uniéndose a su hermana en el centro del local.

—¡Sí!

Conchi se la tendió y Maribel la abrió, ansiosa.

—¿Pero ya la has mirado? ¿Sale…?

No le dio tiempo a terminar la pregunta: allí, a todo color, estaba lo que había esperado ver: la fotografía del beso en el Palacio de Cibeles ocupaba una página entera de la sección de sociedad. La instantánea era nítida, preciosa: Leo, con su chaqueta destellando bajo los flashes, agarraba a Dante Valcárcel por la nuca mientras el

asesor lo estrechaba contra su cuerpo, ajenos por completo al revuelo de los fotógrafos a su alrededor. El titular, en letras bien grandes, no dejaba lugar a dudas:

GLAM

¡Bombazo en Cibeles! Dante Valcárcel y Leo Gallardo gritan su amor a los cuatro vientos

---

El hermético asesor político y sobrino de la marquesa de Hinojosa causó un auténtico terremoto mediático al oficializar su homosexualidad con un apasionado beso al periodista y escritor Leo Gallardo.

A lo largo de los años, nuestra revista ha intentado desentrañar los misterios del corazón de Dante Valcárcel, vinculándolo siempre con figuras de alto perfil como Carolina de Ulloa. Sin embargo, el que es considerado uno de los solteros más codiciados de la capital ha elegido el escenario más inesperado para dar un paso histórico en su vida privada.

Leo Gallardo, espectacular con un atrevido estilismo de traje esmeralda sin camisa y finas cadenas doradas sobre el torso desnudo, fue el centro de todas las miradas y se ganó la admiración del asesor. Ajenos a la rigidez del protocolo y ante la estupefacción de los allí presentes, Dante y Leo se fundieron en un apasionado beso frente a las ráfagas de los fotógrafos. Quienes presenciaron el momento aseguran que la complicidad entre ellos era total.

Aunque, como viene siendo habitual, no ha habido confirmación oficial por parte del entorno del asesor, lo cierto es que una imagen

> vale más que mil palabras y, tras este espontáneo y valiente gesto, no nos queda más que preguntarnos: ¿estamos ante la presentación en sociedad de la pareja más sorprendente, audaz y revolucionaria de la temporada?

—¡Madre mía, Conchi, míralo qué guapo está! —exclamó Maribel, con los ojos brillando de pura emoción y separando la revista para poder enfocarla mejor—. ¡Si es que parece un actor de Hollywood!

—Ya tienes tu propio Leonardo DiCaprio —dijo Conchi en tono burlón, pero abrazando a su hermana por los hombros para mirar la fotografía con lágrimas en los ojos—. Como siempre has querido.

El revuelo había llamado ya la atención de las demás. Lara se puso de pie con intención de acercarse, pero Lidia apagó el torno y se levantó de la silla de un salto, adelantándose a Lara y dejando a Mari Carmen con una mano a medio limar.

—¡A ver, déjame ver! —chilló, metiéndose entre su madre y su tía para devorar la página con los ojos. Lara se acercó y miró por encima de su hombro—. ¡Bua, menudo fotón!

—Salen increíbles —intervino Lara.

—¡Ja! Si ya le había dicho yo a mi hermano que, con ese *outfit*, le salía novio.

Mari Carmen también se había puesto de pie para mirar.

—La verdad es que hacen una pareja estupenda. No exagerabas para nada, Maribel.

—¡Te lo dije! ¡Claro que no exageraba! Este hombre —dijo, golpeando la revista con el dorso de su mano repetidamente—. Este hombre es un monumento. Si te lo digo yo, que lo he visto en persona. Es altísimo y muy guapo. Pero es que mi hijo está espectacular y no tiene nada que… —Se interrumpió al ver que la puerta del establecimiento se abría y contra la iluminación exterior se recortaron dos figuras. Sonrió al reconocerlas—. Y hablando del rey de Roma.

Leo y Lucas entraban en el salón, hablando animadamente. Leo llevaba unos vaqueros y su camiseta con el logo del podcast, un signo de exclamación sobre un fondo multicolor. Lucas, a su lado,

vestía un pantalón de pinzas y un polo celeste, evidenciando que venía directo del trabajo. En cuanto vieron a las cinco mujeres arremolinadas frente al papel cuché, se detuvieron en seco.

—Hola, hijo —saludó Mari Carmen.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas.

—Nada. —Lara esbozaba una misteriosa sonrisa—. Solo que nuestro Leo se ha hecho un poquitín más famoso. Mira.

Y arrancándole a Maribel la revista de las manos, se la tendió a su amigo. Maribel fue a quejarse, pero Conchi le tendió otro de los muchos ejemplares que había comprado.

—¿No me digas que ha salido la foto en la *GLAM*? —preguntó Leo casi compungido.

—¿De verdad te pensabas que no iba a salir? —se burló su hermana de él.

—Pedazo de fotón —exclamó Lucas.

—Eso mismo dije yo.

—Trae. —Leo le quitó la revista a su amigo para mirarla él mismo. Todos los presentes, que lo observaban con atención, pudieron ver cómo se ruborizaba—. Joder… —masculló.

—¡*Ooooh*! Mira, mi hermano se ha puesto tontorrón pensando en lo que ocurrió luego.

—¡Lidia!

—¿Qué? Toda España sabe que, después de tremendo beso, os fuisteis a follar. Es lo más natural del mundo.

El rubor de Leo se intensificó aún más y las mujeres empezaron a reír.

—Sois lo peor —dijo, completamente abochornado.

En ese momento, el móvil le vibró en el bolsillo. Lo cogió para ver que tenía un mensaje de Dante.

Por lo visto, nos hemos hecho famosos

…

En cuanto vio los tres puntos, Leo se apartó de los demás.

Qué guapo sales en la foto, por cierto ❤️

No puedo dejar de mirarla

Leo sonrió.

Ya, yo la acabo de ver

Mi madre está flipando

—Mira la carita que ha puesto. —Oyó decir a Lidia que había vuelto a sentarse para seguir trabajando en la manicura de Mari Carmen—. ¿Te estás mensajeando con el marqués?

Leo le hizo un corte de mangas y escribió:

No sabía que leías la GLAM

Jajaja, no. Te imaginas?

Pero mi tía sí

Estabas con ella cuando vio la foto? 😳

Sí 😂

Quieres hablar?

Vio los tres puntos que indicaban que Dante estaba escribiendo durante unos segundos antes de que el teléfono empezara a vibrar con una serie de mensajes.

Mejor te lo cuento en persona luego, pero…

Bueno, te hago resumen

Primero, le ha dado un parraque

Segundo, ha dicho que cree que la foto está retocada porque dijo, y cito, nadie puede ser tan guapo

Tercero, me ha preguntado de qué diseñador era tu traje

Cuarto, ha confesado que, para ser un don nadie, mi novio tiene muy buena planta

Leo soltó una carcajada en mitad del salón de belleza, atrayendo de nuevo las miradas de todos. Luego tecleó rápidamente:

Y si se entera de que el traje era de una tienda de segunda mano de Malasaña?

Le daría otro parraque?

Creo que con eso, nos la ganamos 😂

A Leo le alivió que, al menos, se tomara el asunto con buen humor.

Por cierto, novio??? 🤔

Dante: 😳

👉👈

Son sus palabras, no las mías

Los tres puntos volvieron a aparecer y a Leo le pareció una eternidad hasta que vio la contestación de Dante.

Pero yo no me opongo

Ya sabes como somos los conservadores

Necesitamos ponerle etiquetas a todo

Rapidito 😂

Lo hablamos luego?

Durante la cena? 😎

Claro

¿A qué hora sales del estudio?

Quiero pasar a buscarte 😍

En media hora empezamos

Vente cuando quieras

Si llegas a tiempo, podrás ver la grabación

Con lo fan que eres 😆

Genial

Pues nos vemos en un rato

Y por cierto…

Sí que eres tan guapo ❤️

Leo guardó el móvil con una sonrisa boba que ya no se molestó en disimular. Se giró hacia los demás con la intención de despedirse.

—¿Y bien? —quiso saber Maribel, cruzándose de brazos—. ¿Qué dice el marqués?

—Nada, que su tía opina que tengo buena planta —bromeó—. Y no es un marqués, dejad de llamarle así.

—Pero lo será, hijo, lo será.

—Oye, y si te casas con él, ¿tú serías un marqués también? —le preguntó Lidia.

Todos le miraron con sumo interés.

—Y yo qué sé. Además, no ando yo pensando en bodas.

—Pues ya deberías —le soltó Maribel poniendo los brazos en jarras—. Que tienes una edad. Y Dante también. Qué manía tiene la gente joven con no querer casarse.

Leo puso los ojos en blanco.

—Vale, mamá.

—Deja al chico tranquilo —intervino Conchi, siempre con mejor sentido común que su hermana—. Aunque no me importaría a mí que te quedaras bien amarrado a ese hombre, con lo buena persona que es —añadió.

—Ya te digo —intervino Lidia.

—Y por cierto, ¿cuándo lo vas a traer a casa a comer? Que quiero conocer a mi yerno. El domingo, por ejemplo.

Leo decidió, por el bien de su salud mental, ignorar a su madre.

—Venga, Lara, muévete, que tenemos un podcast que no se va a grabar solo.

—Y una nueva temporada que inaugurar —asintió ella cogiendo su bolso—, como para llegar tarde hoy.

—Yo me voy con vosotros —anunció Lucas—, que he quedado con Germán en el centro.

Los tres amigos se despidieron y salieron del local en dirección al coche de Leo.

Maribel se quedó mirando hacia la puerta por la que había desaparecido su hijo. Posó la revista sobre la mesa, en la que aún Lidia trabajaba en la manicura de Mari Carmen.

—Bueno, hija mía —suspiró—. Leo ya tiene su marqués. —Le puso una mano sobre la cabeza a Lidia y la miró muy seriamente—. Ahora solo nos falta buscarte a ti un príncipe.



Para no variar, Leo y Lara llegaron a la grabación un poco justos de tiempo. Corrieron por los pasillos de PodStand y entraron en el estudio justo a tiempo de ver que Susana salía de su cabina de sonido.

—Joder —les gritó—, que ya iba a salir a buscaros.

—Lo siento, lo siento —gimió Lara.

Ambos se sentaron frente a la mesa, encendieron sus ordenadores y ajustaron sus micrófonos mientras Susana cargaba las escaletas del programa y proyectaba su logo en las pantallas. Luego les hizo un gesto para indicarles que quedaban diez segundos.

—¿Lista? —preguntó Leo, mirando a su amiga de reojo.

Lara se colocó los auriculares, acomodándose el pelo tras la oreja con esa serenidad que le había regresado al rostro desde que Álvaro y ella habían vuelto juntos.

—Más que lista —sonrió ella.

La luz roja del estudio se encendió, tiñendo el ambiente de una calidez familiar, sonó la cortinilla del programa y Leo se acercó al

micro, respiró hondo y dijo:

—Bienvenidos a *Orgullo!*, el podcast para disidentes, donde hablamos los que no encajamos en la norma.

—¿No eres un hombre blanco heterosexual? No pasa nada, nosotros tampoco. Únete a tu comunidad para reír, charlar o indignarte.

—Conmigo, Leo Gallardo: periodista, activista y marica profesional.

—Y conmigo, Lara Salvatierra: artista y feminista, bisexual y mujer racializada.

Ambos se miraron con una enorme sonrisa en los labios.

—Hola, chocho —dijo Leo.

—Hola, chocho —replicó ella.

—Hoy estrenamos temporada y, la verdad, no se me ocurre una forma mejor de empezar que hablando de lo mejor de la semana: «Miradas diversas» está siendo un éxito. La exposición estará un mes en Cibeles y luego empezará a rular por toda España. No os la perdáis, por favor. Aparte de poder disfrutar del arte de Lara, también podréis admirar el de otros artistas valientes, audaces, diversos, que son la prueba de lo que ocurre cuando dejas de esconderte y te muestras tal y como eres.

—Espera, Leo, ¿estás hablando de las obras o de esto? —Se giró hacia él y, para su sorpresa, sacó la *GLAM* de su bolso—. Porque si habéis oído hablar de «Miradas diversas», lo más probable es que sea por lo que ocurrió durante su inauguración. Otra prueba de lo que ocurre cuando dejas de ocultarte, ¿o no? —Leo reprimió el impulso de taparse la cara con las manos—. Por favor, Leo, dinos qué se siente al… Espera. —Hojeó la revista hasta dar con la dichosa foto—. Ah, sí: gritar tu amor a los cuatro vientos.

Mientras su amiga hablaba, Leo desvió un segundo la vista hacia la cabina de sonido y vio que, junto a Susana, había una silueta muy familiar. El estómago le dio un vuelco. Dante lo miraba con una sonrisa enorme y le hizo un pequeño asentimiento con la cabeza. «De perdidos al río», pensó.

—¿Pues sabes qué? Que me siento de puta madre. Que estoy muy feliz y que mi novio es el hombre más guapo de todo Madrid.

Lara elevó las cejas.

—¿Novio?

—Bueno… —titubeó inseguro—. Pensábamos aclarar ese punto esta noche, durante la cena, pero… —Volvió a mirar hacia él, que volvió a asentir—. Creo que casi puedo afirmar que sí.

—¿Entonces ya has borrado tu perfil en Peckr?

—¿Y tú el tuyo en Flick? —contraatacó Leo—. Porque no soy yo el único que se ha echado novio este verano…

—Es verdad —dijo Lara con voz tímida, acercándose al micro—. He vuelto con mi ex. Todo fue un malentendido y estamos más felices que nunca. ¿Qué te parece si empezamos con las cartas de los oyentes?

La grabación del programa siguió sin más incidencias. Durante la siguiente hora, el estudio se llenó de risas, debates encendidos y esa complicidad única que solo Leo y Lara sabían crear frente a los micrófonos. Al otro lado del cristal, Dante no se movió ni un ápice. Escuchó el programa entero junto a Susana, asintiendo a veces, riéndose con ganas de las ocurrencias de Leo y mirándolo con una devoción tan absoluta que, a ratos, hacía que el periodista se equivocara de línea en la escaleta.

Cuando terminaron de grabar la última sección, Leo miró la luz roja de la pared y se despidió de su audiencia con el corazón desbordado.

—Y hasta aquí el primer episodio de la temporada. Recordad: vivid sin disculparos, amad a quien os dé la gana y haced mucho ruido. Nos escuchamos la semana que viene. Un beso gigante de parte de todo el equipo de *Orgullo!*

Susana cortó la señal y la luz de grabación se apagó, devolviendo al estudio su iluminación habitual. Lara se quitó los auriculares, exhalando un largo suspiro de satisfacción.

—Pedazo de programa nos ha quedado, chocho —dijo, estirando los brazos.

—El mejor —coincidió Leo.

La puerta del estudio se abrió y Dante entró despacio.

—¿Así que es aquí donde se obra la magia?

—¿Qué? —Le preguntó Lara, poniéndose de pie para plantarle dos besos—. ¿Te ha gustado la grabación?

—Me ha encantado. Aunque… —Miró hacia atrás y luego susurró —: Creo que a la técnico de sonido no le ha gustado mucho tenerme de polizón.

Lara se rio.

—No te lo tomes como algo personal: Susana odia tener a «los novios» en su cabina.

Leo también se había puesto de pie y Lara miró hacia él.

—Bueno, voy saliendo, que he quedado con Álvaro y no le quiero hacer esperar. —Se despidió, cogió su bolso y se escabulló del estudio.

Leo y Dante se quedaron a solas, frente a frente.

—Así que soy el hombre más guapo de todo Madrid, ¿eh? —dijo Dante, cruzándose de brazos y mirando a Leo con una ceja arqueada y una sonrisa ladina.

Leo sintió que las mejillas se le encendían, pero decidió combatir la vergüenza con chulería.

—No, dije que mi novio es el hombre más guapo de todo Madrid, ¿por qué supones que estaba hablando de ti?

Dante soltó una suave risita, de esas que solo le salían cuando estaba a solas con él. Le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo hacia su cuerpo.

—Me partes el corazón —susurró.

Leo apoyó las manos en su pecho, sintiendo el firme latido de su corazón, a la vez que se perdía en sus ojos. Dante se inclinó para besarlo. Justo en ese momento, escucharon la voz de Susana por el micrófono interno.

—Sabéis que aún estoy aquí, ¿verdad? Joder, que es que, a veces, me siento invisible.

Ambos soltaron una risita.

—Mejor salimos de aquí —dijo Leo—. ¿Nos vamos a cenar? Que aún tenemos un asunto que resolver.

—No me he olvidado. Voy a tener que buscar a ese novio tuyo y tener unas palabritas con él.

Leo rio de buena gana. Se cogieron de la mano, se despidieron de Susana y recorrieron el pasillo hacia la salida.

—Me tienes que contar lo de tu tía —le recordó por el camino.

—Ah, eso. —Dante hizo un gesto, como quitándole importancia —. No te preocupes, ya se le pasará. Ventajas de ser la única familia con vida que le queda. —Leo lo miró con preocupación—. ¿Qué? Lo digo en serio. No pasa nada.

—¿Seguro?

—Seguro —corroboró.

—Es un alivio. No querría ser la causa de que te enemistaras con ella. Al fin y al cabo, también es la única familia que tú tienes.

—No, no es la única —dijo, subiendo la mano de Leo hasta sus labios para besar el dorso—. Y en tu casa, ¿qué tal? ¿Cómo se ha tomado tu familia la noticia?

—Oh, ya sabes. Mi tía está contenta. Creo que ella se olió algo en el campamento y le caes muy bien. Lidia no hace más que burlarse, pero creo que también aprueba mi decisión. Mi madre está entusiasmada, porque… Bueno, ya sabes. Siempre está buscándome pareja, y le encanta la *GLAM* y…

—Y está orgullosa de lo guapo que es su hijo y de lo estupendo que es su novio. Sea quien sea —añadió con una sonrisa burlona.

Salieron del edificio. Madrid los recibió con uno de esos limpios atardeceres de finales de verano. La luz incidía de lleno sobre las fachadas señoriales de la Gran Vía, haciendo que los relieves esculpidos parecieran emitir su propio resplandor. Los ventanales de los edificios históricos devolvían el reflejo del sol como si fueran láminas de oro y las cúpulas y los detalles en bronce destellaban con majestuosidad. El cielo empezaba a oscurecerse y justo en la línea del horizonte, que apenas se podía ver por culpa de los edificios que los rodeaban, el azul cobalto se fundía en el rosa y este a su vez en el dorado más resplandeciente.

Se pararon en la acera, esperando a que pasara un taxi.

—Lo único malo —siguió hablando Leo—, es que mi madre no deja de quejarse de que ella es la única que no te conoce. Te ha visto en persona, pero no te ha tratado nunca.

—Eso es verdad, y si es tan encantadora como tu tía…

—No sé yo qué decirte…

Pararon un taxi y se metieron en él. Se acomodaron en el asiento trasero y Dante le dio a la conductora la dirección de un conocido restaurante.

—Imagínate —rio Leo—. Quiere que vengas a casa a comer. Me dijo que te llevara el domingo. ¿Te lo puedes creer? —Dante lo miró muy intensamente y la sonrisa le flaqueó—. Solo estaba de broma —aclaró—. No pienso llevarte a comer a mi casa.

—¿No? ¿Y eso por qué, si puede saberse? —preguntó Dante con la voz muy grave.

—Pues… Porque me parece muy pronto. Y porque pensé que tú aún no querrías… Ya sabes.

—Yo, a lo mejor no, pero quizás tu novio sí que quiera conocer a tu madre.

Leo lo miró atónito.

—No puedes estar hablando en serio —espetó, pero Dante lo miraba impertérrito—. ¿Qué? —No obtuvo respuesta—. ¡*Arrggrr*! Vale, tú eres mi novio, el hombre más guapo de todo Madrid. ¿Era eso lo que querías oír?

La sonrisa que Dante le dedicó mientras lo atraía hacia su cuerpo fue resplandeciente.

—Dile a tu madre que el domingo me viene genial —dijo antes de besarlo.

FIN



Agradecimientos

Si hay una cosa bonita que me ha dado la escritura en todos estos años, ha sido la posibilidad de conocer a gente maravillosa. Ya fuera a través de blogs, de páginas o plataformas de autopublicación como Wattpad, o en redes sociales, siempre he podido interactuar con otras escritoras y lectoras. De hecho, conocí a mi mejor amiga hace más de quince años, online, porque las dos éramos de la misma ciudad y escribíamos romance MM. Y ahora pienso que, si nunca me hubiera animado a compartir *A través del sexo* en Internet, si no me hubiera creado un blog y un nombre para mí misma, ella no estaría en mi vida. Qué vértigo, ¿no?

Luego pasaron muchas cosas, buenas y malas, que me hicieron alejarme de la escritura y de este mundillo. Tras varios años en el dique seco, en 2025 me dije que o terminaba las dos novelas que tenía a medias, o abandonaba para siempre y dejaba de definirme como escritora. Terminé *ATDS 2019*, me creé mi cuenta de autora y me metí de lleno en Bookstagram, lo que a su vez revitalizó mi interés por la lectura. Empecé a leer y a escribir más que nunca, y ahora me mareo al pensar que he publicado tres libros en los últimos once meses. Pero lo mejor no ha sido eso.

Lo mejor han sido todas las mujeres bonitas que me han acompañado por el camino: aquellas a las que ya conocía y que me dieron la bienvenida de vuelta, y también aquellas a las que he conocido por primera vez.

En este tiempo, he organizado y participado en múltiples lecturas conjuntas, he chateado, compartido y reído, y he fundado un club de lectura junto a unas mujeres a las que creo que ya puedo llamar amigas.

A todas esas personas va este agradecimiento.

A Nisa, siempre, por estar ahí y convertirse en uno de los pilares de mi vida y mi referente absoluto en el mundo de la escritura. Qué gran suerte es ser amiga de tu autora favorita.

A Delia, por dar un paso adelante y decirme que quería ser mi lectora cero. Por acompañarme durante todo el proceso de escritura de *Orgullo**, desde mis lentos y titubeantes pasos por el barrio de El Perchel hasta la maratón final, en la que escribí algo más de ochenta mil palabras en menos de mes y medio. Y ella seguía ahí, látigo en mano, pidiéndome que escribiera todavía más rápido. Gracias por tus palabras, por tu absoluta implicación, por estudiarte *Orgullo y prejuicio* para entender todas las referencias, por tu entusiasmo con esta historia y por enamorarte de Leo y Dante tanto como yo.

A Lola Z. Navarro por ser estupenda como ella sola, por cederme la revista *GLAM*, de la que me apropié y me autoproclamé redactora, y por asesorarme con algunos detalles policiales de esta novela.

Al resto de las chicas del club de lectura, Gloria, Irene y Roser. Sois geniales. Me río muchísimo con vosotras y, sin saberlo, me habéis acompañado en un momento de enorme importancia para mí: ese en el que he podido volver a decir, con la boca bien llena, que soy escritora.

Gracias también a todas las personas que han leído mis libros, que han comentado una publicación, que me han recomendado, que me han escrito un mensaje o que, simplemente, han decidido dedicar unas horas de su vida a las historias que nacen en mi cabeza. Nunca dejará de parecerme un milagro.

Porque lo maravilloso de escribir no es solo el acto en sí mismo, sino poder compartirlo. Así que supongo que lo que intento decir es:

Gracias por compartirlo conmigo.

ACERCA DE LA AUTORA

Nayra Ginory (Las Palmas de Gran Canaria, 1980). Se aficionó a la lectura desde muy joven, pasión que la llevó a la escritura.

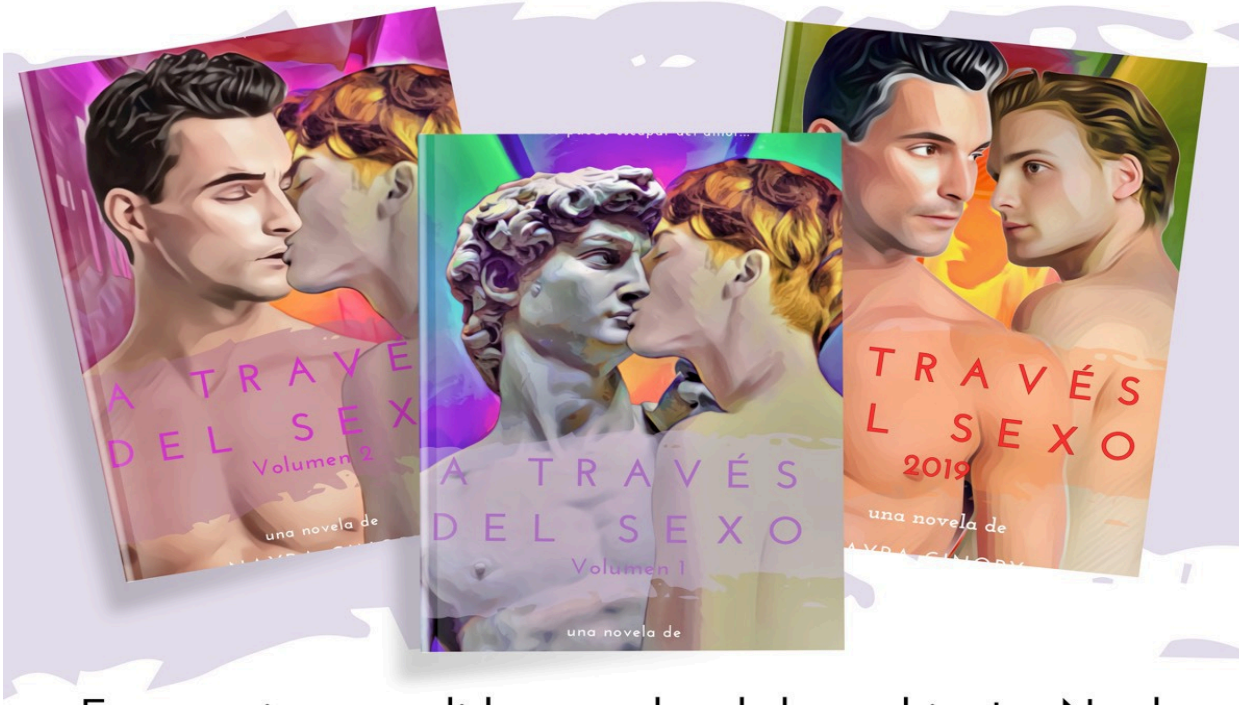
Su primera novela, A través del sexo, nació como proyecto online y fue publicada en dos tomos por Ediciones Babylon (2014-2015). Tras recuperar los derechos, reeditó ambos volúmenes en Amazon en. La tercera entrega de la serie, A través del sexo 2019, vio la luz en 2025.

Es también autora de la bilogía Noctívagos, formada por El sabor de las manzanas rojas y Negro como el ébano, rojo como la sangre, además de relatos publicados en diversas antologías y medios digitales. Actualmente trabaja en nuevos proyectos narrativos.



A TRAVÉS DEL SEXO

TRILOGÍA COMPLETA YA DISPONIBLE



En su primera salida a un local de ambiente, Noah conoce a David, cuya sola presencia lo seduce. Conocerlo lo transforma y lo arrastra al deseo. El sexo entre ellos no es solo inevitable, es inmediato, voraz, y Noah despierta a un mundo que hasta entonces no había creído posible.
¿Descubrirá Noah que el deseo, la pérdida y el amor se aprenden a través del sexo?

Desde su publicación, A través del sexo se ha consolidado como una obra de referencia dentro de la literatura homoerótica. Con una voz íntima y valiente, la trilogía ha acompañado a miles de lectores en un viaje generacional durante años.

SERIE NOCTÍVAGOS

DUOLOGÍA COMPLETA



EL SABOR DE LAS MANZANAS ROJAS

Gracias a que conserva muy vivo el recuerdo de un horrible crimen cometido en los albores del siglo XX, el vampiro Gabriel sobrelleva su vida nocturna con mesura, mezclándose con la variopinta gente que puebla su bulliciosa ciudad cada anochecer. Pero cuando una extraña pareja empieza a frecuentar el Noctivagus, bar gótico que él regenta, no sólo le despertarán viejos sentimientos, sino que también traerán consigo las consecuencias de un oscuro pasado que Gabriel ni siquiera recuerda, y que le obligará a enfrentarse de nuevo con el sanguinario demonio que habita en su alma.

NEGRO COMO EL ÉBANO ROJO COMO LA SANGRE

A punto de perder el control, Gabriel decide distanciarse de Alexander. Los profundos sentimientos que siente por él también parecen despertar a su demonio interior. Pero mientras empieza a recordar retazos de un pasado que le ha sido arrebatado y a comprender por qué los ecos de esos acontecimientos aún resuenan en su presente, comienza a replantearse no solo lo que sabe sobre sí mismo, sino sobre todo aquello que siempre creyó verdad. Y cuando le es desvelado el papel que Alexander jugó en su vida, llegará a dudar de si su corazón y su lealtad están en el lado correcto.